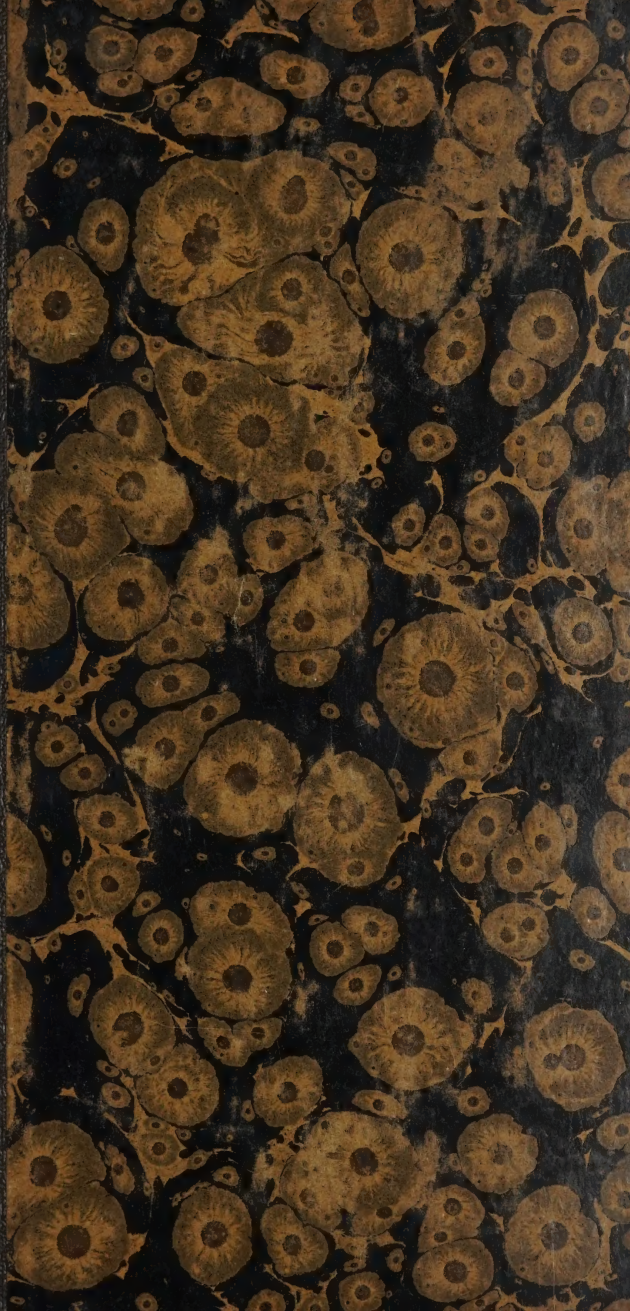


u,cd

THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

860.8
Oy8t2
v.4

ROMANCE
DEPARTMENT

TROZOS ESCOGIDOS

DE

LITERATURA CASTELLANA

Imprenta EUROPEA, Moreno y Defensa—Buenos Aires.

TROZOS ESCOGIDOS

DE

LITERATURA CASTELLANA

DESDE EL SIGLO XII HASTA NUESTROS DÍAS

(ESPAÑA Y AMÉRICA)

POR

CALIXTO OYUELA

Catedrático de literatura castellana en el Colegio Nacional de la Capital.

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
URBANA

(SEGUNDA EDICIÓN, REVISADA)

TOMO IV—VERSO

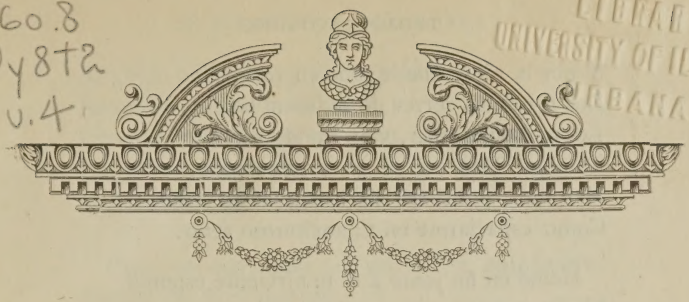
BUENOS AIRES

Ángel Estrada — Bolívar 466

MDCCCLXXXIX

860.8
Oy8t2
v.4

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLI
URBANA.



SIGLO XIX

Al Mar.

CALMA un momento tus soberbias ondas
Océano inmortal, y no á mi acento
Con eco turbulento
Desde tu seno líquido respondas.
Cálmate, y sufre que la vista mía
Por tu inquieta llanura
Se tienda á su placer. Sonó en mi mente
Tu inmenso poderío,
Y á las playas remotas de occidente
Corrí, desde el humilde Manzanares,
Por contemplar tu gloria,
Y adorarte también, Dios de los mares.

Que ardió mi fantasía
En ansia de admirar, y desdeñando
El cerco oscuro y vil que la ceñía,
Tal vez allá volaba
Do la eterna pirámide se eleva
Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.
Tal vez trepar osaba
Al Etna mugidor, y allí veía
Bullir dentro el gran horno,

229078

Y por la nieve que le ciñe en torno
Los torrentes correr de ardiente lava,
Los peñascos volar, y en hondo espanto
Temblar Trinacria al pavoroso trueno;
Mas nada ¡oh sacro mar! nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno.

Héme en fin junto á ti: tu hirviente espuma
El alto escollo sin cesar blanquea
Do entre temor y admiración te miro.
Inquieto centellea
En tu cristal el sol, que al occidente,
De majestad vestido, huye y se esconde.
¿Dónde es tu fin? ¿En dónde
Mis ojos le hallarán? Con pie ligero
Tú te tiendes y corres, y llevado
Cual en las alas de aquilón sonánte,
Mi espíritu anhelante
Te sigue al Ecuador, te halla en el polo,
Y endeble desfallece
Á tanta inmensidad. ¿Te hizo el destino
Para ceñir y asegurar la tierra,
Ó en brazo aterrador á hacerle guerra?

¡Ay! que ese resonante movimiento
Me abate el corazón. Yo vi las mieses
Agitadas del viento
En los estivos meses,
Y dóciles y trémulas llevarse,
Y en seco són de su furor quejarse.
Vi el vértigo del polvo, y vi en las selvas
Contrastados también los altos pinos
Sacudirse y bramar; mas no este ciego,
Este hervir vividor, estas oleadas
Que llegan, huyen, vuelven,
Sin cansarse jamás. Tiembla la arena

Al golpe azotador, y tú rugiendo
Revuélveste y sacudes
Una vez y otra vez: al ronco estruendo
Los ecos ensordecen,
Los escollos más altos se estremecen.

Cesa ¡oh mar! Cesa ¡oh mar! Ten, compasivo,
Piedad del flaco asiento
Que me sostiene exánime y pasmado.
¿No me oyes, no? ¿Y violento
Te ensoberbeces más? Ya desatado
El horrendo huracán, silba contigo.
¿Qué muralla, qué abrigo
Bastarán contra ti? Negras las olas
Á manera de sierras se levantan,
Y en hondos tumbos y rabiosa espuma
Su furia ostentan y mi pecho espantan.
¿Llegó tal vez el día
En que, tras tanta guerra,
El paso vencedor des en la tierra,
Y bramando allá dentro, envuelvas ciego
Playas, imperios y hombres infelices,
Y al hondo abismo los sepultes luego,
Como cuando en tu vértigo espantoso
La Atlántida se hundió? Con fuerte mano
Las zonas todas de la tierra asidas,
Burlar pensaban tu furor, y en vano;
Que al golpe redoblado, impetüoso,
El eje poderoso
Se sintió vacilante, y estallando
Perdió su alto nivel: luchando entonces
Las ondas con las ondas se encontraron,
Y horrísonas cayeron,
Y el orbe estremecido desgarraron.
¿Dó la región vastísima que un día

Desde Atlas á la América corría?
Destrozada, anegada, hoy sólo dura
En la fragosa altura
Que de tanto furor salvó la frente;
Dura ya sólo en la memoria oscura
Que lleva ¡oh insano mar! de gente en gente
Los ecos voladores
De tu antigua violencia y tus horrores.

¡Y tanta fué del hombre la osadía,
Que los quiso arrostrar! Sube á los montes,
Y la tenaz porfía
De su mordaz segur humilla al suelo
Al cedro que resiste á las edades,
Al pino que se esconde allá en el cielo.
Gimieron ambos cuando, al mar lanzados,
En nadantes alcázares miraron
Trocar su antiguo sér y su destino;
Y al aire dando el vagaroso lino,
Los leves campos de cristal surcaron.
Adiós, amada playa; adiós, hogares:
El hombre audaz, en la orgullosa popa,
Al volver de las ondas se confía.
En vano el rumbo le negaban ellas;
Él le arrancó en el cielo
Al polo refulgente y las estrellas.

¿Qué pudo desde entonces
Negarse á su anhelar? Fiero y sañoso
El alto tormentorio amenazaba;
Con un mar de terror y proceloso
Las puertas del oriente defendía;
Mas vuela, rompe, y le sorprende Gama,
Y los hijos de Luso al punto hollaron
El golfo indiano y la mansión de Brama.

Colón, arrebatado
De un numen celestial, busca atrevido
El nuevo mundo revelado á él solo;
Y tres veces el polo
Ve al impávido Cook romper los hielos
Que á fuer de montes su rigor despide,
Descubriendo el secreto vergonzoso
Del yermo inmenso á que sin fin preside.
¡Gloria eterna á sus nombres! ¡Dadme rosas,
Dadme lauro inmortal que adorne y ciña
Sus frentes generosas!
Mirad la tierra á su divino esfuerzo
Enriquecerse toda, y mil tesoros
De su fecundo seno
Benéfica brotar; mirad la aurora
Unida al occidente,
Y al septentrión el sur. Á este portento
Furioso el Oceano,
Es fama que gritó: «¡Con que es en vano
Haber yo roto el orbe, y que tendiendo
El valladar profundo
De mis terribles ondas,
Un mundo haya negado al otro mundo!»

¿Cómo después tan abundosa fuente
De amistad y de unión tornarse pudo
De estragos y violencias
Perenne manantial? Se alzó insolente
La vil codicia, y navegar con ella
Se vió el odio fatal en los navíos.
¿No era bastante, impíos,
Los vientos escuchar que en torno braman;
Los escollos temblar; mirar el cielo
Cubrirse todo de espantosas nubes
Y arderse en rayos; á los pies hirviendo
Sentir el mar sañudo,

Y una tabla sutil ser vuestro escudo;
Sin que á tan tristes plagas
Añadieseis también la plaga horrenda
De la guerra cruel? Ardiendo en ira
Ella cruza, ella agita, y atronado
El ponto en sangre enrojecer se mira.

Guerra: ¡barbaro nombre! á mis oídos
Más triste y espantoso
Que este mar borrascoso
Tan terrible y atroz en sus rugidos.
¡Que no fuese yo un dios! ¡Oh cómo entonces
El horror que te tengo, el universo
Te jurara también! Ondas feroces,
Sed justas una vez: ya que la tierra
Muda consiente que la hueste impía
De Marte asolador brame en su seno,
Vosotras algún día
Vengadla sin piedad: esas crueles,
Esas soberbias naos,
Que, preñadas de escándalo y rencores,
Turban vuestro cristal con sus furores,
Del cielo y vientos contrastarse vean,
Y en ciego torbellino
Todas á un tiempo devoradas sean.
Tal vez así de la discordia el fuego
No osará profanar el Oceano;
Tal vez el orbe dormirá en sosiego.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

A la invención de la Imprenta.

¿Será que siempre la ambición sangrienta
Ó del solio el poder pronuncie sólo,
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El dón de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria,
Serán tal vez del nombre á quien daría
Eterno oprobio ó maldición la historia?
¡Oh! despertad: el humillado acento
Con majestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;
Y si queréis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno también del universo sea.

No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad; siempre las aras
De la invención sublime
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivífica mies descubre al suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste también, tú, que allá un día
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras, detuviste
La palabra veloz que antes huía?

Sin ti se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste: el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenía.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que antes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡Oh gloriosa ventura!
Goza, genio inmortal, goza tu solo
Del himno de alabanza y los honores
Que á tu invención magnífica se deben:
Contémplala brillar: y cual si sola
Á ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura,
De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin, sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rin helado
Nacer vió á Gutenberg. «¿Con que es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase, escribiéndole, á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento,
En letargosa oscuridad se olvida?
No basta un vaso á contener las olas
Del férvido Oceano,
Ni en solo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano:
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invención la siga:
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse.»

Dijo, y la imprenta fué; y en un momento
Vieras la Europa atónita, agitada.
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcán reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
Á devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?

Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va: pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra;
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Después, abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinosa, todavía
La aterradora faz que antes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros, y entre tanto
Es escarnio y baldón de la comarca
La que antes fué su escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienes
Ornó de la razón, mientras osada,
Sedienta de saber la inteligencia,
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubría,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar, la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo, en tanto, sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetüosos,
Á modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

«¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete al hombre.» Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignación en sus clamores.
«¡Con que el mundo moral todo es horrores!
¡Con que la atroz cadena
Que forjó en su furor la tiranía,
De polo á polo inexorable suena,
Y los hombres condena

De la vil servidumbre á la agonía!
¡Oh! no sea tal. » Los déspotas lo oyeron,
Y el cuchillo y el fuego á la defensa
En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh insensatos! ¿qué hacéis? Esas hogueras,
Que á devorarme horribles se presentan
Y en arrancarme á la verdad porfían,
Fanales son que á su esplendor me guían,
Antorchas son que su victoria ostentan.
En su amor anhelante
Mi corazón extático la adora,
Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.
No: ni el hierro ni el fuego amenazante
Posible es ya que á vacilar me obliguen.
¿Soy dueño por ventura
De volver el pie atrás? Nunca las ondas
Tornan del Tajo á su primera fuente
Si una vez hacia el mar se arrebataron:
Las sierras, los peñascos su camino
Se cruzan á atajar; pero es en vano,
Que el vencedor destino
Las impele bramando al Oceano.

Llegó, pues, el gran día
En que un mortal divino, sacudiendo
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente
Dijo á la faz del mundo: «El hombre es libre»
Y esta sagrada aclamación saliendo,
No en los estrechos límites hundida
Se vió de una región; el eco grande
Que inventó Gutenberg la alza en sus alas;
Y en ellas conducida,
Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,

Ocupar la extensión del vago viento;
Y sin que el trono ó su furor la asombre,
Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razón: «Libre es el hombre.»

Libre, sí, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el numen que me agita,
De tu sagrada inspiración henchido,
Á la región olímpica se eleva,
Y en sus alas flamígeras me lleva.
¿Dónde quedáis, mortales
Que mi canto escucháis? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir; el denso velo
De los siglos romperse, y descubrirse
Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardieron
La implacable ambición, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron,
Como la peste y las borrascas huyen
De la afligida zona que destruyen
Si los vientos del polo aparecieron.
Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y á recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.
No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;
Que amor y paz el universo llenan,
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan.
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los aires tiende;
Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envía.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran coluna,
El magnífico y bello monumento
Que á mi atónita vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombre entre opresión granjea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe á Gutenberg tributa:
Breve homenaje á su favor inmenso.
¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró, sobre ella alzando
Á la alma inteligencia!
Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,
Su influjo eternizó libre y fecundo:
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

La Danza.

Á Cintia.

¿Oyes, Cintia, los plácidos acentos
Del sonoro violín? Pues él convida
Tu planta gentilísima y ligera;
Ya la vista te llama,
Ya en la dulzura del placer que espera
El corazón de cuantos ves se inflama.
¿Quién ¡ay! cuando ostentando
El rosado semblante
Que en pureza y candor vence á la aurora,
Y el cuello desviando

Blandamente hacia atrás, das gentileza
Á la hermosa cabeza
Reposada sobre él; quién no suspira,
Quién al ardor se niega
Que bello entonces tu ademán respira?

¡Con qué pudor despliega
De su cuerpo fugaz los ricos dones,
La alegre pompa de sus formas bellas!
Vaga la vista embelesada en ellas;
Ya del contorno admira
La blanda morbidez, ya se distrae
Al delicado talle, do abrazadas
Las gracias se rieron,
Y su divino ceñidor vistieron.
Ya, en fin, se vuelve á los hermosos brazos
Que en amable abandono,
Como el arco de amor, dulces se tienden;
¡Ay! que ellos son irresistibles lazos
Donde el reposo y libertad se prenden!
¡Oh imagen sin igual! Nunca la rosa,
La rosa que primera
Se pinta en primavera,
De Favonio al ardor, fué tan hermosa;
Ni así eleva su frente la azucena,
Cuando, de esencias llena,
Con gentileza y brío
Se mece á los ambientes del estío.

Suena, empero, la música, y sonando,
Ella salta, ella vuela: á cada acento
Responde un movimiento, una mudanza
Vuelve siempre á un compás; su ligereza
De belleza en belleza
Vaga voluble, el suelo no la siente.

Bella Cintia, detente;
Mi vista, que te sigue,
¿No te podrá alcanzar? ¿Nunca podría
Señalar de tus pasos
La undulación hermosa,
La sutil graduación? Cuando suspiro
Al fenecer de un bello movimiento,
Otro más bello desplegarse miro.
Así del iris, serenando el cielo
Con su gayado velo,
En su plácida unión son los colores;
Así de amable juventud las flores,
Do, si un placer expira,
Comienza otro placer. Ved los amores
Sus mudanzas siguiendo,
Y las alas batiendo,
Dulcemente reír; ved cuán festivo
El céfiro, en su túnica jugando,
Con los ligeros pliegues
Graciosamente ondea,
Y el desnudo mostrando,
Suena, y canta su gloria, y se recrea;
Y ella, en tanto, cruzando
Con presto movimiento,
Se arrebata veloz: ora risueña
En laberintos mil de eterno agrado
Enreda y juega la elegante planta;
Altiva ora levanta
Su cuerpo gentilísimo del suelo,
Batiendo el aire en delicado vuelo.
Huye ora, y ora vuelve, ora reposa,
En cada instante de actitud cambiando,
Y en cada instante ¡oh Dios! es más hermosa.

Atónita mi mente es conmovida

Con mil dulces afectos, y es bastante
Un silencio elocuente á darles vida.
Mas ¿qué valen las voces
Á par del fuego y la pasión que inspiran,
En expresión callada,
Los negros ojos que abrasando miran?
¿Á par de la cadena
Que, ó bien me da de la amorosa pena
El tímido afanar, ó en ella veo
La presta fuga del desdén que teme,
Ó el duelo ardiente del audaz deseo?
¡Salud, danza gentil! Tú, que naciste
De la amable alegría,
Y pintaste el placer; tú, que supiste
Conmover dulcemente el alma mía,
De cuadro en cuadro la atención llevando,
Y dando el movimiento en armonía.

Así tal vez de la vivaz pintura
Vi de la antigua fábula animados
Los fastos respirar. Aquí Diana,
De sus ninfas seguida,
Al ciervo en raudo curso fatigaba,
Y el dardo volador tras él lanzaba;
Allí Citeres presidiendo el coro
De las gracias rientes,
Y á amor con ellas en festivo anhelo,
Y en su risa inmortal gozoso el cielo;
El trono más allá cercar las horas
Del sol, miraba en su veloz carrera,
Y asidas deslizándose en la esfera,
Vertiendo lumbre iluminar los días.

¡Oh Cintia! tú serías
Una de ellas también, tú, la más bella;
Tú, en la que brilla la rosada aurora;

Tú, la agradable hora
Que vuelve en su carrera
La vida y el verdor de primavera;
Tú la primera los celestes dones
Dieras al hombre de la edad florida;
Volando tú, rendida
La belleza inocente
Palpitara de amor; y tú serías
La que, bañada en celestial contento,
Del deleite el momento anunciarías.

¡Oh hija de la beldad, Cintia divina!
La magia que te sigue
Me lleva el corazón; cesas en vano,
Y en vano despareces, si aun en sueños
Mi mente embelesada
Tu imagen bella retratar consigue.
La magia que te sigue
Me lleva el corazón: ya por las flores
Mire veloz vagando
La mariposa, ó que la fuente ría,
De piedra en piedra dando,
Ó que bullan las auras en las hojas;
Do quier que gracia y gentileza veo,
«Allí está Cintia», en mi delirio digo,
Y ver á Cintia en mi delirio creo.

Así vive, así crece
Por ti mi admiración, y arrebatada,
No te puede olvidar. Ahora mi vida
Florece en juventud. ¿Cómo pudieran
No suspenderla en inefable agrado
Tanta y tanta belleza que ya un día
Soñaba yo en idea,
Y en ti vivas se ven? Vendrán las horas

De hielo y luto, y la vejez amarga
Vendrá encorvada á marchitar mis días;
Entonces ¡ay! entre las penas mías
Tal vez en ti pensando,
Diré: «Vi á Cintia;» y en aquel momento
Las gracias, la elegancia,
Las risas, la inocencia y los amores
Á halagarme vendrán; vendrá tu hermosa
Imagen placentera,
Y un momento siquiera
Mi triste ancianidad será dichosa.

MANUEL JOSE QUINTANA.

A España, después de la revolución de Marzo.

¿Qué era, decidme, la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blasón divino?
Volábase á occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
Do quiera España: en el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del África, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano;
La tierra sus mineros le rendía,
Sus perlas y coral el Oceano,
Y donde quier que revolver sus olas

Él intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,
Abandonada á la insolencia ajena,
Como esclava en mercado, ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas ¡oh Dios! Su aliento impuro
La pestilente fiebre respirando,
Infestó el aire, emponzoñó la vida;
La hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lívidos, ahogando
Cuanto el contagio perdonó; tres veces
De Jano el templo abrimos
Y á la trompa de Marte aliento dimos;
Tres veces ¡ay! los dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
Por tus inmensos términos, oh Iberia?
¿Qué viste ya sino funesto luto,
Honda tristeza, sin igual miseria,
De tu vil servidumbre acerbo fruto?

Así, rota la vela, abierto el lado,
Pobre bajel á naufragar camina,
De tormenta en tormenta despeñado,
Por los yermos del mar; ya ni en su popa
Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,
Ni en señal de esperanza y de contento
La flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasajero,
Ahogó su vocería
El ronco marinero,
Terror de muerte en torno le rodea,

Terror de muerte silencioso y frío;
Y él va á estrellarse al áspero bajío.

Llega el momento, en fin; tiende su mano
El tirano del mundo al occidente,
Y fiero exclama: «El occidente es mío».
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció, como en el seno oscuro
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento
Que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan;
Gimen los yunques, los martillos suenan,
Arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿Acaso
Pensáis que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estiméis: grillos, esposas,
Cadenas son que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España
Del indigno rumor que cerca oía,
Y al grande impulso de su justa saña
Rompió el volcán que en su interior hervía.
Sus déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden;
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las márgenes responden:
«¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,
Los colosos de oprobio y de vergüenza
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;
Y tú, orgulloso y fiero,
Viendo que aún hay Castilla y castellanos,

Precipitas al mar tus rubias ondas,
Diciendo: «Ya acabaron los tiranos».

¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!
¿Con que puede ya dar el labio mío
El nombre augusto de la patria al viento?
Yo le daré; mas no en el arpa de oro
Que mi cantar sonoro
Acompañó hasta aquí; no aprisionado
En estrecho recinto, en que se apoca
El numen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca.
Desenterrad la lira de Tirteo,
Y el aire abierto á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfría,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en rededor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.

¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Único asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del fiero Atila que á occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis
Ved del tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada;
Y allá, sobre los altos Pirineos,
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros giganteos.
En torvo ceño y desdeñosa pena
Ved cómo cruzan por los aires vanos;

Y el valor exhalando que se encierra
Dentro del hueco de sus tumbas frías,
En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!

¡Pues qué! ¿Con faz serena
Vierais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambición ajena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes; el momento
Llegó ya de arrojarse á la victoria;
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran día
El altar de la patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte,
Juradlo, ella os lo manda: *¡Antes la muerte*
Que consentir jamás ningún tirano!»

Sí, yo lo juro, venerables sombras,
Yo lo juro también, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza,
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastación en sú carrera
Me llevará. ¿Qué importa? Por ventura,
¿No se muere una vez? ¿No iré, expirando,
Á encontrar nuestros ínclitos mayores?
«¡Salud, oh padres de la patria mía,
Yo les diré, salud! La heroica España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,

Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blasón divino.»

MANUEL JOSÈ QUINTANA.

La fuente de la mora encantada.

Oye, Silvio, ya del campo
Se va á despedir la tarde,
Y no es bien que aquí la noche
Con sus sombras nos alcance.
Ya el redil busca el ganado,
Ya se retiran las aves
Y en pavoroso silencio
Se ven envueltos los valles.
Y tú, en tanto, embebecido,
Sin atender ni escucharme,
Las voces con que te llamo
Dejas que vayan en balde.
¿Qué haces, Silvio, en esa fuente?
¿Tan presto acaso olvidaste
Que los padres nos la vedan,
Que la maldicen las madres?
Mira que llega la hora:
Huye veloz y no aguardes
Á que el encanto se forme,
Y á que esas ondas te traguen.
¡Vente!.... Mas ya no era tiempo:
La fascinadora imagen
Reverberaba en las aguas
Con sus encantos mortales.

Como ilusión entre sueños,
Como vislumbre en los aires,
Incierta al principio y vaga
Se confunde y se deshace;
Hasta que al fin más distinta,
En su apacible semblante
De sus galas la hermosura
Hace el más vistoso alarde.
La media luna que ardía
Cual exhalación radiante
Entre las crespas madejas
De sus cabellos süaves,
Mostraba su antiguo origen
Y el africano carácter
De los que á España trajeron
El alcorán y el alfanje.
Mora bella en sus facciones,
Mora bizarra en su traje,
Y de labor también mora
La rica alfombra en que yace.
Toda ella encanta y admira,
Toda suspende y atrae,
Embargando los sentidos
Y obligando á vasallaje.
Mirábala el pastorcillo
Entre animoso y cobarde,
Queriendo á veces huilla,
Y á veces queriendo hablalle;
Mas ni los pies le obedecen
Cuando pretende alejarse,
Ni acierta á formar palabras
La lengua helada en las fauces.
Sólo la vista le queda,
Para mirar, para hartarse
En el hermoso prodigio

Que allí contempla delante.
  Ella al parecer dormía;
Mas de cuando en cuando al aire
Unos suspiros exhala
De su seno palpitante,
  Que en deliciosa ternura
Convierten luego y deshacen
El asombro que su vista
Causó en el primer instante.
  Y abriendo los bellos ojos,
Tan bellos como falaces,
Á él se vuelve, y querellosa
Le dice con voz süave:
  —«¿Viniste al fin? ¡Qué de siglos,
De esperanzas y de afanes
Me cuestas! ¿Dónde estuviste
Que tanto tiempo tardaste?
  Mírame aquí encadenada
Por la maldición de un padre,
Á quien dieron las estrellas
Su poder para encantarme.
  «Vive ahí, me dijo irritado,
Ten esa fuente por cárcel,
Sé rica, pero sin gustos,
Sé hermosa, pero sea en balde.
  Enciéndante los deseos,
Consúmante los pesares,
De noche sólo te muestres,
Y el que te viere se espante.
  Y pena así hasta que encuentres,
Si es posible que le halles,
Quien ahí osado se arroje
Y entre esas ondas te abrace.»
  Ya otros antes han venido,
Que pasmados al mirarme,

El bien con que les brindaba
Se perdieron por cobardes.
  No lo seas tú: aquí te esperan
Mil delicias celestiales,
Que en ese mundo en que vives
Jamás se dan ni se saben.
  Vén, seras aquí conmigo
Mi esposo, mi bien, mi amante:
Vén. . . . » y los brazos tendía
Como queriendo abrazarle.
  Á este ademán, no pudiendo
Ya el infeliz refrenarse,
En sed de amor abrasado
Se arroja al pérfido estanque.
  En remolino las ondas
Se alzan, la víctima cae,
Y el ¡ay! que exhaló allá dentro
Le oyó con horror el valle.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

A Somoza.

  En vano el ingenio animas
Que ya olvidado reposa,
Y de mi lira pretendes
Que á tus acentos responda.
  ¡Versos yo! Si los cantara
Entre estas ásperas rocas,
Y en estos campos ingratos

Aborrecidos de Flora,
¿Cómo pudiera vestirlos
De la elegancia y la pompa
Con que los hijos de Apolo
Dan vida eterna á sus obras?
Quizá lo fuí yo algún día,
Y la délfica corona
Refrescó tal vez mis sienes
Con el verdor de sus hojas,
Cuando del Padre Oceano
Canté el poder y la gloria,
Escuchándome las ninfas
Y aplaudiéndome las ondas;
Ó cuando rayos lanzaba
Al opresor de la Europa,
En ecos antes no usados
De las Musas españolas.
Huyó aquel tiempo: los años,
Las desventuras me agobian,
Y lo que antes fué osadía
En desaliento se torna.
Huyó aquel tiempo, y no es fácil
Que yo con fuerzas tan pocas,
Para que el mundo me escuche,
Mi largo silencio rompa.
Canten los que son dichosos;
Pero el infeliz que llora,
Guarde para sí el gemido
Y sus lágrimas esconda;
Que las orejas del mundo
Son esquivamente sordas
Al lamentador poeta
Que, en vez de cantar, solloza.
Cuando de la vida mía,
Ahora ya tan borrascosa,

Pero entonces tan serena,
Comenzó á rayar la aurora,
  Mil grandiosas esperanzas
Eran mi existencia toda,
Que el ánimo me exaltaban
Entre ilusiones hermosas.
  La libertad y la patria
Con la luz que las corona,
La beldad con sus encantos,
Con sus laureles la gloria,
  Númenes fueron celestes
Que mi alma nueva y fogosa,
Postrada ante sus altares,
Adoraba á todas horas.
  ¡Qué de incienso entre mis manos!
¡Cuántos himnos de mi boca
Salieron, poblando el aire
De alabanzas y de aromas,
  Que después cambió la suerte,
Tan temeraria y tan loca,
En ponzoña que me abrasa,
Y en dogales que me ahogan!
  ¿Dónde os fuisteis desde entonces
Imágenes deliciosas,
Pensamientos grandes, dónde,
Dónde aquel numen?... Perdona,
  Dulce amigo, si tan lejos,
Donde la suerte me estorba
El bálsamo saludable
De tu voz consoladora,
  Mi corazón, hostigado
De tan acerbas memorias,
Á la hiel del desaliento
Tristemente se abandona.
  ¿Quieres que cante? Pues alza

De sus ruinas lastimosas
Ese templo cuya afrenta
Á ira y lástima provoca;
Saca á la infeliz España
De la profunda mazmorra
En que aherrojada la tiene
La iniquidad de la Europa;
Despierta en sus hijos viles
Aquel sentimiento de honra
Que un tiempo los alentaba
Al laurel y á la victoria;
Y entonces quizá se anime
Mi voz trabajada y ronca,
Y á lucir vuelva en mi frente
Del genio la sacra antorcha.
Entonces también mi lira...
Mas ¿qué esperanza traidora
Á tal delirio me lleva
Con sus falaces lisonjas?
Nunca ya en las manos mías,
Compañera de mis glorias,
Te verás hinchiendo el aire
Con tu voz majestüosa;
Lira de oro, nunca. Un día,
Como prenda ó como joya
Brillante, en las nobles aras
De mi patria victoriosa
Cayó, y del ciprés infausto,
Que á su sepulcro da sombra,
Para padrón ó escarmiento
Te miras pendiente ahora.
Allí la lluvia te ofende,
Allí los vientos te azotan,
Y algún esclavo que pasa
Con vil furor te baldona.

Yo sé que tú estremeces,
Y en tus cuerdas, aunque rotas,
Algún eco sordo se oye
De indignación y congoja.
Sufre ¡oh lira! ... igual destino
Á tu triste dueño acosa,
Juguete de la fortuna,
Que en sus afrentas se goza.
Él calla, imita su ejemplo;
y desamparada y sola,
Déjate mecer del aire,
Guarda silencio y reposa.

MANUEL JOSÈ QUINTANA.

El dos de Mayo.

Animus meminisse horret, luctuque refugit.
Virg. *En.*

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
Profundas penas en silencio gime,
No desdeñes mi voz; letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el TREMENDO DÍA
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mía,
Y escándalo y terror al orbe sea.

¡Día de execración! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno;
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el león guerrero
Lanza á sus pies rugido lastimero.

¡Ay, que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destrucción Mantua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fía,
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolación habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno;
Rueda allá rechinando la cureña,

Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el joven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime,
De los duros satélites en torno
La triste madre, la afligida esposa,
Con doliente clamor: la pavorosa
Fatal descarga suena,
Que á luto y llanto eterno las condena.

¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes do quier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?»
Exclama el triste, en lágrimas deshecho.
«Mi pan y mi mansión partí contigo,
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
Templé tu sed, y me llamé tu amigo;
¿Y hora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
Con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando *¡fuego!*,
Tinto en su sangre el desgraciado expira.

Y en tanto, ¿dó se esconden,
Dó están ¡oh cara patria! tus soldados,
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor que, haciendo alarde

De su perfidia y dolo,
Á merced de los vándalos te dejan,
Como entre hierros el león, forcejan
Con inútil afán. Vosotros sólo,
Fuerte DAOIZ, intrépido VELARDE,
Que osando resistir al gran torrente,
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre musa
Jamás el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento
Á que la acción magnánima os eleva,
El himno oíd que á vuestro nombre entona,
Mientras la fama alígera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.

Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolación sus plazas cubre,
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco són de los preñados bronces,
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Oís cómo rompiendo
De moradores tímidos las puertas,
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen,
Bramando, los atroces foragidos,
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cuál se despliegan,
Penetrando en los hondos aposentos,
De sangre y oro y lágrimas sedientos?

Rompen, talan, destrozan

Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
Aquí, matando al dueño, se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada:
La familia asolada
Yace expirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mustio el dulce carmín de su mejilla
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro,
De su verdugo ante los pies se humilla
Tímida virgen, de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfanje damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.

¡Horrible atrocidad!... ¡Treguas, oh musa,
Que ya la voz rehusa,
Embargada en suspiros, mi garganta!
Y en ignominia tanta,
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Palas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
Y al grito heroico que en los aires zumba,
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico són la regia frente,

Y del Patrón valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!

¡Oh sombras infelices
De los que aleve y bárbara cuchilla
Robó á los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
Cruzáis los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que al bandido
Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el dón, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí el padrón cruento
De oprobio y mengua, que perpetuo dure,
La vil traición del déspota se lea,
Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda
Y á cien generaciones se difunda.

JUAN NICASIO GALLEGO.

A la muerte del duque de Fernandina, hijo de los señores marqueses de Villafranca.

¿Qué triste són, qué canto dolorido
Detiene el curso al raudo Guadalete
Y en tono sepulcral hiere mi oído?
Entre el manso rüido
Del fúnebre ciprés que arrulla el viento

¿No escucho el caro acento,
Los tiernos ayes de mi ilustre amigo [1]
Que, solo, al pie de un túmulo suspira?
Estos, ¿no son los ecos de su lira?
Sí, que mi pecho en llanto se deshace,
Y allá en el polvo, do olvidada yace,
Se escuchan ¡ay! por dulce simpatía
Tristes gemir las cuerdas de la mía.

¿Será ¡mísero yo! que infausta estrella
Del caro fruto de su amor le prive,
Ó el sol hermoso, en cuya lumbre vive,
Llore eclipsado de su esposa bella?
¡Antes la santa huella
Del lento cenobita oprima el mío,
Que ver, oh Aspasia, tu sepulcro fríol
Mas no: de su lamento
Es otra la ocasión. En són agudo
Clamar las torres de Sidonia siento,
Que redobla el pavor del campo mudo.
Ya la fúnebre nueva
Por los góticos claustros se difunde
Rápida como el viento que la lleva,
Y el eco de la noche en el desierto
Repite ¡ay Dios! que Fernandina es muerto.

¡Ah! ¿Y es verdad? ¡Ni su inocente vida,
Que el verdor no gozó de veinte abriles,
De tan aciago fin salvarle pudo!
¡Ni el vigor de sus años juveniles,
Ni el alto alcázar, ni el dorado techo
Fueron al golpe atroz bastante escudo!
¡Y en tanto satisfecho,
De lustros y de crímenes cargado,

1 Alude á una composicion al mismo asunto, que acababa de escribir el señor duque de Frías.

Triunfa el protervo y la virtud oprime!
¡Y en tanto el desgraciado,
Que en la amargura gime
Y á quien más que el morir la vida espanta,
Mal su grado encanece
Y á par que en años en miserias crece!...
¡Oh Providencia inescrutable y santa!

¡Cuánto de aquellos días
El recuerdo me aflige en que la ausencia
Del cautivo monarca lamentando
El lento curso de la edad sentías!
Te vi, te vi mil veces
Probar el temple á la flamante espada,
Y la crin del bridón con blanda mano
Impaciente halagar bañado en gozo.
Yo vi tu faz de cólera inflamada
(Que del naciente bozo
La débil sombra matizaba apenas)
Al són del parche y al marcial estruendo,
Y en noble saña hirviendo
La sangre de Guzmán henchir tus venas.

Mas ¿á qué de esta suerte
Con pasadas memorias devaneo,
Cual con sueño fugaz, si en solo un punto
Tanta esperanza ¡ay Dios! marchita veo
Al rudo soplo de áspera fortuna?
Tú, que mi llanto ves, pálida luna,
Tú, que el usado giro terminando
Una vez y otras dos, al joven viste
Entre las garras del dolor luchando,
Que al fin con rabia inusitada y fiera
Fundió sus huesos, como el sol la cera;
Al contemplar que ni un momento aplaca
Su cólera inclemente,

Entre el negro crespon de nube opaca
De horror velaste la argentada frente.

¿Y quién en tanto al afligido padre
Dar consuelo sabrá? ¿Quién la agonía
Pintar al vivo de la tierna madre
Que junto al hijo exánime gemía?
« ¡Ay triste!, prorrumpía:
« ¿Dónde mis dulces ilusiones fueron
« Para nunca tornar? El rico estado
« Los tesoros ni el arte ¿qué valieron?
« ¡Quién me dijera, oh niño desgraciado,
« Que para verte en tan atroces penas
« El ser te dí, te alimenté á mi pecho!
« ¿Á quién ¡ay! al morir le falta un lecho?
« El mendigo infelice
« Hállalo en pobre paja ó suelo frío;
« ¡Y el cielo se lo niega al hijo mío! » [1]

Dice: y alzando al lastimero acento
Su voz el duque y lánguida cabeza
En que el sello de muerte
Grabado estaba y la filial terneza:
« No así al dolor rendida
« Queráis, dijo, señora, de esta suerte
« Perder conmigo tan preciosa vida.
« Esos niños mirad que en torno lloran
« Y tiernamente os aman:
« También los inocentes madre os llaman
« Y vuestro afecto y protección imploran ».
No dijo más: lanzando un ¡ay! profundo,
Que recorrió los altos artesones,
Selló la Parca el labio moribundo
Y al alma abrió las fúlgidas regiones.

1 El duque pasó la enfermedad y murió sentado en una silla, porque la angustia y la fatiga no le permitieron estar acostado un solo punto.

Vióse al letal gemido,
Cual bella palma que derriba el rayo,
Bajar envuelta en súbito desmayo
La triste madre al alfombrado suelo.

No tornes á vivir, que angustia y duelo
Te aguardan sólo, y eternal quebranto,
¡Desgraciada mujer! Mas ¡ay! que en tanto
Vuelve á la vida: inmóviles los ojos,
Con voz quebrada, sin acción, sin llanto,
Llama al hijo infeliz que no responde:
Álzase, y azorada,
La trenza al aire por los hombros suelta,
Vaga en su busca sin mirar por dónde:
De su prole angustiada,
Que sus pasos detiene y la rodea,
No oye la voz querida,
Ni ve la luz febea;
Que en un mar de tinieblas sumergida
Sin él se juzga, y desamada y sola.

¡Musa, no más! Las nubes arrebola
Ya el alba soñolienta, á mis mejillas
Las lágrimas se agolpan, y embargada
Mi lengua de dolor, repugna el canto.
Cesa, y en raudo vuelo,
Pues á mí no me es dado, á las orillas
Del Manzanares torna,
Y en la tumba sagrada
Depón la adelfa que tu sien adorna.
Si allí por dicha á la matrona hallares
El hijo caro demandando al cielo,
Díle, y á sus pesares
Dar logrará tu voz dulce consuelo,
Que ya ceñido de inmortal corona,
En el empíreo coro

Himnos de gloria venturoso entona
Al Dios omnipotente en arpa de oro.

JUAN NICASIO GALLEGO.

A Corina ausente.

En su cumpleaños.

Ya al esplendor de Febo
Brilla del Aries el vellón dorado,
Corina, y ya de nuevo
De flor se viste el prado,
Y alegre salta el tímido ganado.

Ya el león carpentano
La nieve arroja de su helada greña,
Que hasta el sediento llano
Baja de breña en breña,
Y en arroyos de plata se despeña.

Ya vuelve Primavera
Dando al cielo fulgor, y al campo flores;
Ya su voz hechicera
Sueltan los ruiseñores
Á la dulce estación de los amores.

Ya del zagal sencillo
Se oye el tierno cantar, y en pos resuena
Su blando caramillo,
Y la campiña amena
De alegres juegos y placer se llena.

Ya en fin se acerca el día,
En que abrumada del invierno triste
Recobró su alegría
La tierra, y tú naciste,
Y nuevo sér con tu beldad le diste.

Así dió vida al suelo
Del primitivo Abril la fértil huella:
Así en oscuro cielo
Nació brillante estrella,
Y en su concha de nácar Venus bella.

Que de tu rostro hermoso
Tanto la luz se esparce y reverbera,
Cual tiende el sol fogoso
La rubia cabellera
Bañando en oro la oriental ribera.

Y más vivos colores
Tu boca ostenta de carmín divina,
Que entre nevadas flores
La fresca clavellina
Al sonreír del alba matutina.

¡Ay! tan gentil belleza
Goza, Corina, impenetrable al sello
Del tiempo y la tristeza.
Y en rosa y lirio bello
Cien Mayos enguirnalden tu cabello.

Yo, triste, á crudo invierno,
Y á llorar en tu ausencia condenado,
Ni oigo á Favonio tierno
Suspirar por el prado,
Ni el trino de las aves concertado.

El fecundo rocío
Igual al hielo estéril se me ofrece:

Iguales hallo el río
Que hinchado se embravece
Y el manso arroyo que las flores mece.

¿Dó fueron ¡ay!, Corina,
Las dulces horas de delicia llenas,
Cuando á la hojosa encina
Entre mirto y verbenas
Sombra debió tu lecho de azucenas?

En mi laúd sonaban
Mi fe, mi dicha, y mi amoroso orgullo,
Y con él alternaban
Las tórtolas su arrullo,
Y de la fuente el plácido murmullo.

¡Oh! Déme Amor que pueda
Tus gracias ensalzar, como solía,
Con voz sonora y leda,
Cuando la vida mía
Por ti, contigo, y para ti quería.

Hora el dolor que siento
Con ayes sólo desfogar me place;
Que en triste desaliento
Sumida el alma yace,
Y en su propio delirio se complace.

JUAN NICASIO GALLEGO.

La diosa del bosque.

¡Oh si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la célica hermosura
Que vi algún día de inmortal dulzura
Este bosque bañar!

Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lúcida belleza;
Deja, pues, diosa, que mi grato incienso
Arda sobre tu altar.

Que no es amor mi tímido alborozo,
Y me acobarda el rígido escarmiento
Que ¡oh Piritoo! condenó tu intento,
Y tu intento, Ixïón.
Lejos de mí sacrílega osadía;
Básteme que con plácido semblante
Aceptes, diosa, en tus altares, pía
Mi ardiente adoración.

Mi adoración, y el cántico de gloria
Que de mí el Pindo atónito ya espera;
Baja tú á oírme de la sacra esfera,
¡Oh radiante deidad!
Y tu mirar, más nítido y süave,
He de cantar, que fúlgido lucero,
Y el limpio encanto que infundirnos sabe
Tu dulce majestad.

De pureza jactándose natura,
Te ha formado del cándido rocío
Que sobre el nardo, al apuntar de estío,
La aurora derramó:
Y excelsamente lánguida retrata
El rosicler pacífico de Mayo
Tu alma; Favonio su frescura grata
Á tu hablar trasladó.

¡Oh imagen perfectísima del orden
Que liga en lazos fáciles el mundo!
Sólo en los brazos de la paz fecundo,
Sólo amable en la paz!
En vano con espléndido aparato

Finge el arte solícito grandezas;
Natura vence con sencillo ornato
Tan altivo disfraz.

Monarcas, que los pérsicos tesoros
Ostentáis con magnífica porfía,
Copiad el brillo de un sereno día
Sobre el azul del mar;
Ó copie estudio de émula hermosura
De mi deidad el mágico descuido;
Antes veremos la estrellada altura
Los hombres escalar.

Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento,
Ya las alas del céfiro recibe,
Y al pecho ilustre en que tu numen vive,
Vuela, vuela veloz.
Y en los erguidos álamos ufana
Penda siempre esta cítara, aunque nueva:
Que ya á sus ecos hermosura humana
No ha de ensalzar mi voz.

MANUEL MARÍA DE ARJONA.

Idilio.

El ara de Roselia.

Al tiempo que la aurora rubicunda,
En busca del esposo malhadado
En argentadas lágrimas inunda
El alto monte y el humilde prado,

Roselia hermosa, en soledad profunda,
El rostro de tristeza marchitado,
En llanto con la aurora competía,
Y en llanto y en belleza la vencía.

Mueve el aura ligera sus cabellos,
Sin orden por los hombros esparcidos,
Y á la amargura de sus ojos bellos
Responde el sordo bosque con gemidos;
Bajan los lirios los altivos cuellos,
Del pesar de su ninfa doloridos,
Y asiendo el ceñidor, que suelto ondea,
Mírala Amor, y en verla se recrea.

Y aquel de dura piedra dios formado,
Ó de madre cruel más cruel hijo,
Viendo el tinte de rosa desmayado
Al lento embate del dolor prolijo,
Por la primera vez lloró apiadado,
Y á la pastora sollozando dijo:
«¿Por qué lloras, Roselia? ¿Quién, aleve,
Tu tierno pecho á maltratar se atreve?

«Yo no te he herido, hermosa; que mi mano
Á golpe tan atroz no se ha atrevido;
Mas si fué tan dichoso algún humano,
Que de tu amor triunfara sin Cupido,
No llores más, oh pastorcilla, en vano;
Que luego aquí te invocará rendido,
Y al fuego de tu amor nuevas centellas
Haré verter al sol y á las estrellas.»

Á cuya compasión inesperada,
La vista inclina la zagala hermosa,
Y lanzando una lánguida mirada,
De Amor la mano estrecha temerosa,

Y «No (le dice) de tu arpón tocada
Me ves, divino niño, así llorosa;
Mas el rigor del inclemente hado
De toda mi ventura me ha privado.

«Cual un rayo ¡infeliz! del crudo averno
Salió la muerte, y me robó en un día
Un caro padre y un hermano tierno,
Sola familia y esperanza mía;
Y pues ya condenada á llanto eterno
Me tiene en tal rigor la parca impía,
Mísera, desolada y sin arrimo,
Mi suerte cumplo y sin consuelo gimo».

«—Pastorcilla inocente, Amor le dice,
¡Qué pronto curaré tu desventura!
Antes que el sol, al declinar, matice
Las nubes de su varia bordadura,
De Licón en el tálamo felice
Te inundará, zagala, la dulzura;
De Licón, que en riqueza y gallardía
Goza de este confín la primacía.»

Dice; y resplandeciendo en lumbre viva,
Sublime vuela entre la tierra y cielo,
Como tal vez exhalación estiva,
Que en roja y blanca luz borda su vuelo:
Ya sobre el soto de Licón arriba,
Que cazando vagaba sin recelo,
Y un dardo envuelto en fuego le dispara,
Que al brillo del relámpago igualara.

Súbito á la memoria se presenta
Del bello joven la infeliz pastora,
Y una inquieta piedad experimenta,
De amor más dulce dulce precursora;
Crece la oculta llama, más violenta

Cuando la causa del ardor se ignora;
Y sin saber que amor ya le domina,
En busca de su amada se encamina.

Guía el amor sus pasos, y ¡qué ciertos
Los pasos siempre son que el amor guía!
Camina alegre, y los vecinos huertos
Con miradas solícitas espía;
Luego le finge engaños encubiertos
Su trémula y bullente fantasía;
En fin, mira á su amada, y se retira,
Y otra vez vuelve, y otra vez la mira.

Mira el desmayo del semblante hermoso,
Y la desgracia en él mira pintada,
Y la centella de su amor piadoso
Ya brota en claras llamas exaltada;
Ya se conoce amante, y victorioso
Amor le hace postrarse ante su amada,
Y del amor brillándole el semblante,
Sólo dijo: «Roselia, soy tu amante.»

Ella, más admirada que amorosa,
La vista en él fijó, cuando Cupido
Un beso imprime en la garganta hermosa,
Que de ligero fuego va embebido;
Torna al labio el carmín, la leve rosa
Á las mustias mejillas; ya encendido
Se le dilata el pecho, y son ya estrellas
Las dos antes nublosas luces bellas.

Venciste, Amor, y en brazos de Himeneo
Roselia con Licón se goza unida.
Vuelan las negras penas al Leteo,
Y alza un ara al amor, do el dios de vida
Ciñe en lazo de rosas por trofeo
Un mundo, y esta letra allí esculpida:

«¡Amor es sólo, oh míseros mortales,
Sólo Amor es remedio á vuestros males!»

MANUEL MARÍA DE ARJONA.

A Delia.

Amor feliz.

Como en serena noche
Su pacífica luz la luna siembra,
Y en sus rayos de plata
Se engalanan los mares y las selvas,
Así, con grato imperio,
En mí tu lumbre deleitosa reina,
Y una llama de vida
Se extiende blandamente por mis venas.
¡Oh! reina eternamente,
Reina en mi pecho, deliciosa Delia,
Eterna como el astro
Que en suavidad imitas y en belleza.
Por fin, amor, un día
Alegres himnos entonar me dieras,
Ya mi votiva tabla
Es justo, Venus, que en tu templo penda;
Porque murió el dominio
Que en mí diste á Dorila, la altanera,
Y en justo desagravio,
por ti herida, he burlado su soberbia.

Gracias á tus halagos
Ya, Delia, he roto tan cruel cadena,
Y tu triunfal carroza
Ha de seguir Dorila prisionera.
Tu carroza triunfante
Con que la diosa tus piedades premia
Y en que sus blancos cisnes
Te elevarán brillando por la esfera.
En tu sublime vuelo
Mi adoración recibes, y halagüeña
Á inundarme desciendes
En las delicias que tu carro anegan.
Y entre tantos favores,
Divina ante mis ojos te presentas:
Así á la cipria diosa
Amado el padre veneró de Eneas.
¡Ay Delia! sin el fuego
Que á los amantes tristes atormenta,
Ardo, y mi ardor mitigas
En un torrente cándido de néctar.
Tu amor me es más süave
Que lenta lluvia á la abrasada tierra,
Y que el mar, cuando manso
Bate plácidamente las riberas;
Que el aire que entre flores
Con mil lascivos giros juguetea,
Y arroyuelo que limpio
Al brillo de la aurora reverbera.
¡Oh! ¡cuán tranquilamente,
Diosa mía, mi espíritu enajenas,
Y el enojo me infundes
De cuanto bien el universo alberga!
El dios que en blanco cisne
Por el amor se transformó de Leda,
Sus gozos cambïara

Por mí, cuando tus brazos me rodean.
  Á envidia entonces muevo
Á los hombres, los brutos y las piedras,
Y el dios de los amores,
Viéndome, á Pafos envidioso vuela.
  En invictos espacios
Mi alma se pierde, de delicias ebria,
Y al ver que Delia es mía,
De mí me olvido, y de la misma Delia.

MANUEL MARÍA DE ARJONA.

Adán y Eva en el Paraíso.

(La Inocencia perdida.)

No en tierno brillo la rosada aurora
De oriambar pintando el vago cielo,
Alza el cabello de la mar sonora,
Lloviendo perlas al florido suelo;
Ni de gualda y carmín Iris colora
En ledos visos el nubloso velo,
Cual á los ojos se presenta hermosa
Del feliz hombre la feliz esposa.

Nudo en ambos el cuerpo, mas celado
En dulce lumbre de inocencia pura,
Cual Febo en vivas ráfagas velado
En su esplendor esconde su figura.
No allí, bastarda herencia del pecado,
Rudas vestes cubrieron la alta hechura,

Do hiciera entre sus obras larga muestra
De su inmensa beldad la eterna diestra.

Mas ¿qué lengua, almo Dios, habrá que baste
Del espíritu á hablar, del sacro aliento
Que del seno eternal fuera lanzaste
Encendiendo en su frente el pensamiento?
Espíritu divino, tú inflamaste
Del sabio rey el misterioso acento,
Que, inspirado por ti, del alma santa
El dulce amor y la belleza canta....

Los dos lazados en sabroso nudo
Pisaban inexpertos los verjeles
Del aromoso Edén. So el pie desnudo
De Adán se elevan súbito claveles;
Do fija Eva sus plantas, el menudo
Césped brota azucenas; en pos fieles
Le dan aves y fieras vasallaje.
¡Padres felices de infeliz linaje!

Alza la vista Adán: por la ancha esfera,
Morada inmensa de la luz del día,
Ve al sol nadar en luz, y en su carrera
Llover vida á los seres y alegría.
El frutecido suelo considera,
Del mar bullente la tenaz porfía
Por asaltar la tierra; y dueño solo
Se ve de Cinosura al otro polo.

Las tiernas flores de la frente ufano
Desciñe Febo al estrellado Toro,
Y mezcla en la Balanza el rubio grano,
De la Doncella alígera tesoro.
Sube al fogoso carro, y de su mano,
Desparce rosas entre espigas de oro,
Y embalsamando el céfiro de aromas,

Racimos llueve y olorosas pomas.

Ve el universo Adán, ve su morada,
Y queda inmóvil, cual del suelo pario
Brilla en real jardín piedra animada
Por mano de famoso estatüario.
Eva lo ve, y examinar le agrada
Las varias plantas, el esmalte vario
Que en colgantes sus flores eslabona,
Y entolda el prado y el pensil corona.

Mueve el pie terso hacia el nevado río,
Que por cauce de lirios resbalando,
Aquí el jazmín retrata, allá sombrío
Mecido el olmo por el aire blando:
Alzan las crestas sobre el lecho frío
De argentados vivientes mudo bando,
Por ver á su señora, y ella en paga
Los lleva á su regazo y los halaga.

Tal vez se llega quedo á la onda pura
Por saber lo que guarda el hondo seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno.
Ya en la frente del toro con blandura
La palma asienta, ya en el hosque ameno
Párase á oír la alondra, que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posa.

En medio el Paraíso su guirnalda
Sobre palma y ciprés coposo extiende
Árbol bello, que en ramos de esmeralda
Lucientes pomas de carmín suspende.
Árbol funesto, á cuya umbrosa espalda
Blandida al aire su guadaña tiende
La hambrienta Parca, por fatal tributo
De quien gustare el engañoso fruto.

Eva lo entrevé y tiembla, ni se atreve
Á adelantar la temerosa planta:
Alza los ojos paso, y ya la mueve
Curiosidad de ver belleza tanta.
Late el pecho anheloso, y lanza breve
El mal cogido aliento: ya adelanta
El pie... infeliz ¡ay! huye; muerte, muerte
El tronco infausto de sus ramos vierte.

Llega al árbol fatal..Profeta santo,
Dame lágrimas: ¡ay! tu lloro triste
Me da, y el verso do con débil canto
El cautiverio de Sïón gemiste.
¿Podrán cien lenguas el eterno llanto
Decir del universo? Tú me asiste,
Tú esfuerza mi sentir. Llorad, vivientes;
Todos vais á morir, futuras gentes.

FÉLIX JOSÉ REINOSO.

La muerte de Jesús.

¿Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impío bando,
Que eleva contra ti la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado:

Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;
Amor, más poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes, y el león fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aún no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
Á tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:
Al Santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os guía
Y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo,
Su cólera en diluvios descendía,
Y á la maldad que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbre
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cuál clama:
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el Justo, nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga

Por el semblante de Jesús doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.

Vén, ángel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, oh tierra:
Rompe, oh templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... Gemid, humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.

Al sueño.

El himno del desgraciado.

«El grande y el pequeño
Iguales son lo que les dura el sueño.»

Desciende á mí, consolador Morfeo,
Unico dios que imploro,
Antes que muera el esplendor febeo
Sobre las playas del adusto moro.

Y en tu regazo el importuno día

Me encuentre aletargado,
Cuando, triunfante de la niebla umbría,
Asciende al trono del cenit dorado.

Pierda en la noche y pierda en la mañana
Tu calma silenciosa
Aquel feliz, que en lecho de oro y grana
Estrecha al seno la adorada esposa.

Y el que halagado con los dulces dones
De Pluto y de Citeres,
Las que á la tarde fueron ilusiones,
Á la aurora verá ciertos placeres.

No halle jamás la matutina estrella
En tus brazos rendido
Al que bebió en los labios de su bella
El suspiro de amor correspondido.

¡Ah! déjalos que gocen. Tu presencia
No turbe su contento;
Que es perpetua delicia su existencia,
Y un siglo de placer cada momento.

Para ellos nace, el orbe colorando,
La sonrosada aurora,
Y el ave sus amores va cantando,
Y la copia de Abril derrama Flora.

Para ellos tiende su brillante velo
La noche sosegada
Y de trémula luz esmalta el cielo,
Y da al amor la sombra deseada.

Si el tiempo del placer para el dichoso
Huye en veloz carrera,
Une con breve y plácido reposo
Las dichas que ha gozado á las que espera.

Mas ¡ay! á un alma del dolor guarida,

Desciende ya propicio,
Cuanto me quites de la odiosa vida,
Me quitarás de mi inmortal suplicio.

¿De qué me sirve el súbito alborozo
Que á la aurora resuena,
Si al despertar el mundo para el gozo,
Sólo despierto yo para la pena?

¿De qué el ave canora, ó la verdura
Del prado que florece,
Si mis ojos no miran su hermosura,
Y el universo para mí enmudece?

El ámbar de la vega, el blando ruido
Con que el raudal se lanza,
¿Qué son ¡ay! para el triste que ha perdido,
Último bien del hombre, la esperanza?

Girará en vano, cuando el sol se ausente,
La esfera luminosa;
En vano, de almas tiernas confidente,
Los campos bañará la luna hermosa.

Esa blanda tristeza que derrama
Á un pecho enamorado,
Si su tranquila amortiguada llama
Resbala por las faldas del collado,

No es para un corazón de quien ha huido
La ilusión lisonjera,
Cuando pidió, del desengaño herido,
Su triste antorcha á la razón severa.

Corta el hilo á mi acerba desventura,
Oh tú, sueño piadoso,
Que aquellas horas que tu imperio dura,
Se iguala el infeliz con el dichoso.

Ignorada de sí yazca mi mente,
Y muerto mi sentido,
Empapa el ramo, para herir mi frente,
En las tranquilas aguas del olvido.

De la tumba me iguale tu beleño
Á la ceniza yerta,
Sólo ¡ay de mí! que del eterno sueño,
Más felice que yo, nunca despierta.

Ni aviven mi existencia interrumpida
Fantasmas voladores,
Ni los sucesos de mi amarga vida
Con tus pinceles lánguidos colores.

No me acuerdes cruel de mi tormento
La triste imagen fiera,
Bástale su malicia al pensamiento,
Sin darle tú el puñal para que hiera.

Ni me halagues con pérfidos placeres,
Que volarán contigo,
Y el dolor de perderlos cuando huyeres
De atreverme á gozar será el castigo.

Deslízate callado, y encadena
Mi ardiente fantasía,
Que asaz libre será para la pena
Cuando me entregues á la luz del día.

Vén, termina la mísera querella
De un pecho acongojado.
¡Imagen de la muerte! después de ella
Eres el bien mayor del desgraciado.

ALBERTO LISTA.

A Claudio.

El filosofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz, declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan sólo es importuno,
Presumido, embrollón, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Más que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuántas indirectas frases
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidió de almorzar. Cedí al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazón chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
(Á tres pajes habrientos y golosos
Ración cumplida), y en cristal luciente
Agua que serenó barro de Andújar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la poción süave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el dón que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedía,
Del esponjoso pan, de los dorados

Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas
Que por eso calló: diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda!
¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupción!» exclama; y de camino
Dos tortas se tragó. «¡Que á tanto llegue
Nuestra depravación, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
Á la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz, por él Europa,
La culta Europa, en el Oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente;
Y para que más grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir el atezado pueblo
Que en África compró, simple y desnudo.
¡Oh, qué abominación!» Dijo; y llorando
Lágrimas de dolor, se hechó de un golpe
Cuanto en el hondo canjilón quedaba.

Claudio, si tu no lloras, pues la risa
Llanto causa también, de mármol eres;
Que es mucha erudición, celo muy puro,
Mucho prurito de censura estoica
El de mi huésped; y este celo, y esta
Comezón docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Más difíciles somos y atrevidos

Que nuestros padres, más innovadores;
Pero mejores no. Mucha doctrina,
Poca virtud. No hay picarón tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria
En la Puerta del Sol, y allí gobierne
Los estados del mundo, las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Próculo que se viste y calza y come
De calumniar y de mentir, pública
Centones de moral. Nevio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupción de aquí. Zenón, que trata
De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduele
De que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;
Y habla de patriotismo.....Claudio, todos
Predican ya virtud como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora....
¡Dichoso aquel que la practica y calla!

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.

Rodrigo.

Cesa en la octava noche el ronco estruendo
De la sangrienta militar porfía;
El campo todo destrozado ardía
Con llama que descubre estrago horrendo.

Rodrigo, en tanto, su peligro viendo,
Por ignorada senda se desvía,
Y muerto Orelio, entre la sombra fría,
Herido y débil se acelera huyendo.

En vano el Lete con raudal undoso
El paso estorba al príncipe, á quien ciega
De cadena ó suplicio el justo espanto.

Surca las aguas, cede al poderoso
Ímpetu; expira el infeliz, y entrega
El cuerpo al fondo, á la corriente el manto.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.

A don Simón Rodrigo Saso, Rector del Colegio de San Clemente, de Bolonia.

Epístola.

Saso, el instante que llamamos vida
¿Es poco breve, dí, que el hombre deba
Su fin apresurar? Ó los que al mundo
Naturaleza dió males crueles

¿Tan pocos fueron, que el error disculpe
Con que aspiramos á acrecer la suma?

¿Ves afanarse en modos mil, buscando
Riquezas, fama, autoridad y honores,
La humana multitud, ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
Verás que á la Deidad con atrevidos
Votos no canse, y á otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta
De rudos troncos, al robusto alcázar
De los tiranos, donde suena el bronce,
Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso
Todos lo son: que de un afecto en otro,
De una esperanza y otra y mil creídos,
Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.
Así buscando el navegante astuto
La playa austral que en vano solicita,
Si ve, muriendo el sol, nube distante,
Allá dirige las hinchadas lonas.
Su error conoce al fin; pero distingue
Monte de hielo entre la niebla oscura;
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;
Hasta que horrible tempestad le cerca,
Braman las ondas, y aquilón sañudo
El frágil leño en remolinos hunde,
Ó yerto escollo de coral le rompe.

La paz del corazón única y sola
Delicia del mortal, no la consigue,
Sin que el furor de su ambición reprima,
Sin que del vicio la coyunda logre
Intrépido romper. Ni hallarla espere
En la estrechez de sórdida pobreza
Que las pálidas fiebres acompañan,
La desesperación y los delitos,

Ni los metales que á mi rey tributa
Lima opulenta, poseyendo. El vulgo
Vano, sin luz, de la fortuna adora
El ídolo engañoso: la prudente
Moderación es la virtud del sabio.

¡Feliz aquel que en áurea medianía,
Ambos extremos evitando, abraza
Ignorada quietud! Ni el bien ajeno
Su paz turbó, ni de insolente orgullo
Las iras teme, ni el favor procura:
Suena en su labio la verdad, detesta
Al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe,
Y envilecida multitud le adore.
Libre, inocente, oscuro, alegre vive,
Á nadie superior, de nadie esclavo.

Pero ¿cuál frenesí la mente ocupa
Del hombre, y llena su existencia breve
De angustias y dolor? Tú, si en las horas
De largo estudio el corazón humano
Supiste conocer, ó en los famosos
Palacios donde la opulencia habita,
La astucia y corrupción, ¿hallaste alguno
De los que el aura del favor sustenta,
Y martiriza áspera sed de imperio,
Que un placer guste, que una vez descanse?
¡Y cómo burla su esperanza, y postra
La suerte su ambición! Los sube en alto,
Para que al suelo con mayor rüina
Se precipiten. Como en noche oscura
Centella artificial los aires rompe:
La plebe admira el esplendor mentido,
De su rápida luz; retumba y muere.

¿Ves adornado con diamantes y oro,

De vestiduras séricas cubierto,
Y púrpuras del sur que arrastra y pisa,
Al poderoso audaz? ¿La numerosa
Turba no ves, que le saluda humilde,
Ocupando los pórticos sonoros
De la fábrica inmensa, que olvidado
De morir, ya decrépito levanta?
¡Ay! No le envidies, que en su pecho anidan
Tristes afanes. La brillante pompa,
Esclavitud magnífica, los humos
De adulación servil, las militares
Puntas que en torno á defenderle asisten,
Ni los tesoros que avariento oculta,
Ni cien provincias á su ley sujetas,
Alivio le darán. Y en vano al sueño
Invoca en pavorosa y luenga noche;
Busca reposo en vano, y por las altas
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.
¡Oh tú, del Arlas vagaroso humilde
Orilla, rica de la mies de Ceres,
De pámpanos y olivos! ¡Verde prado,
Que pasta mudo el ganadillo errrante;
Áspero monte, opaca selva y fría!
¿Cuándo será que habitador dichoso
De cómodo, rural, pequeño albergue,
Templo de la Amistad y de las Musas,
Al cielo grato y á los hombres, vea
En deliciosa paz los años míos
Volar fugaces? Parca mésa, ameno
Jardín, de frutos abundante y flores,
Que yo cultivaré; sonoras aguas
Que de la altura al valle se deslicen
Y lentas formen transparente lago
Á los cisnes de Venus; escondida
Gruta, de musgo y de laurel cubierta;

Aves canoras revolando alegres
Y libres como yo; rumor süave
Que en torno zumbe del panal hibleo,
Y leves auras espirando olores:
Esto á mi corazón le basta, y cuando
Llegue el silencio de la noche eterna,
Descansaré, sombra feliz, si algunas
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.

A Nisida.

¿Ves cuán acelerados,
Nísida, corren á su fin los días?
¿Y los tiempos pasados,
Cuando joven reías,
Ves que no vuelven, y en amar porfías?

Huyó la delicada
Tez, y el color purísimo de rosa,
La voz y la preciada
Melena de oro undosa:
Todo la edad se lo llevó envidiosa.

¡Ay, Nísida! ¿y procuras
Ver á tus pies un amador constante?
¿Y de otras hermosuras
El divino semblante
Censuras ó desprecias arrogante?

En vano es el adorno
Artificioso, y la oriental riqueza

Que repartida en torno
Corona tu cabeza,
Si falta juventud, gracia y belleza.

Ni digas indignada
Que es indomable corazón el mío,
Do amor no hizo morada,
Si á tus halagos frío
Del ruego que me cansa me desvío.

Que Cupidillo ciego,
Hijo de Venus, fiero me encadena:
Isaura, con el fuego
De su vista serena,
Todo me abrasa en agradable pena.

Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña,
América triunfante
Con una y otra hazaña,
Y el muro de Magón abierto á España.

Amor las cuerdas de oro
Me dió y el plectro, porque cante en ellas
Á la que firme adoro
Dulcísimas querellas,
Su espíritu gentil, sus formas bellas.

¡Qué amable, si el oído
Presta suspensa á mi pasión doliente!
¡Ó el beso apetecido
Evita brevemente
El labio muy hermoso y elocuente!

¡Ay! si benigno un día
(Tú lo puedes hacer, madre de amores)

Cede la ninfa mía
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto y flores.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.

Elegía á las Musas.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro,
Y máscaras alegres, que algún día
Me disteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya cómo la edad ligera,
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al numen.
Sé que negáis vuestro favor divino
Á la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero, en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
No me neguéis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un día,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fué dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
Á prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente,
Vano saber, enconos y venganzas,

Codicia y ambición, la patria mía
Abandonaron á civil discordia.

Yo vi del polvo levantarse audaces
Á dominar y perecer, tiranos;
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Vi las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Ímpetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
Á las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desorden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tibre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia
Que al vicario de Cristo da sepulcro.
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad; bramó iracundo
El huracán, y arrebató á los campos
Su fruto, su matiz; la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos;
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas;
No más trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo

Sólo en región extraña el oprimido
Ánimo hallar dulce descanso y vida.

Breve será, que ya la tumba aguarda,
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
Á mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella... Prevenid, en tanto,
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.

Una noche de broma.

Sepa el curioso lector
Que el señor don Nicolás
Tolentino Gil García
Es un señor muy formal.
Item más: es contador,
Y lo era treinta años há,
De un conde... de no sé cuántos,
Que nunca supo contar.
Item más: ama en extremo
Á Inés, su dulce mitad,

Aunque ésta tiene un compadre
Con el item de galán.
  Item más: su dulce Inés
Manda al buen don Nicolás,
Y él dice: en eso consiste
La ventura conyugal.
  La casa de Su Excelencia
Me toca á mí manejar,
Y ella maneja la mía:
No hay cosa más natural.
  ¡Oh! y ella sabe de cuentas,
Y es mucha su habilidad
En las reglas, sobre todo,
De dividir y restar.
  Item más: don Tolentino
Tiene diez vástagos ya;
Sí, señor; que también sabe
Su esposa multiplicar.
  Item más: tiene un sobrino
Que come como un gañán;
Item más: una cuñada....
¡Este sí que es item más!
  Item: la contaduría
Da á toda esta gente pan,
Porque en la partida *doble,*
Es ducho don Nicolás.
  Ayer, que fué su cumpleaños,
Y en esto no hay que admirar,
Porque hay contador de grande
Que es casi una eternidad,
  Con danza y broma nocturna
Lo quiso solemnizar,
Y convidó á sus amigos
Y á toda la vecindad.
  Yo vivo en en el cuarto bajo,

Y él habita el principal,
Y fuí, por tanto, admitido
En su amable sociedad.
  Dos docenas de mozuelas
Deseosas de bailar,
Unas codiciando amante,
Y otras por tenerlo ya:
  Otros tantos señoritos
Que con talante marcial,
Por no hallar sillas vacantes
Iban de acá para allá:
  Las madres en el brasero
Hablando del temporal,
De tenderos y criadas
Ó de alguna enfermedad:
  Cuatro viejos que bostezan,
Y engolfados acullá
Otros cuatro en el tresillo
Regañando por un real:
  Los diez vástagos citados,
De trece años el que más,
Y otros seis de los vecinos
Armando un ruido infernal:
  Hé aquí, bien numerada,
La concurrencia.... Item más:
El compadre de Inesita,
Que se me olvidaba ya.
  Debiendo advertir que un decem—
viro de menor edad
De los ya citados,—y era
El más grato á la mamá;—
  Digo que un rapaz de aquellos
¡Notable casualidad!
Se parecía al compadre
Del señor don Nicolás.

Más de una hora pasó
Celebrando cada cual
Los hechizos infantiles
Del consabido rapaz.
¡Con qué gracia el angelito
Gritaba, comía pan!
Á uno le pedía cuartos,
Á otro le ensuciaba el frac...
Hizo treguas un momento,
Cansado ya de jugar,
Mientras todos celebraban
Su viveza natural.
—Vaya, haz algo, no te duermas,
Vaya, luego dormirás;—
Le decía doña Inés
Con ternura maternal.
¿Y qué hace entonces Carlitos?
Levanta la mano y ¡zas!
Sacude una bofetada
Á su hermanito carnal.
El pobre Juan....,ya se ve,
Coge y échase á llorar,
Y su madre le regaña;
¿Y qué ha de hacer? Llora más.
—¡Calla, mal criado! ¡Bruto! —
—¡Si me duele! Voto á san....
—¡Calla! ¡Vete! ¡Lucifer!....
Este hijo me va á matar.—
En fin, sobre el bofetón
Llevó su azotaina Juan...
¡Y era un sol el pobrecillo!
¡Y parecido á papá!
Al cabo de media hora
Se restableció la paz,
Y otra media se pasó

En mirarnos y callar.
¿Cuándo se baila, señores?
Dije yo. ¡Fatalidad!
Los músicos no vinieron.
Aún faltaba este item más.
Una guitarra con muermo
Lo pudo al fin remediar,
Y se bailó un rigodón
Con harta dificultad.
Quiso obsequiarme Inesita
Dándome para bailar
Una intendenta honoraria
Con más años que el Corán.
Y aun pensó hacerme Inesita
Una gracia singular,
Que la intendenta era allí
La primera autoridad.
Un zángano de treinta años,
Entre mico y sacristán,
Bailó luego la gavota
Con una niña, y muy mal.
Pero como así lo mandan
Las leyes de urbanidad,
Fuí cómplice á mi despecho
Del aplauso universal.
—Que cante ahora Luisita.—
—¡No, no! Me voy á cortar.—
—¡Que cante!—¡Si estoy tan ronca!—
—¡La modestia!—No, no tal—
—Una coplita del *Chairo*
Te acompañará don Blas.—
—Con mucho gusto.—No, no:
La guitarra está fatal.—
—¡Con una voz tan bonita!—
—¡Que no! Otro día será.—

—¡Vaya! Una copla siquiera:
¿Nos quiere usted dejar mal?—
—Bien: ya que ustedes lo exigen....
Pero ¡si no sé cantar!—
—¡Señorita, por favor!—
—¡Señorita, por piedad!—
—Yo sólo sé cantar arias.—
—Y yo las sé acompañar.—
—No hay excusa.—¡Qué porfía!
¡Si luego se burlarán....
Yo no sé si estoy en voz.—
—Pruébela usted con don Blas.—
—Bien: hablen ustedes fuerte;
No me oigan talarear.—
Después de veinte minutos
De probar el *mi* y el *la*,
Y de templar la guitarra,
Y de volverla á templar,
Impone don Blas silencio
Á toda la sociedad;
Se suena Luisita, tose,
Y decídese á cantar.
Mas con labio balbuciente
Y enredando con el chal,
Apenas ahulló el andante
De *una voce poco fa*
No hubo fuerzas que la hicieran
Hasta el alegro avanzar.
—Me da vergüenza, no puedo;
¡Ba! no hay que cansarse; ¡ba!—
En esto dieron las doce,
Y empezó el ceremonial
De despedidas y besos,
Y lo de *esta casa está*....
Yo que no era de los que....

Se quedaban á cenar,
Sin decir Dios guarde á ustedes
Di á correr hasta el zaguán;
Y tal estoy de la broma,
Que antes me dejo empalar
Que otra vez ser convidado
De ningún don Nicolás.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

Emilia.

(Fragmentos).

La espléndida opulencia había prestado
Al gusto delicado
De sus preciosos dones el tesoro,
Y el Buen-Gusto con mano primorosa,
Ornó la habitación de Emilia hermosa,
La elegancia enlazando al real decoro.
Consolidaban mármoles lustrosos
Del pórtico sonoro el pavimento,
Del que empezaba, en fácil incremento,
Á elevarse la bella gradería,
Que de pintados jaspes matizada,
Por entre la luciente balaustrada
Á la estancia de Emilia conducía.
Con sonido halagüeño
La bóveda en lo alto repetía
La voz del que venía
Á demandar por el hermoso dueño;

De cuya ingratitud ¡cuántos suspiros
De enamorados pechos
Andan vagando en tortüosos giros
Y revolando por los altos techos!
No á mí el amor, que con cruel cadena
Ya me ligó de otra deidad al ara,
Me condujo de Emilia á los umbrales;
Sino el deseo de templar mi pena,
Contemplando la estancia hermosa y rara,
Y del dueño las prendas naturales;
Los deseos sociales
Con amistosas alas
De grada en grada fuéronme elevando,
Y por los tersos jaspes resbalando,
Vine á espaciarme en las soberbias salas.
Con tacto fino, en ornamento de ellas,
Había expendido en forma soberana
El noble gusto de las artes bellas
Los ricos frutos de la industria humana;
En graciosos filetes extendido
El dón luciente de la mina indiana,
Daba brillo, y no peso, á las labores
De frisos y cornisas,
Que elaboró el cincel de los amores,
Jugando entre las gracias y las risas.

Y tu pincel también, rival dichosa
De la naturaleza en su hermosura;
Tú, que á los ojos hablas, ¡oh Pintura!
Con mágico pincel robaste al Mayo
Los nativos colores
Que ostentan al salir las bellas flores
Del nocturno desmayo
Con el calor del matutino rayo.
Á cuya reünión armonïosa

La superficie muda y uniforme
De las murallas, su nivel perdiendo,
Campo dilatadísimo y enorme
Despliegan á la vista, que reposa,
Ya en amena campiña, ya en horrendo
Bosque sombrío, ya en humilde choza,
Ya en apartada villa que se emboza
Allá entre pardas nubes y entre engaños,
Ya en bajo valle, dulce á los rebaños,
Ya en alto monte, del Olimpo apoyo,
Ya en quieto lago, ya en saltante arroyo.
Así el enlace de las varias tintas
Escenas presta de ilusión distintas,
Y del hombre la imagen las releva,
Dando interés más noble á su hermosura.

Que si el pincel, del mar la gran llanura
Á confundir con la del cielo lleva,
Nublando al fondo las salobres salas,
Donde ostentan su imperio en crueldades
Los aquilones, que en sus raudas alas
Suspenden las sonoras tempestades;
También grato el pincel luego declina
Á bosquejar la plácida marina,
Do las olas serenas
Parece que en las mórbidas arenas
Se abandonan con dulce movimiento
Á descansar del ímpetu del viento.
¡Con qué gratos colores,
Con qué apacibles rasgos representa
La pobre gente que la mar sustenta!
Y en los necesitados pescadores
Esperanzas sencillas,
En pechos sin dobleces,
Llena de gozo el alma, y las barquillas

De los brillantes y escamosos peces;
Y allí el sensible espectador advierte
La bien lograda y bien dichosa suerte
De aquel que por vivir sólo abandona
Á la mar una red ó un triste cebo,
Y el que en medio del piélago ambiciona,
Á costa de su vida, un mundo nuevo.

Ufano el arte, y con desdén del suelo,
Allí alza un monte, y por su verde espalda
Cuantas floridas galas de la falda
De Flora se desprenden, al anhelo
De la naciente y libre primavera,
Tantas ostenta ufano en su ladera,
Tantas levanta con su cumbre al cielo.
Creyerais ver trepando los arbustos
Por la pendiente cima; en una parte,
Desde un bosque de mirtos y laureles,
Parece que el Amor brinda sus gustos
Á los hijos de Marte,
Y á la sombra de rústicos doseles,
Á abandonar humano les convida
Su horrenda suerte por tan dulce vida;
Más allá se amontonan más robustos,
En selva umbría, el álamo frondoso,
El pino erguido, el olmo desdeñoso,
Con frente ufana huyendo de los lazos
De la hiedra infeliz, siempre lasciva;
Todos, uniendo sus flexibles brazos,
Forman la verde bóveda, sonora
Al impulso del aura fugitiva;
Y eternamente entre sus senos mora
Sombra, silencio, amores y frescura.
Y tú también, genial melancolía,
Sentimental placer de una alma pura,

Madre del genio, y más hermosa al sabio,
Que de los cortesanos la alegría,
Seca en el corazón, falsa en el labio.

Tal se ostenta al ocaso esta montaña;
Mas por aquella faz que dora y baña
Aún con tímida luz el sol naciente,
Espectáculo hermoso y diferente
Los ojos pasma, y suntüoso exalta
La admiración; creyerais que de la alta
Cima, que en punta se avecina al cielo,
Y que detiene al águila en su vuelo,
Un raudal, un torrente, un mar de espuma
Se arroja, y vastamente se derrama
Por la fragosa sierra, á quien abruma,
Y que al azote de las aguas brama;
La rauda inundación al monte envuelve,
Al paso que se ensancha hacia la tierra;
Ya en brillante cascada se revuelve
Por un lecho de rocas; si le cierra
El paso áspero risco que descuella,
Allí se remolina, allí se estrella,
Y allí espumando y borbollando salta,
Y en diamantes sin fin el aire esmalta,
Y vencedora al valle se derrumba,
Y al fondo el monte herido al són retumba;
Mas apenas venció la hinchada espalda
Del orgulloso Atlante, y á su falda
Le recibe la humilde y mansa vega,
Ved cómo el agua brava se sosiega,
Y en plateados ríos dividida,
Con resbalosa huida
Por los floridos céspedes circula;
Y con tan insensible movimiento
Y tal silencio undula,

Que parece que duerme, y va con tiento,
Al repartir graciosa sus favores,
De no doblar los tallos de las flores;
Y haciendo el bien sin fausto y sin orgullo,
Que ni al favorecido el dón humilla,
Ni publica el favor con el murmullo,
En sus cristales retratado brilla
De la beneficencia el dulce encanto,
Que tú conoces, tierna Emilia, tanto.

. . . . . .

Movamos, pues, la planta; libertemos
Los ojos, si es posible, del hechizo
En que las bellas Artes los cautivan;
De Emilia al gabinete penetremos.
Aquel es el umbral. Pero ¿qué pasmo
Me encadena de nuevo? Mi entusiasmo
¿Dónde hallará palabras? Dos objetos
De ilusión, sí que de materia... el hombre,
Si nunca en vida conocerlos cupo,
¿De cuál modelo ¡oh Dios! sacarlos supo?
Dos seres del Olimpo, que naciendo
Divinos de la griega fantasía,
Su presencia inspiró la idolatría;
¿Y cómo ha de negársela el que mira,
De un lado una apariencia más hermosa
Que el sexo seductor por quien suspira;
Y la imagen del hombre, victoriosa
De los humanos males,
Del otro lado, en perfección iguales?

Desnuda ofrece aquélla la belleza
De cuanto en femenil forma adoramos:
Éste aquella grandiosa gentileza
Que sólo á los sublimes héroes damos;
Ella, como conoce que los ojos

Del universo entero la devoran,
Y unos la envidian y otros la enamoran,
Muestra como que tímida procura
Cubrir su desnudez con su hermosura.
Bien la actitud lo indica
De sus dos manos bellas,
Pues mientras una de ellas
Afectüosa al blanco seno aplica
Que algún suspiro de deleite abulta,
Abandonando el brazo,
Con la otra el dulcísimo regazo
Modestamente en apariencia oculta,
Prestando así, con tímido recreo,
Un asilo al pudor y otro al deseo.

El ente varonil, la faz sublime
Imperturbable, impávida levanta;
El cerco de fortuna opreso gime
Bajo su altiva planta;
Revuélvense á sus pies bienes y males,
Sin que se imprima en su sereno gesto
Flaca tristeza ó alegría insana;
Complacido en vestir formas mortales
Para divinizar la especie humana;
Y el choque de los hados turbulentos
Contemplando con ojos de victoria,
Mira en el sol el carro de su triunfo,
Mira en el cielo el campo de su gloria.

Bellos seres, ¿quién sois? ¿Acaso el fuego
De mi entusiasmo imágenes aborta,
Ó algún florido sueño me transporta
Á la brillante edad del culto griego?
Y tú, portento amable de belleza,
¿Es sólo tu existencia en mi deseo?
Ó si á mis ojos creo,

Que están viendo latir tu pecho blando,
Déjame ver de qué naturaleza
Es esa encarnación mórbida y vaga,
Que me parece estarse recreando
En la impresión del aire que la halaga;
¡Ay! presta que el sentido satisfaga
Tanta curiosidad; ni te sonroses,
Esquiva de mi incienso á las primicias,
Por complacerte sólo en las caricias
Y en las delicias de los altos dioses.

. . . . . .

Era Emilia feliz; mas condolida,
De otros mil infelices vió la suerte,
Que desde los umbrales de la vida
Por sendas de aflicción van á la muerte;
Entre ellos cautivando sus cuidados
Los que por ley severa é importuna
Son del materno seno arrebatados
Á lamentarse en extranjera cuna;
Que, naciendo entre el susto y la congoja,
Sólo un furtivo beso de su madre
Los inocentes labios recibieron,
Que desde entonces ya jamás se abrieron
El dulce nombre á proferir de padre:
Frutos tal vez de la pasión más tierna,
Que honor sepulta en orfandad eterna.

Sensible Emilia, y de piedad colmada,
Sus pasos guía al ominoso techo
Bajo el cual tanta mísera inocencia,
En groseros cendales abrigada,
Con el licor de mercenario pecho
Entretiene la débil existencia.
Llega, y su corazón y sus oídos
Lastiman los gemidos

De la mal socorrida
Necesidad primera de la vida;
Que si entonces se explica querellosa,
En la edad varonil, más imperiosa,
Al pecho que atormenta, en altos gritos
Ordena la inclemencia y los delitos.
Próvida entonces rescatar procura
Del mal presente y la maldad futura
Parte de aquellos seres desgraciados;
Y en lágrimas sus ojos arrasados,
Al mundo, que en su acción resplandecía,
Y al cielo, que admirado la veía,
De una mirada hicieron manifiesto
Su afán por no poder salvar el resto.

Y como si en jardín de avaro dueño,
Que entre sus flores vive aprisionado,
Dama gentil se asoma, de halagüeño
Mirar, que con su ruego y con su agrado
Del severo guardián desarma el ceño;
Que entra alegre y se arroja, y el nevado
Pecho reclina al suelo, y las hermosas
Manos perdidas vagan por las rosas;
Y escogiendo fragancia y colorido
En tantas flores, párase indecisa;
Mas codiciosa del botín florido,
Son su despojo al fin cuantas divisa;
Hasta que expira el plazo concedido,
Que involuntario el pie mueve remisa,
Pareciéndole, al paso que se aleja,
Flores más lindas las que atrás se deja;
Así vacila Emilia, así recorre
Con tierno afán el cándido tesoro,
Y á una inocente risa allí socorre,
Y allí se acerca á un infantino lloro;

Mas la hermosura ejerce sus derechos,
Y entre huérfanos mil sus ojos fijos,
En los más bellos encontró sus hijos.
Álzalos ella de la humilde cuna
Á sus maternos brazos: los fomenta
Con cariñosos besos; una á una
Repasando sus gracias, apacienta
Los compasivos ojos; anhelante
Quiere partir con la inocente carga,
Mas la detiene la querella amarga
De los que deja en triste desamparo,
Pobres y exentos de esperanza alguna.
¡Emilia! ¡oh de piedad ejemplo raro!
Tú en aquel duro instante
Los límites mediste á tu fortuna,
Y viendo no bastaba á tanto amparo,
De la riqueza la ambición dorada
Clavó en tu pecho la primer punzada.

Parte, en fin, la sensible bienhechora
Del triste umbral que á su partida gime,
Y de aquella orfandad menesterosa
El enjambre de hijuelos que redime
La sigue vacilante; así á la hermosa
Venus naciente de la azul campaña,
El séquito de amores acompaña.

JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

Poética.

(Fragmentos).

Gratas, vivas, alegres y ligeras,
Del Pindo las divinas moradoras
Con vario són las cítaras parleras
Pulsan, para endulzar las tardas horas.
Desprecian como poco placenteras
Voces sin variedad, aunque sonoras,
Y arrojan de sus cumbres al que agreste
De modular descuida el dón celeste.

Mas número y medida no es bastante
Para que halle deleite el alma mía;
Preciso es que además tu voz me cante
En rotunda dulcísima armonía.
La armonía es la suave, la brillante
Combinación de fuerza y melodía,
De calma y rapidez, que arte secreta
Revela en los sonidos al poeta.

Usa bella dicción, melosa, pura,
Si aspiras de este adorno á la excelencia.
Suavice blanda sílaba la dura,
Y grave entonación leve cadencia.
El vuelo de la voz que se apresura
Templa con tarda voz, y la frecuencia
De la aspereza evita, que al tesoro
Legó de nuestra lengua el bronco moro.

Redondea elegante los periodos,
Y los liga entre sí con arte grato.
Ni de igual dimensión los hagas todos:
Su irregularidad es un ornato.
Á los fuertes sucedan suaves modos;
La humilde sencillez al aparato,

Y de la estrofa en el final me ofrece
El rasgo que más bello resplandece.

De esta manera el músico entendido
Que el secreto estudió de la armonía,
Para endulzar y subyugar mi oído
Los tonos y las cláusulas varía.
Tras el fuerte me da muelle sonido,
Los combina sonoro, y con maestría
Me prodiga en magníficos finales
De su canora vena los raudales.

Si poesía imita portentosa,
Colorido á su voz y bulto dando;
Sabe imitar también artificiosa,
El valor del sonido combinando.
¿Quiere cantar la linfa vagarosa?
Como ella se desliza murmurando;
Y si á pintar el cefirillo aspira,
Blanda como él y plácida suspira.

Cuando abriendo las lóbregas mansiones
Nos presenta de Sísifo el tormento,
Tarda sílaba escoge, tardos sones,
Y frase de pesado movimiento.
Mas ¡cuál deja las lentas expresiones,
Si, el vigor recobrando, en ella siento
El mar que brama, el aquilón que zumba,
Y el trueno cuando horrísono retumba!
. . . . . .

Como el ave impetuosa del tonante,
Rayo precipitado, hiende el viento,
Mide el espacio atónito, y triunfante
Señorea el inmenso firmamento;
Así la oda, intrépida, brillante,
Ardiendo en orgulloso atrevimiento,
Rompe fogosa el ambicioso vuelo,

Y en su elación sublime toca al cielo.

Lanza, estrecha cien carros voladores
En torno de la meta polvorosa,
Abre audaz, en sibílicos furores,
Del destino la puerta tenebrosa.
Sangre, desolación, odios, rencores,
Sopla en los escuadrones, y animosa,
Del Trace la potencia, con espanto,
En las ondas abisma de Lepanto.

Por su celeste fuego arrebatado,
No es un hombre el poeta que corona:
Es Febo, que del trípode sagrado
Maravillas armónico pregona.
Si grata ordena el vuelo acelerado,
Mejor la voz, que en su delirio entona,
En pos de objetos mil vaga se enciende,
Y con bello desorden nos sorprende.

Pero no siempre el arco está tendido:
Templa también la oda el són canoro.
Vuela al gozoso Pafos, vuela á Gnido,
Sonríe al Ciego y de la Cipria al coro:
Inspira al viejo Teyo, que encendido
Canta el néctar que salta en copas de oro,
Un tierno afán, los juveniles fuegos,
Los besos y las risas y los juegos.

. . . . . .

¿Podré olvidar en las lecciones mías
Del nativo romance el dulce canto?
¡Cuántos lauros recuerda y bizarrías,
Cuánto amor, cuánta fe, recuerdo cuánto!
Dice la plebe en él sus alegrías,
Y exhala de sus penas el quebranto.
Canción patria, al humilde, al poderoso,
Á sabios é ignorantes es sabroso.

Austero y noble, aunque en sencillos sones,
Rival en otro tiempo de la historia,
Celebraba los ínclitos varones
Y de famosos hechos la memoria.
Pero los héroes luego y sus acciones
Dejando, abrirse supo nueva gloria,
Su dominio extendiendo paso á paso
En el inmenso campo del Parnaso.

Hoy, cuanto fácil musa cantar sabe,
Tanto admite su forma placentera:
El retirado campo, el amor suave,
El gozo, la querella lastimera;
Ya entona de Belona el clarín grave,
Ya el eco de la epístola severa,
Bien con ligera voz juega festivo,
Ó de sátira ensaya el dardo vivo.

Más aunque haya las alas desplegado,
De su sencilla cuna no se olvida,
Y siempre comedido y sosegado,
Ésle toda altivez desconocida.
Simple, aunque noblemente ataviado,
Grato como su plácida medida,
Corre cual linfa pura que la vega
Entre modestas flores mansa riega.

MANUEL NORBERTO PÈREZ DE CAMINO.

Epístola al Duque de Frías con motivo de la muerte de su esposa.

Desde las tristes márgenes del Sena,
Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
De nieve el suelo, y de tristeza el alma,
Salud te envía tu infeliz amigo,
Á ti más infeliz!... y ni le arredra
El temor de tocar la cruda llaga,
Que aún brota sangre, y de mirar tus ojos
Bañarse en nuevas lágrimas... ¿Qué fuera
Si no llorara el hombre?... Yo mil veces
He bendecido á Dios, que nos dió el llanto
Para aliviar el corazón, cual vemos
Calmar la lluvia al mar tempestüoso.

Llora, pues, llora; otros amigos fieles,
De más saber y de mayor ventura,
De la estoica virtud en tus oídos
Harán sonar la voz; yo que en el mundo
Del cáliz de amargura una vez y otra
Apuré hasta las heces, no hallé nunca
Más alivio al dolor que el dolor mismo;
Hasta que ya cansada, sin aliento,
Luchando el alma y reluchando en vano,
Bajo el inmenso peso se rendía....

¿Lo creerás, caro amigo?..Llega un tiempo
En que gastados del dolor los filos,
Ese afán, esa angustia, esa congoja,
Truécanse al fin en plácida tristeza;
Y en ella absorta, embebecida el alma,
Repliégase en sí misma silenciosa,
Y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea; y yo otras veces

Lo dudé como tú; juzgaba eterna
Mi profunda aflicción, y grave insulto
Anunciarme que un tiempo fin tendría....
Y le tuvo: de Dios á los mortales
Es esta otra merced; que así tan sólo,
Entre tantas desdichas y miserias,
Sufrir pudieran la cansada vida.

Espera, pues: da crédito á mis voces,
Y fíate de mí..¿Quién en el mundo
Compró tan caro el triste privilegio
De hablar de la desdicha? En tantos años,
¿Viste un día siquiera, un solo día,
En que no me mirases vil juguete
De un destino fatal, cual débil rama
Que el huracán arranca, y por los aires
La remonta un instante, y contra el suelo
La arroja luego y la revuelca impío?....

Lo sé: contra los golpes de la suerte,
Cuando sólo en nosotros los descarga,
El firme corazón opone escudo;
Mas no acontece así... ¿Y acaso piensas
Que no he perdido nunca á quien amaba
Más que á mi propia vida?....Si un momento
Te da tregua el dolor, vuelve los ojos
Á un huérfano infeliz, enfermo, triste,
Solo en el mundo, sin tener ya apenas
Á quién llorar..que á todos en la tumba
Unos tras otros los hundió la muerte.

En la misma estación (¿ves? tu desgracia
Ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)
Perdí una madre tierna, idolatrada,
Mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas
Mi triste padre descendió á la tumba;
Y abrazados bajaron, de consuno

Pronunciando mi nombre, que á lo lejos
Sonó en mi corazón, no en mis oídos....
Corrí, volé, llegué; mas ya fué en vano;
La fatal losa á entrambos cobijaba;
Y para colmo de pesar y angustia,
Aun encontré la tierra removida!

Tú has hallado, si es dable, más consuelos
En tu grave aflicción... Aunque rebelde
Se vuelva contra mí tu pena misma,
Por fuerza has de escuchar mi voz severa,
Que no aduló jamás á la fortuna,
Ni ahora adula al dolor.—Tú en tu desgracia
Hallaste mil consuelos, que la suerte
Cruelmente me negó: viste á tu esposa
Y la cuidaste en su dolencia extrema;
Tú recibiste su postrer suspiro;
Tú estrechaste su mano; tú la viste
Tender á ti los brazos, y cual prenda
En los tuyos dejar su amada hija....

Pero yo propio, sin querer, ahondo
El puñal en tu pecho, renovando
Ante tu vista la funesta imagen
De la noche fatal, en que aún luchaba
La vida con la muerte... Ya sus penas
Para siempre acabaron: ella misma,
Vueltos al cielo los piadosos ojos,
Se lo rogó en su angustia; y la esperanza
Brilló, al morir, en su serena frente.

¡Oh, si nos fuera dado del sepulcro
Penetrar los arcanos!... ¡Cuántas veces
Nuestro acerbo dolor se templaría!
En este mismo instante, en que lamentas
De tu mísera esposa el fatal hado,
¿Quién te ha dicho, infeliz, que más dichosa

No esté gozando de eternal ventura?
¡Callas, y sobre el pecho la cabeza
Dejas caer!... No calles, no; responde:
Sondea, si te atreves, el abismo
Que de tu amada esposa te separa;
Cruza la eternidad, y luego díme
En dónde está, si es mísera ó dichosa,
Si pide luto ó parabién.
No há mucho
(Á ti contarlo puedo; alegres otros
Riyeran de mi triste desvarío),
Hallándome en la orilla encantadora
Del mar tirreno, la ciudad dejaba,
Madre de los placeres, y á Pompeya
La débil planta absorto dirigía.....
Fuentes, jardines, quintas y palacios
Á mis ojos brillaban; mas la mente
Penetraba más hondo, y poco á poco
Se iba estrechando el corazón... las flores
Entre lava nacían; y esos pueblos,
Hoy ricos, florecientes, ocultaban
Otros pueblos felices algún día,
Labrados sobre otros que ya fueron.

Llegaba al fin á divisar los muros
De la ciudad desierta; y ya anunciaban
Que fué un tiempo morada de los hombres
Los sepulcros que orlaban la ancha vía:
Á su arrimo descansa el pasajero;
Que ellos le dan sombra y reposo... Al cabo,
Á las puertas tocaba; y en su linde
El vacilante pie se detenía,
Cual si temiese profanar osado
La mansión de los muertos. Ni un acento,
Ni una voz, ni un murmullo... hasta parece

Que el eco está allí mudo, y no responde.
Cruzaba lento las estrechas calles
Sin huella humana; pórticos y plazas
Sin un solo viviente; en pie los muros,
Desiertos los hogares; y en los templos
Sin víctimas las aras... y aún sin Dioses.

¡Qué pequeño, qué mísero y mezquino
El mundo ante mis ojos parecía
Cuando me hallaba allí!... Sonrisa amarga
Asomaba á mis labios, recordando
La ambición de los hombres, sus venganzas,
Sus proyectos sin fin: un breve soplo
Sus bienes y sus males como el humo
Disipa; y la ceniza á cubrir basta
Una inmensa ciudad, cual leve polvo
Cubre un vil hormiguero....
Así abismado
En tristes reflexiones, recorría
Aquel vasto recinto silencioso,
Cual una sombra vaga entre sepulcros:
Los lazos que me ataban á la tierra
Aflojarse sentía; y libre el alma
Lanzábase, dejando atrás los siglos,
Al espacio sin límites ...¡Si vieras
Lo que es la triste vida, comparada
Á aquella inmensidad! De cierto, amigo,
Cuajadas en tus ojos quedarían
Esas copiosas lágrimas que viertes;
Y en la tierra fijándolos, tú propio
Allí vieras el término á los males,
El descanso y la paz, de que ya goza
La que tú lloras; tú que por el suelo
Arrastras, como yo, la dura carga.

Mas en tanto que el cielo te concede

Volverte á unir á tu adorada esposa,
Consagra á su memoria los instantes
Que de ella ausente estés; y su recuerdo
Tu corazón anime, y en tus labios
Resuene siempre su apacible nombre....
¡Ni cómo de tu esposa olvidarías
El claro ingenio, el alma generosa,
La divina beldad; dotes preciados
Que rara vez el mundo admiró unidos!

Mas ya te veo hacia el opaco bosque
De cipreses y adelfas caminando,
Pendiente de tu diestra una corona
De tristes siemprevivas, y los ojos
Apenas alzas, descubrir temiendo
El monumento de perpetua pena
Que de tu esposa las cenizas guarda....
Tanto infeliz como acorrió piadosa,
Tanto huérfano pobre y desvalido
De que fué tierna madre, los que un día
Su bondad y sus prendas admiraron,
En largas filas, silenciosos, mustios,
Tus pasos lentamente van siguiendo,
Y cercan su sepulcro....¿No los oyes?
Suyos son los tristísimos sollozos,
Suyas las quejas y el confuso llanto
Que interrumpen las fúnebres plegarias....
Yo aquí no tengo, para ornar su tumba,
Ni una flor que enviarte; que las flores
No nacen entre el hielo; y si naciesen,
Sólo al tocarlas yo se marchitaran.

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA.

Mansión encantada de Palmira.

(Esvero y Almedora.)

Estudio ameno por ventura añada
Hoy contra Esvero encantos que la mente
Á los sentidos dejan cautivada,
Lecciones tuyas, sensüal Oriente:
Adonde en deleitoso Lete nada
La vida, en medio de hechizado ambiente;
Y si con ellos húyense veloces,
Las horas vuelven derramando goces.

Ya más que de la Arcadia y siglo de oro
Le captarán poéticas escenas:
Gracias y Risas con festivo coro
Mira formar mudanzas y cadenas:
Escucha melodías de Peloro,
Y unirse á las dulcísimas sirenas
Arpas eolias, sin contacto humano,
Armonïosas por el aire vano.

No, empero, el coro cuya voz trasciende
El casto amparo de las ondas deja:
El tosco halago que al pudor ofende
De aquí proscrito sin acción se aleja.
Por cima, alguna, al asomarse, tiende
Flotante velo en próvida madeja;
Pero, observada, si lo advierte, lista
Burló más honda el rayo de la vista.

Suena el arpegio á música lejana
Que saludara al Héspero risueño,
Ó á la que, precursor de la mañana,
Suele tan vaga modular un sueño:
Cuando también la atmósfera liviana

Imágenes de insólito diseño
Vagan, cual nubes dominando el globo,
Y se deshacen con el blando arrobo.

Sólo el compás, señor de la armonía,
El tema imprime en consonancia llena,
Y fiel la danza de las ninfas guía,
Y el canto de las náyades ordena:
Al cual parece el lago do nacía
Comunicar su fluidez serena,
Y que la delicada superficie
Grato el sonido en pago le acaricie.

Al lago acuden, que platea y dora
El sol vencido hacia su inmensa cama,
Aquellas hijas de Favonio y Flora,
Triscando leves sin doblar la grama.
No sin donaire, alguna, rogadora
Á las de adentro con la mano llama;
Mirando el agua, que la voz penetra
Con nota dulce y acordada letra.

Las auras vienen á llevarse el canto,
Las aguas frunce agitador su vuelo,
Rizan las hojas de la selva el manto,
Bullen las flores animando el suelo:
Y en suelo, y agua, y aire, del encanto
Cómplice altivo se mostraba el cielo,
Pasmoso hablando el inefable idioma
De sombra y luz y de matiz y aroma.

Nunca á la codiciosa fantasía
Apareció tan pródigo occidente:
En bandas descogiéndose ofrecía
Cada celaje un iris diferente.
Aérea corte al príncipe del día,
Ó escaños ante el trono refulgente,

De do se escuche el plácido concento
Que á la empírea región subía lento.

« La pompa, cantan, del vergel lozano
« Llevó consigo la estación florida,
« Regresa Abril, y con activa mano
« Restituyó la amenidad perdida.
« Un corto abril, un rápido verano
« Sólo se dieron á la humana vida:
« Hermosa flor de fugitiva gala
« Que el tallo luego con el suelo iguala.

« Dádiva inmensa del poder divino,
« Como reciba el adecuado empleo;
« Empero al dón le falta su destino,
« Cuando el placer á juvenil deseo.
« Amor aquí señalará camino:
« Á este lugar de celestial recreo
« Pobló de aéreos, invisibles entes,
« De su favor ministros diligentes:

« El blando ruego, el movedor gemido,
« La grata risa, el incitar travieso,
« Y el falso enojo, y el desdén fingido:
« Sesgo artificio con sus redes preso.
« La tierna riña, y el mirar vencido,
« Las dulces paces, y el sabroso beso;
« Embelesante el éxtasis del alma;
« De las memorias la gozosa calma.

« ¡Feliz el joven á región llegado,
« Donde es virtud ceder á la delicia,
« Feliz el héroe de quien premia el hado
« Con glorias ciertas la que fué facticia!
« ¡Feliz quien de este imperio fortunado
« Á la alta reina mereció propicia!
« Ponedle, ninfas, arcos triunfales,

« Y dos coronas floreced iguales. »

Si bien calló la voz, sonando estuvo
Largo tiempo en la cuerda el manso viento,
Correspondiendo por sonoro tubo
El agua en concertado movimiento.
Por sus ecos llevado el héroe anduvo,
Con indeciso paso y pensamiento,
Hasta un paraje solitario, parte
Do más se oculta imitador el arte.

Como el enfermo, al fin convaleciente,
Teme, el alivio que anhelaba hallando,
Cambiar la posición en que le siente,
Y goza inmóvil en el lecho blando;
Igual Esvero el bienestar presente
Está pasivamente prolongando:
Que, entregado á la oscura incertidumbre,
Tiembla que el rayo con horror la alumbre.

Mas ¿qué lugares estos de hermosura
Y singularidad maravillosa?
Esa ¿quién es, arcana criatura,
Creída, no sin causa, fabulosa?
Mientras medita así, ledo murmura,
Al pie del verde asiento do reposa,
El arroyo fugaz; fáciles trinos
Se exhalan de los árboles vecinos.

Puebla feliz la alígera cuadrilla
Plátano y palma y cedro y cinamomo;
Y aliso y sauce en la bañada orilla;
Y las copas que esmalta el áureo pomo.
Segura de temor la tortolilla
No se esconde arrullando á su palomo,
No aguarda el ruiseñor que el día acabe,
Para entonar su cántivo süave.

Hurtos del aura, en la campiña amena,
Con su fragante soplo se disfruta
Jazmín y rosa, y nardo y azucena,
Y cuanta esencia cada flor tributa.
Súbito estruendo, empero, el campo atruena:
Parece, retemblando, interna gruta
El cerro abrir; muestra, entre roca y roca,
Un espacio capaz la áspera boca.

Llega; entra Esvero: ¡adónde!!! Arde luciente
Magnificada cúpula de estrellas,
Á reverberación esplandeciente
Lanzando un mar de fúlgidas centellas.
Adonde quiera que la planta asiente,
Ve que hervirán debajo de sus huellas:
Creyera verse, á donde quiera mira,
Ileso, en medio de flamante pira:

Tal, en rayos envuelta, le repite
Su noble imagen cristalino el muro;
Grueso en relieves, el cristal compite
Con mil recortes al diamante puro.
Vidrio de mar con vetas de hematite
Dió las columnas; y el topacio duro,
Piedra en las basas, de esculpido canto,
Los capiteles en corintio acanto.

Del pensil los aromas desafía,
Y ricos pebeteros alimenta
El clavo y ámbar, que el Hidaspe cría,
Y el indio aloe, que al sabeo afrenta.
Á quien, modificándolos, cedía
Átomos la amapola soñolienta;
Y desde el pavimento á la techumbre
Esparce arrobos la odorante lumbre.

Al centro de la espléndida rotunda,

Una áurea mesa alzada se corona,
Entre las galas de que mayo abunda,
Con tributos selectos de Pomona.
Con más galas en tanto la circunda
Predominante allá cándida zona;
Pues cada intercolunio, estatua viva,
Una joven preciosa ornó furtiva.

Apercibidas á servirle el plato,
Saltan de los bruñidos pedestales;
Y desprendidos del sutil ornato,
Y asidos los recíprocos cendales,
Vanle estrechando el círculo, con grato
Requerimiento en gracias virginales,
Hasta verle ocupar la regia silla,
Que en pedrería, deslumbrante brilla.

Departidas entonces, van á trecho
Grupos formando: ramilletes ora,
Ora guirnaldas, ó al florido lecho
Propio dosel de la riente Aurora:
De talle y brazos, de la espalda y pecho
Componiendo armonía seductora,
El ánimo avasalla á formas bellas
Ya cada imagen, ya el enlace de ellas.

Precipítanse ahora, y frente á frente,
Empeñan dos voluptüosa esgrima:
Aquélla asalta, y palpitar se siente;
Ésta desmaya, y otra vez se anima.
Y al baile dan, que, vértigo elocuente,
Las vivas lides de Citera exprima,
Revolviéndose en mudo laberinto
Púdica idea y ardoroso instinto.

Una tríada, empero, en veste ondosa,
Que les desciende á la pausada planta,

Con elegancia, cuan modesta, airosa,
Desvaneciendo el baile se adelanta.
La lira, al paso, alzando sonorosa,
Hábil la pulsa, mientras leda canta
Otra que, en tanto, por la parte opuesta
Adelantóse, cuan gentil, modesta.

—« Es el enamorado sentimiento
« Al corazón abrasamiento sano,
« Y del alma vivífico elemento,
« Como ella misma del vivir humano.
« Por eso agradecido pensamiento
« Le reverencia numen soberano;
« Y del culto que fiel le da la tierra
« Piadoso numen el dolor destierra. »

« Jamás el corazón que tierno ama,
« De ajenos yerros el castigo lleve,
« Mas, de empleo mejor, leal reclama
« El justo pago que al amar se debe.
« Sustituye del sol la intensa llama
« Con luz benigna cariñosa Febe:
« Febe, la de las horas de ventura,
« Que mal de amores con amores cura.

« Es el amor emanación divina,
« Del sol eterno plácida centella,
« Que hacia su origen celestial inclina,
« Y el hombre al ángel se igualó por ella.
« Y el alma, así que el rayo la ilumina,
« Como atraída por amiga estrella,
« Al cielo sube en amoroso vuelo,
« O baja al alma enamorada el cielo. »

Así cantaron, en cadencia alterna,
Adaptando tan dulces los sonidos,
Que nunca igual delicia en alma tierna

Obtuvo penetrar por los oídos.
Hombre, y en flor de juventud, gobierna
Ya flacamente Esvero los sentidos:
Entrega el pecho al vencedor halago,
Dilatado en amor inmenso y vago.

Quedado ha solo. Observa (no lo habría
Antes notado, ni quizá pudiera)
Que repetida arcada el paso abría
Á otra mansión vecina á la primera;
Ceñida, empero, en claridad umbría
Se le descubre su dudosa esfera:
Cual bañan, al hundir el sol su frente,
Albos reflejos el oscuro oriente.

Alba nube también, ó espuma vana,
Cándido velo allá, cándido y fino,
Á una hermosura envuelve sobrehumana,
Si es forma celestial sello divino.
Noble su talle, pero suelto, hermana
La majestad al dejo femenino:
Sufre del velo la nublosa espuma
Que encantadora imagen se presuma.

Tales, cuando con lúgubres querellas
El caledonio bardo, en vos potente,
Nocturno hendía un cielo sin estrellas,
Al bronco son de mugidor torrente,
Las que lloró Morvén vírgenes bellas
Se aparecían á su clara mente,
En forma esbelta y en aéreo traje,
Vagas á par del frívolo celaje.

Tal hoy á Esvero una visión hermosa,
Más bien que una beldad, se manifiesta.
Se acerca absorto: interna respetosa
Planta, y al suelo una rodilla puesta:
« Quien quiera » exclama «sois: prestigio ó diosa:

« ¿Qué me mandáis?. . . » Por única respuesta,
Ella pausadamente aparta el velo,
Y de su rostro le descubre el cielo.

JUAN M. MAURY.

La independencia de la poesía.

Eu nunca consenti que a minha lyra
Fosse lyra de cortes:
A verdade, a so única verdade
Soube inspirarme o canto.

FRANC. MANOEL.

Como una casta ruborosa virgen
Se alza mi Musa, y tímida las cuerdas
Pulsando de su arpa solitaria,
Suelta la voz del canto.

¡Lejos, profanas gentes! No su acento
Del placer muelle corruptor del alma
En ritmo cadencioso hará süave
La funesta ponzoña.

Lejos ¡esclavos! lejos: no sus gracias,
Cual vuestro honor, traffcanse y se venden;
No sangri-salpicados techos de oro
Resonarán sus versos.

En pobre independencia, ni las iras
De los verdugos del pensar la espantan,
De sierva á fuer; ni, meretriz impura,
Vil metal la corrompe.

Fiera como los montes de su patria,
Galas desecha que maldad cobijan:

Las cumbres vaga en desnudez honesta;
Mas ¡guay de quien la ultraje!

Sobre sus cantos la expresión del alma
Vuela sin arte: números sonoros
Desdeña, y rima acorde; son sus versos
Cual su espíritu libres.

Duros son; mas son fuertes, son hidalgos
Cual la espada del bueno: y nunca, nunca
Tu noble faz con el rubor de oprobio
Cubrirán, madre España,

Cual del cisne de Ofanto los cantares
Á la Reina del mundo avergonzaron,
De su opresor con el infame elogio
Sus cuitas acreciendo.

¡Hijo cruel! ¡Cantor ingrato! El cielo
Le dió una lira mágica y el arte
De arrebatar á su placer las almas
Y arder los corazones;

Le dió á los héroes celebrar mortales,
Y á las deidades del Olimpo... El eco
Del Capitolio altivo aún los nombres,
Que él dispertó, tornaba

Del rompedor de pactos inhonestos
Régulo, de Camilo, del gran Paulo
De su alma heroica pródigo, y la muerte
De Catón generosa.

Mas cuando en el silencio de la noche
Sobre lesbianas cuerdas ensayaba,
En nuevo són, del triúmviro inhumano
La envilecida loa;

Se oyó, se oyó (me lo revela el Genio)
Tremenda voz de sombra invindicada

Que «Maldito, gritó, maldito seas,
« ¡Desertor de Filipos!

« Tan blando acento y á la par tan torpe
« Tuyo había de ser, que el noble hierro
« De la patria en sus últimos instantes
« Lanzando feamente,

« ¡Deshonor! á tus pies, hijo de esclavo,
« Confiaste la salud: ¡maldito seas! »
Y la terrible maldición las ondas
Del Tíber murmuraban.

MANUEL DE CABANYES.

A mi estrella.

¿Veis aquella estrella? dijo el Emperador al Cardenal de Fesch, señalando, en medio del día, el cielo; pues aquella es la mía.

Vida de Napoleón.

¡Salve, luz de mi vida!
Guiadora gentil de mi carrera,
Estrella mía, salve!
Largo tiempo mis ojos te han buscado:
En el zafir celeste
Clavados largo tiempo, á tus brillantes
Hermanas preguntaron,
¡Ay! y á su voz ninguna sonreía.
Mas tú.... yo te conozco,
Y tú me escucharás, Ninfa del Éter.
Sobre tus áureas alas

Á tu mortal desciende que te implora,
Y así de su destino
La ley sobre su frente con un rayo
De tu corona escribe:
« Ciencias vanas que el alma ensoberbecen
« Y el corazón corrompen,
« Favor de plebe y dones de tiranos
« Este mortal desprecia:
« Ni asesino de déspotas, ni siervo
« Será, ni de virtudes
« Enseñador, que ultrajan los mortales,
« Ó mofan, ni de leyes
« Artífice, que á guisa de rameras,
« Con desdén ó con saña
« Miran al infeliz, y al poderoso
« Cariñosas sonríen.
« ¡Hombres! pensad, mas permitid que piense:
« Dejad pasar su carro,
« Que no él el vuestro impedirá que marche.
« De vuestra fantasía
« Los ídolos amad: él nada anhela
« De lo que amáis vosotros.
« Del corazón en el altar, do tiene
« Pocos nombres inscritos,
« Arde una llama pura, inmensa, eterna:
« ¡Hombres! ella le basta;
« Nada quiere de vos más que el olvido. »
Finiste, amada Ninfa,
Y agradecida el alma te bendice.
Sobre tus alas de oro
Vuelve otra vez á tu mansión celeste:
Yo lejos de los hombres
Levantaré mi choza solitaria,
Y mis oscuros días
Con tu luz regiré modesta y pura.

Del perdón en las aguas
Me lavaré, y envuelto en mi inocencia
Veré caer y alzarse
Y otra vez sucumbir reyes y pueblos:
Por altos conductores
Veré á un arena vil viles rebaños
Guiar de humanas fieras,
Y apedazarse, devorarse, el alma
Saciar de los caudillos
Con scenas de matanza y de carnaje:
Horrorosas contiendas
Que encienden sólo cuantas de infierno hijas
Rabïosas pasiones,
Desde que existe, al universo asuelan,
En máscaras hermosas
Siempre velado el lúbrico semblante.
¡Yo lo veré con llanto!
Pero mi pecho latirá tranquilo..
Del Ida allá en la cumbre
Así al Saturnio el gran cantor nos pinta,
El áspera refriega
Contemplando de Teucros y de Aquivos:
Caen los héroes; rojas
Con la sangre las límpidas corrientes
El Janto y Simois vuelcan:
La faz llorosa y suplicantes manos
Al Olimpo dirigen
Las dárdanas esposas y las madres;
De lás Deidades mismas
El feliz corazón palpita inquieto:
Y calma goza eterna
El Padre de los hombres y los dioses.

MANUEL DE CABANYES.

A Cintio.

¡Ay! De mi triste juventud ¡oh Cintio!
¡Cuál se arrastran inútiles los días
Y sin placer! Un tiempo, de la gloria
La brillante fantasma su amargura
Con esperanzas halagó mentidas.
Tal centella fugaz, artificiosa,
Lanzada entre las sombras de la noche,
Al inocente rapazuelo alegra
Y sus lágrimas calma mientras brilla:
Muere, y el lloro torna. Con su magia
Poderosa, invencible, la Hermosura
Colmó también mi corazón un tiempo
De aquel sumo gozar por quien los Dioses
El bienhadado Olimpo abandonaban
Y humanos seres á adorar venían.
Mas ¡ay de mí! la apetecida gloria
Burla mi afán, y el cáliz del deleite,
¿Creyéraslo? comienza á serme amargo.

¿De qué, Cintio, sirvió que esta existencia
Del hondo caos la quietud dejase?
¿Y á qué mi puro espirtu sucias carnes
Vestir, y por veredas retorcidas,
De bandidos sembradas y de monstruos,
Buscar la patria y primitivo origen?
Amapola de vida momentánea
La frente saca de la tierra un punto,
Viene el arado del gañán, la troncha,
Y deja de existir. Gota lanzada
Del matinal rocío en la corriente
Del Orinoco, á las inmensas ondas
¿De qué sirve? Arrastrada á la par de ellas

Irá á morir sin pro y desconocida.
Breves y oscuros de la tierra al seno
Así mis días correrán llevados:
Sobre mi huesa la espinosa zarza
Como antes crecerá, y el viajero
Proseguirá sin percibir mis huellas:
No más profunda estampa del nocturno
Favonio, que pasó en callado vuelo,
Repara en su verjel la zagaleja.
Pero, ¿qué importa? ¿Y piensas tú que envidio
La suerte yo de aquellos que, ufanoso,
Para divinizar el propio fango
El mortal á los cielos encarama?
¡Oh Cintio! en su memoria embebecida
No hace nada, la mente, sus ruidosas
Acciones recordaba, y yo el hinojo
Iba casi á doblar para adorarlos;
Cuando « ¡Detente! » en cariñoso acento
Mi Genio me gritó: «detén y escucha.
Irremediable enfermo, trabajado
De antiguos males es el mundo, y busca
Medicamento en vano á sus dolencias.
De su dolor en el angosto lecho,
Manando podre y la razón furiosa,
Se agita, se carcome, se consume
Revolcándose: ya en blasfemia impía
Con labio inmundo al Eternal insulta;
Ya humilde, arrepentido, prosternado,
Demanda su piedad: ora á la fuerza
Se abandona del mal sin esperanzas,
Ora la ciencia de mentidos sabios
Invoca... ¡Oh sin ventura! á luengo agudo
Padecer condenado, del momento
Que inobediente de su Dios el hombre
Fue al mandato primero, hasta el instante

En que á la nada la creación tornando,
Dirá la voz del Infalible: *Basta.*
Vé aquí la eterna ley, y contra de ella,
De esa estúpida chusma envilecida
(Que por un pan de oprobio el honor suyo
Vende, y su vida miserable) el vicio,
La ignorancia y maldad es tan inútil,
Como del Macedonio las victorias,
Los sueños de Platón, y el celebrado
Pensamiento de aquel, que á los planetas
Hizo danzar á guisa de la poma
Que sus narices aplastó cayendo. »

Dijo, y finió sus últimas razones
Con risa estrepitosa: yo aturdido,
Bien fuese de dolor, ó de despecho,
Bien de placer, humedecido el rostro
Con el llanto sentí que derramaba.

MANUEL DE CABANYES.

La Misa nueva.

¿Quién se adelanta modesto y tímido
Cubierto en veste fúlgido-cándida
Al tabernáculo, mansión terrena
De Adonaí?

Es Juan, ¡oh fieles! es el mancebo
Que por los trámites marchó del justo

Y entre los ímpios guardó sin mácula
Su corazón.

Es . . . . ¡Oh! postraos: la arpa de Sólima
Suena del templo ya por las bóvedas,
Ya Leví entona gloriosos cánticos
Á Jehováh.

Postraos, fieles, y vuestro espíritu
Y vuestro acento juntad al místico
Cantar del vate que oyó la ínclita
Hija de Sion.

Y al Dios ahora cantad benéfico
Que vuestros días colma de júbilo,
Que del amado pueblo no olvídase
En su penar.

¡Ah! no le olvida y un hijo escógese
Entre sus hijos, á cuya súplica,
Cuando en los áridos campos marchítese
La dulce vid,

Romperá el seno de nubes túrgidas
Y hará de lo alto descender pródiga
Lluvia, que el pecho del cultor rústico
Consolará.

Un hijo escógese cuyas plegarias
Tornarán mansa la eterna cólera,
Cuando ceñido de piedra y rayo
Asolador,

Sobre las alas del viento lóbregas
Volará el Justo contra los réprobos,
Y so sus plantas truenos horrísonos
Rebramarán.

Bien como el Arco señal de calma
Que de los montes la yerma cúspide

Une á las altas salas espléndidas
Do mora el Sol;

Así él la tierra, mansión de angustias,
Juntará al trono de Dios ingénito,
Y humanas preces bondoso el Numen
Escuchará.

Él, cuando presa de genios túrbidos
El orbe gima triste agitándose,
Y en negros odios ardan los ánimos
Y ansia de lid,

La ley de vida mansa y pacífica
Dirá que el Cristo dió á los Apóstoles,
Y á los mortales en santos vínculos
Hermanará.

¡Oh! de su labio las infalibles
Dulces promesas ¡cuán grato bálsamo
Llevan al pecho del que sin mácula
Siempre siguió

De la justicia las sendas ásperas!
Y ¡oh! ¡cuál le colma de dicha célica
El pan angélico que sus purísimas
Manos le dan!

Pero de duelos nuncio terrible
Será, y de penas y ayes sin término,
Para el protervo que apacentóse
De iniquidad;

Para el frenético que allá en su rabia
«No hay Dios» dijera, y al hombre mísero,
De un Dios imagen, cual fiera líbica
Encadenó,

Bajo sus plantas cual cieno fétido
Le conculcaba, reía bárbaro

De sus lamentos, y con su sangre
Mató la sed;

Y ¡mal pecado! cubrió sus crímenes
Con velos santos, fingióse méritos,
Mientras que el ímpio no conocía
Ni Dios ni ley.

¡Señor, conviértele!....Nuestras plegarias
Une á las tuyas, ¡oh sacerdote!
De los perdones celestes nuevo
Dispensador:

Únelas, cuando del sacrificio
En los misterios incomprensibles,
Velado en gloria vendrá á tus brazos
El Hombre-Dios.

Á su presencia del arpa armónica
Callan las cuerdas: el sacro cántico
Leví suspende, y humilde póstrase
El pueblo fiel.

MANUEL DE CABANYES.

A....

¡Memoria inmortal de un momento de ilusión, delirio y encanto! Nunca, nunca de mi alma te borrarás, y mientras en ella esté grabada la imagen de mi Julia, mientras sienta y aliente este agitado corazón, serás tú el suplicio y la felicidad de mi vida.

Perdón, celeste Virgen,
Si á tus honestos labios
Arrebaté de amor costoso un *sí:*

Si á tu inocente pecho,
Si á tus sueños tranquilos
Turbé la calma plácida, perdón.

Yo te adoré: y un ara
De purísimo culto
En el seno del alma te erigí:
Que ni mi ardiente boca,
Ni mis ojos de fuego,
Ni un pensamiento vago profanó.

¡Yo te adoré á ti sola!
Y ledo ya tejía
Nupcial corona para orlar tu sien;
Mas de repente en punzas,
En punzas venenosas
Vi tornarse en mis manos cada flor.

¡Lejos, fatal guirnalda!
De la dicha renuncio,
Si al bien que adoro llanto ha de costar:
De mi dolor el cáliz
Apuraré yo solo:
Sé tú feliz ¡oh amada! y pene yo.

¡Sé tú feliz!... Del pecho
La infausta imagen borra
De quien más que amador tu amigo fué;
Y en urna funeraria
La triste llama ahoga,
Llama primera que en tu seno ardió.

Sin una pobre choza,
Sin un árbol antiguo
Á cuya sombra el cuerpo adormecer,
Yo arrastraré mi vida
Como torrente inútil
Entre jaras y breñas corre al mar.

Mas solitario, errante
Entre agitadas olas,
So el templo santo, en desperada lid,
¡Oh Virgen! donde quiera
Al ánima afligida
Dulzura tus memorias llevarán.

Y cuando al fin mi espíritu
Las odiadas cadenas
Rompa que le atan al arcilla vil;
Y sus alas despliegue,
Y á volar se aperciba
Á la eterna mansión del Sumo Bien;

¡Ángel mío! en los coros
Yo esperaré encontrarte
Que himnos santos entonan al Señor;
Y á tan plácida idea
Sobre el muriente labio
Sonrisa celestial florecerá.

MANUEL DE CABANYES.

El Estío.

Cuncta terrarum subacta,
Præter atrocem animum Catonis.
HORAT.

Gala y beldad y juventud y copia
De frutos varios ufanosa ostenta
Natura; y hombres, brutos,

Inanimados troncos,
Rudos peñascos y ligeras auras
De la gran madre la fecundia sienten.

Desde el alto cenit, el que en su seno
Derramara calor vivificante,
Monarca de los días,
Se huelga en contemplarla;
Y los bridones férvidos reprime
Que el carro arrastran en tardío curso.

¡Astro mayor del firmamento, salve,
Desparcidor de tempestades, fuente
De luz, amor del mundo!
Sobre los cerros patrios,
Hijo yo del ardiente mediodía,
Vengo á adorarte ¡oh Sol! y en tí me gozo.

¡Divinidad! de esos ardientes rayos
Inspiradores de entusiasmo y vida,
¿Por qué al poder inmenso
Las testas de los héroes
Lozanas otra vez no resucitan,
Como el fresco botón de la azucena?

Y las que yacen en silencio antiguo
Ciudades de alto nombre entre rüinas,
¿Por qué otra vez sus torres
Y gigantes murallas,
Cual de hojas nuevas pirenaico abeto,
De activa muchedumbre no coronan?

¡Ay! que es el sueño de la muerte el suyo!
Y lo duermen los hijos de la Fama,
Y Babel, y Palmira,
Y contigo ¡oh Cartago!
Que el Bedüino galopando insulta,
Tu funesta rival también lo duerme.

Á esclavitud, asolación y muerte,
¡Oh Roma! condenada desde el punto
Que la virtud antigua
Y severas costumbres
Mofando, el oro y fútiles arreos
Cual sierva persïana apeteciste.

Hacia ti con deseos criminales
La su vista de águila volviera
Entonces de las Galias
El domador, cual mira
Hambriento azor de la región del éter
La que va á devorar tímida garza.

¡Astro del Orión! hermoso brillas
En las noches de otoño; mas tu lumbre,
Nuncio de tempestades,
Llena de luto el alma
Del labrador, que en torno al duro lecho
Enjambre ve de nudos parvulillos.

Mensajera de mal la estrella Julia
Así de Italia apareció en el cielo,
Cuando el falaz caudillo
Su corazón de piedra
Cerrando de la patria al triste ruego,
El prohibido Rubicón salvaba.

¡Consternación!!! Desatentada inunda
La ítala gente la ciudad eterna;
Los padres la abandonan,
Y el héroe en quien su amparo
Creyó encontrar, «—¡Huyamos!. . . .Do los libres.
« Allí Roma estará y allí la patria.»

Mas ¡ay de mí! ¡Los libres han caído!!!
Cual rápido huracán impetüoso,
Desde tu amena margen,

¡Oh Segre! á las comarcas
Tésalas vuela el dictador impío,
Y victoria fatal sigue sus huellas.

Fué entonces cuando la indomada frente,
Con la corona universal ceñida
Roma humillara al yugo:
Lo vió vengada Grecia,
Y un grito alzó de júbilo, que el eco
Repitió de Numancia en las rüinas.

Entonces, de gloriosa muerte huyendo,
Muerte halló infame el adalid vencido;
Y ¡oh baldón! imploraron
Un perdón de ignominia
Los viles campeones de la patria;
Y esclavo prosternóse el orbe todo:

Mas no Catón; que de la infausta lucha
Un noble hierro conservara el héroe,
Y pensó « aún soy libre »;
Y contempló sin grima
Á las úticas torres avanzarse
Del parricida Capitán la hueste.

Ni un solo acento pronunció: brumaban
Ideas de dolor su alma sublime.
La raza de Quirino
Vió envilecida; vióla
De romper incapaz el nuevo yugo,
Y el alto espirtu recobrar antiguo:

Y á su destino obedeció .. Y en balde
Pensó el Liberticida entre la turba
Verle de sus esclavos:
En balde; que al impío

Soberano poder da acaso el Numen,
Pero el imperio de las almas nunca.

MANUEL DE CABANYES.

El oro.

Pacto infame, sacrílego
Con el Querub precito celebrara
Aquel que á un metal pálido
Primero dió valor inmerecido
Lanzó del hondo báratro
El rey con mano avara el dón funesto,
Y al ver en ansia férvida
Arrojarse el mortal á devorarlo,
¡Ay! Sonrióse el pérfido,
¡Feroz sonrisa! y dijo: «El orbe es mío.»
Bañada en santas lágrimas
Con velo de dolor cubrió el semblante
La Virtud, y al Empíreo
En alas vagarosas tendió el vuelo.
¿Qué de entonces los vínculos
¿Del Deudo y la Amistad? ¿La sacrosanta
Fidelidad del tálamo?
¿La Fe del juramento? ¿La Constancia
Burladora de déspotas?
¿Qué de entonces las leyes generosas
Del Honor, y en las bélicas
Lides el Entusiasmo de la Patria?
¡Prole sacra de númenes!

Desparecíste; solo, único el oro
De los hombres fué el ídolo;
Y á porfía en sus aras ofrecieron
Penas, trabajos ímprobos,
Simulada virtud, torpeza, crimen...
Sitibundos hidrópicos,
Cuanto más beben, más en sed se abrasan.
Ni mitigan el ávido
Furor cuantos mineros desde el suelo
Nebuloso del Anglia
Á la mansión sonora de Adamastor,
Y de las playas Índicas
Á los campos de Luso deleitosos
La tierra oculta. Incógnitas
Regiones sueñan en su afán, las buscan,
Y á merced de los rábidos
Vientos y embravecida mar incierta
Lanzan los vasos frágiles.
Tú viste ufana el temerario arrojo
De tus hijos ¡oh Hispania!
Tú de sus manos recibiste altiva
La corona de América...
¡Joya fatal! ¡jamás te ornara, oh Madre!
Y en extranjeras márgenes
De tu seno arrancados no murieran
Por la flecha del Indio,
Y ¡oh dolor! por la espada de Toledo,
Tus malogrados jóvenes:
No en daño tuyo las peruanas sierras
En raudales mortíferos
Del ansiado metal ríos brotaran,
Que tus campiñas ópimas
Convirtiendo cual lava abrasadora
En desiertas, en áridas,
Corrieron á engrasar extrañas gentes:

Y ¡oh! no fueras escarnio
De tus lejanos hijos, que abatida
Mirándote, en sus ánimos
Ingrato ardor de rebelión encienden,
Y con sus manos ímpias
La diadema á tu sien arrebatando:
« Esta sola la mácula, »
Dicen, «borrar podrá que en nuestras frentes
Vincularon los crímenes
De nuestros padres: «tú ya no eres digna.».
De los Pampas al México
Un clamor «¡Libertad!» fieros arrojan.
Y los odiosos vínculos
En insoldables trozos quebrantados,
En las simas de Océano
Hunden ¡ay! que jamás sus presas vuelve.

MANUEL DE CABANYES.

Gustios de Lara y Mudarra.

(El Moro Expósito.)

De gran dicha la luz inesperada,
De gran desastre el impensado golpe,
Hacen por lo común un mismo efecto
En el sensible corazón del hombre;

Que es, sorprenderlo y embargarlo todo,
Confundiendo su aliento y sensaciones
En tan hondo estupor, que hasta peligro

Hay de que en muerte súbita se torne.

Así el anciano Lara, en el momento
Que de su confusión pasó el desorden,
Y conoció que estaba en su presencia
El hijo aquel, de sus afanes norte;

Exánime cayó, y en largo rato,
Más insensible que el helado bronce,
Ni el labio alienta, ni los brazos mueve,
Ni á las personas que le cercan, oye.

En un salón sobre su tosca silla,
En que tiembla, tan sólo se conoce,
Y en el calor de sus flexibles miembros,
Que aún sangre y vida por sus venas corren.

El Arcipreste confundido apela
Á salmos y á devotas oraciones;
Vinagre y agua en el marchito rostro
Esparce Nuño; viejos servidores

Desatentados giran; y en el seno
De Zaide, afligidísimo se esconde
Mudarra, hundido en el terror. Muy pronto
La agitación universal calmóse,

Viendo moverse al respetable anciano,
Y que el letargo que le oprime rompe,
Pues lanzando un suspiro, de repente
Se incorpora, vivísimos colores

Dando á su faz, y en derredor tendiendo
Los brazos, exclamó: « ¿Dónde está, dónde
El hijo de mi amor?»—«Aquí; á tus plantas,»
En ellas arrojándose veloce,

Le respondió Mudarra. Y el anciano
Á buscarle inclinándose, estrechóle
Contra su seno, alzándolo de tierra,

Y,—«Ven, le dijo, ¡oh dulce prenda!....ponte,

«Siéntate en estas débiles rodillas,
Pues les da el cielo bienhechor que gocen
El dulce peso de mi amado hijo:
Reclínate en mi pecho, y que recobre

«Con tu fuego calor....¡Hijo del alma!
¿Hay más feliz que yo nadie en el orbe?...
¡Hijo mío!..¡mi bien!..¡hijo! Mi labio
Saber no quiere articular tu nombre:

«Diego, Martín, Fernando, Suero, Enrico,
Veremundo, Gonzalo...aquel que brote
De estos primero mi memoria, el tuyo
Será, y feliz en mis delirios logre

«En ti á los siete recobrar.» Diciendo
Así, cubría del hermoso joven
Con lágrimas y besos el semblante;
Mas cesó de repente y anublóse

Su venerable faz, alzó los brazos,
Y con voz que partió los corazones,
« ¡Oh cielos! exclamó; dadme la vista
Un momento, no más, no más...que logre

«Ver yo, sólo un instante, al hijo mío,
Y vuelva á hundirme en sempiterna noche.»
Quedó en silencio, y en silencio todos
Los presentes también. Pero tornóse

De nuevo el padre al hijo idolatrado,
Otra vez en su seno reclinóle,
Respirando su aliento embebecido;
Y con las manos trémulas, que entonces

El oficio llenaban de la vista,
Le palpaba del rostro las facciones,
La robusta cerviz, los anchos hombros,

Y los nervudos brazos. Reconoce

El traje musulmán, y,—«¡oh Dios! Prorrumpe;
Nacido del pecado en los errores,
No quiero verle hasta que vuestro sea.
Al venir á mis brazos, ¿fué tu norte,

«Hijo, la santa fe de tus abuelos?..
¿Vienes para abjurar la secta torpe,
Que ¡infelice! profesas?»—«Padre mío,
Le responde Mudarra, que hasta entonces,

Embargado de gozo y de ternura,
Apenas alentó: «no reconoce
Más voluntad mi pecho que la vuestra;
Obedeceros es mi único norte,

«Mi solo afán el ser vuestro consuelo;
Y vengándoos de pérfidos traidores,
Vuestra inocencia demostrando al mundo,
La gloria restaurar de vuestro nombre.»

Tembló el anciano al escuchar al hijo:
De gozo y de terror su faz cubrióse
Alternativamente; y en un punto
Brillaron los fulgentes arreboles

De esperanzas altísimas en ella,
Y del espanto y desaliento atroces
Las pavorosas nubes la cubrieron.
Quedóse mudo un breve espacio, inmoble.

Mas triunfando en su pecho las ideas
De religión, ó acaso los temores
De aun perder aquel hijo inesperado,
De nuevo entre sus brazos estrechóle,

Cual si esconderle en ellos pretendiera;
Y girando la faz sin vista, donde

Se pintaba el horror de quien en torno
Los puñales descubre y gritos oye

De aleves asesinos, que venganza
Escuchando anunciar, tiemblan y corren
Á exterminar al vengador, ocultos
Entre las densas sombras de la noche:

«—No pienses tal, mi bien; nunca, hijo mío,»
Le contestó con penetrantes voces:
«¡Exponer tu existencia por vengarme!
Jamás, jamás... ¿Qué importa de los hombres

La opinión, si los cielos mi inocencia
Y mi lealtad y mi honradez conocen?
No quiero, no, venganzas, hijo mío,
Funestas siempre á quien tras de ellas corre.

Perdonados están mis enemigos:
Perdonados están. Dios me perdone
Como yo los perdono, ¡hijo del alma!...
¿Tú exponerte? ¡jamás!!!»—«Padre,» responde!

El gallardo mancebo, «¡padre mío!...
¿Y vengo á pronunciar tan dulce nombre,
Para que el hijo del traidor me llamen,
Y ser ludibrio y maldición del orbe?

¿Para al triunfo servir de la impostura,
Y perpetuar, en vez de sangre noble,
Una sangre afrentada, envilecida?...
¿Para heredar, en fin, esos borrones,

Que de este alcázar la fachada enlutan
Gritando *infamia* con eternas voces?»
Se escandeció la faz del ciego Lara
Al escuchar al generoso joven,

Cuyas palabras como rayos fueron
Que penetrando en el helado bosque,

Por más que esté de nieves abrumado,
Lo incendian al momento. Estremecióse

Gustios de Lara: el fuego de su hijo
Fulminante abrasó su pecho noble:
Y la resignación ó indiferencia,
Que el padecer, la edad, las aflicciones,

La religión, y hasta el despecho mismo,
Dieron á su alma helada, disipóse,
En aquel tiempo renaciendo en ella
El amor á la gloria. De su nombre

La infamia, y el baldón de su familia,
Que ya en él no concluye, y los horrores
De su afrentosa situación, de pronto
Descubre, y asombrado reconoce;

Y que ni hijos, ni bienes, ni descanso
La deshonra compensan. Encaróse
(Cual pudiera gozando de la vista)
Con Mudarra, del seno separóle,

Poniéndole ambas manos en los hombros,
Y dijo en voz solemne:—«¿Eres tú ¡oh joven!
Ministro de las iras del Eterno?
¿Será tu esfuerzo tal, dí, que me borre

Esos signos de afrenta, y que restaure
De mi familia el calumniado nombre?...»
No pudo proseguir; fué harto violento
El cambio repentino de pasiones

Que su cascado corazón sintiera.
Agitación terrible conmovióle,
Y embargada la voz, convulso todo,
En el cuello del hijo reclinóse.

Tomando la palabra en aquel punto
Zaide, el prudente Zaide, que hasta entonces

En ternísimas lágrimas deshecho,
Mudo; cual los demás espectadores,

De hijo y padre la escena contemplaba,
Prorrumpió en firme acento:—« Reconoce,
¡Oh Lara insigne! al que en tus brazos tienes,
Cual mensajero del Autor del orbe.

Él te lo envía á demostrar al mundo
Que nunca deja impune los atroces
Crímenes, y que siempre á la inocencia
Da su eterna justicia vengadores.

El cielo con prodigios lo ha mostrado,
Y alto principio ha dado ya este joven
Á su santa misión. Sí, Gustios Lara,
Para que le dé cima y la corone,

Á tus plantas lo traigo. Es hijo tuyo;
Mas sólo fuera un infortunio enorme
Un hijo, en tus terribles circunstancias,
Si de tu casa, de tu gloria y nombre

Restaurador no fuera. Ánimo, amigo:
Hijo y vengador tienes. Lo dispone
Así el Omnipotente, y sus decretos
Se cumplen á despecho de los hombres.»

Al acento de Zaide, recobrado
Tornó en sí Lara, y extendiendo, adonde
La voz oyó, los brazos,—«¡Zaide! grita,
¡Mi generoso Zaide!...llega, corre

Á abrazarme...Después de á Dios, amigo,
Á ti solo deudor se reconoce
Este anciano infeliz, de la alta dicha
Que fin á todos sus desastres pone.

Llega á mis brazos, vuela ...Y tú, fiel Nuño,
Vén y estrecha en los tuyos este joven.

Hermano es ¡ay! de aquellos que educaste;
Reciba también este tus lecciones.

Vos, oh Arcipreste, al Dios de tierra y cielo
Con sacros himnos y con santas voces
Gracias solemnes dad, y suplicadle
Que á este hijo de mi amor nunca abandone.

Y vosotros, oh ilustres caballeros,
Mis parientes y fieles servidores,
Ved al que el brazo del Señor me envía
Para heredero de mi casa y nombre.

Reconocedle como á tal: de Salas
Será, como lo fueron sus mayores,
El padre y defensor; y vuestros hijos
La victoria hallarán tras sus pendones. »

Dijo el anciano: enmudecido Zaide
En sus trémulos brazos arrojóse:
Nuño, con gran cariño, de Mudarra
Besó la ardiente faz. El sacerdote

Al artesón las palmas levantando,
En un *Te Deum* prorrumpió; y al joven
Cercando los hidalgos y escuderos,
Hincada una rodilla, en altas voces

Le rinden de lealtad el homenaje,
Y futuro señor le reconocen
Del estado de Salas: ofreciendo
La antigua estancia, á media luz entonces,

Un cuadro digno de que el gran Velázquez,
Gloria de los pinceles españoles,
Ó el insigne Rembrant, ejercitaran
En él su ingenio y mágicos colores.

ÁNGEL DE SAAVEDRA. [1]

1. Duque de Rivas.

Incendio del palacio de Ruy-Velázquez.

(El Moro Expósito.)

Llegó una aciaga noche, y en su lecho
De un hondo sueño en el descanso suave
Estaba ya el señor de Barbadillo,
Después de haber revuelto locos planes

De orgullo y de ambición allá en su mente;
Y soñaba tal vez que con sus artes
Colocaba en el trono de Castilla
Al hijo; que á sus plantas los magnates,

Prelados y justicias le juraban
Humildes obediencia y vasallaje;
Y escuchaba del pueblo los aplausos,
Y alegres vivas asordar el aire;

Cuando de pronto despertó. Las voces
Oyó de turba inmensa, y asordarse
Todo el palacio con rumor confuso:
Restregóse los ojos; anhelante

Descorrió las cortinas; con asombro
Vió por las claraboyas derramarse
Un rojo resplandor que iluminaba
El aposento, y empezó á turbarle

El conocer que respiraba humo.
Un vuelco dióle el corazón cobarde;
Salta del lecho, envuélvese en su manto,
Coge una daga, de la alcoba sale,

Y halla el palacio en combustión horrible,
Presa de ardientes llamas, que voraces
Taladrando artesones y techumbres,
Por las tinieblas lóbregas se esparcen.

Por sueño, ó por descuido, alguna dueña
Que en la antesala del pequeño infante
Se quedaba á velar, dejó una antorcha
Inmediata á un movible cortinaje,

Donde prendió la llama voladora,
Que subió por molduras y pilares,
Cebándose furiosa en las maderas
Del artesón, y en las tendidas trabes;

Y agitada del viento que soplaba,
Corrió el incendio á pasos de gigante
Por todo el edificio. No respeta
Ni de las fuertes torres los sillares;

Alza hasta el alto cielo remolinos
De humo y de espesas chispas, que combaten
Á los astros y ofuscan sus fulgores,
Con luz siniestra iluminando valles,

Y selvas, y apartados caseríos,
Y en las lejanas cumbres desiguales
Reflejando del último horizonte,
Cual suelen encendidos los volcanes.

Toda la población de Barbadillo
Acudiera solícita al desastre,
Y de los dependientes del palacio
Tornan la confusión más ciega y grande.

Todos se mezclan, corren, gritan, mandan,
Disponen, bajan, suben, entran, salen;
La muchedumbre acrece el embarazo,
Y el fuego tronador no hay quien ataje.

La confusión aumenta y el asombro
La súbita presencia de Velázquez,
Que en roncas voces, émulas del trueno,
Vuelto del edificio hacia la parte

De la ruina mayor, pregunta á todos,
¿Dónde está el hijo? y no responde nadie,
Adivinó que estaba en su aposento,
Y vuela denodado (que era padre),

Despreciando su vida en tal conflicto,
Á tentar el camino de salvarle.
Dos fieles escuderos tras de él siguen:
Se lanza á los escombros humeantes,

Salta de viga en viga, que á su planta
Ceden, y sin temer precipitarse
Dentro de un mar de fuego á cada paso,
Senda por medio de las llamas abre;

Y á la cámara llega de su hijo.
Era el momento mismo en que lo grande
Del incendio voraz en ella estaba:
Ya las molduras que le adornan arden,

Y vuelan en ceniza y humo leve.
La dorada techumbre á desplomarse
Va al momento: del suelo, quebrantado,
Por las grietas el humo empieza á alzarse,

Y acaso llamas: crujen las paredes,
Y aún está en un rincón el rico catre,
Y el niño en él. De despertar acaba,
Cuando iba ya el vapor á sofocarle,

Porque una brasa ó chispa le ha cáído
En el pecho inocente. Ruy-Velázquez
Lo ve al través del humo, oye su llanto,
Mira sus manecitas levantarse.

Respira el padre; es suyo: corre, vuela...
Pero en el punto mismo de salvarle,
Una viga del suelo en aquel lado
Falta, se troncha con fragor, y el catre

Y el niño, y la bordada colgadura
Se hunden en un abismo y hondo cráter,
Por do rompe de llamas un torrente
Que todo lo consume en el instante.

Tras del hijo inocente, despechado
Fuese á arrojar el desdichado padre;
Mas firmes lo detienen y sujetan
Entrambos escuderos, que constantes

Hasta aquel sitio horrendo lo han seguido;
Y desmayado logran retirarle,
Y atravesando por peligros nuevos,
Quemados los cabellos, barba y trajes,

Con él en hombros, como muerto, pronto
Salvos al patio del castillo salen.
La muchedumbre á su señor circunda,
Y él, en cuanto en el rostro le dió el aire

Á cielo abierto, y respiró el ambiente,
Tornó en sí, y furibundo á levantarse.
Maldijo, blasfemó, con roncas voces
Aterró á los confusos circunstantes;

Llamó al hijo mil veces, anheloso
Corrió ligero de una en otra parte,
Y en tronador acento, que vencía
Del incendio el rumor, y el espantable

Estruendo que los muros y techumbres
Formaban al hundirse y desplomarse;
Gritó á sus servidores y vasallos:
—«Fuera, canalla vil... fuera, cobardes:

Dejad, dejad arder estas rüinas;
¡Muerte á quien una chispa sola apague!
Arda el palacio, y arda Barbadillo,
Y Castilla, y el mundo... Si abrasarse

« He visto mi esperanza, ¿qué me importa
Que el universo mísero se abrase? »—
Gritando así furioso se metía
En pórticos, salones y desvanes,

Y á los que aún se afanaban denodados
Por atajar el fuego, á retirarse
Con golpes y amenazas compelía;
Mas aunque trabajando continuasen,

Nada lograr pudieran. Del incendio,
Descuidado al principio, eran ya tales
Los rápidos progresos, que no había
Manera de extinguirle ó de cortarle.

Salió el sol entre cárdenos vapores,
Que dieron á su faz color de sangre,
Y pálido y sin brillo, en el espacio,
Cual si una gasa densa lo ofuscase,

Se alzó, y siguió su curso. Á su presencia,
Si no furor, perdieron las voraces
Llamas su resplandor, mientras el humo
Cobró aspecto más negro y formidable,

Cubriendo con fantásticos colosos
Del cielo azul el empañado esmalte.
Y entre ruinas y escombros se veía
Aparecer al despechado padre.

Ora al hundirse una maciza torre,
Ora al volar el humo hacia otra parte,
Ser el Genio del mal se hubiera dicho
Que presidía destrucción tan grande.

Duró el incendio en su furor tres días,
Y por muchos después quedó constante
Una columna de humo, que se alzaba
Hasta los cielos recta por el aire,

Cual si fuese un puntal del firmamento;
Ú ondeaba en brazos del ambiente suave;
Ó rota por el viento, se esparcía
En niebla leve por los hondos valles.

ÁNGEL DE SAAVEDRA.

Un Castellano leal.

Romance primero.

—«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blasón,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro.
Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas, quien no estuviere
Más limpio que lo está el sol.
No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su Rey combate
Y que á su patria vendió.
Pues si él es de Reyes primo,
Primo de Reyes soy yo;
Y conde de Benavente,
Si él es duque de Borbón.
Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó
La traición mi noble sangre,

Y haber nacido español».

Así atronaba la calle
Una ya cascada voz,
Que de un palacio salía
Cuya puerta se cerró;
Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises
Más bien que timbre baldón,
Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubiertos de ricas galas,
El gran duque de Borbón.
El que lidiando en Pavía
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
Á su natural Señor.
Y que á Toledo ha venido
Ufano de su traición,
Para recibir mercedes,
Y ver al Emperador.

Romance segundo.

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos,
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillón de respaldo

Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del Imperio,
De pie estaba Carlos quinto,
Que en España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
Víste tabardo tudesco;
De rubias martas orlado,
Y desabrochado y suelto,
Dejando ver un justillo
De raso jalde, cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos;
Y la excelsa y noble insignia
Del Toison de oro, pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airón, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyada en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso mosquero.
Y con la siniestra halaga,
De un mastín muy corpulento,

Blanco, y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.

Con el Condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discurriendo;
Ó del trato que dispone
Con el rey de Francia preso,
Ó de asuntos de Alemania,
Agitada por Lutero.
Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo lejos,
Y ante el alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
Rumor impensado luego,
Ábrese al fin la mampara
Y entra el de Borbón soberbio.
Con el semblante de azufre,
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto.
Y con balbuciente lengua,
Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente,
Un desagravio pidiendo.

Del español Condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo.

Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
Á su noble rostro asoman
La aprobación y el contento.
El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber qué responderle
Al francés, de enojo ciego.
Y aunque en su interior se goza,
Con el proceder violento
Del conde de Benavente;
De altas esperanzas lleno
Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos,
Y con los que el ancho mundo
Será á sus glorias estrecho;
Mucho al de Borbón le debe,
Y es fuerza satisfacerlo;
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo.
Y llamando á un gentil-hombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su presencia presto.

Romance tercero.

Sostenido por sus pajes
Desciende de su litera
El conde de Benavente
Del alcázar á la puerta.
Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas,

Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan seria,
Que veneración de lejos
Y miedo causa de cerca.
Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un coleto á la leonesa.
De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas.
Un birretón de velludo
Con su cintillo de perlas,
Y el gabán de paño verde
Con alamares de seda.
Tan sólo de Calatrava
La insignia española lleva,
Que el Toison ha despreciado
Por ser orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras,
Y al verle, las alabardas
Un golpe dan en la tierra.
Golpe de honor, y de aviso
De que en el alcázar entra
Un Grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.
Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.
Con grave paso entra el Conde

Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando
Hasta la cámara regia.

Pensativo está el Monarca,
Discurriendo cómo pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.
Mucho al de Borbón le debe,
Aún mucho más de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.
Dilación no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavía
Á un tiempo se le recuerdan.
En el sillón asentado,
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe
Que comedido se acerca.

Grave el Conde lo saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas, como Grande del reino,
Sin descubrir la cabeza.
El Emperador benigno
Que alce del suelo le ordena,
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza.
Y entre severo y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que á Borbón aloje
Voluntad suya resuelta.
Con respeto muy profundo,

Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:
—« Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra,
Á vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.
Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella
Pero no toquéis mi honra,
Y respetad mi conciencia.
Mi casa Borbón ocupe,
Puesto que es voluntad vuestra,
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca;
Que á mí me sobra en Toledo
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores
Cuyo solo aliento infesta;
Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»

Dijo el Conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
Á do estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
Mandó que lo condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.
Quedó absorto Carlos quinto
De ver tan noble firmeza,

Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

Romance cuarto.

Muy pocos días el Duque
Hizo mansión en Toledo,
Del noble Conde ocupando
Los honrados aposentos.
Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes,
Orgulloso y satisfecho,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso,
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo:
Á poco rato tornóse
En humo confuso y denso,
Que en nubarrones oscuros
Ofuscaba el claro cielo;
Después en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba los valles,
Dando en el Tajo reflejos,
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio,
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.

El Emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo; tragóse
Tantas riquezas el fuego,
Á la lealtad castellana
Levantando un monumento.
Aún hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.

ÁNGEL DE SAAVEDRA.

El Sombrero.

ROMANCE PRIMERO.

La tarde.

Entre Estepona y Marbella,
Una torre fulminada,
Hoy nido de aves marinas,
Y en otro tiempo atalaya,
Corona con sus escombros
Una roca solitaria,
Que se entapiza de espumas
Cuando las olas la bañan.
Á la derecha se extiende

Una humilde y lisa playa,
Cuyas menudas arenas
Humedece la resaca;
  Y oculta entre dos ribazos
Forma una escondida cala,
Abrigo de pescadoras
Ó contrabandistas barcas.
  Á este temeroso sitio,
Mientras lento declinaba
Á ponerse un sol de otoño
Entre celajes de nácar,
  Estando el viento adormido,
La mar blanquecina en calma,
Y sin turbar el silencio
De las voladoras auras,
  Sino el grito de un milano
Que los espacios cruzaba,
Y los de dos gaviotas,
Cuyo tálamo era el agua;
  La divina Rosalía,
La hermosa de la comarca,
Fugitiva y anhelante
Llegó, sudosa y turbada.

  Su gentil cabeza y hombros
Cubre un pañolón de grana,
Dejando ver negras trenzas,
Que un peine de concha enlaza;
  Y de seda una toquilla,
Azul, rosa, verde y blanca,
Que las formas virginales
Del seno dibuja y guarda.
  Su gallardo cuerpo adorna
De muselina enramada

Un vestido; con la diestra
Recoge la undosa falda,
  Y el pie primoroso y breve,
Que apenas su huella estampa
En la movediza arena,
Más limpio desembaraza.
  Bajo el brazo izquierdo tiene
Un envoltorio de nada,
Cubierto con un pañuelo,
Do el jalde y rojo resaltan.
  ¡Inocente Rosalía!
¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!
¡Cuál su semblante divino,
Lleno de vida y de gracia,
  Desencajado se muestra!...
¡Qué palidez!.... ¡Qué miradas!....
Está haciendo, bien se advierte,
Un grande esfuerzo su alma.
  Sí, los ojos brilladores,
Los ojos que tienen fama
En toda la Andalucía,
Por su fuego y sus pestañas,
  En el peñón, que lejano
Apenas se dibujaba
Entre la neblina (seña
De mudarse el tiempo) clava.
  Dos lágrimas relucientes
Sus mejillas deslustradas
Queman; un hondo suspiro
Del pecho oprimido arranca.
  Queda suspensa un momento:
Luego de pronto la cara
Vuelve á Estepona, temblando:
Juzga que una voz la llama.
  Y la llama, es cierto....¡Ay triste!

Mas ¿qué importa? Otra, más alta,
Más fuerte, más poderosa,
Desde Gibraltar la arrastra.

En el peñasco asentóse,
De la hundida torre basa;
Miró en torno, y de su seno
Sacó y repasó esta carta:
« Sí, mi bien; sin ti la vida
Me es insoportable carga;
Resuélvete, y no abandones
Á quien ciego te idolatra.
Contigo nada me asusta,
Sin ti todo me acobarda;
Mi destino está en tus manos:
Ten resolución, y basta.
Resolución, Rosalía,
Cúmpleme, pues, tus palabras:
No tendrás que arrepentirte,
Te lo juro con el alma.
En cuanto venga la noche,
Volveré sin más tardanza
Al sitio aquel que tú sabes,
En una segura lancha.
Espérame, vida mía:
Si no te encuentro, si faltas,
Ten como cierta mi muerte.
Corro al momento á la plaza
De Estepona, allí pregono
Mi proscripto nombre, y paga
De mi amor será un cadálso
Delante de tus ventanas. »
Se estremeció Rosalía,
No leyó más, y borraban

Sus lágrimas abundantes
Las letras de aquella carta.
Llévala á los labios fríos,
La estrecha al seno con ansia,
Mira al cielo, *Estoy resuelta*,
Dice, y se consterna y calla.

Torna al peñón (que parece
Una colosal fantasma
Con un turbante de nubes,
De nieblas con una faja)
La vista otra vez. La extiende
Por la mar, que muerta y llana,
Fundido oro se diría
Del sol poniente en la fragua.
Juzga ver un negro punto
Que se mueve á gran distancia:
Ya se muestra, ya se esconde.
¿Será? ...¡oh Dios!.... ¿Será?....La escasa
Luz del crepúsculo todo
Lo confunde, borra y tapa.
Con los ojos Rosalía
Los resplandores, que aún marcan
La línea del horizonte,
Sigue. Una nube la espanta,
Que por el Sur aparece,
Oscura y encapotada;
Y aún más el ver acercarse
Por allí dos velas blancas,
Cuyas puntas ilumina
Del sol ya puesto la llama.

Romance segundo

La noche.

Entró la noche; con ella

Despertándose fué el viento,
Y el mar empezó á moverse
Con un mugidor estruendo.
Las nubes, entapizando
El oscuro y alto cielo,
La débil luz ocultaban
De estrellas y de luceros,
No había luna; densas sombras
En corto rato envolvieron
Tierra y mar. De Rosalía
Ya desfallece el esfuerzo.
Arrepentida, asombrada,
Intenta... No, no hay remedio.
Cierra los ojos, é inclina
La cabeza sobre el pecho.
La humedad la hiela toda,
Corto abrigo es el pañuelo;
Tiembla de terror su alma,
Tiembla de frío su cuerpo:
Si cualquier rumor la asusta,
Más sus mismos pensamientos;
Pues ni uno solo le ocurre
De esperanza ó de consuelo.
Las velas que ha divisado
Cuando el sol ya estaba puesto,
La atormentan, la confunden.
Las ha conocido: ¡cielos!
Son, sí, las del guarda-costa,
Jabeque armado y velero,
Terror de los emigrados,
De contrabandistas miedo.

¡Infelice Rosalía! . . .
Á las ánimas de lejos

Tocar las campanas oye
De la torre de su pueblo.
¡Oh cuánto la sobresaltan
Aquellos amigos ecos!
Parécele que son voces
Que la nombran.—Gran silencio
Reinó después largo espacio.
Las olas, que van creciendo,
Llegan á besar la peña;
De Rosalía los tiernos
Pies mojan. . . y no lo advierte:
Clavada está. Los destellos
De la espuma que se rompe,
Secas algas revolviendo,
La deslumbran. De continuo
La reventazón inciertos
Fugitivos grupos blancos
Le ofrece del mar en medio,
Cual pálidas llamaradas.
Ella piensa que los remos
Y la proa de un esquife
Las causan. . . ¡Vanos deseos!

Así pasó largas horas,
Cuando un lampo ve de fuego
En alta mar, y en seguida
Oye al cabo de un momento
¡Poumb! . . . y retumbar en torno
Como un pavoroso trueno,
Que se repite y se pierde
De aquella costa en los huecos.
Ve pronto hacia el lado mismo
Otros dos ó tres pequeños
Fogonazos; mas no llega

El sordo estampido de ellos.
  Otra roja llamarada...
¡Poumb! otra vez... ¡Dios! ¿qué es esto?
Repitiéndose perdióse
Este són como el primero.
  No hubo más: creció furioso
El temporal, y más recio
Sopló el sudoeste; las olas
De Rosalía el asiento
  Embisten, de agua salobre
La bañan; estar más tiempo
No puede allí: busca abrigo
De la torre entre los restos.
  La lluvia cae á torrentes,
Parece que tiembla el suelo;
Dijérase ser llegada
Ya la fin del universo.

Romance tercero

La mañana.

  Raya en el remoto oriente
Una luz parda y siniestra;
Á mostrarse en vagas formas
Ya los objetos empiezan.
  Espectáculo espantoso
Ofrece naturaleza,
Las olas como montañas
Movibles y verdinegras,
  Se combaten, crecen, corren
Para tragarse la tierra,
Ya los abismos descubren,
Ya en las nubes se revientan.
  Rómpense en las altas rocas
Alzando salobre niebla,

Y la playa arriba suben,
Y luego á su centro ruedan
Con un asordante estruendo:
Silba el huracán, espesa
Lluvia el horizonte borra,
Y lo confunde y lo mezcla.

La infelice Rosalía,
Toda empapada, cubierta
Con el pañolón mojado,
Que ó bien la ciñe y aprieta,
Ó agitado por el viento,
Le azota el rostro y flamea,
Volando ya desparcidas
Fuera de él las negras trenzas;
Falta de aliento, de vida,
El alma rota y deshecha,
Asida de los sillares
Se aguanta inmóvil y yerta.
Aparición de otro mundo,
Sílfide, á quien maga artera
Cortó las ligeras alas,
La juzgaran si la vieran.
Tiende espantados los ojos
Por el caos: nada encuentra
Que socorro ó que consuelo
En tal apuro la ofrezca.
Descubre que una gran ola,
Que tronadora se acerca,
Entre las blancas espumas
Envuelve una cosa negra:
De ella no aparta los ojos,
Ve que en la playa se estrella,
Que al huir deja un sombrero

Rodando sobre la arena,
  Y una tabla.—Rosalía
Salta de las ruinas fuera,
Corre allá, mientras las olas
Se retiran. No la aterra
  Otra mayor, que se avanza
Más hinchada, más soberbia.
Ve en el madero lavado
Los restos de sangre fresca...
  Coge el sombrero... ¡infelice!
Lo reconoce... Las fuerzas
Le faltan, cae, y al momento
Precipítase sobre ella
  Una salobre montaña
Que la playa arriba entra
Y rápida retrocede,
No dejando nada en ella.

  Cual si dar, tan sólo objeto
De la borrasca tremenda,
Lecho nupcial en los mares
Á dos infelices, fuera:
  Á templar su furia ronca
Los huracanes empiezan,
Bajan las olas, la lluvia
Se disminuye, y aun cesa.
  Rómpese el cielo de plomo,
Y por pedazos se muestra
El azul, que ardientes rayos
De claro sol atraviesan.
  Ya se aclara el horizonte;
Por el lado de la tierra
Fórmanlo azules colinas,
Que aún en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura,
Movible, lo forma y cierra
Del lado del mar, y asoma
La claridad detrás de ella.
Aunque silba duro el viento,
Aunque es la resaca recia,
Torna al mundo la esperanza
De prolongar su existencia.

En esto una triste madre
Y un tierno hermanillo llegan,
Buscando á su Rosalía,
Á aquella playa funesta.
Llenos de lodo, empapados,
Muertos de cansancio y pena,
Tienden en redor los ojos,
Y nada ¡oh martirio! encuentran.
Al retroceder las aguas,
Unas femeniles huellas
De pie breve reconocen
Estampadas en la arena...
« ¡Rosalía! . . . ¡Rosalía!!! »
Gritan, y no oyen respuesta.
Van á la arruinada torre,
Y hállanse sobre una piedra
Un envoltorio deshecho
Entre fango, espuma y tierra,
Y un pañuelo rojo y jalde,
Que le sirve de cubierta.

ÁNGEL DE SAAVEDRA.

Al Sol.

Himno.

Pára y óyeme ¡oh sol! yo te saludo
Y extático ante ti me atrevo á hablarte:
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ansia de admirarte,
Intrépidas á ti sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol! á ti llegara
Y en medio de tu curso te parara!
¡Ay! si la llama que mi mente alumbra
Diera también su ardor á mis sentidos,
Al rayo vencedor que los deslumbra
Los anhelantes ojos alzaría,
Y en tu semblante fúlgido, atrevidos,
Mirando sin cesar, los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y extático te vía
Y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Oceano,
Al término sombroso de Occidente,
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vívido lanzas de tu frente el día,

Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestüoso envía
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.

Tranquilo subes del zenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado día
Con otros mil la eternidad sepulta.

¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío
Secas y verdes hojas desprendidas,
Que en círculos se mecen
Y al furor de Aquilón desaparecen.
Libre tú de la cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad: retumbó en torno
El ronco trueno, y con temblor crujieron
Los ejes de diamante de la tierra:
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.

Se estremeció el profundo;
Y entonces tú, como señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreías,
Y á otros mundos en paz resplandecías.

Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Oceano,
Y tornan otra vez á sucederse;
Mientra inmutable tú, solo y radiante
¡Oh sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.

¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, perennal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No: que también la muerte,
Si de lejos te sigue,
No menos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tu de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un día
Con doble resplandor esclarecía?

Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día
Llegue que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre soberano,

Y allá á la eternidad también descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado,
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado;
De cien tormentas al horrible estruendo,
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá; noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre:
Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!!!

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

El Diablo Mundo.

INTRODUCCIÓN.

El Poeta.

....

¿Dónde estoy? Tal vez bajé
Á la mansión del espanto,
Tal vez yo mismo creé
Tanta visión, sueño tanto,
Que en dónde estoy ya no sé.

Hórrida turba, quizá,
Que en tormenta y confusión,
Á anunciar al mundo va
Su ruina y desolación,
Mensajeros de Jehová:

¿Quiénes sois, genios sombríos
Que junto á mí os agolpáis?
¿Sois vanos delirios míos,
O sois verdad? ¿Qué buscáis?
¿Qué queréis? ¿Á dónde vais?

Mas de la célica cumbre
Llameante catarata
En ondas de viva lumbre
Súbito miro saltar.
Y ola tras ola de fuego
Vuela en el aire y se alcanza
Con estruendo y furor ciego,
Como despeñado mar.

Y al hondo abismo en seguida
Se precipita y se pierde
La catarata encendida
Que en arco rápido cae.
Oceano inmenso volcado
Rojos los aires incendia;
En tumbos arrebatado
Recia tormenta lo trae.

Y en medio negra figura
Levantada en pie se mece,
De colosal estatura
Y de imponente ademán.
Sierpes son su cabellera
Que sobre su frente silban,
Su boca espantosa y fiera
Como el cráter de un volcán.

De duendes y trasgos
Muchedumbre vana
Se agita y se afana
En pos su señor.

Y allí entre las llamas
Resbalan, se lanzan,
Y juegan y danzan
Saltando en redor.

Bullicioso séquito
Que vienen y van,
Visiones fostóricas,
Ilusión quizá;
Trémulas imágenes
Sin marcada faz,
Su voz sordo estrépito
Que se oye sonar,
Cual zumbido unísono
De mosca tenaz.

Allí entre las llamas
Hirviendo en montón,
No cesa su ronco
Monótono són,
Murmurando á un tiempo mismo
Todos juntos y á una voz,
Y apareciéndose súbito
Ora fuego, ora vapor.

Tendió una mano el infernal gigante
Y la turba calló, y oyóse sólo
En silencio el estrépito atronante
Del flamígero mar: luego un acento
Claro, distinto, rápido y sonoro
Por la vaga región cruzó del viento
Con rara melancólica armonía,
Que brotaba do quiera,
Y un eco en derredor lo repetía.

Voz admirable, y vaga, y misteriosa,
Viene de allá del alto firmamento,

Crece bajo la tierra temblorosa,
Vaga en las alas del callado viento.
Voz de amargo placer, voz dolorosa,
Incomprensible mágico portento,
Voz que recuerda al alma conmovida
El bien pasado y la ilusión perdida.

« ¡Ay! » exclamó, con lamentable queja,
Y en torno resonó triste gemido,
Como el recuerdo que en el alma deja
La voz de la mujer que hemos querido.
« ¡Ay! ¡cuán terrible condición me aqueja,
Para llorar y maldecir nacido,
Víctima yo de mi fatal deseo,
Que cumplirse jamás mis ansias veo!

« ¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumbre
De eterna luz que altísima se ostenta,
Tal vez en trono de celeste lumbre
Su incomprensible majestad se asienta:
De mundos mil la inmensa pesadumbre
Con su mano tal vez rige y sustenta,
Sempiterno, infinito, omnipotente,
Invisible do quier, do quier presente.

« Y allá en la gran Jerusalén divina
Tal vez escucha en holocausto santo
Del querub que á sus pies la frente inclina
Voces que exhalan armonioso canto.
La máquina sonora y cristalina
Del mundo rueda en derredor, en tanto,
Y entre aromas, y gloria, y resplandores,
Recibe humilde adoración y amores.

« *Santo, Santo,* los ángeles le cantan,
Hosanna, Hosanna, en los altares suena,
Rayos de luz perfilan y abrillantan

Nube de incienso y transparencia llena;
Y en ella con murmullo se levantan,
Paz demandando á la mansión serena,
Las preces de los hombres en su duelo,
Y paz les vuelve y bendición el cielo.

« ¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
Y hierve el rayo en su irritada mano,
Y la angustia, el dolor, la muerte lanza
Al inocente que le implora en vano?
¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza,
Frívolo, injusto y sin piedad tirano
Del corazón del homhre, y le encadena,
Y á eterna muerte al pecador condena?

« Embebido en su inmenso poderío,
¿Es Dios el Dios que goza en su hermosura,
Que arrojó el universo en el vacío,
Leyes le dió y abandonó su hechura?
¿Fué vanidad del hombre y desvarío
Soñarse imagen de su imagen pura?
¿Es Dios el Dios que en su eternal sosiego
Ni vió su llanto ni escuchó su ruego?

«¿Tal vez secreto espíritu del mundo,
El universo anima y alimenta,
Y derramado su hálito fecundo
Alborota la mar y el cielo argenta,
Y á cuanto el orbe en su ámbito profundo
Tímido esconde ó vanidoso ostenta,
Presta con su virtud desconocida
Alma, razón, entendimiento y vida?

« ¿Y es Dios tal vez la inteligencia osada
Del hombre siempre en ansias insaciable,
Siempre volando y siempre aprisionada
De vil materia en cárcel deleznable?

¿Á esclavitud eterna condenada,
Á fiera lucha, á guerra interminable,
Tal vez estás, divinidad sublime,
Que otra divinidad de inercia oprime?

« ¿Y es en su vida el universo entero
Ilimitado campo de pelea,
Cada elemento un triste prisionero
Que su cadena quebrantar desea,
Y ardes en todo, espíritu altanero,
Lumbre matriz, devoradora tea,
Como el que oculto, misterioso aliento
Mueve la mar con loco movimiento?

« ¿Cuándo tu guerra término tendrá,
Y romperás tu lóbrega prisión?
¿Su faz el universo cambiará?
¿Creará otros seres de inmortal blasón,
Ó la muerte silencio te impondrá?
¿Volarás fugitivo á otra región,
Ó, disipando la materia impura,
El mundo inundarás de tu hermosura?

—«¿Quién sabe? acaso yo soy
El espíritu del hombre
Cuando remonta su vuelo
Á un mundo que desconoce;
Cuando osa apartar los rayos
Que á Dios misterioso esconden,
Y analizarle atrevido
Frente á frente se propone.
Y entre tanto que impasibles
Giran cien mundos y soles
Bajo la ley que gobierna
Sus movimientos acordes,
Traspasa su estrecho límite
La imaginación del hombre,

Jinete sobre las alas
De mi espíritu veloces,
Y otra vez va á mover guerra,
Á alzar rebeldes pendones,
Y hasta el origen creador
Causa por causa recorre,
Y otra vez se hunde conmigo
En los abismos, en donde
En tiniebla y lobreguez
Maldice á su Dios entonces.
¡Ay! su corazón se seca,
Y huyen de él sus ilusiones;
Delirio son engañoso
Sus placeres, sus amores,
Es su ciencia vanidad,
Y mentira son sus goces,
¡Sólo verdad su impotencia,
Su amargura y sus dolores!

Tú me engendraste, mortal,
Y hasta me diste un nombre,
Pusiste en mi tus tormentos,
En mi alma tus rencores,
En mi mente tu ansiedad,
En mi pecho tus furores,
En mi labio tus blasfemias
É impotentes maldiciones,
Me erigiste tu verdugo,
Me tributaste temores,
Y entre Dios y yo partiste
El imperio de los orbes.
Y yo soy parte de ti,
Soy ese espíritu insomne
Que te excita y te levanta
De tu nada á otras regiones,

Con pensamientos de ángel,
Con mezquindades de hombre.

Tú te agitas como el mar
Que alza sus olas enormes,
Humanidad, en oleadas
Por quebrantar tus prisiones.
¿Y en vano será que empujes,
Que ondas con ondas agolpes,
Y de tu cárcel la linde
Con vehemente furia azotes?
¿Será en vano que tu mente
Á otras esferas remontes,
Sin que los negros arcanos
De vida y de muerte ahondes?
¿Viajas tal vez hacia atrás?
¿Adelante tal vez corres?
¿Quizá una ley te subyuga?
¿Quizá vas sin saber dónde?
Las creencias que abandonas,
Los templos, las religiones
Que pasaron, y que luego
Por mentira reconoces,
¿Son quizá menos mentira
Que las que ahora te forjes?
¿No serán tal vez verdades
Los que tú juzgas errores?

Mas tú como yo impulsada
Por una mano de bronce,
Allá vas, y en vano, en vano
Descanso pides á voces;
Los siglos se precipitan,
Se hunden cien generaciones,
Piérdense imperios y pueblos,

Y el olvido los esconde;
Y tú allá vas, allá vas
Abandonada y sin norte,
Despeñada y de tropel
Y en aparente desorden;
Y ora inundas la llanura,
Allanas luego los montes,
¡No hay hondo abismo ni cielo
Que á descubrir no te arrojes!!
¡Pobre ciega! loca, errante,
Aquí sagaz, allí torpe,
Tú misma para ti misma
Toda arcano y confusiones.

Y ya por senda trazada
Viajes sometida y dócil,
Y sigas crédula en paz
Las huellas de tus mayores;
Ya nuevas galas te vistas,
Y de las antiguas mofes,
Y rebelde de tus hierros
Muerdas ya los eslabones,
Yo siempre marcho contigo
Y ese gusano que roe
Tu corazón, esa sombra
Que anubla tus ilusiones,
Soy yo, el lucero caído,
El ángel de los dolores,
El rey del mal, y mi infierno
Es el corazón del hombre.
Feliz mientras la esperanza
¡Ay! tus delirios adorne,
Infeliz cuando tu mente
Los recuerdos emponzoñen
Y á la mar sin rumbo fijo

Desesperado te arrojes:
Ni un astro te alumbrará,
Será en vano que á Dios nombres,
Ora le reces sin fe,
Ora su enojo provoques.
Sólo el huracán y el trueno
Responderán á tus voces,
Sin hallar puerto ni playa
Por más que anhelante vogues.
Y al fin la materia muere;
Pero el espíritu ¿adónde
Volará? ¿Quién sabe? ¡Acaso
Jamás sus cadenas rompe!!! »

Dijo, y la ígnea luminosa frente
Dejó caer desesperado y triste,
Y corrió de sus ojos larga fuente
De emponzoñadas lágrimas: profundo
Silencio en torno dominó un momento:
Luego en aéreo modulado acento
Cien coros resonaron
Y allá en el aire en confusión cantaron.

.....

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

Visión de la Inmortalidad.

(El Diablo Mundo.)

Duerme, entre tanto, el venerable anciano,
Mientras que yo discurro sin provecho:
Figuras mil en su delirio insano

Fingiendo en torno á su encantado lecho.
El sueño su invencible y grave mano
Posando silencioso sobre el pecho,
Formas de luz y de color sombrío
Arroja al huracán del desvarío.

Y como el polvo en nubes que levanta
En remolinos rápidos el viento,
Formas sin forma, en confusión que espanta,
Alza el sueño en su vértigo violento:
Del vano reino el límite quebranta
Vago escuadrón de imágenes sin cuento,
Y otros mundos al viejo aparecían,
Y esto los ojos de su mente vían.

En lóbrego abismo que sombras eternas
Envuelven en densa tiniebla y horror,
Do reina un silencio que nunca se altera,
Y ahuyenta el olvido del mundo el rumor,

Con lástima y pena, mirando al anciano,
Vaporosa sombra de un lejano bien,
De vagos contornos confusa figura,
Cual bello cadáver se alzó una mujer:

Y oyóse en seguida lánguida armonía,
Música süave, y luego una voz
Cantó, que el oído no la percibía,
Sino que tan sólo la oyó el corazón.

« Débil mortal, no te asuste
Mi oscuridad ni mi nombre;
En mi seno encuentra el hombre
Un término á su pesar.
Yo compasiva le ofrezco
Lejos del mundo un asilo,
Donde á mi sombra tranquilo
Para siempre duerma en paz.

Isla yo soy de reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó:
Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo,
Allí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.

Soy melancólico sauce
Que su ramaje doliente
Inclina sobre la frente
Que arrugara el padecer,
Y aduerme al hombre, y sus sienes
Con fresco jugo rocía,
Mientras el ala sombría
Bate el olvido sobre él.

Soy la virgen misteriosa
De los últimos amores,
Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni dolor,
Y amante doy mi cariño
Sin vanidad ni falsía;
No doy placer ni alegría;
Mas es eterno mi amor.

En mi la ciencia enmudece,
En mí concluye la duda,
Y árida, clara y desnuda
Enseño yo la verdad;
Y de la vida y la muerte
Al sabio muestro el arcano,
Cuando al fin abre mi mano
La puerta á la eternidad.

Vén, y tu ardiente cabeza

Entre mis brazos reposa;
Tu sueño, madre amorosa,
Eterno regalaré;
Vén, y yace para siempre
En blanda cama mullida,
Donde el silencio convida
Al reposo y al no ser.

Deja que inquieten al hombre,
Que loco al mundo se lanza,
Mentiras de la esperanza,
Recuerdos del bien que huyó:
Mentira son sus amores,
Mentira son sus victorias,
Y son mentira sus glorias,
Y mentira su ilusión.

Cierre mi mano piadosa
Tus ojos al blando sueño,
Y empape suave beleño
Tus lágrimas de dolor:
Yo calmaré tu quebranto
Y tus dolientes gemidos,
Apagando los latidos,
De tu herido corazón. »

¿Visteis la luna reflejar serena
Entre las aguas de la mar sombría,
Cuando se calma nuestra amarga pena,
Y siente el corazón melancolía?

¿Y el mar que allá á lo lejos se dilata,
Imagen de la oscura eternidad,
Y el horizonte azul bañado en plata,
Rico dosel que desvanece el mar?

¿Y del aura sutil que se desliza
Por las aguas, oísteis el murmullo,

Cuando las olas argentadas riza
Con blanda queja y con doliente arrullo?

¿Y sentisteis tal vez un tierno encanto,
Una voz que regala el corazón,
Dulce, inefable y misterioso canto
De vago afán é incomprensible amor?

Blanda así la quimérica armonía
Sonó del melancólico cantar;
Vibraciones del alma y melodía
De un corazón que fatigó el pesar.

Y la amorosa y pálida figura
Dos amarillos brazos extendió,
Y sus lánguidos ojos de dulzura
Al triste viejo con piedad volvió.

Ojos sin luz que su mirada hiela,
Intima, intensa el corazón domina;
En densas sombras los sentidos vela,
En mudo pasmo la razón fascina.

Coagularse su sangre el viejo siente
Poco á poco en sus venas con sabroso
Desmayo, y que se trueca su impaciente
Afán en un letargo vaporoso:

Entorpece sus miembros y embriaga
Su mente aquella mágica figura,
La breve luz de su existencia apaga
Con su mirada de fatal ternura.

Sus labios besa con mortal anhelo
Cariñosa la pálida visión,
Y á las entrañas se desprende el hielo
De sus áridos labios sin color.

Sus ojos fijos en los muertos ojos
Desvanecidos de mirar sentía,

Los rayos de su luz yertos despojos
Que la mirada mágica absorbía.

Por su cuerpo un deleite serpeaba
Sus nervios suavemente entumeciendo,
Y el espíritu dentro resbalaba,
Grato sopor y languidez sintiendo.

Ya su delgada, amarillenta mano
Sobre su pecho á reposarla extiende,
Y exánime mirándola el anciano,
Yerto é inmóvil su destino atiende.

Así el viajero fatigado, cuando
El sueño los sentidos entorpece,
Las fuerzas poco á poco van faltando,
Y el cuerpo perezoso desfallece.

Y perdido en el áspera montaña,
Sobre la nieve desplomado cae,
Su juicio se devana y enmaraña,
Gratas visiones su desmayo trae.

Y lenta y muellemente adormecida
La máquina mortal, lánguidamente
Bostezar torpe la ondulante vida
Entre los brazos de la muerte siente.

¿Será que, consumida por los años,
Sienta placer la vida fatigada
En dejar de este mundo los engaños,
El término al tocar de su jornada?

¿La trabazón de la materia inerte
Desatada, disuelto el cuerpo expira,
Y el espíritu, cerca ya la muerte,
Por la perdida libertad suspira?

Rendido, en tanto, el moribundo anciano,
Con deleite la eterna paz espera;

Su mano estrecha la aterida mano
Que marca el fin de su vital carrera.

Cuando á otra parte con estruendo el suelo
Crujir y el muro de su estancia siente,
Y ven sus ojos un inmenso cielo
Desarrollarse en luz de oro candente.

Rico manto de lumbre y pedrería
Tachonado de soles á millares,
Olas de aljofarada argentería
Meciendo el aire en esparcidos mares.

Y un sol con otro sol que se eslabona
En torno á una deidad orlan su frente,
Y los rayos de luz de su corona
En un velo la envuelven transparente.

Majestüosa, diáfana y radiante
Su hermosura, en su lumbre se confunde,
Agitada columna coruscante,
Júbilo y vida por doquier difunde.

Eterno amor, inmarcesibles glorias,
Armas, coronas de oro y de laurel,
Triunfos, placeres, esplendor, victorias,
Ilusiones, riquezas y poder.

Eterna vida, eterno movimiento,
Los sueños de la dulce poesía,
El sonoro y quimérico concento
De la rica extasiada fantasía:

El eco blando del primer suspiro,
La dulce queja del primer amor,
La primera esperanza y el respiro
Que pura exhala la aromosa flor:

La faz hermosa de la noche en calma
Y el són del melancólico laúd,

Los devaneos plácidos del alma,
El sosiego y la paz de la virtud:

La santa dicha del hogar paterno,
Del amigo la plática sabrosa,
El blando sueño en el regazo tierno
De la feliz, enamorada esposa:

El puro beso del alegre niño
Que en torno de sus padres juguetea,
Prenda de amor, emblema de cariño
En que el alma gozosa se recrea:

La fe, la religión, bálsamo suave
Que vierte en el espíritu consuelo,
Y de las ciencias el estudio grave
Que alza la mente á la región del cielo:

La máquina del mundo y su hermosura,
Que arrobado el espíritu contempla,
La augusta soledad, que la amargura
Tal vez del alma combatida templa:

De la pasión el goce turbulento,
Siguiendo atropellado á la esperanza,
Ligero tamo que arrebata el viento
Y despeñado á su ilusión se lanza:

El aplauso del mundo y la tormenta,
Y el afán y el horrísono vaivén;
El noble orgullo y la ambición sangrienta
De nombre avara y de esplendente prez:

Del tronante cañón el estampido,
El lujo y el furor de la batalla,
Del corazón el bélico latido,
Que hace que hierva la abrasante malla:

El oro que famélico codicia
El hombre, y en montones lo atesora:

Alimento infernal de la avaricia,
Que hambre más siente cuanto más devora:

La crápula, el escándalo y mareo
De en vicios rica, estrepitosa orgía,
El pudor resistiéndose al deseo,
Y mezclándose el vino en la porfía:

La alegre danza en movimiento blando,
Que orna voluptüosa liviandad,
Al goce, el apetito convidando
Con sus mórbidas formas la beldad:

Cuanto fingió é imaginó la mente,
Cuanto del hombre la ilusión alcanza,
Cuanto creara la ansiedad demente,
Cuanto acaricia en sueños la esperanza;

La radiante visión maravillosa
Brinda con mano pródiga en montón,
Y en óptica ilusoria y prodigiosa
Pasar el viejo ante sus ojos vió.

Y entre aplausos, y músicas, y estruendo,
Y de ella en pos la humanidad entera,
Y en torno de ella armónica volviendo
En giro eterno la argentada esfera;

Suenan voces y cánticos sonoros
Que el aire en ecos derramados hienden,
Y ángeles mil en matizados coros
El aire rasgan y en fulgor lo encienden.

Y una voz como ráfaga de viento,
Palpitando de vida y de armonía,
Sobre el vario, magnífico concento
Así cantando resonar se oía:

Salve, llama creadora del mundo,

Lengua ardiente de eterno saber;
Puro germen, principio fecundo
Que encadenas la muerte á tus pies.

Tú la inerte materia espoleas,
Tú la ordenas juntarse y vivir,
Tú á su lado modelas y creas
Miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano
Vencedora la muerte tal vez,
De sus restos levanta tu mano
Nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,
Tú revistes los cielos de azul,
Tú la luna en las sombras argentas,
Tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,
Verde pompa á los árboles das;
Melancólica música al río,
Ronco grito á las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,
En los valles suspiras de amor,
Tú murmuras del aura en las alas,
En el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra
En arroyos de hirviente metal,
Tú abrillantas la perla que encierra
En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,
Negro manto que agita Aquilón,
Con tu aliento los aires enciendes,
Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,

Manantial sempiterno de bien,
Luz del mismo Hacedor desprendida,
Juventud y hermosura es tu ser.

Tú eres fuerza secreta que el mundo
En sus ejes impulsa á rodar,
Sentimiento armonioso y profundo
De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan
Incansables artífices son,
Del espíritu ardiente cincelan
Y embellecen la estrecha prisión.

Tú en violento, veloz torbellino
Los empujas enérgica, y van:
Y adelante en su raudo camino
Á otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,
Desparecen y llegan sin fin,
Y en su eterno trabajo se alcanzan,
Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean
En tu inmenso taller sin cesar,
Y en la tosca materia golpean,
Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo oceano
Flota el hombre en perpetuo vaivén,
Y derrama abundante tu mano
La creadora semilla en su sér.

Hombre débil, levanta la frente,
Pon tu labio en su eterno raudal,
Tú serás como el sol en Oriente,
Tú serás como el mundo inmortal.

Calló la voz, y el armonioso coro
Y el estruendo y la música siguió,
Y repitiendo el cántico sonoro,
Turbas inmensas pasan en montón.

Sus alas lanzan luminosa estela,
Como la nave en la serena mar,
Y entre su viva luz la luz riela
Más pura de la imagen inmortal.

Cruzando va cual fulgurante tromba
Su cortejo magnífico en redor,
Y el viento rompe cual lanzada bomba,
Sobre otros soles desprendido sol.

Atónito la faz alza el anciano,
Como el que vuelve en sí en el ataúd,
Con ansia, angustia y con delirio insano
Aire buscando y anhelando luz.

Que en el regazo del no sér dormido,
El alto estruendo en su estupor sintió,
El intrépido canto hirió su oído,
Y súbito sus nervios sacudió.

Y el yerto brazo de la sombra fría
Que vierte al corazón hielo mortal,
Aparta con afán en su agonía,
Volar ansiando á la gentil deidad.

Y entrambos brazos con anhelo tiende,
Atento, el canto animador escucha,
De la visión de muerte se desprende,
Y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos,
La luz buscando que su luz excita,
Sienten grato calor sus miembros muertos,
Con nuevo ardor su corazón palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,
Siente volver los juveniles bríos,
Y ahuyentan de su frente albas serenas
Los pensamientos de la edad sombríos.

Y desprendidas ráfagas de lumbre
Su cuerpo bañan y su sien circundan;
Torrentes mil de la argentada cumbre,
Vertiendo vida, en su esplendor le inundan.

Y bajando la diosa encantadora,
Mecida en olas de encendido viento,
En torno de él la tropa voladora
Esparce juventud y movimiento.

Y su rostro se pinta de hermosura,
Viste su corazón la fortaleza,
Brilla en su frente juvenil tersura,
Negros rizos coronan su cabeza;

El alma en su mirar se transparenta,
Mirar sereno, vívido y ardiente,
Y su robusta máquina alimenta
La eterna llama que en el pecho siente.

Contra su seno la deidad le abraza,
Y en su velo le envuelve y le ilumina,
Y á su rüina y su destino enlaza
El destino del mundo y su rüina.

Tú los siglos hollarás,
Sonó la voz de la altura,
Pasar los hombres verás;
Del mundo la edad futura
Como el mundo correrás.

El sol que hoy nace en Oriente
Y que ilumina tu frente,

Pasarán edades cien,
Y cual hoy resplandeciente
La iluminará también.

El crudo invierno sombrío,
Del pintado abril las flores,
Las galas del bosque umbrío,
Los rigorosos calores
De los meses del estío

Pasarán, y contarás
Hora á hora y mes á mes,
Y un año y otro verás,
Y un siglo y otro después,
Sin que se acabe jamás;

Y eternamente vogando,
Y navegando contino,
Sin hallar descanso, andando
Irás siempre, caminando
Sin acabar tu camino.

Y los siglos girarán
En perpetuo movimiento,
Las naciones morirán,
Y se escuchará tu acento
En los siglos que vendrán.

Pero si acaso algún día
Lloras tal vez tu orfandad,
Y al cielo clamas piedad,
Y en lastimosa agonía
Maldices tu eternidad,

Acuérdate que tú fuiste
El que fijó tu destino,
Que ser inmortal pediste,
Y arrojarte al torbellino

De las edades quisiste.

Y que el mundo te dará
Cuanto el mundo en sí contiene,
Que tuyo el mundo será,
Y ya para ti previene
Cuanto ha tenido y tendrá.

En tanto el luciente coro
Repitió luego el cantar,
Y remontándose al cielo
La luz plegándose va

Entre nubes de oro y nácar
Que esconden á la deidad,
Y las voces en los aires
Perdidas se escuchan ya

Allá en lejana armonía
Como un eco resonar:

« Y que el mundo te dará
Cuanto el mundo en sí contiene,
Que tuyo el mundo será,
Y ya para ti previene
Cuanto ha tenido y tendrá. »

José de Espronceda.

A Teresa.

Descansa en paz.

Bueno es el mundo ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
Como de Dios al fin obra maestra.
Por todas partes de delicias lleno,
De que Dios ama al hombre hermosa muestra;
Salga la voz alegre de mi seno
Á celebrar esta vivienda nuestra,
¡Paz á los hombres! ¡Gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula criaturas!

(*María*, por *D. Miguel de los Santos Álvarez.*)

¿Por qué volvéis á la memoria mía,
Tristes recuerdos del placer perdido,
Á aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido?
¡Ay! que de aquellas horas de alegría
Le quedó al corazón sólo un gemido,
Y el llanto que al dolor los ojos niegan,
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
De juventud, de amor y de ventura,
Regaladas de músicas sonoras,
Adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
Sus alas de carmín y nieve pura
Al sol de mi esperanza desplegando,
Pasaban ¡ay! á mi alrededor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,
El sol iluminaba mi alegría,
El aura susurraba entre las flores,
El bosque mansamente respondía,
Las fuentes murmuraban sus amores...

¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡Oh! ¡cuán süave resonó en mi oído
El bullicio del mundo y su ruïdo!

Mi vida entonces cual guerrera nave
Que el puerto deja por la vez primera,
Y al soplo de los céfiros süave,
Orgullosa despliega su bandera,
Y al mar dejando que á sus pies alabe
Su triunfo en roncos cantos, va velera
Una ola tras otra bramadora
Hollando y dividiendo vencedora;

¡Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
De amor volaba; el sol de la mañana
Llevaba yo sobre mi tersa frente,
Y el alma pura de su dicha ufana:
Dentro de ella el amor, cual rica fuente
Que entre frescura y arboledas mana,
Brotaba entonces abundante río
De ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
Exaltaba mi ánimo, y sentía
En mi pecho un secreto movimiento,
De grandes hechos generoso guía:
La libertad con su inmortal aliento,
Santa diosa, mi espíritu encendía,
Contino imaginando en mi fe pura
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente
Del noble Bruto, la constancia fiera
Y el arrojo de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera

Contra el tirano macedonio alzando,
Y al espantado pueblo arrebatando:

El valor y la fe del caballero,
Del trovador el arpa y los cantares,
Del gótico castillo el altanero
Antiguo torreón, do sus pesares
Cantó tal vez con eco lastimero,
¡Ay! arrancada de sus patrios lares,
Joven cautiva, al rayo de la luna,
Lamentando su ausencia y su fortuna:

El dulce anhelo del amor que aguarda
Tal vez inquieto y con mortal recelo
La forma bella que cruzó gallarda,
Allá en la noche, entre el medroso velo;
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo,
La mujer y la voz de su dulzura,
Que inspira al alma celestial ternura;

Á un tiempo mismo en rápida tormenta
Mi alma alborotaban de contino,
Cual las olas que azota con violenta
Cólera, impetüoso torbellino:
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino,
Ya al caballero, al trovador soñaba,
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
Que el alma sólo recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo
Que del barro al espíritu desprende:
Agreste, vago y solitario encanto
Que en inefable amor el alma enciende,
Volando tras la imagen peregrina

El corazón de su ilusión divina.

Yo desterrado en extranjera playa,
Con los ojos extático seguía
La nave audaz que en argentada raya
Volaba al puerto de la patria mía:
Yo cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oír pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
De la mágica luna se colora,
Del sol poniente al lánguido desmayo,
Lejos entre las nubes se evapora:
Sobre las cumbres que florece el mayo
Brilla fugaz al despuntar la aurora,
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslízase en el cielo
Allá en la noche desprendida estrella,
Si aroma el aire recogió en el suelo
Es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
Cruza la esfera, y que su planta huella,
Y en la tarde la mar olas la ofrece
De plata y de zafir donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,
Mujer que nada dice á los sentidos,
Ensueño de suavísima ternura,
Eco que regaló nuestros oídos:
De amor la llama generosa y pura,
Los goces dulces del placer cumplidos,
Que engalana la rica fantasía,
Goces que avaro el corazón ansía;

¡Ay! aquella mujer, tan sólo aquella
Tanto delirio á realizar alcanza,
Y esa mujer tan cándida y tan bella,
Es mentida ilusión de la esperanza:
Es el alma que vívida destella
Su luz al mundo cuando en él se lanza,
Y el mundo con su magia y galanura
Es espejo, no más, de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las Sílfides y Ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas:
Es el amor que recordando llora
Las arboledas del Edén divinas,
Amor de allí arrancado, allí nacido,
Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡Celestial anhelo!
¡Sentimiento purísimo! ¡Memoria
Acaso triste de un perdido cielo,
Quizá esperanza de futura gloria!
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh mujer! que en imagen ilusoria
Tan pura, tan feliz, tan placentera,
Brindó el amor á mi ilusión primera!...

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
¡Ah! ¡dónde estáis que no corréis á mares!
¿Por qué, por qué como en mejores días
No consoláis vosotras mis pesares?
¡Oh! los que no sabéis las agonías
De un corazón que penas á millares
¡Ay! desgarraron, y que ya no llora,
¡Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh! ¡dichosos mil veces! sí, dichosos,

Los que podéis llorar, y ¡ay! sin ventura
De mí, que entre suspiros angustiosos
Ahogar me siento en infernal tortura!
Retuércese entre nudos dolorosos
Mi corazón, gimiendo de amargura! . . .
También tu corazón hecho pavesa,
¡Ay! llegó á no llorar ¡pobre Teresa!

¿Quién pensara jamás, Teresa mía,
Que fuera eterno manantial de llanto,
Tanto inocente amor, tanta alegría,
Tantas delicias y delirio tanto?
¿Quién pensara jamás llegase un día
En que perdido el celestial encanto,
Y caída la venda de los ojos,
Cuanto diera placer causara enojos?

Aún parece, Teresa, que te veo
Aérea como dorada mariposa,
En sueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa,
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aún miro aquellos ojos que robaron
Á los cielos su azul, y las rosadas
Tintas sobre la nieve, que envidiaron
Las de mayo serenas alboradas;
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves ¡ay! como después lloradas,
Horas de confianza y de delicias,
De abandono, y de amor, y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
Y pasaba á la par nuestra ventura;

Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura;
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,
Llanto tal vez vertiendo de ternura,
Que nuestro amor y juventud veían,
Y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin....¡Oh! ¿quién impío
¡Ay! agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
Manantial de purísima limpieza;
Después torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza,
Y estanque en fin de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caíste despeñado al suelo
Astro de la mañana luminoso?
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
Á este valle de lágrimas odioso?
Aún cercaba tu frente el blanco velo
Del serafín, y en ondas fulgoroso,
Rayos al mundo tu esplendor vertía
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído,
Ó mujer nada más y lodo inmundo,
Hermoso sér para llorar nacido,
Ó vivir como autómata en el mundo:
Sí, que el demonio en el Edén perdido
Abrasara con fuego del profundo
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego
La herencia ha sido de sus hijas luego.

Brota en el cielo del amor la fuente
Que á fecundar el universo mana,
Y en la tierra su límpida corriente

Sus márgenes con flores engalana:
Mas ¡ay! huíd: el corazón ardiente
Que el agua clara por beber se afana,
Lágrimas verterá de duelo eterno,
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huíd, si no queréis que llegue un día,
En que enredado en retorcidos lazos
El corazón, con bárbara porfía
Luchéis por arrancároslo á pedazos:
En que al cielo en histérica agonía
Frenéticos alcéis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron;
Las dulces esperanzas que trajeron,
Con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de oscuridad vistieron:
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron,
Y de afán tanto y tan soñada gloria,
Sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! al recordarte siento
Un pesar tan intenso...! embarga impío,
Mi quebrantada voz mi sentimiento,
Y suspira tu nombre el labio mío:
Pára allí su carrera el pensamiento,
Hiela mi corazón punzante frío,
Ante mis ojos la funesta losa
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallaste en la muerte
Sombra á que descansar en tu camino,
Cuando llegabas mísera á perderte,
Y era llorar tu único destino:

¡Cuando en tu frente la implacable suerte
Grababa de los réprobos el sino...!
¡Feliz! la muerte te arrancó del suelo,
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roída de recuerdos de amargura,
Árido el corazón sin ilusiones,
La delicada flor de tu hermosura
Ajaron del dolor los Aquilones:
Sola, y envilecida, y sin ventura,
Tu corazón secaron las pasiones,
Tus hijos ¡ay! de ti se avergonzaran,
Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido,
Único desahogo en tu quebranto,
El histérico ¡ay! de tu gemido:
¿Quién, quién pudiera, en infortunio tanto,
Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y recogerte
En su seno de paz? ¡Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
En ti, mezquina sociedad, lanzada
Á romper tus barreras turbulenta.
Nave contra las rocas quebrantada,
Allá vaga, á merced de la tormenta,
En las olas tal vez náufraga tabla,
Que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
Y está en mi corazón; un lastimero
Tierno quejido que en el alma hiere,
Eco süave de su amor primero:
¡Ay! de tu luz, en tanto yo viviere,

Quedará un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.

Que yo como una flor que en la mañana
Abre su cáliz al naciente día,
¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,
Y exalté tu inocente fantasía:
Yo inocente también: ¡oh! ¡cuán ufana
Al porvenir mi mente sonreía,
Y en alas de mi amor ¡con cuánto anhelo
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
En tus brazos en lánguido abandono,
De glorias y deleites rodeado,
Levantar para ti soñé yo un trono:
Y allí tú venturosa y yo á tu lado,
Vencer del mundo el implacable encono,
Y en un tiempo sin horas ni medida
Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
Áridos ni una lágrima brotaban,
Cuando ya su color tus labios rojos
En cárdenos matices cambïaban;
Cuando, de tu dolor tristes despojos,
La vida y su ilusión te abandonaban,
Y consumía lenta calentura
Tu corazón al par de tu amargura:

Si en tu penosa y última agonía
Volviste á tu pasado el pensamiento;
Si comparaste á tu existencia un día
Tu triste soledad y tu aislamiento;
Si arrojó á tu dolor tu fantasía
Tus hijos ¡ay! en tu postrer momento,

Á otra mujer tal vez acariciando,
Madre tal vez á otra mujer llamando:

Si el cuadro de tus breves glorias viste
Pasar como fantástica quimera,
Y si la voz de tu conciencia oíste
Dentro de ti gritándote severa;
Si, en fin, entonces tú llorar quisiste,
Y no brotó un lágrima siquiera
Tu seco corazón, y á Dios llamaste,
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste;

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo!
¡Espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo,
Morir el corazón desesperado!
¡Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente á tu conciencia lo pasado,
Buscando en vano con los ojos fijos
Y extendiendo tus brazos á tus hijos!!

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel!... ¡Ah! yo entretanto
Dentro del pecho mi dolor oculto,
Enjugo de mis párpados el llanto,
Y doy al mundo el exigido culto;
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,
Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gocemos sí; la cristalina esfera
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¿Quién á parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estación florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo...

¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

Muerte de Elvira.

(El Estudiante de Salamanca).

Murió de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor,
Süave aroma que el viajero aspira
Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendición, ricos colores
Reflejó en su cristal la luz del día,
Mas la tierra empañó sus resplandores,
Y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente:
Alma celeste para amar nacida,
Era el amor de su vivir la fuente,
Estaba junto á su ilusion su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,
Llena de amor murió y de juventud:
Despertó alegre una alborada hermosa,
Y á la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó también de su locura
Al término postrero de su vida,
Y al abrirse á sus pies la sepultura,
Volvió á su mente la razón perdida.

¡La razón fría! ¡La verdad amarga!
¡El bien pasado y el dolor presente!...
¡Ella feliz! que de tan dura carga
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
Su mejilla una lágrima abrasó;
Y así al infiel con temblorosa mano,
Moribunda su víctima escribió:

«Voy á morir: perdona si mi acento
Vuela importuno á molestar tu oído:
Él es, don Félix, el postrer lamento
De la mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento...
Adiós: ni amor ni compasión te pido...
Oye y perdona si, al dejar el mundo,
Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

« ¡Ah! para siempre adiós. Por ti mi vida
Dichosa un tiempo resbalar sentí,
Y la palabra de tu boca oída
Éxtasis celestial fué para mí.
Mi mente aún goza en la ilusión querida
Que para siempre ¡mísera! perdí...
¡Ya todo huyó, despareció contigo!
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

« Yo las bendigo, sí, felices horas,
Presentes siempre en la memoria mía,
Imágenes de amor encantadoras
Que aún vienen á halagarme en mi agonía.
Mas ¡ay! volad, huíd, engañadoras
Sombras, por siempre; mi postrero día
Ha llegado: perdón, perdón ¡Dios mío!
Si aún gozo en recordar mi desvarío.

« Y tú, don Félix, si te causa enojos

Que te recuerde yo mi desventura,
Piensa están hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura;
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
Concede este consuelo á mi tristura:
Estos renglones compasivo mira,
Y olvida luego para siempre á Elvira.

«Y jamás turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres;
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
Dichas el mundo, amor otras mujeres:
Y si tal vez mi lamentable historia
Á tu memoria con dolor trajeres,
Llórame, sí; pero palpite exento
Tu pecho de roedor remordimiento.

«Adiós, por siempre adiós: un breve instante
Siento de vida, y en mi pecho el fuego
Aún arde de mi amor; mi vista errante
Vaga desvanecida....¡calma luego,
Oh muerte, mi inquietud!....¡Sola...expirante!
Ámame: no, perdona: ¡inútil ruego!
Adiós, adiós ¡tu corazón perdí!
¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Así escribió su triste despedida
Momentos antes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,
Y á su madre sus brazos se apretaron
Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus labios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansión dichosa
Do los ángeles moran... Tristes flores

Brota la tierra en torno de su losa,
El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo,
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo...

JOSÈ DE ESPRONCEDA.

Montemar entre los espectros.

(El Estudiante de Salamanca).

Y la dama á una puerta se paró,
Y era una puerta altísima, y se abrieron
Sus hojas en el punto en que llamó,
Que á un misterioso impulso obedecieron:
Y tras la dama el estudiante entró;
Ni pajes ni doncellas acudieron;
Y cruzan, á la luz de unas bujías,
Fantásticas, desiertas galerías.

Y la visión, como engañoso encanto,
Por las losas deslízase sin ruido,
Toda cubierta bajo el blanco manto
Que barre el suelo en pliegues desprendido;
Y por el largo corredor, en tanto,
Sigue adelante, y síguela atrevido,
Y su temeridad raya en locura,
Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
Lánguida luz y cárdena esparcían,
Y en torno, en movimientos desiguales
Las sombras se alejaban ó venían;
Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
Urnas allí y estatuas se veían,
Rotas columnas, patios mal seguros,
Herbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,
Edificio sin base ni cimiento
Ondula cual fantástico navío
Que anclado mueve borrascoso viento.
En un silencio aterrador y frío
Yace allí todo: ni rumor, ni aliento
Humano nunca se escuchó: callado
Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas
Siguen en el reloj de aquella vida,
Sombras de horror girando aterradoras,
Que allá aparecen en medrosa huída;
Ellas solas y tristes moradoras
De aquella negra, funeral guarida,
Cual soñada fantástica quimera,
Vienen á ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos
Del fondo de la larga galería,
Que brillan lejos cual carbones rojos,
Y espantaran la misma valentía:
Y muestran en su rostro sus enojos
Al ver hollada su mansión sombría,
Y ora en grupos delante se aparecen,
Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa, satánica figura,

Alta la frente, Montemar camina,
Espíritu sublime en su locura,
Provocando la cólera divina;
Fábrica frágil de materia impura,
El alma que la alienta y la ilumina
Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollada sí, pero jamás vencida:
El hombre, en fin, que en su ansiedad quebranta
Su límite á la cárcel de la vida,
Y á Dios llama ante él á darle cuenta,
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,
Cruza aquella quimérica morada,
Con atrevida indiferencia andando,
Mofa en los labios, y la vista osada:
Y el rumor que sus pasos van formando,
Y el golpe que al andar le da la espada
Tristes ecos, siguiéndole detrás,
Repiten con monótono compás.

Y aquel extraño y único rüido
Que de aquella mansión los ecos llena,
En el suelo y los techos repetido,
En su profunda soledad resuena;
Y expira allá cual funeral gemido
Que lanza en su dolor la ánima en pena,
Que al fin del corredor largo y oscuro
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo y otra vida,
Mundo de sombras, vida que es un sueño,

Vida que, con la muerte confundida,
Ciñe sus sienes con letal beleño;
Mundo, vaga ilusión descolorida
De nuestro mundo, y vaporoso ensueño,
Son aquel ruido y su locura insana
La sola imagen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guía
De la alma dicha la ilusión parece,
Que ora acaricia la esperanza impía,
Ora al tocarla ya se desvanece;
Blanca, flotante nube, que en la umbría
Noche, en alas del céfiro se mece,
Su airosa ropa, desplegada al viento,
Semeja en su callado movimiento,

Humo süave de quemado aroma
Que el aire en ondas á perderse asciende,
Rayo de luna que en la parda loma,
Cual un broche su cima al éter prende;
Silfo que con el alba envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
De negras sombras y de luz teñidas,
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
Que apenas toca con los pies al suelo,
Cruza aquella morada tenebrosa
La mágica visión del blanco velo:
Imagen fiel de la ilusión dichosa
Que acaso el hombre encontrará en el cielo,
Pensamiento sin fórmula y sin nombre
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,
Montemar sigue su callada guía,
Y una de mármol negro va bajando

De caracol torcida gradería,
Larga, estrecha y revuelta, y que girando
En torno de él y sin cesar veía
Suspendida en el aire, y con violento,
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino
Infinito prolóngase y se extiende,
Y el juicio pone en loco desatino
Á Montemar, que en tumbos mil desciende,
Y envuelto en el violento torbellino,
Al aire se imagina, y se desprende,
Y sin que el raudo movimiento ceda,
Mil vueltas dando, á los abismos rueda

Y de escalón en escalón cayendo,
Blasfema y jura con lenguaje inmundo,
Y su furioso vértigo creciendo,
Y despeñado rápido al profundo,
Los silbos ya del huracán oyendo,
Ya ante él pasando en confusión el mundo,
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,
Y aplausos y brutales carcajadas;

Llantos y ayes, quejas y gemidos,
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,
Y en mil grupos acá y allá reunidos
Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,
Hombres, mujeres, todos confundidos,
Con sandia pena, con alegres gestos,
Que con asombro estúpido le miran
Y en el perpetuo remolino giran:

Siente, por fin, que de repente pára,
Y un punto sin sentido se quedó;
Mas luego valeroso se repara,
Abrió los ojos y de pie se alzó;

Y fué el primer objeto que pensara,
La blanca dama, y alredor miró,
Y al pie de un triste monumento hallóla,
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento
Que en medio de la estancia se elevaba,
Y á un tiempo á Montemar ¡raro portento!
Una tumba y un lecho semejaba;
Ya imaginó su loco pensamiento
Que abierta aquella tumba le aguardaba;
Ya imaginó también que el lecho era
Tálamo blando que al esposo espera.

. . . . . .

Y entonces la visión del blanco velo
Al fiero Montemar tendió una mano,
Y era su tacto de crispante hielo,
Y resistirlo audaz intentó en vano:

Galvánica, cruel, nerviosa y fría,
Histérica y horrible sensación,
Toda la sangre coagulada envía
Agolpada y helada al corazón....

Y á su despecho y maldiciendo al cielo,
De ella apartó su mano Montemar,
Y temerario alzándola su velo,
Tirando de él la descubrió la faz.

¡Es su esposo!! los ecos retumbaron,
¡La esposa al fin que su consorte halló!!
Los espectros con júbilo gritaron:
¡Es el esposo de su eterno amor!!

Y ella entonces gritó: *¡Mi esposo!!* Y era
(¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!)
Una sórdida, horrible calavera
La blanca dama del gallardo andar!...

Luego un caballero de espuela dorada,
Airoso, aunque el rostro con mortal color,
Traspasado el pecho de fiera estocada,
Aún brotando sangre de su corazón,

Se acerca y le dice, su diestra tendida,
Que impávido estrecha también Montemar:
—«Al fin, la palabra que disteis cumplida,
Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:

«Mi muerte os perdono—Por cierto, don Diego,
Repuso don Félix tranquilo á su vez,
Me alegro de veros con tanto sosiego,
Que á fe no esperaba volveros á ver.

«En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,
Raro casamiento venísme á ofrecer:
Su faz no es, por cierto, ni amable ni hermosa;
Mas no se os figure que os quiera ofender:

«Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
Y espero no salga fallido mi plan,
Que en caso tan raro y mi esposa muerta,
Tanto como viva no me cansará.

«Mas antes decidme si Dios ó el demonio
Me trajo á este sitio, que quisiera ver
Al uno ú al otro, y en mi matrimonio
Tener por padrino siquiera á Luzbel:

«Cualquiera ó entrambos con su corte toda,
Estando estos nobles espectros aquí,
No perdiera mucho viniendo á mi boda...
Hermano don Diego, ¿no pensáis así?»

Tal dijo don Félix con fruncido ceño,
En torno arrojando con fiero ademán
Miradas audaces de altivo desdeño,
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El carïado, lívido esqueleto,
Los fríos, largos y asquerosos brazos
Le enreda, en tanto, en apretados lazos,
Y ávido le acaricia en su ansiedad;
Y con su boca cavernosa busca
La boca á Montemar, y á su mejilla
La árida, descarnada y amarilla
Junta y refriega repugnante faz.

Y él, envuelto en sus secas coyunturas,
Aun más sus nudos que se aprietan siente,
Baña un mar de sudor su ardida frente
Y crece en su impotencia su furor!
Pugna con ansia á desasirse en vano,
Y cuanto más airado forcejea,
Tanto más se le junta y le desea
El rudo espectro que le inspira horror.

. . . . . .

En tanto en nubes de carmín y grana
Su luz el alba arrebolada envía,
Y alegre regocija y engalana
Las altas torres el naciente día.
Sereno el cielo, calma la mañana,
Blanda la brisa, transparente y fría,
Vierte á la tierra el sol con su hermosura
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche, y con la noche huían
Sus sombras y quiméricas mujeres,
Y á su silencio y calma sucedían
El bullicio y rumor de los talleres;
Y á su trabajo y á su afán volvían
Los hombres, y á sus frívolos placeres,
Algunos hoy volviendo á su faena,
De zozobra y temor el alma llena.

¡Que era pública voz, que llanto arranca

Del pecho pecador y empedernido,
Que en forma de mujer y en una blanca
Túnica misteriosa revestido,
Aquella noche el diablo á Salamanca
Había, en fin, por Montemar venido!!...
Y si, lector, dijeres ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

A buen Juez mejor testigo.

Tradición de Toledo.

I.

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna
Con resplandor fugitivo,
La baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
Juguetona no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran
Como lanzas de soldados

Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Rïela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura
De fantasmas apiñados
Miedosa y gigante turba;
Y alguna vez desprendida
Gotea pesada lluvia
Que no despierta á quien duerme,
Ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
Entre la sombra confusa,
Y el Tajo á sus pies pasando
Con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
Sonar perdido se escucha,
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
Cuando á lo lejos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste,
No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda

La vigilante figura,
Y tan á la sombra vela
Que entre la sombra se ofusca.
Frente por frente á sus ojos
Un balcón á poca altura
Deja escapar por los vidrios
La luz que dentro le alumbra:
Mas ni en el claro aposento,
Ni en la callejuela oscura
El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo
Que pudiera haberse duda
De si es hombre, ó solamente
Mentida ilusión nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro á la calle
Resuelto y audaz pregunta
¿Quién va?—y á corta distancia
El igual compás se escucha
De un caballo que sacude
Las sonoras herraduras.
¿Quién va? repite, y cercana
Otra voz menos robusta
Responde:—Un hidalgo: ¡calle!
Y el paso el bruto apresura,
—Téngase el hidalgo,—el hombre
Replica, y la espada empuña.
—Ved más bien si me haréis calle,
(Repusieron con mesura)
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Ibán de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña y perdone:—
Dijo el mozo en faz de fuga,

Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato, y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
Y con precaución difusa
Salió una niña al balcón
Que llama interior alumbra.
—¡Mi padre!—clamó en voz baja;
Y el viejo en la cerradura
Metió la llave, pidiendo
Á sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
Tomó la cabalgadura,
Cerróse detrás la puerta
Y quedó la calle muda.
En esto desde el balcón,
Como quien tal acostumbra,
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara á Ibán de Acuña,
Y huyeron en el embozo
Velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
Pasa la siguiente tarde,
Y el sol tocando á su ocaso
Apaga su luz gigante:
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates,
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame

Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales
Como en prendas de que el río
Tan afanoso la bañe.
Á lo lejos en la vega
Tiende galán por sus márgenes
De sus álamos y huertos
El pintoresco ropaje;
Y porque su altiva gala
Más á los ojos halague,
La salpica con escombros
De castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
Por quien dejó un rey culpable
Amor, fama, reino y vida
En manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
Á su receloso amante,
En esa cuesta que entonces
Era un plantel de azahares.
Allá por aquella torre
Que hicieron puerta los árabes,
Subió el Cid sobre Babieca
Con su gente y su estandarte.
Mas lejos se ve el castillo
De San Servando, ó Cervantes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.
Á este lado está la almena

Por do sacó vigilante
El conde Don Peranzules
Al rey, que supo una tarde
Fingir tan tenaz modorra,
Que político y constante
Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un pueblo grande,
Y aquí la antigua Basílica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los padres
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambrón y Visagra
Los caminos desiguales
Camino á los toledanos
Hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave,
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanes;
Y los clérigos y monjes
Y los prelados y abades
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.

Quédase solo un mancebo
De impetuosos ademanes,
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
Con decisión de evitarle,
Y él contempla á los que pasan
Como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
Los pasos al divisarle,
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate;
Y los valientes le miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En riña sonora dancen.
Una mujer también sola
Se viene el llano adelante,
La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes;
Mas en lo leve del paso,
Y en lo flexible del talle,
Puede á través de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
Y él al encuentro la sale
Diciendo... cuanto se dicen
En las citas los amantes.
Mas ella galanterías
Dejando severa aparte,
Así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave.

«Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,

Que un hombre ha entrado en su ausencia
Dentro mi aposento sabe:
Y así quien mancha mi honra
Con la suya me la lave:
Ó dadme mano de esposo,
Ó libre de vos dejadme.»

Miróla Diego Martínez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo
Repuso palabras tales:
—«Dentro de un mes, Inés mía,
Parto á la guerra de Flandes;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
Con honra mía se lave,
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen.
—Júralo,—exclamó la niña.
—Más que mi palabra vale
No te valdrá un juramento.
—Diego, la palabra es aire.
—¡Vive Dios que estás tenaz!
Dalo por jurado y baste. —
—No me basta, que olvidar
Puedes la palabra en Flandes.—
—¡Voto á Dios! ¿qué más pretendes?
—Que á los pies de aquella imagen
Lo jures como cristiano
Del santo CRISTO delante.»—

Vaciló un punto Martínez,
Mas porfiando que jurase
Llevóle Inés hacia el templo

Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Víase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre,
Á quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,
Y haciendo Inés que Martínez
Los sagrados pies tocase,
Preguntóle:
—Diego, ¿juras
Á tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:
—¡Si juro!—
Y ambos del templo se salen.

III.

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado había;
Mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés,
Su vuelta aguardando en vano:
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los pies
Do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía,
Después de traspuesto el sol,

Y á Dios llorando pedía
La vuelta del español,
Y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
Sin dueña y sin escudero,
En un manto una mujer
El campo salía á ver
Al alto del *miradero*.

¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que él se abrume
Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto dón,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en celos
Que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,
Es un consuelo en verdad;
Pero siendo una quimera,
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar.

En vano á su confesor
Pidió remedio ó consejo
Para aliviar su dolor,
Que mal se cura el amor

Con las palabras de un viejo.

En vano á Ibán acudía
Llorosa y desconsolada,
El padre no respondía,
Que la lengua le tenía
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella:
Callando el padre severo,
Y suspirando la bella,
Porque nació mujer ella,
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,
Y los de Flandes tornaron,
Á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corría;
Diego á Flandes se partió,
Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena;
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas
Ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido

Creció entre la hierba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura,
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada oscura.

Y algún pez, con cien colores
Tornasolada la escama,
Saltaba á besar las flores,
Que exhalan gratos olores
Á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
El torreón se dibuja
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y así la tarde pasaba,
Y al horizonte trepaba
La consoladora luna.

Á lo lejos por el llano
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano,
Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
Y llegando recelosa
Á las puertas del Cambrón,
Sintió latir zozobrosa

Mas inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombrera,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante, espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido
Y á una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete
Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés
Gritando:—¡Diego, eres tú!—
Y él viéndola de través
Dijo:—¡Voto á Belcebú,
Que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
Tal respuesta al escuchar,
Y á poco perdió el sentido,
Sin que más voz ni gemido
Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas

Encomendóla á su gente,
Diciendo:—¡Malditas viejas,
Que á las mozas malamente
Enloquecen con consejas!

Y aplicando el capitan
Á su potro las espuelas,
El rostro á Toledo dan,
Y á trote cruzando van
Las oscuras callejuelas.

IV.

Así por sus altos fines
Dispone y permite el cielo
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.
Á Flandes partió Martínez
De soldado aventurero,
Y por su suerte y hazañas
Allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
Alzábase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra
Con su valor y altos hechos,
Que el mismo rey á su vuelta
Le armó en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
Quien há poco entró en Toledo,
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
Cobrado el conocimiento,

La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo,
Olvidó su nombre mesmo,
Puesto que Diego Martínez
Es el capitán Don Diego,
Ni se ablanda á sus caricias
Ni cura de sus lamentos;
Diciendo que son locuras
De gente de poco seso,
Que ni él prometió casarse
Ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo!
En vano porñaba Inés
Con amenazas y ruegos;
Cuanto más ella importuna
Está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas,
Enmarañado el cabello,
La hermosa niña lloraba
Prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitán Don Diego
No ha de ser Diego Martínez,
Como lo era en otro tiempo.
Y así llamando á su gente,
De amor y piedad ajeno,
Mandóles que á Inés llevaran
De grado ó de valimiento.
Mas ella antes que la asieran
Cesando un punto en su duelo,
Así habló, el rostro lloroso
Hacia Martínez volviendo:
—«Contigo se fué mi honra,

Conmigo tu juramento;
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesaremos.»

Y la faz descolorida
En la mantillla envolviendo
Á pasos desatentados
Salióse del aposento.

V.

Era entonces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
Del tribunal superior,
Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillón,
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tétrico escribano
Solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador,
Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropón,

Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol,
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discorde són
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto
En faz de grande aflicción,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salón
Diciendo á gritos:—¡Justicia,
Jueces: justicia, señor!—
Y á los pies se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcón,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzóla cortés Don Pedro
Calmando la confusión
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó,
Diciendo:
—Mujer, ¿qué quieres?—
—Quiero justicia, señor.—
¿De qué?—
—De una prenda hurtada.—
—¿Qué prenda?—
—Mi corazón.—
—¿Tú le diste?—
—Le presté.—
—¿Y no te le han vuelto?—

—No.—
—¿Tienes testigos?—
—Ninguno.—
—¿Y promesa?—
—Sí, ¡por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empeñó.—
—¿Quién es él?—
—Diego Martínez.—
—¿Noble?—
—Y capitán, señor.—
—Presentadme al capitán,
Que cumplirá si juró.—
Quedó en silencio la sala;
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado són.
Un portero, levantando
El tapiz, en alta voz,
Dijo:— El capitán Don Diego.—
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitán Don Diego,
Díjole Don Pedro, vos?—
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:—
—Yo soy.—
—¿Conocéis á esta muchacha?—
—Há tres años, salvo error.—
—¿Hicísteisla juramento
De ser su marido?—
—No.—
—¿Juráis no haberlo jurado?—
—Sí juro—

—Pues id con Dios.—
—¡Miente!—clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.
—Mujer, ¡piensa lo que dices! . . .—
—Digo que miente: juró.—
—¿Tienes testigos?—
—Ninguno,—
—Capitán, idos con Dios,
Y dispensad que, acusado,
Dudara de vuestro honor.—

Tornó Martínez la espalda
Con brusca satisfacción,
É Inés, que le vió partirse,
Resuelta y firme gritó:
—Llamadle, tengo un testigo.
Llamadle otra vez, señor.—
Volvió el capitán don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcón,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razón.—
—¿Quién?—
—Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó
Mirándonos desde arriba.—
—¿Estaba en algún balcón?—
—No, que estaba en un suplicio
Donde há tiempo que expiró.—
—¿Luego es muerto?—
—No, que vive.—
—Estáis loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué?—
—El Cristo de la Vega,

Á cuya faz perjuró.—
Pusiéronse en pie los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetüosa voz:

—«La ley es ley para todos,
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay más tribunal que Dios.
Haremos . . . lo que sepamos;
Escribano, al caer el sol
Al Cristo que está en la vega
Tomaréis declaración.»—

VI.

Es una tarde serena
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla

Despidiendo al día cantan.

Allá por el *miradero*
Por el Cambrón y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcón, Ibán de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monjes, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Cada cual comentariando
El caso según les cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pie delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña,
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo

Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los pies alzados del suelo
Poco menos de una vara.
Hacia la severa imagen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
Á un lado tiene á Martínez,
Á otro lado á Inés de Vargas,
Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
La acusación entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta:
—«*Jesús, Hijo de María,*
«*Ante nos esta mañana*
«*Citado como testigo*
«*Por boca de Inés de Vargas,*
«*¿Juráis ser cierto que un día*
«*Á vuestras divinas plantas*
«*Juró á Inés Diego Martínez*
«*Por su mujer desposarla?*»
Asida á un *brazo* desnudo
Una *mano* atarazada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires—¡SÍ JURO!—
Clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa

La vista á la imagen santa...
Los labios tenía abiertos,
Y una mano desclavada.

Conclusión.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fe,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcón
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

JOSÉ ZORRILLA.

El Capitán Montoya.

I.

La cruz del Olivar.

Muerta la lumbre solar,
Iba la noche cerrando,
Y dos jinetes cruzando

Á caballo un olivar.
  Crujen sus largas espadas
Al trotar de los bridones,
Y vense por los arzones
Las pistolas asomadas.
  Calados anchos sombreros,
En sendas capas ocultos,
Alguien tomara los bultos
Lo menos por bandoleros.
  Llevan, porque se presuma
Cuál de los dos vale más,
Castor con cinta el de atrás,
Y el de adelante con pluma.
  Llegaron donde el camino
En dos le divide un cerro,
Y presta una cruz de hierro
Algo al uno de divino.
  Y es así, que si los ojos
Por el izquierdo se tienden,
Sotos se ven que se extienden
Enmarañados de abrojos.
  Mas vese por la derecha
Un convento solitario,
En campo de frutos vario
Y de abundante cosecha.
  Echóse á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atrás,
—Aquí, dijo, esperarás;—
Y el otro dijo:—Aquí espero.—
  Y hacia el convento avanzando,
Del caballero, en la oscura
Sombra, se fué la figura
Hasta perderse menguando.
  Quedó el otro en soledad,
Y al pie de la cruz sentado

Siguió inmoble y embozado
En la densa oscuridad.
Mugía en las cañas huecas
En són temeroso el viento,
Rasgándose turbulento
Por entre las ramas secas;
Y en los desiguales hoyos
Con las lluvias socavados,
Hervían encenagados
Sin cauce ya los arroyos.
Ni había una turbia estrella
Que el monte alumbrara acaso,
Ni alcanzaba á más de un paso
Ciega la vista sin ella.
Ni señal se percibía
De vida en el olivar,
Ni más voz que el rebramar
Del vendabal que crecía.
Y al hierro santo amarrados
Ambos caballos estaban,
Y allí en silencio aguardaban,
Á esperar acostumbrados.
Ni de la áspera maleza
Pisada al agrio rumor,
Les volvió su guardador
Sólo una vez la cabeza.
Un pie sobre el otro pie,
Embozado hasta las cejas,
Metido hasta las orejas
El sombrero, se le ve
Como un entallado busto
De alguno que allí murió,
Y allí ponerse mandó
Por escarmiento ó por susto.
Ni incrédulo faltaría

Que si cerca de él pasara
Medroso se santiguara
Dudando lo que sería.
  Que á quien suele con la luz
Y en compaña blasfemar,
Bueno es hacerle pasar
De noche junto á una cruz.
  Mas esto se quede aquí;
Y volviendo yo á mi cuento,
Digo, que dudoso y lento
Gran rato se pasó así.
  Y ya se estaba una hora
De espera á expirar cercana,
Cuando sonó una campana
De lengua aguda y sonora.
  Y aún duraba por el viento
Su vibración, cuando el guía
Alguien notó que venía
Por el lado del convento.
  Sacó la faz del embozo,
Y oyendo el són más distinto,
Echóse la mano al cinto,
Y «*¿quién va?*» el amo y el mozo
  Preguntaron á la par;
Mas conocidos los sones,
Asieron de los bridones
Y volvieron á montar.
  Y es fama que menos fiero
El señor con el criado,
Dejóle andar á su lado
Como digno compañero.
  Y éste al ver cuán satisfecho
Volvió de su expedición,
Así la conversación
Introdujo de lo hecho:

—«Señor, ¿cómo está la monja?—
—¿Y cómo ha de estar, Ginés?
Atortolada á mis pies,
Y más blanda que una esponja.—
—¿Y pensáis dejarla así?—
—¡Dejarla! ni por asomo:
No sé todavía cómo,
Mas la sacaré de allí.
Que según lo que yo he visto,
Más quiere la tortolilla
Volar libre por Castilla,
Que estar en jaula con Cristo.»—
Y aquí el recio vendabal,
En voz y empuje creciendo,
Puso lo que iban diciendo
Para escucharse muy mal.
Y ellos, temiendo que acaso
Les cogiera la tormenta,
Sacaron por buena cuenta
Los caballos á buen paso.

II.

Cuchilladas en la calle.

En una noche de octubre
Que las nieblas encapotan,
Ahogando de las estrellas
La escasa lumbre dudosa,
De la ciudad de Toledo
En una calleja corva
Que el paso desde el alcázar
Á Zocodover acorta,
Es fama que se apostaron
Seis hombres, que grupo forman

De una de las dos esquinas
Á la prolongada sombra.
Murmuraron por lo bajo
Algunas palabras cortas,
Cortas, porque á ellos les bastan,
Bajas, por si hay quien las oiga.
Repartiéronse sus puestos
Con precaución previsora,
Favorable á los que esperan,
Y á los que lleguen dañosa;
Y quedaron en silencio
Casi por un cuarto de hora,
Tan ocultos y pegados
Á la tapia en que se apoyan,
Tan hundidas en la niebla
Sus desvanecidas formas,
Que hubo quien, pasando entre ellos,
Juzgó la calle muy sola.
Caía desde las tejas,
Desprendida gota á gota,
La niebla, que do halla sitio
Calladamente se posa:
Y alguna ráfaga errante
Con tenue voz melancólica
Cruzaba de alguna reja
Las hendiduras angostas.
Se oían de cuando en cuando
Sonar por la calle próxima
Puertas y aldabas de casas,
Pasos y voz de personas.
Mas nada á los apostados
Mueve, anima ó impresiona,
Ni voces ni transeuntes
Parece que les importan.
Inmóviles permanecen,

Y las sospechas se agotan
Al ver que por ellos pasan
Tanta gente y tantas horas;
Y es imposible atinar
Con el intento que forman,
Cogiendo la calle á espacios
Por ambas aceras toda.
Marcó las once un reloj,
Sonaron tardas y cóncavas
De las once campanadas
Las once pesadas notas,
Y al par que en la callejuela
Los cinco se desembozan,
Alumbrándola por dentro
Luz á una puerta se asoma.
Corriéronse los cerrojos,
Rechinó la llave sorda,
Y un cuadro de luz voluble
Vaciló en piedras y losas.
Traspusieron los umbrales
Tres bultos, y una tras otra
Se oyeron tres despedidas
Que murmuraron tres bocas.
Quitó la luz el de adentro,
Dobló á la puerta la hoja,
Quedó en tinieblas la calle,
Y dijeron fuera: «¡Ahora!»
«¡Viles!» gritó el que salía.
Los que esperaban: «¡*La moza*,
Dijeron, *cuenta con ella*!»
Y á esta palabra traidora,
En dos pedazos la calle
Partida, en música ronca
Crujieron, y en lid confusa,
De las espadas las hojas.

«Asirla», dicen los unos.
«¡Hija, á mi espalda!» en voz torva
Decía el recién salido,
Que las cuchilladas dobla.
«¡Cómo, decían los unos,
Son dos y tenernos osan!»
«¡Cómo, murmuraba el otro,
Villanos tientan mi honra!»
«¡Mueran!» dicen de una parte;
«¡Vengan!» dicen de la otra;
Y crece de la contienda
La confusión temerosa.
Llueven los tajos sin tino,
Y aunque se tiran con cólera,
Como tirados á ciegas
La mayor parte malogran.
Pero valientes parecen,
Porque se buscan y acosan
Con terquedad tan resuelta,
Que unos de otros se asombran.
Dan, hieren, cubren, atajan,
Tierra ganan, tierra cortan,
Y al ruido de los aceros
La vecindad se alborota.
Sacaron luces por alto,
Gritaron «¡Fuego! ¡la ronda!
¡La guardia!» mas todo inútil,
Porque los tajos redoblan.
Las mismas luces que sacan
Son de los menos en contra,
Y por do quiera cercados,
En sus postrimeras tocan.
En esto la calle arriba
Llegó un mozo á quien abona
Por noble la larga pluma

Con que su sombrero adorna;
Que excusándose palabras
Y revelándose en obras,
Echó la capa por tierra
Y por aire la tizona.
Púsose en pro de la dama,
Como quien hidalgos goza
Pensamientos, y ha nacido
De noble sangre española;
Y anuncióse con tal furia
De cuchilladas, que á pocas
Tendió en la calle dos hombres
En las postreras congojas:
Y tan rápido revuelve
Contra los cuatro que afronta,
Que con una sola espada
Para los cuatro le sobra.
Con tiempo y valor apenas
Para su defensa propia,
Dijo uno de ellos: «*¡Á tanto*
Sólo el demonio se arroja!»
Y al escucharle el mancebo
Dijo con voz poderosa:
«*Con una legión no basta*
Para el capitán Montoya.»
Y haciendo el último esfuerzo,
La calle entera despoja
Por donde entraba á tal punto
Á todo correr la ronda.

III.

Ofertas.

Cuando llegó la justicia

De la contienda al lugar,
Halló asido de la mano
Con un hombre al capitán.
Desmayada una doncella
De él se veía detrás,
Por otro hombre sostenida
Con intensísimo afán:
Y cuando ufanos quisieron
Meter su tardía paz,
Oyeron en esta guisa
Al desconocido hablar:
—«Fadrique soy de Toledo,
Montoya, no os digo más:
Mi honor os debo y mi hija;
Si tienen precio mirad.
Y vedlo bien, que aunque entrambos
Me demandéis á la par,
Os juro á Dios desde ahora
Que son vuestros, capitán.—
—Lo hecho, dijo Montoya,
Pagado en exceso está
Con la amistad de un Toledo;
Esta es mi mano, tomad;
Hice lo que debe un noble;
No hablemos en ello más.»—
Y asiéndola don Fadrique
Dijo:—Montoya, apretad.—
Tornóse después á su hija,
Y volviéndose á nombrar,
Paso le dieron y gente
Con que ir en seguridad.
Tomó cartas la justicia,
Y empezando á *justiciar*,
Llevóse en prenda los muertos,
Y citó ante el tribunal

Á los testigos que hubiere,
Incluyendo al capitán;
Quien calándose el sombrero
Replicóles: «¡Bien está!
Póngame, seor corchete,
Esa capa en caridad,
Y tome esa frïolera
Con que entierren á ese par.»
Y echando un bolsillo de oro
De la justicia en mitad,
Fuése dejando en la turba
Admiración general.

Y justamente admirado
Merece ser en verdad
Quien da tales cuchilladas
Y tales bolsillos da.

IV.

El capitán don César.

—«¡Esa gente es un tesoro!
Él generoso y valiente,
Ella hermosa, ¡y juntamente
La ofrecen pesada en oro!
¿Qué te parece, Ginés?
Cuatro millones la dan.—
—¡Gran presa, mi capitán!
¿La aceptaréis?—
—¡Fácil es!—
—¿Y la monja?—
—¡Eso te aflige!
¡Buenas son ambas por Dios!
Y quien de dos toma dos

Como hombre avisado elige.
Dicen que parece mal
Que hombre de mi condición
Viva siempre solterón
Derrochando su caudal.
Y á mi también me parece
Que quien tanto tiene y vale,
Pues de lo vulgar se sale,
Más de lo vulgar merece.
La consecuencia te toca;
Si una me dan y otra quito,
Que con dos puedo acredito;
Con que, Ginés, punto en boca.»
Esto dijo el capitán,
Y pidiendo de vestir,
Anunció que iba á salir
Á cierto asunto galán.
Colgóse al cinto la espada
De plata en doble cadena,
Tendió la negra melena
Sobre la gola plegada:
Caló el chambergo de lado,
Y retirando el espejo,
Tornó su postrer consejo
Á repetir al criado.
Doblóse este siervo fiel
En presencia del señor,
Y ganando un corredor
Cruzóle delante de él.
Abrióle de par en par,
Una tras otra tres puertas,
Que se quedaron abiertas
Mucho después de pasar.
Venia le hicieron gran pieza
Siervos que al paso topó,

Y un paje tras él salió,
Descubierta la cabeza.
Y á fe que se colegía,
Mirando tal homenaje,
Que era mucho personaje
Quien con tal pompa vivía.

Mas ya es tiempo, vive Dios,
De que dé el lector discreto
Con quién es este sujeto
Que anda há rato entre los dos.
Sepa, pues, que el capitán
Don César Gil de Montoya
Es de las armas la joya,
Y de las hembras imán.
Nadie se atreve á afrontallo,
Ni hay quien resista su lanza;
Nadie su poder alcanza,
Sea á pie, sea á caballo.
En liza donde él se mete
Por empeño ó por favor
Nunca falta justador
Para el último jinete.
En fiesta ó lance que él entra
Toda opulencia es escasa;
Nadie en lo galán le pasa,
Ni más bizarro se encuentra.
Favorece á quien pregunta,
Obliga á quien aconseja,
Enloquece á quien corteja,
Y avasalla á quien se junta.
Audaz con quien enamora,
Manda, zela, acosa, exige,
Y al cabo del mes elige
Nuevo amor, nueva señora.

Un filtro lleva en los ojos
Que fanatiza á quien ama:
Deleite su voz derrama,
Y fuego sus labios rojos.
Mujer que cayó en su red
Su corazón dejó preso,
Que sorbe con cada beso
Un corazón cada vez.
No hay puerta que le resista
Ni reja que le desaire,
Que entra su amor como el aire;
Con sólo mirar conquista.
Como un sultán, opulento,
Como un Adonis, hermoso,
Sin par en lo generoso,
Sin igual en ardimiento:
Sol que mata las estrellas,
La fama arrebata toda;
Y es siempre el galán de moda
Entre las damas más bellas.
Resuena desde Toledo
Su nombre por toda España;
Los nobles le tienen saña,
Los bravos le tienen miedo.
Los golillas le desdoran,
Los clérigos le aborrecen,
Los soldados le apetecen,
Y los villanos le adoran.
Mas á él le importa un ardite
De tan varia voluntad,
Y toma por la ciudad
Donde le encuentra desquite.
Que no hallando ningun Cid
Ni topando una Lucrecia,
Cuantas conquista desprecia,

Mata cuantos vence en lid.
Tiene un palacio por casa,
Da fiestas por afrentar,
Que no hay quien sepa igualar
Sus profusiones sin tasa.
Sin amigos y sin deudos,
Vive sólo para sí,
Y le mantienen así
Sus herencias y sus feudos.
Tan rico y gran bebedor,
No hay medida á sus deseos,
Y pasa entre devaneos
Una existencia de amor.
Y para ahogar su indolencia
Y ocultar que se fastidia,
Juega sin afán ni envidia
Pedazos de su opulencia.
Si gana, sin ver recoge;
Si pierde, paga sin ver;
Y ni en ganar ni en perder
Hay medio de que se enoje.
Y según derrama el oro
Cuando pierde ó cuando presta,
Parece que tiene puesta
Cada mano en un tesoro.
Hay quien de impío le trata,
Y juzga que es mal ejemplo
Que un paje le lleve al templo
Cojín con borlas de plata;
Y que es audacia inaudita
Hincarse al pie de la grada
Y esperar á una tapada
Para darla agua bendita.
Y aun corren de sus amores
Susurros por la ciudad,

Que á ser ciertos en verdad
Pueden tornarse clamores;
  Que anda entre ellos una llave
Con que se abre un presbiterio....
Mas el caso es un misterio
Y la verdad no se sabe.
  Él sigue ufano y galán,
Y los rumores de que hablo,
Si los sabe, los da al diablo
Satisfecho el capitán.
  Tal es, amigo lector,
El Don César de mi cuento:
Si le crees malo, lo siento;
Mas no fué mucho mejor.

V.

Insuficiencia del poeta.

  Casa Don Fadrique á Diana,
Y en su palacio reune
Cuanto hay en Castilla entera
En armas y amor ilustre.
Que es Don Fadrique muy rico
Y á origen de reyes sube,
Y sólo el rey le aventaja
Cuando sus empeños cumple.
Ofreció una noche su hija,
En lance que aún hoy encubre
El misterio de las sombras,
Á un hombre, á quien atribuye
Tantos misterios el vulgo
Como al lance que produce
El repentino consorcio
Que amor y razones une.

Mas aunque pasa la noche
Y ya su presencia urge,
El novio no está en Toledo,
Lo que á sospechas induce.
Mas buenas tiene sin duda
Razones que le disculpen,
Porque aunque le echan de menos
Nadie de falso le arguye.
Todos aguardan que llegue,
Y no hay un alma que dude
Que se hallará al dar las diez
En los salones del duque.
Que él ha marcado esa hora,
Y tal confianza infunde
Su palabra, que no hay prenda
Que más valga ni asegure.
Prosiguen, pues, de la boda
Las fiestas, los brindis crujen,
Y suenan los instrumentos
Voluptüosos y dulces.
Nunca tal gala ostentaron
Los que de grandes presumen,
Ni vió jamás tanta pompa
La asombrada muchedumbre.
Inútil es ponderarla,
Y querer pintarla inútil,
Que fiestas como esta mía
Contándolas se deslucen.
Harto lo llora el poeta,
Mas ¡ay! que por más que luche
Con su voz y con su lira,
La realidad no le suplen!
Hará que sus *creaciones*
En bellos versos murmuren,
Que canten báquicos himnos

Cuando su festín concluyen;
Podrá, cuando más se afane,
De quien su cuento le escuche
Lograr que se finja apenas
El rostro, las actitudes,
La situación ó el carácter
De los seres que dibuje:
Todo ello pesado y débil
Aunque á lo vano renuncie.
Podrá trazar en un cuadro,
Aunque sombras se le enturbien,
Las principales figuras
De que su historia se ocupe;
Mas la luz, y el movimiento,
Y el todo que las circuye,
La multitud, las comparsas
Que en torno de ellas agrupe,
Que giran, hablan, murmuran,
Van, vienen, bajan y suben,
Las cercan ó las desvían,
Y con ellas se confunden,
Y respiran con su aliento,
Y con impulsos comunes
Con ellas gozan, esperan,
Ríen, cantan, lloran, sufren. ...
¡Imposible que lo pinten
Y en la mente lo acumulen
Con voz, movimiento y vida
Fácil, palpable, voluble!
¿Cómo contar el tumulto
Que en un momento produce
En un salón donde danzan
Un lance que lo interrumpe?
La voz de—¡Ahí está, señores,
Ahí está!—que brota y bulle

De boca en boca rodando
En derredor se difunde;
Y el són de las herraduras
Del bridón que le conduce,
Que al detenerse en el patio
Hace que el patio retumbe,
Que en las puertas y ventanas
Los que bailaban se agrupen,
Y por ver mejor se empinen,
Se encaramen y se empujen;
Los muchos que prodigando
Serviles solicitudes,
Bajan á asirle el estribo
Porque les mire ó salude;
Y el salón que dejan solo
Con la alfombra y con las luces,
Y la chimenea, en donde
Chisporrotea la lumbre,
¿Con qué voz, ni con qué lira
Se pinta ó se reproduce,
De modo que quien escucha
Lo conciba y no se ofusque?
¿Cómo el satisfecho porte
Contar con que se descubre
Al apetecido novio
Que por la escalera sube,
Mientras se agolpa por ella
La aturdida servidumbre
Y al peso de los curiosos
Por ambas barandas cruje?
Avanza, pues; por la sala
La gente se distribuye,
Y este es el lance más crítico
Que en toda la noche ocurre.
Corre confuso murmullo

Y ancho movimiento cunde,
Mientras asiendo un instante,
Á sí cada cual acude.
Quién se compone la gola,
Quién los vuelillos se sube,
Quién desencaja una hebilla
Porque el cinturón le ajuste,
Quién se revienta unos guantes,
Y del placer en la cumbre
Las hermosas se sonríen,
Y aunque astutas disimulen,
La vista á un espejo tienden,
La mano á la flor ó al bucle.
La que gracias ó riquezas,
Bien que la pesa, no luce,
Busca á una bella la espalda
Que aunque la humille, la oculte.
Aquí asoma un pie pequeño,
Allí unos ojos azules,
Acá una falda de encaje,
Allá un airón de tisúes,
Aquí un cuello alabastrino,
Y allí una mano que pule
Un centenar de brillantes
Que por mano y dueño arguyen.
Todo esto en viviente masa,
Con movimientos comunes,
Con existencia uniforme
Que en todo fermenta y bulle,
Que gira ó que vaga á un tiempo,
Se dispersa ó se reune,
Danza ó se asoma, y el ruido
Cesa, aumenta, ó disminuye;
Este momento de atenta
Y afanosa incertidumbre,

¿Quién lo cuenta, ó quién lo canta,
Por más que á la par se junten
La voz y el arpa, sin ver
Que es fuerza al fin que renuncien
La voz y el arpa humilladas
Á empresa donde sucumben?

Desisto, pues, de mi empeño,
Y aunque me da pesadumbre,
El salón de Don Fadrique
Quien pueda que se figure.

VI

El novio.

Todos los ojos clavados
En la puerta del salón,
Toda la gente del baile
Agolpada en derredor,
En impaciente y atenta
Duda un instante quedó,
Esperando la llegada
Del venturoso amador.
Don Fadrique, Diana y todos
Los parientes que juntó
En su fiesta el noble duque,
De sus huéspedes en pos
Están al dintel parados,
Que el danzar se interrumpió,
Y ahogaron los instrumentos
Su ya no escuchado són.
Todos inciertos callaban,
Y allá en confuso rumor
Del novio por la escalera

Se percibía la voz;
Como si alguno á su paso,
Demandándole atención,
Recibiera una respuesta
De superior á inferior.
«¿Comprendiste?» dijo al fin
En voz clara. «Si, señor,»
Repuso otra voz humilde,
Y él á replicar volvió:
«La hora, las dos en punto,
La gente, nosotros dos.»
Y de sus anchas espuelas
Áspero compás se oyó.
Cundió general murmullo
De gente por el montón,
La masa de mil cabezas
Adelantándose hirvió,
Moviéndose á un tiempo todas
Para ver y oír mejor;
Y á tal punto por la sala
Con paso resuelto entró
El buen capitán Don César,
Cual siempre fascinador.
Echó los brazos al cuello
De Don Fadrique, tomó
La mano á Diana, y besóla
Con acendrada pasión.
Y por la estancia avanzando,
En tal guisa les habló:
«Señor duque, hermosa Diana,
Si tardé, mirad que estoy
Pronto desde este momento
Á demandaros perdón.
—Capitán, en vuestra casa
Nadie exige sino vos.

Id, venid cuando os pluguiere
Sin pena y sin restricción,
Que en todo lo que gustareis
Nos daréis gusto y honor.—
—Pues cuando os venga en agrado,
Señor duque, la ocasión
Del notario aprovechemos;
Con la ley cumplamos hoy,
Y atendiendo á ambos mandatos
De justicia y religión,
Hoy nos casarán las leyes,
Mañana temprano Dios.
¿Os place?—
—Sí, por mi vida.—
—¿Y á vos, Diana?—
—¿Tengo yo
Más voluntad que la vuestra,
Mi esposo y libertador?—
—Pues de ese modo abreviemos,
Que aunque por ello aflicción
Siento en el alma, esta noche
Aún mi ausencia no acabó.»—
Volvióse á tales palabras
El duque, y conversación
Siguieron de esta manera
Por lo bajo ambos á dos:
—«Don César, ¿lleváis espada?—
—Solamente á precaución.—
—Sabéis, capitán, que os debo...—
—Gracias, duque; aunque de honor,
No es asunto de estocadas,
Sino de tiempo.—
—¡Por Dios
Que tomara por agravio
Que en caso de exposición

Reclamarais el auxilio
De otro que no fuera yo!—
—Dormid sin cuidado, duque,
Que en todo evento hombre soy,
Y os despertaré mañana.
Volved esta noche vos
Al baile desde la mesa,
Danzad, duque, sin temor,
Y no os acordéis de mí
Hasta que despunte el sol.» —
Y así el capitán diciendo,
La mano de Diana asió,
Y á otro aposento pasaron
Con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente
Los contratos en unión,
Volvióse á la danza luego
Y á la mesa se volvió.
El duque estuvo gozoso,
El capitán decidor,
Y Diana hermosa y radiante
Y hechicera como el sol.
Y aunque no faltó un misántropo
Que admirado se mostró
Y auguró mal de esta boda
Cenando como un león,
Desde la cena, la danza
Tercera vez empezó,
Más que nunca bullicioso
Y pacífico el salón.
Mas justo será añadir,
Como fiel historiador,
Que mientras seguía el baile
Y de los brindis el són,

El capitán y Ginés
Salían al dar las dos
De la empinada Toledo
Por las puertas del Cambrón.

VII.

Doña Inés.

Cerraron en un convento
Á doña Inés de Alvarado,
Y obraron con poco tiento,
Porque jamás fué su intento
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,
De noble estirpe nacida,
Pensó, libre mariposa,
En volar de rosa en rosa
Por el jardín de la vida.

Con dos ojos que hallan poca
La luz del brillante sol,
Y una mente inquieta y loca,
¿Quién puso bajo una toca
Corazón tan español?

¿Qué valen las celosías
Que la aprisionan el ver,
Si en sus bellas fantasías
Adora todos los días
Sus delirios de mujer?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!
Que algunos doctores viejos
Nieguen el mundo para ella,
Si presintiéndose bella
Se encuentra con los espejos?

¿Y qué la importan los sones
Del salterio sacrosanto,
Si las lindas tentaciones
De otro dios y otras canciones
Se la acuerdan entretanto?

¿Cómo abrazar las espinas
Del ayuno y la oración
Como exigencias divinas,
Si hay otras que están ladinas
Punzándole el corazón?

¿Para qué son sus sentidos
Si de nada han de gozar?
¿Qué fué para los nacidos
El mundo á que son venidos
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos
Los mal mutilados rizos,
Si no ha de prender en ellos
Una flor que haga más bellos
Sus ojos antojadizos?

Do quier que su sombra alcanza
Curiosa va tras su sombra
Con afanosa esperanza,
Y el pie se ensaya en la danza
Do quiera que halla una alfombra.

Do quier que hablan de virtud
La causa secreta estudia
De su secreta inquietud:
Do quier que encuentra un laúd
Un himno de amor preludia.

Tal vez á solas mirando
De su mansión los cerrojos

Las horas pasó soñando,
Y se encontró, despertando,
Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana
Al ver la inmensa campiña
Donde cruza una aldeana,
Trocar su saya de lana
Quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja
Y al bordar un santo nombre
La santa labor estruja;
Que audaz tentación la empuja
Á delinear el de un hombre.

Y así se la van los días
En suspirar y gemir
Por las bóvedas sombrías
De las largas galerías
Que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,
Y sus labios palidecen,
Y sus pies se debilitan,
Y sus delirios la irritan,
Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento
Á doña Inés de Alvarado,
Obraron con poco tiento,
Que bien se ve que su intento
No la llamaba á su estado.

¿Pero qué han visto sus ojos,
Que, serenos y radiantes,

Há días que sin enojos
Moderaron los antojos
Tras de que corrieron antes?

Ella que ayer esquivaba
Del templo el cantar sonoro
Y la oración la cansaba,
Hoy de rodillas se clava
Ante las rejas del coro.

Ella que ayer distraída
Asistía al gran misterio
Del Redentor de la vida,
Hoy no quita, embebecida,
Los ojos del presbiterio.

Ella que ayer con el són
Del importuno esquilón
Dejaba el lecho tardía,
Hoy madruga con el día
Y adora la creación.

Ella que ayer descuidada
Olvidaba sus labores,
Hoy noche y día afanada
Multiplica delicada
Sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento
Ofrendas del sentimiento
Bajo formas infinitas,
Sus labores exquisitas
Que orgullo son del convento.

Mutación inesperada
Que á sus hermanas admira,
«*Y la oveja descarriada*
(Dicen), *del pastor llamada,*
Ya á su redil se retira.

Ya vuelve al dulce reclamo
De la dulce compañía,
Y á los cuidados de su amo,
La blanca oveja que huía
Tan salvaje como el gamo
Nacido en la selva umbría.»

Y en secretas rëuniones
Dándose la enhorabuena,
Doblaban las oraciones,
Pidiendo á estas intenciones
Perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!
¡Oh necias, sin duda alguna,
Las pobres siervas de Dios,
Si no alcanzasteis ninguna
Lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto
Su tez el color recobra,
Sus ojos brillo y encanto...
¿Y pensáis que el fuego santo
Tales maravillas obra?

¿Pensáis que el alma prensada
En la seca soledad
Vuelve á una niña apenada
La pura tez sonrosada
Y el contento y la humildad?

¡Oh! necias, que sin recelos
Cubrís el mundo y los ojos
Con vuestros benditos velos,
Cuando á la luz de los cielos
Se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! la blanca ovejuela
Que se vuelve á su pastor,

Y cuya vuelta os consuela,
Es tórtola que se vuela
Al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban
Clavados en el altar,
El altar no contemplaban,
Que otros ojos no cesaban
Sus ojos de reclamar.

Huír las rejas impiden,
Pero, pese á los cerrojos,
Lenguas en ojos residen,
Y los espacios se miden
Con la lengua de los ojos.

Un hombre la contemplaba,
Y un hombre la devoraba
Con sus ardientes pupilas,
Y doña Inés se abrasaba,
Y vosotras.... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su exceso,
Ni de la reja á una esquina
Visteis que perdido el seso
Tendió la mano, y que un beso
Crujió en la mansión divina.

Ni visteis que en vez de andar
Al toque de los maitines
Desde su celda al altar
Solía más tarde entrar,
Al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una
Que, del paseo celosa,
Abriese ventana alguna,
Y viese huír con la luna
Una sombra sospechosa.

Ni hubo ningún jardinero
Que al primer canto del gallo
Viese acercarse rastrero
Un rondador caballero,
Que atrás dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,
Sus vistosos ramilletes
Que encontraban compradores,
Pudieron de sus amores
Guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiando
El sueño de la tornera,
Las llaves manoseando
Abierta afición mostrando
Del manojo á la tercera.

¡Oh! que al abrir un convento
Á doña Inés de Alvarado,
Obraron con poco tiento,
Pues ni han mirado su intento
Ni en el capitán pensado.

VIII.

Aventura inexplicable.

Tras grave asunto, á juzgar
Por lo que van espoleando,
Corren dos hombres cruzando
Á caballo un olivar.
No está la noche muy clara,
Mas bien se ve al pie de un cerro
Una cruz grande de hierro
Que dos caminos separa.
Y de advertir fácil es

Aun á los ojos peores,
Que son dos los corredores,
Y los caballos son tres.
  Echó pie á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atrás;
Le dijo:—Aquí esperarás;—
Y el otro dijo:—Aquí espero.—
  Y hacia el convento avanzando,
Del caballero, en la oscura
Sombra, se fué la figura
Hasta perderse menguando.
  Y aquí, ¡oh mi lector amigo!
Fuerza será que convengas
En que es preciso que vengas
Hacia el convento conmigo.
  Sigue mi camino, pues,
Y de una verja detrás
Un atrio acaso hallarás
Á pocos pasos que des.
  Sube tres gradas, si puedes
Da un paso más, y con él
Tocarás en el cancel,
Donde es fuerza que te quedes.
  ¿Ves un hombre que embozado,
Encorvando la figura,
Por la estrecha cerradura
En mirar está ocupado?
  Acércate sin temor,
Que lo que alcanza por dentro
No hace temible el encuentro
Del capitán reñidor.
  Tú, lector, preguntarás:
¿Con que el capitán es ese?
El mismo, mas que te pese;
Pero hazte un poquito atrás,

Porque levantando el brazo,
Empuja á espacio la puerta.
Entró, y dejándola incierta,
Sopló el aire y dió un portazo.
Mas veo, lector, que dices,
Sin que pueda replicarte,
Que esto es, llamándote, darte
Con la puerta en las narices.
Mas tu impaciencia sosiega,
Todo lo presenciarás,
Que del poeta á eso y más
El poder mágico llega.
Está el capitán en pie
En medio de la ancha nave,
Y á la verdad que no sabe
Ni qué pasa, ni qué ve.
El templo mira enlutado
Con lúgubre terciopelo,
Mucha gente haciendo duelo,
Y un féretro en medio alzado.
Vense en el paño del túmulo
Entrelazados blasones,
Y á la luz de los blandones
Un cadáver en su cúmulo.
Monjes le rezan en coro
Tristísimos funerales,
Y le alumbran con ciriales
Pajes de libreas de oro.
La muchedumbre que asiste,
Y que la tumba rodea,
Dado que bien no se vea,
Se ve que de noble viste.
Y parece que al bajar
El que ha finado á su nicho,
Memoria tuvo capricho

De su opulencia en dejar.
  Y al par que su eterna calma
Las oraciones consuman,
Mirras y esencias perfuman
La despedida del alma.
  Música triste le aduerme,
Salmodias le santifican,
É hisopos le purifican
El cuerpo que yace inerme.
  Mas aquellas oraciones
Y responsorios precisos,
Llevan de anatema visos
Y planta de maldiciones.
  Á veces son sus compases
Hondos, siniestros, horribles,
Murmurando incomprensibles
Negras é incógnitas frases.
  En són lento, ronco y quedo
Se hacen oír otras veces,
Y entonces aquellas preces
Hielan los huesos de miedo.
  Otras semejan ahullidos
Discordes, desesperados,
Lamentos de condenados
De los infiernos salidos.
  Otras, lejanos rumores
Cual de tormentas se escuchan,
Ó de ejércitos que luchan
Los espantosos clamores.
  Y siempre siendo los mismos
Los sones que se levantan,
Responsos á un tiempo cantan,
Y murmuran exorcismos.
  Atónito de la escena
Extraña y aterradora

Que encuentra tan á deshora
Y le asombra y enajena,
Don César, con paso lento,
Entre la turba mezclado,
Dirigióse á un enlutado
Que oraba en aquel momento.
«*¿Quién es el muerto, sabéis*
(Dijo), *á quién rezando están?*»
Y él respondió: «*El capitán*
Montoya: ¿le conocéis?»
Mudo quedó de sorpresa
Don César oyendo tal.
Mas no lo tomó tan mal
Como tal vez le interesa.
Volvióle la espalda, pues,
Diciendo: «*Me ha conocido*
Y burlárseme ha querido,
Mas luego veré quién es.»
Siguió la iglesia adelante,
Y una capilla al cruzar,
Vió un sepulcro preparar
Entre otros varios vacante.
Y á un personaje que halló
De luto, y que parecía
Que el trabajo dirigía,
El capitán se acercó.
«¿Para quién abren la hoya?»
Le dijo; y el enlutado
Le contestó de contado:
«Para el capitán Montoya.»
Mudósele la color
Á don César; mas repuesta
Su calma, al de la respuesta
Volvió entre risa y furor.
Miróle de arriba abajo,

Pero no le conoció;
Segunda vez le miró,
Pero fué inútil trabajo.
  Ni recordó que quizás
Le hubiese visto la cara,
Ni imaginó que la hallara
Tan repugnante jamás.
  Que encontró en ella tal gesto
De aterradora hediondez,
Que por no verla otra vez
Dejó caviloso el puesto.
  Fuése á otro punto á situar,
Diciendo: «*¡Ese hombre estremece!*
De aquel sepulcro parece
Que le acaban de sacar.»
  Uno tras otro se puso
Á contemplar los que vía,
Mas á nadie conocía,
De lo que andaba confuso.
  Tenían todos las caras
Descoloridas y secas,
Y dijeran que eran huecas,
Á más de antiguas y raras.
  Cansado de fiesta tal
Y á impulso de una aprensión,
Llegóse á un noble varón
Que oraba con un cirial.
  Cabe él la rodilla apoya,
Y dícele, ya con miedo:
«*¿Quién es el muerto?*» y muy quedo
Contestó el otro: «*Montoya.*»
  Del catafalco á los pies
Llegó entonces decidido,
De aquella duda impelido,
Á ver el muerto quién es.

Por los monjes atropella,
Trepa al túmulo, la caja
Descubre, ase la mortaja,
Y él mismo se encuentra en ella.
Miró y remiró, y palpó
Con afán hondo y prolijo,
Y al fin consternado dijo:
«¡Cielo santo, y quién soy yo!»

Miró la visión horrenda
Una y otra y otra vez,
Y nunca más que á sí mismo
En aquel féretro ve.
Aquel es su mismo entierro,
Su mismo semblante aquel:
No puede quedarle duda,
Su mismo cadáver es.
En vano se tienta ansioso;
Los ojos cierra, por ver
Si la ilusión se deshace,
Si obra de sus ojos fué.
Ase su doble figura,
La agita, ansiando creer
Que es máscara puesta en otro
Que se le parece á él.
Vuelve y revuelve el cadáver
Y le torna á revolver;
Cree que sueña, y se sacude
Porque despertarse cree,
Y tiende el triste los ojos
Desencajados do quier.
Mas ¡nuevo prodigio! mira
Á las puertas, y al dintel

Ve que despiden el duelo,
De duelo henchidos también,
Don Fadrique y Doña Diana,
Que arrastran luto por él.
Baja, les tiende los brazos,
Los nombra, cae á sus pies;
«*Miradme*, les dice atónito,
Montoya soy, vedme bien.»
Y ellos le miran estúpidos
Sin poderle conocer,
É inclinando las cabezas
Replican:—*Montoya fué.*—
Entonces desesperado
Con angustia tan cruel,
Vase otra vez hacia el muerto
Demandándole quién es.
«*¿No hay quien sepa aquí quién soy?*
¿No hay á salvarme poder?»
Y allá desde el presbiterio,
De las rejas al través,
Oyó una voz que decía:
«*Sí, te conozco, mi bien:*
Abre: ¿qué tardas? partamos;
Yo soy tu amor, soy tu Inés.»
Y los brazos le tendía
La de Alvarado también
De la reja tentadora
Tras el cuádruple cancel.
Mas viéndola cual espectro
Que lo persigue á su vez,
Gritaba él: «*Aparta, aparta:*
¿Que soy cadáver no ves?
Y apenas palabras tales
Pronunció, cuando tras él
Vió llegarse aquel fantasma

Cuyo gesto de hediondez
Le hizo miedo, y no le pudo
Recordar ni conocer.
Contemplóle de hito en hito,
Le asió del brazo después,
Y así con voz espantosa
Vió que le dijo: —«*¡Pardiez!*
Tú eres quien cambia conmigo,
Á mi sepultura ven.»
Y á esta horrorosa sentencia,
Ya sin poderse valer,
Cayó en el suelo Montoya,
Falto de aliento y de pies.

«¿Dónde estoy? ¿Qué es de mi vida?
¿Respiro aún?» exclamó
Montoya abriendo los ojos
Con desfallecida voz.
—«Señor, estáis en mis brazos.—
—¿Eres tú, Ginés?—
—Yo soy.—
—¿Dónde estamos?—
—En la cruz.—
—¿Del olivar?—
—Si señor.—
—¿No estuve yo en el convento?
¿Pues quién de allí me sacó?—
—Yo fuí, señor.—
—¡Tú, Ginés!—
—Perdonad, temí por vos,
Y viendo que el tiempo andaba,
Y ni seña ni rumor
Esperanza me infundían,

Tras vos eché.—
—¡Santo Dios!:
¿Y llegaste....—
—Á la iglesia.—
—¿Atraído por el són?—
—Señor, no he oído nada;
¿No os lo dije?—
—¿Cómo no?
¿Dentro la iglesia no viste
Los enlutados en pos
De mi cadáver?»—
Miróle
Absorto de admiración
El mozo, y dijo:
—«Soñamos,
Ó vos, don César, ó yo.
Ni vi, ni oí cosa alguna.—
—¿Con que es mía esa visión!
¡Á mis ojos solamente
Horrenda se presentó!
¿No viste conmigo á nadie?—
—Os juro á mi salvación
Que solo os hallé tendido
Al pie del altar mayor;
Y viendo el peligro doble
Del sitio y la situación,
Ni me detuve á pensar
Si estabais herido ó no;
Cargué con vos, y me vine;
No oí ni vi más, señor.»—
Calló Ginés, y Don César
Á estas palabras quedó
Distraído y abismado
En honda meditación.
Mirábale de hito en hito

Ginés, que aterrado vió
De la faz del capitán
La extraña transformación.
Desencajados los ojos,
Palidecido el color,
Torvo el mirar, parecía
Más que vivo, aparición.
Sentado en el pedestal
De la cruz, do él le posó,
Inmóvil permanecía
Sin fuerza y sin intención,
Amarrado á un pensamiento
Que bullía en su interior,
Y que se vía que todas
Las potencias le absorbió,
Como quien mira aterrado
Negra y horrible visión
Que le borra de los ojos
Cuanto existe en derredor.
Temeroso el buen criado
Por su juicio y su razón,
Dirigióle atentas frases
Con afán consolador.
Mas él ni tornó los ojos,
Ni á sus voces respondió,
Ni agradeció sus cuidados,
Que en nada puso atención,
Y al cabo de largo trecho,
Con repentino vigor
Levantándose en silencio,
En su corcel cabalgó.
Hincóle los acicates,
Y el poderoso bridón
Tras un poderoso brinco,
Á todo escape salió.

Santiguóse el buen Ginés,
Y en su ruin superstición
Dijo: «¿Si tendrá los malos?»
Y á escape tras él echó.

IX

Por una puerta secreta
Que de los salones sale
Á un secreto gabinete,
Puede á estas horas mirarse
Á don Fadrique y don César,
Que, pálidos los semblantes,
Plática tienen trabada
De asunto en verdad muy grave.
Demanda con vehemencia
Don Fadrique, y contestarle
Resiste el otro, en su empeño
Ambos por demás tenaces.
El capitán asentado
En un sillón, torvo yace,
Guardando, pésele al otro,
Un silencio inalterable.
Y don Fadrique colérico,
En pie á su lado, las frases
Le dirige más violentas
Que halló para provocarle.
Dejábale el capitán
Que la ira desahogase,
Como si con él no hablara
Ni pudieran escucharles.
Y al fin, de calma en su cólera
Aprovechando un instante,
Dirigióle la palabra
Con razones semejantes:

—«Todo es inútil, denuestos,
Súplicas, amagos, ayes;
El mundo entero no puede
Á que os lo diga obligarme.
Un secreto es que conmigo
Quiero que al sepulcro baje,
Y no ha de saberlo nunca
Desde el sol abajo, nadie.
Si es sueño ó delirio mío,
Quiero de él aprovecharme;
Si es un aviso del cielo,
Es imposible excusarle.»
Tornó al silencio don César,
Y el duque, que aunque no alcance
La razón, sospecha alguna,
Díjole sin ira casi:
«Don César, noble he nacido,
Y por mucho que yo os ame,
Llevar no puedo en paciencia
Sin una excusa un desaire.
Por misterioso ó fatal,
Por precioso ó repugnante
Que el secreto sea, ¿creéis
Que no sabré yo guardarle?—
—Sabéis quien soy, don Fadrique,
Y por excusa esto baste,
Que no hablaré más en ello
Si santos me lo rogasen.»
Y aquí ya de don Fadrique
La cólera desbordándose,
Dijo al capitán Montoya
Con voz resuelta y pujante:
—«¡Vive Dios, señor don César,
Que esto no es más que un ultraje
Que hacer queréis á mi casa,

Y que está pidiendo sangre!
Si no podéis el motivo
Descubrirme que deshace
Vuestra boda, satisfecho
De un modo ó de otro dejadme.—
—Señor duque, ya está dicho.
Si lo dejo de cobarde,
Pues que me debéis la vida,
Nadie como vos lo sabe.
Pero os juro que aunque osado
Lleguéis hasta abofetearme,
No haréis que por causa alguna
La espada más desenvaine.
Ni más la he de ceñir,
Ni más me harán que la saque
Cuantas honras y razones
En el universo caben.
Mirad, señor don Fadrique,
Si el secreto será grande,
Y pues veis á lo que obliga,
Si hidalgo sois, respetadle.»
Callaron ambos á dos
Y continuaron mirándose
Como hombres en sus propósitos
Igualmente imperturbables.
Al fin dijo don Fadrique,
Por la estancia paseándose,
Como quien duda si debe
Satisfacerse ó vengarse:
—«Señor capitán Montoya,
Vida y honor me salvasteis
Una noche, y aunque en esta
Me los habéis vuelto tales
Que no será mucho tiempo
Á restablecerlos fácil,

Váyase lo uno por lo otro,
De nada quiero acordarme.
Estamos en paz, don César.»
Y continuó paseándose
Y atarazándose un labio
Hasta revocar la sangre.
Entonces el capitán,
Con paso medido y grave,
En mitad del aposento
Fué decidido á encontrarle;
Tendióle la mano y dijo:
—«Pensad, duque, si es bastante
Á dejaros satisfecho
De este misterioso ultraje
Mi resolución postrera:
Tomad, señor, esas llaves;
De mis inmensos tesoros
Haced con justicia partes:
Una á Ginés por servirme,
Con cuantos muebles hallare;
Un hospital ó convento
Fundad con otra, si os place,
Y otra á don Luis de Alvarado,
Que gana la apuesta infame
Que hice de robar á Dios
La mejor prenda al casarme.
¿Me comprendéis, señor duque?
Obedecedme y dejadme.
Entregad al de Alvarado
Lo que hoy de perder me place;
Pero cuidad, don Fadrique,
Que no sepa el miserable
Que era Inés, su propia hermana,
La prenda que iba á jugarse.»
Y así el capitán diciendo

Un pliego sin letras ase,
Escribe algunas palabras,
Lo firma, lo sella y parte.
Quedó don Fadrique atónito,
Ginés rompió en voces y ayes,
Y en llanto amargo, que al punto
Cambió en lágrimas el baile.
Cundió la noticia rápida,
Y el escándalo fué grande,
Aunque al culpar los efectos
No acierta la causa nadie.

X.

Hechos y conjeturas.

Todo era hablillas Toledo,
Y todo interpretaciones.
Cada cual forjó un enredo,
Y hablaron todos con miedo
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
Por Toledo al capitán,
Mil fábulas le colgaron,
Y los que las inventaron
Por hechos las creen y dan.

Quién dijo que anocheciendo
Le vió desde un corredor
Allá en los aires, cerniendo
Un cuerpo alado y horrendo
Cual fué bello el anterior.

Quién dijo que un día oraba
Ante un devoto retablo,

Y vió al capitán, que daba
Ayuda y defensa brava
Contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que don Fadrique
Á su escribano mandó
Que en su nombre ratifique
Firme, selle y testifique,
Lo que don César firmó.

Que se partió su tesoro
Algunos días después,
Que se dió á los pobres oro,
Y que rico como un moro
Partió á la corte Ginés.

Ni más descubrirse pudo,
Ni puede decirse más,
Y este es el hecho desnudo,
Pábulo, origen y escudo
De las mentiras de atrás.

Mas hay entre todas una
Que, fábula ó tradición,
En escritura oportuna
Encontrarla fué fortuna
Separada del montón.

El vulgo á su vez la cuenta
Como innegable verdad,
Y de quien dudarla intenta
Dice que de Dios atenta
Al poder y majestad.

Yo, trovador vagabundo,
La oí contar en Toledo,
Y de aquel pueblo me fundo
En la razón, y así al mundo

Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;
Como á mí me la contaron
Fielmente la contaré,
Y á ser falso, juro á fe
Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
Cada cual lleno á su vez
De azares y desengaños,
Mas á nuestro cuento extraños,
No hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
De hervir en la muchedumbre;
Diana y otras se casaron;
Y en fin, según es costumbre,
Al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino
Ya pronto á romper el dique,
Diz que al linde del camino
De la vida, don Fadrique
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable,
Con la faz descolorida,
Vino un varón venerable
Al duque á hacer tolerable
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
Y cuando á solas quedó
Con el noble moribundo,
La religión con el mundo
Así plática entabló.

Monje. ¿Don Fadrique?

Don Fadrique. Bien venido,
Padre; concluyendo estoy.

Monje. Á ayudaros he venido
Á ir en paz; prestad oído
Á lo que á deciros voy.

«Há diez años que arrastrado
Por intención criminal,
Hollé de un templo el sagrado,
Y á Dios me sentí llamado
De una visión infernal.

Los muertos vi que salían
De las urnas sepulcrales
Y blandones me encendían,
Y con gran pompa me hacían
En vida los funerales.

Visión de los cielos fué;
¿Mas quién creyera mi historia?
Á contarla me negué,
Y haberla determiné
Encerrada en mi memoria.

Tan sólo existía un hombre
Á saberla con derecho;
Porfió, porfié; y no os asombre,
No me la arrancó del pecho:
Don Fadrique era su nombre.

Mas lo que excusar no pude
Al noble á quien ofendía,
Vengo, y ¡así Dios me ayude!
Á que mi razón escude
La fe de vuestra agonía.»

Y esto el buen monje diciendo,
Cayó ante el lecho de hinojos,

Las manos del duque asiendo,
Quien, sus palabras oyendo,
Al monje tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito
Con acongojado afán,
Y exclamó al fin con un grito:
—«¡Sois vos! ¡Dios santo y bendito!
Abrazadme, capitán.»

Y los brazos enlazaron,
Y á solas ambos á dos
Por largo tiempo quedaron
Ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesión,
Henchido el duque de fe,
Díjole: —«Á aquella visión
Debeis vuestra salvación,
Que aviso del cielo fué.»

En cuyo punto, sintiendo
Llegar el trance fatal
Del paso duro y tremendo
«Adios, Don Cèsar,» diciendo,
Lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada
Del buen monje la misión,
Y el ánima encomendada,
Con voz exclamó mudada,
Al darle la absolución:

«¡Ve en paz! y si como espero
El llanto ante Dios se apoya
De un corazón verdadero,
¡Ruega á Dios, buen caballero,
Por el capitán Montoya!»

Y dando al mundo un momento,
Al muerto besó en la frente,
Y á paso medido y lento
Triste volvió á su convento
El capitán penitente.

Y há poco había en sepultura humilde,
De la maleza oculta entre las hojas,
Una inscripción borrada por los años,
Que todo al fin sin compasión lo borran.
Único resto de opulenta estirpe,
Único fin de la mundana pompa,
Montón de polvo en soledad yacía
Quien hizo al mundo con su audacia sombra;
Y apenas pueden los avaros ojos
Leer en medio de la antigua losa:
«Aquí yace fray Diego de Simancas,
Que fué en el siglo el capitán Montoya.»

Nota de conclusión.

Y por si alguno pregunta
Curioso por doña Inés,
Y opina que queda el cuento
Incompleto, le diré:
Que doña Inés murió monja
Cuando la tocó su vez,
Sin su amor, si pudo ahogarle,
Y si no pudo, con él.
Porque destino de todos
Vivir de esperanzas es;
Quien las logra muere en ellas,
Quien no las logra, también.

Con que ya sabe el curioso
De mis héroes lo que fué,
Y sólo añadir me resta
Dos palabras de Ginés.
Hizo en la corte fortuna,
Casóse al cabo muy bien
Con una dama muy rica
Y hermosa como un clavel.
Y aunque dieron malas lenguas
En alzarla *no sé qué*,
Ella no alzó las pestañas
Para al vulgo responder.
Dió á Ginés un hijo zurdo,
Y dijo su padre de él
Que había nacido en casa,
Y en esto sólo habló bien.

JOSÉ ZORRILLA.

La Noche.

Como gigante armado
De coraza inmortal de escamas de oro,
De las lindes del mar que con sonoro
Cántico le saluda alborozado,
He visto yo lanzado
Al astro rey en el inmenso Oriente:
Impetüosamente
En la rojiza diestra
Alzó el arpón de su flamante lumbre;

Lo vibró, lo arrojó, y escandeciente
Rehiló del cielo en la zafírea cumbre
Y se clavó en los muros de Occidente.

Todo fué luz y animación y vida,
Como ahora es todo oscuridad y muerte;
Repliégase en la sombra entumecida,
¡Noche de horror! naturaleza al verte.
Envuelven la extensión tus negros velos;
Calla el mundo ante ti, callan los cielos
Al tocarlos tu cetro funerario;
Y enlutada con tétricas preseas,
Del desierto cenit te enseñoreas,
Como yo de este campo solitario.

¿Qué es el mundo en tus brazos? ¿Qué es el mundo
Cuando no se le ve? Sombras te ciñen,
Te cerca inmensidad. Tu voz silencio,
Oscuridad tu luz. Inmensa fuente
De alta contemplación brota en tu seno,
Y en ti se goza reposando el alma,
Ya apenas turbe el céfiro tu calma,
Ó ya te arrulle retumbando el trueno.

Yo gozo ¡oh noche! en ti. Velada en sombras
La faz sublime, revolando en torno
La veste densa que los mundos cubre,
Las horas de su imperio
Anuncia el querubín y en tu presencia
Se llena inmensamente el hemisferio.
¡Oh noche! Tú el misterio
De la creación. Sepulta en Occidente
Tu mano al sol, y fúlgidas y bellas
Con tibio resplandor tantas estrellas
De tus sombras ¡oh noche! arrebatadas

En el glacial torrente,
Á los pies de tu trono están brillando,
Y á tu invisible frente
En espléndido círculo formando
Magnífica aureola:
Sola en el mundo estás y reinas sola.

En pos la blanca luna
Extendiendo su disco de topacio,
De invisible cadena suspendida,
Baña en su luz los senos del espacio.
Retiembla ya perdida
En la vaga extensión del firmamento,
Y al desplomarse el viento
Arrastrarla parece en su caída.
Tiembla otra vez. Las nubes
Velan su clara faz; mas prosiguiendo
Su eterno rumbo en el cenit trazado,
Torna en su luz á esclarecer la esfera,
Y en las ondas del piélago argentado
Cien prismas luminosos reverbera.

Gózate ¡oh noche! en su esplendor. No há mucho
El sol mi frente ardía,
Y la tierra en cien rayos revolvía
Su rayo abrasador. El aire era
El humo de un volcán. Pero estas auras....
En la oscura caverna de la fiera,
O á la sombra tal vez del sauce amigo,
No busco ya un abrigo
Á la intemperie y al calor....Es puro
El aire que respiro
Como las brisas del Abril, es puro
Como un dulce suspiro
Que vagase en los labios de natura,

Como también es pura
Esa alba luna que en su lento giro
Aman mis ojos contemplar....

¡Vosotras,
Almas de hielo sin placer, sin pena
Y sin felicidad! Entre el perfume
De la esencia asiática que exhala
En bacanal festín el pebetero,
Al fulgor de magnífica bujía,
Al eco de la orquesta placentero
Que atruena la espaciosa galería,
Gozad, yo no os envidio; que en el lecho
De ébano y oro y de damascos hecho,
En los brazos de frágil cortesana,
Bajo el dorado techo
Os sorprenda el albor de la mañana.
Si no nacisteis para ser felices,
Volad tras el placer. Yo aquí contento
Más que en áureo salón entre tapices,
Levanto mi cabeza al firmamento,
Y engrandecerse siento
Mi corazón, mi sér. Entusiasmado,
Al Dios que me ha criado
Alzo los ojos y la voz, le veo;
Su dedo omnipotente
Ha tocado flamígero mi frente.

Yo soy mayor. Un mundo
Á mi placer me creo,
Y solo estoy en él, que no me arredra
El graznido del cárabo que yerto
Entre el ramaje muerto
Del ciprés melancólico, en la piedra
De la entreabierta tumba

De losa en losa hasta en el alma zumba.
¿Qué me dice tu voz, cantor supremo?
¿Qué me dice? ¿La muerte? Y ¿yo la temo,
Yo que soy inmortal? Aunque la huesa
Mi polvo mezcle con su polvo un día,
Esta llama, esta luz que al cielo guía,
Y hasta el trono de Dios, hasta su seno,
Remonta la inflamada fantasía,
No se apaga jamás.... Retumba, ¡oh trueno!
Y anuncia ya mi hora.....
Ven, rayo, ven.... Ahora
Que entre tumbas estoy.... ¿Cuándo más lleno
De la sublime idea
De eternidad, de muerte?
Mi sien el aire de la tumba orea,
Un túmulo es mi asiento;
La niebla de la noche
Entre la hueca calavera humea,
Y silba en ella pavoroso el viento.

¡Meditación sublime!
¡Genio de paz y de entusiasmo! El vuelo
Dejas atrás del águila: las nieblas
Del valle son tu manto,
La soledad tu atmósfera y tu encanto,
Y el foco de tu lumbre las tinieblas.
Tu voz el elocuente
Silencio de los bosques, ó el bramido
En la negra montaña del torrente:
Te da su colorido
El iris encantado
De la imaginación y de la mente,
Y es el mundo en que habitas lo pasado
Y el hondo porvenir y lo presente.
¿Tú abandonarme? Nunca,

Nunca jamás. Mi alma
No busca ya en el sueño,
En el olvido de mi sér la calma,
Y altiva, libre, ardiente,
Sacude de mi sien la adormidera:
¡Harto en la tumba que dormir la espera!

Mil siglos han rodado
En columnas de fuego sobre el mundo,
Y el mundo amedrentado
Ha visto presagiarle su caída
De la nada en el piélago profundo
Media creación hundida.
Cimbráronse los polos
Bajo la inmensa mano
Del gigante huracán, y el peregrino
Entre el betún volcánico ya en vano
Del Vesubio el escombro pulveriza
Para hallar entre pálida ceniza
El escombro fulgente de Herculano.
¿Dónde estuvo la Atlántida? Buscadla
En el fondo del férvido Oceano:
Sin norte los navíos
Que en sus playas recónditas surgieron,
Las férreas anclas al azar botaron,
Y entre escombros de Atlántida se hundieron,
Y en las torres de Atlántida se hincaron.

Profunda como el mar, en todas partes
Del tiempo que ya fué la huella veo,
Y en el destrozo universal, que existo,
Que existir puedo aún apenas creo.
Tronó de Dios la maldición. Se alzaron
Los pueblos de la tierra,
Y al grito heroico de venganza y guerra

Á la liza en tropel se abalanzaron.
Su consagrado acero
Alcanzó bajo el solio á los monarcas,
Y al tremendo vaivén se desplomaron
Los frágiles colosos
De la infamada humanidad. ¿Qué resta
De su esplendor primero,
De su grandeza ya? Sólo el reguero
De sus inultas víctimas. Un hombre
Es ya vencido el formidable atleta,
Y el brillo de su nombre
La ráfaga sangrienta de un cometa
Que en los anchos espacios errabundo
Corrió, yermó la inmensidad del mundo.

¿Quién sabe si este polvo
Que en humo se levanta
Al asentar mi planta,
No es el polvo tal vez, no es la ceniza
Que ayer llorosas á exhumar corrieron
Con vanas é impotentes oblaciones
Al redor de una pira cien naciones?

¡Oh vanidad! ¡oh escarnio! ¡oh impotencia!
¡Oh dón de una terrible providencia!
¡Vivir para morir! Y alza en su orgullo
La dominante sien. Y entona un canto
De amor y gratitud. Y mientras huellas
De cien humanidades las reliquias,
Ensálzate ¡oh mortal! en la alta idea
De tu inmortalidad. Sobre mi pecho
Cruzo los brazos yo. Tiendo mis ojos
Sobre la tumba universal y á todo
Le pregunto por Dios. ¿Dónde está, dónde?
Y nadie me responde.

¿Nadie? ¿Es verdad? ¿En lo interior del alma
Una voz no sonaba hace un momento
Que al corazón sediento,
En su eterno anhelar, con sed de calma,
De Dios estaba y como Dios hablando?
¿Quién esa voz pudo acallar? ¡Ah! ¿Cuándo
Venceré estos rebeldes pensamientos
Que á merced de los hados iracundos
Me arrastran ¡ay! por ignorados mundos,
Como á ramo tronchado inquietos vientos?
¿No hay para el alma luz, y eternamente
Será la humana mente,
De paz, de dicha y de ilusión desnuda
De la tierra y del cielo en los senderos,
Pasto de estos büitres carniceros,
La horrible negación, la horrible duda?

Vén y muéstrate, ¡oh Dios! y sepa el alma
Que para ella no hay muerte. Rodeadme,
Visiones de otros mundos, y decidme
Que es algo más la eternidad que un nombre,
Que hay algo de inmortal, y que es el hombre.
Venid, cercadme y removed la tierra,
Los sepulcros abrid, lanzadme en ellos;
Que sepa yo cuanto la tumba encierra,
Y ¡oh arcanos de la muerte! revelaos.
¡Ah! sí. Mi alma es un caos
Lleno de inmensos gérmenes, y sabe
Que en la tumba no cabe.

GABRIEL GARCÍA TASSARA.

En el campo.

¡Con qué placer respiro
El aire de los campos! ¡Cuán gozoso
Por las montañas y las selvas giro
Mi vista ansiosa de espaciarse! El cielo,
La tierra, el sol, la creación entera
Resplandece á mis ojos admirados
Con nuevo resplandor, y por la esfera,
Cual fecundante llama,
De la existencia universal el germen
En torrentes de vida se derrama.

Yo te siento también, ¡oh tú, gran genio
Que en los misterios del Creador te inspiras,
Y por los orbes que su sien coronan,
La calma en pos ó la tormenta, giras!
¡Oh tú, inmortal naturaleza! El lecho
Deja á tu voz el mundo,
En que la flaca mano
Le abandonó del árido verano.
¿En dónde el infecundo
Polvo que la brillante lozanía
Marchitó de su faz, y su regazo
Cual tumba abandonada aridecía?
¿Dónde el calor inerte
Que en los sedientos prados
Á la feraz vegetación postraba,
Y en estupor de muerte
Y honda inmovilidad la sepultaba?
¡Campos! reverdeced. ¡Flores! alzaos.
¡Céfiros! respirad.

Há sólo un hora
La ancha tierra á mis plantas extendía

Su manto seco de áridos abrojos,
Y donde en vano reposar buscaban
Miradas también áridas mis ojos;
Y en la tristeza mía,
Como ardiente perfume respiraba
El polvo que mi planta removía.

Hórrida simpatía
El alma adivinaba
Entre la estéril sequedad del suelo
Y la aridez del corazón. No hallaba
De amor ó de amistad un sentimiento
Ni en los otros ni en mí; y en torno, en torno
Yermado y triste y sin vigor el campo
Con un placer estúpido miraba
De su vivaz fecundidad vacío,
Cual volcán bajo piélagos de lava:
Mustia la flor estaba,
Sin céfiros, sin lluvia, sin rocío,
Los sauces en la orilla desmayados,
Y en los antros profundos recostados
Los genios melancólicos del río.
Aquel placer sombrío
Gustaba yo del propio sentimiento
En el ajeno padecer. Mi alma
Esas horas amargas discurría
Que anhelamos tal vez que todo sienta
Porque padezca con nosotros todo;
Y á la pálida flor y al árbol seco
Daba yo un alma en mi dolor profundo,
Para tener en mi dolor un eco
Y consolarme en el dolor del mundo.
Un instante no más, y ante mis ojos
Se alzó de su letargo el universo,

Y mi frente á par de él. Mi pecho hería
De agitación vivífica un latido,
Y á mi vista un momento confundido
Cuanto el orbe en sus ámbitos encierra,
Con el fervor del entusiasmo oía
De los cielos la voz llenar la tierra.

¡Oh sublime placer! El viento, el viento
De la inflamada tempestad. Las furias
De los aires y el mar se levantaron,
Y, ministros del fuego, los querubes
Sobre el mundo sin fin precipitaron
Su ardiente carro de polares nubes.
Y el trueno y el relámpago y el rayo
Y torrentes de lluvia y huracanes,
Y la vida con ellos. ¿Dónde, dónde
¡Furia del mundo! huiste
Que en tu abrasado vuelo
No me arrancaste al suelo?

En los fugaces días
En que niño yo fuí, ya palpitaba
Mi pecho enardecido
¡Sublime tempestad! á tu rugido,
Y un placer siempre nuevo
Cuando me envuelves en tus alas pruebo.
Ahora te vas. Tus nublos desbandados
Se alejan como leones fatigados,
Para volver tal vez. Sí vuelve, vuelve,
Y la comarca aún hervorosa inunda
Con torrentes sin fin de agua fecunda.
En tanto, de placer embebecidos
Mis ojos, mis sentidos,
En el cuadro magnífico se gozan
De la creación regenerada. El prado

Su ancho festón de renacientes flores
Despliega en derredor, y sacudiendo
Con el ala gentil el polvo leve,
Expira en torno suavidad y olores
El aura blanda que los bosques mueve.

Mas ¿dónde estás, oh sol? Hé allí su lumbre:
En la celeste cumbre,
Deshechos ya los tempestuosos velos,
El glorioso monarca de los cielos
Aparece otra vez. Su rayo de oro
Que el manto de las nubes envolvía,
Las nubes rompe y á la tierra envía
De su luz el vivífico tesoro;
Mientras con más vigor reverdecientes,
Sus coronas de pinos agitando,
Le están los altos montes saludando
Con la sonora voz de los torrentes.

Y esta vida sin fin y esta frescura
También refresca el corazón. ¡Oh, cuántas
Ilusiones de dicha unidas tengo
Á la paz de los campos, á una vida
De celestial contemplación! Lejano,
Lejano aquí de cuanto enciende ahora
En fuego de dolor el pecho mío,
¡Ay! tras el bien que ansío
Correr mi vida por los años viera
Como el raudal que el céfiro arrebata
En limpio cauce de bullente plata
De su cítara al són por la pradera.

¿Qué se aprende en la vida? Que la vida
Es ¡ay! la eterna lucha
Del desengaño y la ilusión. Amores,

Placeres, juventud, sueños dorados,
Cuantos tal vez nos ofreció el destino,
Pasan cual luminoso torbellino
Por el tiempo en su flor arrebatados.
¿Qué es la gloria tampoco, si la frente
Que orla el laurel fulgente,
En la ardiente palestra recogido,
Más grave el peso de la suerte abate?
La vida es un combate,
Y el hombre lucha para ser vencido.

Ondead á mis plantas, oceanos
De árboles y de flores. Yo á mis solas
Miro temblar al soplo de los vientos
La varia inmensidad de vuestras olas.
Alzad, rosas de estío,
La frente virginal, y el cáliz lleno
Del vivífico humor de las tormentas
Ofreced á las sílfides del aura.
¡Oh, cómo se restaura
Mi perdido vigor al dulce aliento!
Conforto y alimento
Busca y encuentra el alma
En la dichosa calma
De estos valles tranquilos, que á mis ojos
Ofrecen con más vida y más colores,
De la misma tormenta en los despojos,
La imagen de la paz entre las flores.
Y en tu feliz regazo,
Madre naturaleza, adormecido,
La pena y el temor dado al olvido,
Roto del mundo engañador el lazo,
Paréceme que siento
Con íntimo contento
De un invisible sér el dulce abrazo.

El abrazo de un ángel que en su vuelo
Quiere arrancarme al suelo.

GABRIEL GARCÍA TASSARA.

A la Luna.

Desde el primer latido de mi pecho
Condenado al amor y á la tristeza,
Ni un eco en mi gemir, ni á la belleza
Un suspiro alcancé.
Halló por fin mi fúnebre despecho
Inmenso objeto á mi ilusión amante,
Y de la luna el célico semblante
Y el triste mar amé.

El mar quedóse allá por su ribera;
Sus olas no treparon las montañas:
Nunca llega á estas márgenes extrañas
Su solemne mugir.
¡Tú, empero, que mi amor sigues do quiera,
Cándida luna, en tu amoroso vuelo!..
Tú eres la misma que miré en el cielo
De mi patria lucir.

Tú sola mi beldad, sola mi amante,
Única antorcha que mis pasos guía,
Tú sola enciendes en el alma fría
Una sombra de amor.
Sólo el blando lucir de tu semblante
Mis ya cansados párpados resisten,

Sólo tus formas inconstantes visten
Bello, grato color.

Ora cubra cargada, rubicunda
Nube de fuego tu ardorosa frente,
Ora cándida, pura, refulgente,
Deslumbre tu brillar.
Ora sumida en palidez profunda,
Te mire el cielo desmayada y yerta,
Como el semblante de una virgen muerta
¡Ay!... que yo vi expirar.

La he visto ¡ay Dios!...Al sueño en que reposa
Yo le cerré los anublados ojos:
Yo tendí sus angélicos despojos
Sobre el negro ataúd.
Yo solo oré sobre la yerta losa
Donde no corre ya lágrima alguna...
¡Báñala, al menos, tú, pálida luna,
Báñala con tu luz!

Tú lo harás...que á los tristes acompañas,
Y al pensador y al infeliz visitas;
Con la inocencia y con la muerte habitas:
El mundo huye de ti.
Antorcha de alegría en las cabañas,
Lámpara solitaria en las rüinas,
El salón del magnate no iluminas,
Pero su tumba...sí!..

Cargado á veces de aplomadas nubes,
Amaga el cielo con tormenta oscura;
Mas ríe al horizonte tu hermosura,
Y huyó la tempestad.
Y allá del trono do esplendente subes
Riges el curso al férvido Oceano,
Cual pecho amante, que al mirar lejano

Hierve, de su beldad.

Mas ¡ay! que en vano en tu esplendor encantas:
Ese hechizo falaz no es de alegría;
Y huyen tu luz y triste compañía
Los astros con temor.
Sola por el vacío te adelantas,
Y en vano en derredor tus rayos tiendes,
Que sólo al mundo en tu dolor desciendes,
Cual sube á ti mi amor.

Y en esta tierra, de aflicción guarida,
¿Quién goza en tu fulgor blandos placeres?
Del nocturno reposo de los seres
No turbas la quietud.
No cantarán las aves tu venida;
Ni abren su cáliz las dormidas flores;
¡Sólo un sér...de desvelos y dolores,
Ama tu yerta luz!

¡Sí, tú mi amor, mi admiración, mi encanto!
La noche anhelo por vivir contigo,
Y hacia el Ocaso lentamente sigo
Tu curso al fin veloz.
Páraste á veces á escuchar mi llanto;
Y desciende en tus rayos amoroso
Un espíritu vago, misterioso,
Que responde á mi voz . . .

¡Ay! calló ya . . . mi celestial querida
Sufrió también mi inexorable suerte. . .
Era un sueño de amor . . . Desvanecerte
Pudo una realidad.
Es cieno ya la esqueletada vida;
No hay ilusión, ni encanto, ni hermosura;
La muerte reina ya sobre natura,
Y la llaman . . . VERDAD!

¡Qué feliz, qué encantado, si ignorante,
El hombre en otro tiempo viviría,
Cuando en el mundo, de los Dioses vía
Do quiera la mansión!
Cada eco fuera un suspirar amante,
Una inmortal belleza cada fuente;
Cada pastor ¡oh luna! en sueño ardiente
Ser pudo un Endimión...

Ahora trocada en un planeta oscuro,
Girando en los abismos del vacío,
Do fuerza oculta y ciega, en su extravío
Cual piedra te arrojó.
Es luz de ajena luz tu brillo puro;
Es ilusión tu mágica influïencia,
Y mi celeste amor, ciega demencia ...
¡Ay! ... que se disipó.

¡Astro de paz, belleza de consuelo,
Antorcha celestial de los amores,
Lámpara sepulcral de los dolores,
Tierna y casta deidad!
¿Qué eres, de hoy más, sobre ese helado cielo?
Un peñasco que rueda en el olvido,
Ó el cadáver de un sol, que, endurecido,
Yace en la eternidad.

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

A Toledo.

I.

Envueltos tus cabellos en consagrada yedra,
Los vientos de los siglos descanso y paz te den:

Duerme, Toledo, duerme, y en tu almohadón de piedra
Reclina descuidada tu polvorosa sien.

Al alma pensadora tus fúnebres rüinas
Los hechos que pasaron gimiendo contarán:
Del caudaloso río las ondas cristalinas,
Las torres solitarias, amantes besarán.

Del vencedor romano las huestes acudieron,
Del águila siguiendo magnífico el pendón:
Las thermas y los arcos, los templos que erigieron
Quedaron de sus glorias pacífico padrón.

Á refrescar sus miembros del Tajo entre las olas
Trajo el inculto godo su bárbaro corcel;
Y de triunfos en triunfos, las playas españolas
Pisaron vencedores los hijos de Ismael.

Después, después, Toledo, tus gentes te buscaron,
Y el seno les abriste tras larga proscripción;
Y hoy pájaros errantes, las cúpulas que alzaron.
Frenéticos inundan en triste confusión.

Envueltos tus cabellos en consagrada yedra,
Los vientos de los siglos descanso y paz te den:
Duerme, Toledo, duerme, y en tu almohadón de piedra:
Reclina descuidada tu polvorosa sien.

II.

Un tiempo, fuera un tiempo que en la desierta orilla
Do extiende triste el Tajo sus ondas de cristal,
Se alzara del rey godo la hermosa maravilla,
Envuelto entre cien torres, alcázar imperial.

En cánticos eternos y en báquicos festines,
Al armonioso arrullo de lánguido laúd,
Por las floridas sendas de mágicos jardines

Su paso abandonaba risueña juventud.

Al pie de los granados, en dulces embelesos,
Gimiendo sus cantigas pasaba el trovador;
Y los ardientes labios en silenciosos besos
Juntábanse en arranques de delicioso amor.

El último rey godo sus pueblos olvidaba,
Perdido entre los brazos de su amoroso bien;
Y en lánguida pereza las flores deshojaba
De su Florinda hermosa sobre la blanca sien.

Sin cetro y sin corona, vestido de albas sedas,
Ungidos sus cabellos con perfumado olor,
Lanzaba sus bridones por verdes alamedas,
Los cánticos oyendo del dulce ruiseñor.

No importa que en sus noches pronósticos severos,
Oyése entre visiones, del conde Julïan;
Los besos de la Cava tan lúgubres agüeros
Muy pronto de su débil memoria borrarán.

Entre estos rotos muros, de la española Helena
Los baños se elevaban en cunas de marfil:
Besaba amante el Tajo la celestial sirena,
Llevábanle su aroma las flores del pensil.

Y ahora en las orillas del silencioso río,
De aquellos dos amantes un tiempo la mansión,
Resuena sólo el eco del triste paso mío,
Sobre ruinosa torre que azota el aquilón.

Entonces de las artes al seductor arrullo,
Emporio de las ciencias, palacio del placer,
Cual otra Babilonia, bañábase en su orgullo
Toledo, desplegando tesoros de poder.

De impuras cortesanas continuo rodeado,
Colgado en los salones el báculo obispal,
Perdida entre deleites la vida del prelado

Era embriaguez eterna y eterna bacanal.

Y en tanto en sus placeres Rodrigo reposaba;
El són de una trompeta lejano al fin sonó:
«¡Al arma!» en las llanuras el grito resonaba;
«¡Al arma!» la montaña bramando repitió.

Á las béticas playas, del África vecina
Las tribus del Oriente llegaron en tropel;
Su alfanje poderoso los pueblos extermina;
De torre en torre vuela la enseña del infiel.

«¡La muerte ó la victoria!» frenético Rodrigo
Gritó en valor ardiendo: «¡Mi lanza y mi puñal!»
Y alegres los guerreros, arrastrando consigo,
Aún ebrios de la última, risueña bacanal;

Respirando el perfume del oriental pebete,
En su triunfante carro, con la ilusión de ayer,
Corre á la triste orilla del tardo Guadalete,
Á hundir entre sus olas la vida y el poder.

III.

¿En dónde está, Toledo, tu pompa y tu belleza?
¿En dónde están las flores del mágico pensil?
¿En dónde los palacios de la imperial grandeza,
Sus tronos de esmeraldas, sus carros de marfil?

Todo pasó: el acento del religioso brío
Con que un tiempo los prestes lucharon, se apagó:
Despareció del mundo el godo poderío;
El viento de la muerte sus ámbitos corrió.

Al frente de tus muros, los hijos del Profeta
Sus tiendas orientales llegaron á plantar:
Los árabes caballos, en su carrera inquieta,
Vendrán á buscar hierba sobre el ruinoso altar.

Mas no: la enseña goda rasgó la media luna,

Y existe en los altares pacífica la cruz:
El culto del vencido respeta la fortuna;
Su santo templo alumbra del Gólgota la luz.

Y al par que cuando el día sus luces apagando,
Sus rayos silenciosos quebranta sobre el mar,
¡Alah il alah! se escucha al musulmán clamando,
Inmóvil en la piedra del árabe alminar;

Resuenan en mil voces, que el entusiasmo ahoga,
Los himnos á la virgen que sujetó á Luzbel,
Y salmos que murmuran en triste sinagoga
Los pobres desterrados del campo de Israel.

En santos almimbares los doctos alfaquíes
Explican los misterios sublimes del Korán;
Y pintan al creyente las lánguidas hurís
Que, en célicas mansiones, su sueño arrullarán.

En tanto entre rüinas que apenas guardan nombre,
Vestigios del romano magnífico poder,
Enseñan los santones la vanidad del hombre,
La nada de la vida, los sueños del placer.

Al paso que un rey moro, con alma soberana,
Consagra en sus amores alcázar oriental
Á la visión del sueño, la hermosa Galïana,
Del cielo mahometano lucero virginal.

Hurí de un paraíso por nuestro mal vedado;
Fantasma de un recuerdo purísimo de amor;
Idealidad divina que mágico ha animado,
En trovas inmortales, el árabe cantor.

¡Toledo! de tus puertas parado en los confines,
Cuando su negro manto la noche extiende ya,
Pienso escuchar al lejos la voz de los muezzines,
Y doblo mis rodillas para adorar á Alá.

IV.

Cayeron ¡ay! cayeron las rotas cimitarras
De mano de los hijos vencidos de Ismael,
Y á hundir entre sus miembros sus afiladas garras
Las aves de los campos acuden en tropel.

Rompió la media luna la espada del cristiano;
La cruz brilla en Toledo con nuevo resplandor:
Y en medio de las ruinas del templo mahometano
Levántanse los templos del Santo Redentor.

Todo es piedad: se inclinan los altos vencedores,
Radiante el alma fiera con religiosa luz,
Á levantar contritos sus goces y dolores
Al trono del Dios mártir que pereció en la cruz.

Al Dios que, como al pueblo cautivo junto al Nilo,
Con lágrimas llorando su larga proscripción,
Sacólos de las breñas, su postrimero asilo,
Á darles de su herencia perdida posesión.

De las futuras gentes preciosa maravilla,
Fábrica misteriosa de origen inmortal,
En su grandeza sola, como una reina brilla,
Envuelta en sus pilastras, la hermosa catedral.

Allí del ancha nave en el espacio inmenso
El órgano elevando su religioso són,
En medio de mil cirios, entre el precioso incienso
Que deja en pardas nubes del mundo la región;

Sobre marmóreas gradas y en mística alegría.
Se agolpa en anchas olas inmensa multitud,
Pidiendo al hijo santo de la inmortal María
El pan de vida eterna, la celestial quietud.

Después, cuando el postrero refugio mahometano

Sus puertas orientales ante el cristiano abrió,
De reyes vencedores la poderosa mano
Soberbio monumento de triunfos levantó.

¡Pirámide de hazañas! en tus muros altivos
De bárbaras cadenas la túnica aún se ve,
Que en lóbregas mazmorras, tristísimos cautivos,
Los mártires llevaron de la cristiana fe.

¡Naced, naced, trofeos de religión y gloria,
Ornando con prodigios la mágica ciudad!
¡Vosotros, santos prestes, al Dios de la victoria
Los salmos de alabanza con júbilo entonad!

Mas no: dejad el cáliz: de Acuña y de Padilla
Marchad, prestes soldados, á la potente voz:
¡Luchad! ¡Luchad! los fueros de la inmortal Castilla
Destroza gente extraña con ímpetu feroz.

Vuestros negros ropajes con sangre de extranjeros
Se cubrirán en vano, ministros del altar:
Caeréis al fin vencidos, que al fin para venceros
Están los anchos campos del triste Villalar.

¡Padilla! ¡Cuántas veces junto al pilar tranquilo
Do alzóse tu infamante, magnífico padrón,
En el solar antiguo de tu arrasado asilo,
Estéril, condenado á eterna execración;

Al rayo de la luna la atmósfera corriendo,
Soñaba yo en mi triste profunda soledad,
Ver tu sangrienta imagen sobre el cadalso horrendo,
Los himnos murmurando de santa libertad!

V

Acude entre sus pueblos el déspota ominoso,
Y llega, ardiente joven, al español dosel,

Grande cual sus dominios, valiente y generoso,
El rey de los romanos, el nieto de Isabel.

En medio de sus tropas, monarca tremebundo,
Aquí desplegó al viento su lábaro triunfal;
Y entre sus garras fieras para oprimir el mundo,
De aquí tendió sus alas el águila imperial.

¡Oh! entonces sombra al cielo nuestro estandarte daba;
Doblaban su rodilla los reyes con temor;
Y donde quier que un hombre su frente levantaba,
El nombre de la España sonaba vencedor.

Del mundo de Occidente las mágicas regiones
Los nuevos argonautas pasaban á explorar;
Y al soplo de la gloria, castillos y leones
Volaban por la tierra, vogaban por la mar.

¡Toledo! ¡Cuál tus calles colmaba la alegría,
Cuando el altivo austriaco, del Ródano ó del Rhin,
Triunfante, cual las águilas de su blasón, volvía,
Banderas y coronas trayendo por botín!

En medio de la turba los prestes le llevaban
Bajo el purpúreo palio del imperial dosel;
Y, emperador del mundo, tranquilo se avanzaba,
La furia conteniendo de su triunfal corcel.

Magnates de otros climas, en varia muchedumbre,
Humildes se agolpaban en pos del Español,
Cual pálidos luceros, perdidos en su lumbre,
Con tardos pasos siguen los círculos del sol.

Cansado ya, su disco rompió en el hemisferio;
Colgó de su estandarte la túnica imperial;
Y de sayal vestido, fué á un triste monasterio,
Á ver pasar sus horas en calma funeral.

¡Toledo! La grandeza del español Atlante,
Su bélica grandeza, Toledo, ¿adónde fué?

Las losas de su alcázar, sacrílego y triunfante,
Ha hollado su enemigo con desdeñoso pie.

El agua en sus estanques bebió el bridón guerrero;
Sonó en sus anchas salas la voz de otro señor;
Y ora el odioso nombre del bárbaro extranjero
Escrito en sus murallas contemplo con dolor.

Hoy sus columnas rotas se elevan como pinos;
Los arcos y las águilas cayendo á su vez van;
Y alzando entre sus patios el polvo en remolinos,
Sus cámaras desiertas recorre el huracán.

VI.

De tu grandeza antigua descansa en los escombros,
Perdida la corona de tu imperial poder:
Para arrancar sin pena tu manto de los hombros,
Desecha de tu mente los cánticos de ayer.

No envidies las ciudades que á tu confín vecinas,
Se agitan en estéril, eterna tempestad;
Y déjalas que aclamen, cercadas de rüinas,
Con vítores sangrientos, su triste libertad.

Tú, reina abandonada, con viejas vestiduras,
Te muestras á mis ojos espléndida y gentil:
Triunfantes alzan ellas sus falsas hermosuras,
Y arrugas ya han surcado su rostro juvenil.

Trocamos por delirios sacrílegos las leyes;
Ejército disperso, marchamos sin pendón:
Para regir el mundo son déspotas los reyes;
Los bárbaros tribunos tiranos también son.

Para los tristes pueblos ¿no existe otro destino?
La suerte de los hombres ¿será vivir así?
Pues bien: que sigan otros tan árido camino;
La losa de la muerte se cierre sobre mí.

Buscando en las rüinas meditación y ejemplos,
Toledo, iré animando su triste soledad:
Llorar quiero en las naves de tus desiertos templos,
Mi mente adivinando misterios de otra edad.

Quiero mirar los héroes que ilustran tus anales,
Pasando en mi memoria, relámpagos de luz;
Ó detener mis pasos en tristes arenales,
Á orar sobre las gradas de abandonada cruz.

Envueltos tus cabellos en consagrada yedra,
Los vientos de los siglos descanso y paz te den:
Duerme, Toledo, duerme, y en tu almohadón de piedra
Reclina descuidada tu polvorosa sien.

SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO.

La Noche Buena.

Recuerdo.

I.

La tarde cubre la llanura estéril
Con tristes nubes de carmín y gualda;
El sol entre cortinas de esmeralda
Va en la selva sus rayos á apagar.
Mas no es tan bello aquí; que cuando muere
Allá en mi patria, bajo ardiente velo,
Deja un incendio inmenso sobre el cielo,
Deja un volcán inmenso sobre el mar.

¡Sueños, venid! que siempre con tristeza
Se fijará mi vista en lo pasado;
Siempre bellos fantasmas á mi lado
Con irónica risa pasarán.
Es en vano luchar; lentas sus alas
Cruzarán, como sombras, mi memoria,
Y recuerdos de paz, de amor, de gloria
En torno de mi frente volarán.

II.

En las bóvedas sacras suspendidas
Lámparas mil su brillo destellaban,
Y sus luces tristísimas, perdidas,
Cual miradas de mártires brillaban.

Mil cirios con sus llamas esplendentes
Coronaban los místicos altares,
Reflejando en las urnas transparentes,
Como la luz del sol sobre los mares.

Entre el vapor del horizonte estrecho
Las columnas moriscas se perdían,
Y allá en las sombras del lejano techo
Sus inmensas cornisas confundían.

¡Dios va á nacer! La lúgubre campana
Doce veces sonó triste y süave;
Y en devota oración turba cristiana
Lenta cruzó la silenciosa nave.

Y ella también llegó, serena y pura
Como el sueño de un ángel en el cielo,
Ocultando su pálida hermosura
Bajo los pliegues del flotante velo.

Al través de la arábiga ventana,
Sobre el pálido azul del firmamento,

De la noche la dulce soberana
Vagaba al soplo de amoroso viento.

Ella llegó, y al descubrir su frente,
Nubló su disco la envidiosa luna;
Y yo la vi, purísima y doliente,
De rodillas al pie de alta coluna.

Yo la vi, de rubor el rostro lleno,
Fijar en mí sus ojos brilladores,
Y temblar el cendal del blanco seno,
Ardiendo el alma en religión y amores.

Por el ámbito inmenso de la nave
Iba el incienso en caprichoso giro,
Y sonaba del órgano süave,
En tono sacro, el celestial suspiro.

En éxtasis divino solitario,
Cual celeste visión me aparecía,
Mientra el humo que alzaba el incensario
En balsámica nube la envolvía.

La dulce palidez de su semblante
Ligera tinta de carmín velaba;
Su mirada purísima y radiante
En entusiasmo ardiente se elevaba.

Creyera al verla en su candor orando,
Tocando apenas su rodilla al suelo,
Que cual las nubes del incienso blando,
Ante mis ojos se elevaba al cielo.

Arrebatada en religiosa calma,
Su mente al trono del Querub subía,
Y en dulces sueños, su celeste alma
Con su Dios y su amante dividía.

III.

Aún pienso verla, religiosa y pura,
Ángel errante del empíreo coro,
Sus cabellos en círculos de oro
Sobre su tersa frente de marfil.
¡Luna, que en medio de esplendentes nubes
Que el moribundo sol tiñe de lejos,
Haces flotar tus lánguidos reflejos,
Al soplo de los céfiros de abril!

Tú, que entonces mis dichas alumbrabas,
Triste deidad de tiernas emociones,
¿Qué se hicieron mis dulces ilusiones?
Mi amor y mi ventura ¿dónde están?
Ella su pecho á la pasión abría;
Bramó en las selvas irritado el viento;
Débil y hermosa flor, luchó un momento;
Luego dobló su tallo el huracán.

Tímida siempre, mas dichosa, amada,
La he visto yo radiante de hermosura;
Tersa la frente, la mirada pura,
Risueño el labio, respirando amor.
Tal vez ahora . . . lágrima escondida
Doliente caiga sobre el nombre mío,
Cual gota de purísimo rocío
Sobre el cáliz marchito de una flor.

Pronto olvidada de ese amor . . . mas triste,
La sien cubierta de azucena y rosas,
En las naves del templo silenciosas
Resignada su cuello doblará.
La turba imbécil pasará aplaudiendo
Con ronca risa el bárbaro martirio. . . .

¡Volad, volad, visiones y delirio!
¡Recuerdos de dolor, dejadme ya!

SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO.

La Rosa y la Zarza.

Murmuraba impaciente
Una rosa naciente
Del cautiverio duro que sufría,
Porque una zarza espesa la tenía
Con sus punzantes vástagos cercada.
—Yo—sin cesar decía,—
Yo no disfruto aquí ni sé de nada:
Sin un rayo de sol, tasado el aire,
Desperdicio, de todos ignorada,
Y entre espinas incómodas reclusa,
Mi fragancia, colores y donaire.—
La zarza respondió:—Joven ilusa,
Tu previsión escasa,
Del bien que te hago sin razón me acusa.
Bajo mis ramas á cubierto vives
Del sol canicular que nos abrasa;
El golpe no recibes
Del granizo cruel que nos deshoja;
Y ese muro de espinas que te enoja,
Defiende tu hermosura
De que una mano rústica te coja.—
La flor entonces, de despecho roja,

—¡Malhaya—replicó—la ruin cordura,
Que de riesgos que no hay tiembla y se apura!—
No fué la maldición echada en vano.
Á los pocos momentos un villano
Llega con la cortante podadera;
La despiadada mano
Descarga en el zarzal; hiere, destroza,
Y tan completamente me le roza,
Que ni un retoño le dejó siquiera.
Poco de la catástrofe se duele,
Persuadida la rosa de que gana,
Quedándose sin haya que la cele.
¡Descanse en paz la rígida guardiana!
¡Qué feliz su discípula es ahora!
Bañada en el relente de la aurora,
Descoge con orgullo
Su tierno y odorífero capullo:
Princesa de las flores
La proclaman los pájaros cantores.
Pero el viento la empolva y la molesta,
Sol picante la tuesta,
La ensucia el caracol impertinente
Con pegajosa baba,
Y apenas se la enjuga,
Cuando voraz la oruga
Su venenoso diente
Una vez y otra vez en ella clava.
Se descolora la infeliz, se arruga,
Y una ráfaga recia de solano
Desparramó sus hojas por el llano.

Es el recogimiento
Condición de las jóvenes precisa:
Falta en la mocedad conocimiento
Del suelo que se pisa.

La niña que imprudente,
Sola y sin guía, recorrer intente
La senda de la vida peligrosa,
Tema la suerte de la indócil rosa.

JUAN EUGENIO DE HARTZENBUSH.

El Peral.

Á un peral una piedra
Tiró un muchacho,
Y una pera exquisita
Soltóle el árbol.
Las almas nobles,
Por el mal que les hacen,
Vuelven favores.

JUAN EUGENIO DE HARTZENBUSH.

Las dos famas.

Dos *Famas* hay: contemporánea es una,
Favorita especial de la fortuna;
La segunda, que *póstuma* se llama,
De la verdad y el tiempo hija querida,
Es la inmortal, la verdadera fama.

En un caballo alígero subida,
Marchaba, como suele, de corrida,
La fama de los vivos afanosa,
Y al són de su trompeta clamorosa,
Llevábase detrás gente sin tino.
De repente, á la orilla del camino
La fogosa jineta
Encontró á su rival muda y sentada.
—¿Cómo es (le preguntó) que no haces nada,
Cuando ocupar debieran tu trompeta
Celebridades que hay de tantas clases?
—Estoy (dijo la póstuma) parada,
Aguardando á que pases.

JUAN EUGENIO DE HARTZENBUSH.

Misterios de una pasionaria

I

Tan leve como un suspiro,
Apacible como el aura,
De azul, de carmín y de oro
Enriquecidas las alas,
Una bella mariposa
Inquieta y fácil volaba.
Por verla mejor, la fuente
Detiene sus ondas claras,
Y por besarla, las flores
Afanosas se levantan

Ella su vuelo siguiendo,
Ni se agita ni se cansa,
Y ya entre las flores vuela,
Ya se detiene en las aguas,
Y de la pradera al bosque
Huye, vuela, gira, pasa,
Torna de nuevo, y de nuevo
Se pierde en las verdes ramas.

II.

Entre los brazos de un sauce
Dulcemente reclinada,
Tiende sus hermosos tallos
Una fresca pasionaria;
Y de la flor misteriosa
Las verdes hojas lozanas
Ciñen el cáliz oculto
Y pudorosas le abrazan,
Dejando entrever süave,
Ligeramente rizada,
Del botón maravilloso
La recogida guirnalda.
Un suspiro incomprensible
En torno de ella se exhala;
Y ora tímida se inclina,
Ora modesta se alza.
En tanto gimen las flores,
Suspira invisible el aura,
Trinan inquietas las aves,
Corre murmurando el agua.

III.

Mirando á la mariposa

Cómo por volar se afana,
Suspira tímidamente
La modesta pasionaria;
Y al sentir que el manso vuelo
Por sus pétalos resbala,
Con solícita ternura
Sus verdes hojas dilata;
Y entonces la mariposa,
Trémula, impaciente y casta,
En su regalado seno
Plegó las lujosas galas.
Tendía por Occidente
La tarde tímida y mansa
Su espléndido manto de oro,
Su tibio encaje de nácar;
Y en reposado silencio
Flores, aves, fuentes y auras
Ven al sol cómo se oculta
Tras las vecinas montañas;
Y sigue la mariposa
Prendida á la pasionaria,
Como el amor á la vida,
Y como al amor el alma;
Y lo mismo que la tarde
Su vivo color apaga,
Se ve que la mariposa
Pierde el matiz de sus alas;
Y el bello carmín, y el oro,
Y el azul brillante, cambian
En esa tinta ligera
Que anuncia la luz del alba;
Y alzándose lentamente
El sauce pomposo salva,
Y de sus vanos colores
Y su afán purificada,

Piérdese en los altos cielos
Donde la vista no alcanza.

Muere el sol en Occidente,
Dóblase la pasionaria,
Tornan á gemir las flores,
Vuelve á suspirar el aura,
Las aves trinan de nuevo,
Sigue murmurando el agua.

JOSÉ SELGAS.

La Modestia.

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio á su reinado
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana
Llevaba, y con noble brío,
El regio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.

Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre,
El céfiro volador,
Y había en su servidumbre
Hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,

Porque también era el uso,
Quiso una flor por esposa;
Y regiamente dispuso
Elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto corrió la noticia
Por los estados del rey.

Y en revuelta actividad,
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se vían
Con harta envidia, dispuestas
Á ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla,
El rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una tierna florecilla
Entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor
De su corona le inquieta,
Pregúntale con amor:
«¿Cómo te llamas?»—«Violeta»,
Dijo temblando la flor.

—«¿Y te ocultas cuidadosa,
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,

Hoy que entre todas las flores
Va el rey á elegir esposa?»

Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo:—«Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.»

El rey suspenso la mira
Y se inclina dulcemente:
Tanta modestia le admira,
Su blanda esencia respira,
Y dice, alzando la frente:

—«Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta,
Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta.»

Dijo; y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la violeta es la esposa
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas:
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas:
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

JOSÉ SELGAS.

El Laurel.

Naciendo la mañana, alzábase pomposo
Con noble gentileza magnífico laurel;
Y dicen que la aurora, al verlo tan hermoso,
Suspiró de contento y enamoróse de él.

Blandió el laurel sus tallos con arrogante brío,
Y cuando al cielo altiva la frente levantó,
Cayó sobre sus hojas tal lluvia de rocío,
Que al ímpetu doblóse y de placer gimió.

La brisa en tal momento meciéndose ligera
En los espesos ramos, le dijo al resbalar:
—«Soy de la reina aurora la esclava mensajera:
Oye lo que en su nombre te vengo á confiar.

«Tu majestad brillante, tu juventud preciada,
El lujo de tus hojas, tu espléndido verdor,
La tienen por tu dicha de amor enajenada:
Yo traigo en mis suspiros las prendas de su amor.

«Y porque siempre viva y eterna en tu memoria
De su cariño tierno la gracia celestial,
Serás entre los hombres un símbolo de gloria;
La frente que tú ciñas también será inmortal.»—

Dijo: y en vuelo fácil, inquieta y bullidora,
Hacia el rosado Oriente sus alas dirigió;
Cayeron nuevas perlas del manto de la aurora,
Se alzó el laurel de nuevo, y el sol lo iluminó.

JOSÈ SELGAS.

La alondra.

Cuentan, y es positivo,
Que allá en tiempos mejores
Y en su idioma nativo,
Conversaban las aves con las flores.
Con acentos süaves
Y con voz hechicera
Hablarían las flores con las aves.

Ello es que una mañana,
Mañana deliciosa,
Vestida de oro, de jazmín y grana,
Al pie de cierta fuente cariñosa,
Dando al sol sus colores
Y á los vientos su esencia,
Trataban varias flores
Un asunto muy grave;
Pues aunque les sobraba inteligencia,
Ninguna de ellas explicarlo sabe.

Confusas las traía
Ver á la alondra en afanoso vuelo,
Al empezar la luz de cada día
Remontarse hasta el cielo,
Cantar en misteriosa melodía,
Y pronta y breve descender al suelo.
Y más las admiraba,
Que haciendo altiva de su pluma alarde,
De nuevo se elevaba
Al expirar la luz de cada tarde.

Después de muy diversos pareceres,
Estas flores hermosas,

Que hermanas deben ser de las mujeres,
Y como las mujeres ser curiosas;
En asunto tan serio,
Conformes decretaron
El modo de saber aquel misterio;
Y así determinaron
Que la ocasión primera y oportuna
Al fin se aprovechara;
Y señalaron una
Que á la inocente alondra preguntara.

Leves mecían sus capullos rojos,
Medio dormidos en sus hojas bellas,
Cuando vieron venir por los rastrojos
La dulce alondra á conversar con ellas.
Y en momento tal, una
Fresca y brillante rosa,
Blanca como los rayos de la luna,
Le dijo cariñosa:
—«Es inmensa fortuna
Tener en plumas las vistosas galas
Y levantarse al cielo
Al manso impulso de las sueltas alas.
Tú en envidiable vuelo,
Del espacio señora,
Te levantas y subes
Al expirar la tarde, y con la aurora,
Á las altas regiones de las nubes:
Dinos, alondra leve,
¿Qué misterioso encanto
Tus mansas alas mueve?
¿Que nos revela allí tu dulce canto?»

Sonrióse la alondra (y ya se sabe
Cómo se puede sonreír un ave),

Y saltando ligera,
Con ademán inquieto,
Corriendo la extensión de la pradera,
Depositó en las flores su secreto.
Y las flores temblaron,
Y frescas y lozanas
Jamás este secreto revelaron,
No igualándose en esto á sus hermanas.

Mas desde entonces al nacer el día,
Y de la tarde al esparcirse el velo,
Las flores, con dulcísima alegría,
Las frentes alzan contemplando el cielo.

JOSÉ SELGAS.

La inocencia.

Corre manso y suave
Arroyo cristalino,
Espejo solitario
Entre flores perdido;

Tan claro y tan hermoso,
Y tan puro y tan tímido,
Como el alma inocente
Del inocente niño.

Tus márgenes fecundas
Á tu influjo benigno
Coronadas se ostentan
De pomposos jacintos;

Dobléganse los tallos,
Trémulos, indecisos,
Y en tu corriente flotan
Capullos infinitos.

Rosas, nardos, laureles,
Entrelazados mirtos,
Cándidas azucenas
Y violetas y lirios,

Sobre el borde asomados
De tu raudal tranquilo,
Tu corriente matizan
De colores distintos.

El aura, de quien eres
Amado y bendecido,
Te besa, y al besarte
Se lleva tus suspiros.

Las aves en tus ondas
Dan á sus plumas brillo;
Solícitas las beben
Para endulzar sus trinos.

—«¿Quién eres, manso arroyo?
¿Qué poderoso filtro
Te da tanta pureza,
Te da tantos hechizos?»

Así Lálage un día,
La de mirar divino,
La de la tez de rosa,
La de los blondos rizos,

Siguiendo del arroyo
Los caprichosos giros,
Le hablaba y le decía
Con sin igual cariño.

Mas una voz tan dulce
Como es dulce un suspiro,
Gimiendo entre la espuma,
—«Es la inocencia,» dijo.

Y desde entonces Lálage,
Con afán infinito,
Baña sus labios puros
En el raudal tranquilo.

JOSÉ SELGAS.

Amor del Poeta

¿No conoceis á Laura? ¿No habéis visto
La dulce risa de sus labios rojos,
Ni la tierna inquietud con que dilata
La luz fecunda de sus negros ojos?
Su semblante es de amor; en él retrata
La fe de su ternura,
Tiene de paz y bien el alma llena;
Pálida es su hermosura,
Pero es la palidez de la azucena.

En su talle gentil halló la rosa
La casta languidez con que se mueve;
Y la blancura hermosa
Copió en su seno la preciada nieve:
El aura cariñosa
Recogió de su aliento
Los vuelos apacibles y süaves,

Y al escuchar su acento,
Trinar supieron las pintadas aves.
Tan pálida y tan bella,
Sus gracias todas le prestó la aurora.
Ríen las flores al mirarlas ella;
Y con dulce armonía
La fuente gime cuando Laura llora.
Su cándida alegría
Es el nacer del sol; si mira triste,
Es la tristeza con que muere el día.
Rasgando el manto de la nube oscuro,
No es más bello el azul del firmamento.
Su corazón es puro;
Como su corazón su pensamiento.

¿Y no la conocéis? ¿No habéis sentido
El suspiro doliente
De sus hermosos labios desprendido?
¿La esperanza jamás os la fingía?
Y en el sueño de amor más inocente
¿No la pudo entrever la fantasía?
¿Y en apacible calma,
Llenos de amor sentís los corazones,
Y guardáis en el alma
Profundas y queridas ilusiones? . .
Á mí se apareció; la infancia apenas
Me regalaba hermosas
Las últimas coronas de azucenas,
Sus ya pálidas rosas.
Y yo la vi: mi corazón temblaba
Al sol de sus miradas cariñosas;
Llena de luz y de hermosura estaba.
Sobre mí se inclinó, besó mi frente;
En ella dejó escrito
El sello de un afán puro y ardiente,

El germen de un amor que es infinito.

Huyó después. Y desde entonces siento
De su casta hermosura
El corazón sediento;
En los misterios de la noche oscura
La escucho suspirar; sombra lejana
Por el bosque sombrío
Me la finge la luz de la mañana;
Búscala ansioso el pensamiento mío
Por la verde pradera,
Por la margen del río,
Cuando la tarde tímida y ligera
Llueve sobre las flores su rocío.
Vive en mi corazón, vive en mi vida;
Mis penas desvanece,
Á tan profundo amor agradecida,
Y calma mi desvelo;
Si á mis inquietos ojos comparece,
Su blanca mano me señala el cielo,
Y rápida otra vez desaparece.

El fuego de su lánguida belleza
Derrama en mis ensueños un tesoro
De ternura y grandeza,
De armonías, perfumes y colores;
Cielos azules recamados de oro,
Campos cubiertos de lozanas flores.

Visión consoladora,
Manantial de mis dulces alegrías,
Estrella bienhechora,
Luz que ilumina mis oscuros días....
¡Qué fuera yo sin ti!.... Planta sin fruto,
Nebulosa mañana,

Corazón lleno de amargura y luto,
Hijo infeliz de la miseria humana.

JOSÉ SELGAS.

Abdiel.

Quia in inferno nulla est redemptio.
Respons. defunct.

No era de noche, y nunca tan obscura
La noche había al mundo sorprendido:
Nunca en mar de tan fúnebre negrura
Se viera un astro muerto sumergido.
Cual corazón hundido
En lo opaco del pecho que lo encierra,
El mundo entre su atmósfera latía
Porque no eran las sombras todavía
Sudario del cadáver de la tierra.

Y crecieron hinchadas las tinieblas,
Como olas que entumece crudo viento,
Cual de un valle elevándose las nieblas
Abultan su volumen ceniciento.
Su raudo movimiento
La tierra absorta había entorpecido,
Yaciendo entre las masas de la sombra,
Cual trasquilada oveja entre la alfombra
De los negros vellones que ha perdido.

Y de ella en derredor acumulados

Formaban á su sien corona inmensa
Los globos, que de su órbita arrancados,
Clavábanse en atmósfera más densa.
El sol sin llama intensa
Cubierto de silicio parecía;
Su blanda luz velaban las estrellas,
Y ni siquiera pálidas centellas
El choque de dos astros producía.

Desde ellos sus gloriosos tutelares
Fijaban en la tierra entrambos ojos,
Y el concierto inmortal de sus cantares
Cedía á la expresión de sus enojos.
Mas eran ¡ay! tan flojos
Los ecos de un dolor que helaba el pasmo,
Que en medio de un silencio cruel se oía
En Dios el estertor de la agonía,
Y en el hombre las risas del sarcasmo.

Otros de los espíritus celestes
De la sagrada Cruz más cerca estaban,
Y los peñascos del Calvario agrestes
Con invisibles lágrimas regaban.
Algunos ocupaban
Del Líbano los cedros corpulentos,
Los cipreses de Sion, de fruto esquivos,
Las palmas de Cadés, y los olivos
Del huerto de Getsémani sangrientos.

Sumido en su dolor, y solitario
En una de las breñas del Carmelo,
Revolviendo un proyecto temerario
Estaba Abdiel, el ángel sin consuelo;
Espíritu gemelo
De otro ángel infeliz, que deslumbrado
Por su inmenso esplendor, fué seducido,

Y compartió las penas del vencido,
Porque siguió la voz del rebelado.

Juntos los dos del tiempo en la mañana
Brotaron, como el rayo de la luna
Que penetrando en gótica ventana,
Divide luego en dos sutil coluna.
En una misma cuna
Reposaron los dos, juntos sintieron
El soplo del Señor que les hería,
Y juntos al fulgor del sumo día
Sus alas de oro y nácar extendieron.

Mas dado apenas el primer abrazo,
Dulce emblema del vínculo paterno,
Llegó de la batalla el triste plazo,
Y abrió sus negras fauces el infierno.
Llanto vertía tierno
Abdiel entre los bellos vencedores,
No teniendo á su lado ya al amigo
Que se vía arrojado por castigo
De un mar de intensa llama á los ardores.

El rojo lagrimal Abdiel enjuto
Del compasivo duelo no tenía,
Cuando le dijo Dios: «Su primer fruto
Ha dado la mujer en este día;
Tú su custodia y guía,
Y su amigo has de ser: desciende al suelo.»
Y el agraciado espíritu obediente
Prosternó ante el Señor la augusta frente,
Y hacia el mundo abatió su raudo vuelo

Hermoso era sin duda el primer hijo
Que durmió de mujer en el regazo;

Y le miraba Abdiel con regocijo,
Y al de la madre unió su tierno abrazo.
Eterno creyó el lazo
Que ataba con el ángel al infante,
Porque en cuerpo tan bello presumía,
Que huésped de un momento ser debía
Un espíritu al suyo semejante.

Y ya la espina cruel de sus memorias
Su corazón punzaba más remisa,
Y entonces de esperanzas ilusorias
Del niño le llenaba la sonrisa.
Rodaban pero aprisa
Los años con fatídica porfía,
Y el varón en infante se trocaba,
Y la imagen del ángel se borraba,
Y la imagen del hombre aparecía.

Y la tierra que estaba por desgracia
Abrevada de un tósigo reciente,
Exhalaba con toda su eficacia
De la ponzoña el hálito inclemente.
Bien pronto delincuente
Al nuevo objeto vió de su cariño,
Bien pronto lamentó su doble muerte;
Y vió cómo sufrían igual suerte
Su ángel hermano y su gracioso niño.

Desde entonces el pecho generoso
Que albergar no podía propias penas,
Se nutría en tormento misterioso
Compartiendo el pesar de las ajenas;
Y en las regiones llenas
De perfumes, de luz y de armonía
Blanca niebla flotaba de aire hueco,

Y en su diáfana red, cual débil eco
De distante gemido, Abdiel gemía.

Ó errante por el páramo, que inmenso
Del espacio se extiende en los confines,
Vagaba melancólico y suspenso,
Moviendo á compasión los serafines.
Cruzaba los jardines
Que por gayadas flores dan estrellas,
Ó hallaba en su carrera nuevos soles,
Y en esferas de vivos arreboles
Inundaba de luz sus alas bellas.

Y á pesar del concierto de los mundos,
De los astros que giran esplendentes,
De las arpas y cánticos yocundos
Que armonía derraman á torrentes,
Sus lágrimas doliéntes
En los ojos el ángel retenía,
Porque en aquel magnífico concento,
De sus tristes amigos el lamento
De trecho en trecho oír le parecía.

Cual lloraría un ángel desterrado
Al aspirar la atmósfera del suelo,
Así lloraba Abdiel, de luz bañado,
Y entre los goces íntimos del cielo.
Y el tiempo, que en su vuelo
Enjuga cuantas lágrimas destila
El hombre á quien devora pena interna,
Secar pudo jamás la gota eterna
Que empañaba su fúlgida pupila.

Mas la hora del consuelo de la tierra,
La hora de Redención llegado había:

Hora en que el manantial que el tiempo encierra
La plenitud del tiempo descubría:
Hora que dividía
La eternidad en dos eternidades:.
Hora tremenda en que un licor sangriento
Debía dar de gloria y luz aumento
Del porvenir eterno á las edades.

Y Abdiel lo meditaba silencioso,
En tanto que su extática mirada,
Atravesando el aire tenebroso,
Persistía en el Gólgota clavada;
Y al ver la cruz bañada
En la sangre divina del Cordero,
Concebía el valor de cada gota,
Y un pensamiento audaz con fuerza ignota
Su tristeza engañaba lisonjero.

«¿Por qué esta sangre de virtud inmensa
En la manchada faz del mundo para?
¡Ah, si como la luz el aura densa,
Los poros de la tierra penetrara!
¡Ah, si á tocar llegara
Una gota no más de este reguero. . . !
Una gota no más, fuera bastante
Para extinguir el sol más rutilante
Que relumbró en el caos el primero.»

Y dominado de esta grande idea,
Partió al Calvario el ángel velozmente,
Y la sangre del Cristo que chorrea
Adora consternado y reverente;
Y luego en su corriente
Humedeció las puntas de sus alas,
Que en hilos de cristal y de oro finos

Imitan en cambiantes peregrinos
De estrellas y de flores brillo y galas.

Así en las aguas de pequeño charco,
Que allá en el corazón de selva inculta
De entretejidas ramas verde arco
Á los amagos del estío oculta,
Su plumaje sepulta
La avecilla, y lo extrae humedecido
Para amasar el barro pegajoso
Con que está fabricando sin reposo
Á su futura prole blando nido.

Con su rico tesoro Abdiel ufano
La ilusión estrenaba del consuelo,
Y sus alas abriendo al aire vano
De su honda lobreguez rasgaba el velo:
Y dejaba en su vuelo
Un rastro blanquecino, cual sería
La despejada zona de blancura,
Si entre la cerrazón de noche oscura
Se viese relucir la láctea vía.

Así pasa un cometa, y de centellas
Puebla el camino que en la esfera graba;
Así en chispas de luz sus raudas huellas
En la compacta sombra Abdiel marcaba:
Y en tanto que volaba
De la tierra buscando los confines,
Por entre opacos astros y querubes,
Se abrían á su tránsito las nubes,
Y humillaban su sien los serafines.

Y volaba, y volaba, y de su ruta
Por fin tocaba el término sombrío,
Entrando por la boca de una gruta

De ancha caverna al ámbito vacío.
Cual subterráneo río,
El ángel penetraba en las honduras;
Y junto al cráter de un volcán inmenso,
Envueltas vió saltar en humo denso
De ardiente llama ráfagas obscuras.

Llamas sin claridad; mas el tumulto
Que rugía en su lóbrego recinto
De allí le hizo apartar, y Abdiel oculto
Costeaba el horrible laberinto.
Un boquerón distinto
Encontró, do la llama solitaria
En espumoso ardor no hervía dentro,
Y sacudió sus alas. . . y en el centro
Sumergió su esperanza temeraria.

Cayó la sangre en el desierto lago,
No cual de redención feliz primicia;
Sangre era que añadir debía estrago
É implacable rigor á la justicia.
El crimen su malicia
Dobló, desque la víctima inocente
Cual río de perdón la derramara,
Y el fuego que esta sangre salpicara
Exacerbar debió su saña ardiente.

Cayó la sangre, y su aspersión divina
Perturbó de aquel piélago el sosiego,
Cual si chorros de azufre y de resina
Cebaran las hogueras de su fuego.
Un terremoto luego
Sacudió las convulsas cavidades,
Creciendo, con el súbito trastorno,
En crudeza las llamas de aquel horno,

Y en extensión sus vastas soledades.

Y de una carcajada el estampido
Resonó en el vecino y ancho seno,
Cual de salvajes fieras el bramido
Que se mezcla al fragor del ronco trueno
De rabia estaba lleno
El vencido Luzbel; la frente brava,
Que en su segunda caída sumergiera,
Acababa de alzar: entonces era
Que de su espanto horrible despertaba.

«Querubes,» exclamó, «nos ha vengado
El mismo que se jacta de vencernos.
Con su muerte sangrienta, ¿qué ha logrado
Sino añadir más llama á los infiernos?
¡Oh! ¿no lo veis? eternos
Serán estos ardores que han crecido.
¡Ay de cuantos su sangre marque en vano!
Probarán al caer en nuestra mano
Las llamas que esta sangre ha embravecido.»

«Á los hijos del Cristo seduzcamos;
Y al Cristo en su prosapia venceremos,
Y cuando en nuestras garras les tengamos,
En aquel seno atroz los hundiremos.»
Cesaron los blasfemos
Acentos de Luzbel: sulfúreos ríos
Brotaban del volcán, y Abdiel saliendo
Tres veces suspiró, y voló diciendo:
«¡Oh, no hay ya redención, amigos míos!»

TOMÁS AGUILÓ.

Las Torres de Villalba.

Balada.

Con sordo rumor, en ondas
Espumantes desatadas,
Saltando de peña en peña
Del río corren las aguas;
Como sombras misteriosas
Todas ellas se retratan
En las aguas de ese río
Las torres levantadas de Villalba.

En ellas, por su perdida
Ventura gime Belaiza,
De su pecho lastimado
Ocultan ellas el ansia;
Que en mitad de sus amores
Es Belaiza desamada
De su esposo Galcerán,
El señor de las torres de Villalba.

Un día, bañada en llanto,
La triste Belaiza oraba,
Galcerán salta del lecho
Al despuntar la alborada.
Sin dolerse de su esposa
Galcerán salía á caza,
Y azuzando sus lebreles
De las torres se aleja de Villalba.

Festivos cantos escucha
Y alegres sones de gaita,
De su larga correría
Galcerán cuando tornaba:

Mucha gente presurosa
Vió venir por la calzada;
Huye la tarde, y el sol
Ya las torres no dora de Villalba.

Todos en trajes lucidos
Agitan ramas de mata,
Unos caminan á pie,
Á caballo otros andaban:
Galcerán ve una ovejera
En el romeral sentada,
Fija la vista en las nubes
Que las torres ceñían de Villalba.

—Olá, hé, buena ovejera,
La que guarda la manada,
¿Por qué se aprisa esa gente
Que mueve tanta algazara?—
—Esas ráfagas de viento
Una noche anuncian brava,
Bien lo dice aquella nube
Que en las torres se cierne de Villalba.

Vuelven ya de Viladrau
Donde ayer peregrinaban;
Al santuario de aquel monte
Toda se fué la comarca.—
Ya se aleja Galcerán
Y en el camino se para,
En mitad de ese camino
Que á las torres conduce de Villalba.

Por él venía un arriero
Que una mula cabestreaba,
Muy gentil es la doncella
Que en la mula va montada.

Del jubón que ella vestía
Se le suelta una lazada,
La recoge y se la entrega
El señor de las torres de Villalba.

Vuelve el rostro la doncella
Al doblar de la calzada,
Al pecho lleva aquel lazo
Del color de la esperanza:
—Dirásme, buena mujer,
Buena mujer, la montana,
Quién es aquella doncella
Por quien mis torres diera de Villalba.—

—Hija es de aquel buen viejo
Que con tanto amor la guarda,
Por sus gracias, Blanca-flor,
En el campo así la llaman.
Mirad su linda casita
Allá abajo en la planada,
Al pie de los encinares
Que sombrean las torres de Villalba.—

—Adiós, adiós, ovejera,
La que aprisca la manada.—
—Él os tenga, mi señor,
Él os tenga en su compaña.—
Es ya noche y crece el viento,
Tempestad recia estallaba,
Cuando torna Galcerán
En las torres á hallarse de Villalba.

De sus tristes aposentos
Al punto sale Belaiza,
Mostrando júbilo y gozo
En lo apuesta y ataviada:

Mas sus párpados caídos
Revelan claro las lágrimas
Que en aquel infausto día
Correr vieron las torres de Villalba.

No brillaban, no, sus ojos
Como brillaban sus galas,
Como la ancha cinta verde
Que sus cabellos abraza:
Galcerán hacia su esposa
Sorprendida vista alzaba,
Cómo vió aquel lazo verde
En las torres no sabe de Villalba.

—Presto, presto, mi caballo,
Mi mejor caballo traigan.—
Y sus armas apareja
Sin dolerse de Belaiza.
—¿Qué te hice, Galcerán,
Que mi amor tan duro pagas?
Esta noche no me dejes,
Las torres no abandones de Villalba.—

Belaiza, lejos de sí
Arroja todas las galas,
Oprimido el corazón
Se subía á la atalaya:
Y entre el mugir de los vientos
Y el murmullo de las aguas,
Piensa oír el galopar
Del que las torres deja de Villalba.

Por el bosque, Galcerán,
En tanto, fiero, cabalga;
El bosque, el río, los montes
Densas sombras oscuraban.

Por muchas veces el viento
La remeda estas palabras:
«Esta noche no me dejes,
Las torres no abandones de Villalba».

—Corre, corre, mi caballo,
No te amedrentes, avanza,
Sacude, caballo mío,
Tus crines ensortijadas.
Llévame á la Blanca-flor,
La que vive en la planada;
Ya tendrás tu recompensa
Cuando á las torres vuelvas de Villalba.—

De espanto crujen las breñas,
Con furia la encina salta,
De ronco trueno el estrépito
Retumba en la hondonada;
Siniestra línea de fuego
El boscoso monte aclara,
Y enrojecidas de súbito
Las torres se divisan de Villalba.

Galcerán, el esforzado,
Por primera vez se aglaya,
Y echando mano á los frenos
La veloz carrera para;
Su cabeza descubrió,
Con fervor se persignaba,
Vuelve á mirar; en la sombra
Las torres no percibe de Villalba.

El fulgor de nuevo brilla,
Otra vez el trueno brama,
Entre el rumor espantoso
Suena el nombre de Belaiza.

El caballo desbocado
Por el bosque se lanzaba,
Y rozando con las breñas
Á las torres se vuelve de Villalba.

¡Ay, qué fué de Galcerán,
Que el caballo aquel montaba!
El caballo llegó solo,
Tinta en sangre la gualdrapa.
El caballo llegó solo,
Con la crin ensangrentada.
Cuando llega, ronco grito
En las torres resuena de Villalba.

¿Qué fué de la Blanca-flor,
Y de la triste Belaiza?
Blanca-flor á aquel santuario
Ya no más peregrinaba.
Sola y triste, ya no alegra
Las fiestas de la planada;
¡Ay! de Belaiza el suspiro
Ya las torres no escuchan de Villalba.

JUAN FRANCISCO CARBÓ.

Yolanda y Ana María.

Balada.

Las campanas suenan tristes.
Tristes suenan las campanas;

De la muerte de ese Arnaldo
Ya las nuevas son llegadas,
Que á guerrear, el belicoso,
Partióse á tierras lejanas.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Era Arnaldo la orgulleza
De la villa de Igualada;
Ninguno como él gallardo,
Ninguno como él batalla:
Si en las lides, en amor
Arnaldo siempre triunfaba.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Como Arnaldo, ningún otro
Tras él lleva las miradas,
Cuando al rumor de las fiestas
Acuden allí las damas.
Mas ¡ay! que perdió la vida,
El noble Arnaldo bien haya.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Una vez al año vienen
Ana María y Yolanda;
El esplendor de las fiestas
No llama, no, á las hermanas.
Á rogar vienen las dos
Por su madre que es finada.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Las doncellas de la villa
Olvidaba ya, y sus galas,
Y sus pasados amores,
Como Arnaldo vió á Yolanda.
Esta vez llegaba sola,

Sin su hermana sola andaba.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
De la iglesia mayor sale
Cuando Arnaldo la encontraba,
Bajó los ojos, la faz
En dulcedumbre velada.
Al punto que la miró
Cautivóle Arnaldo el alma.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Mirad á la erguida sierra
Que á la villa está cercana;
¡Cómo Santa Margarita
Blanquea en su verde falda!
El castillo de la cumbre
De Yolanda es la morada.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Siempre Arnaldo allá corría
Bien así que alboreaba:
En un caballo albazano
Airoso el doncel cabalga,
La polvareda que agita
De muy lejos ve Yolanda.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Por bajo la galería
De aquel castillo pasaba:
—Del castillo torreado
Guarde Dios la noble dama.—
—Bien llegado, el caballero,
La orgulleza de Igualada.—
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.

¡Ay! un día y otro día
Y otro, Arnaldo no pasaba:
En vano Yolanda triste
Los ojos lleva á la plana;
No da vista al albazano,
Ni al polvo que levantaba.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
La mañana era de un día,
De un día de la otoñada:
Sobre los campos retozan
En rumor suave las auras;
Y á la flor roban, los limpios
Cristales de la rosada.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Tras la pena que ella siente,
Qué gentil Yolanda estaba!
Crespina de terciopelo
Su rizado pelo guarda;
Corpiño y brial traía
De seda flordelisada.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Ya de aquella galería
Sentado se ha en la escaña:
En una banda de raso
Yolanda su cifra labra,
De su cabello con hebras
Y con hebras de oro y plata.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Todo callaba; no escucha
Del albazán las pisadas:
Cada vez que esperanzando

Los ansiosos ojos alza;
Una lágrima caía
Sobre la banda que labra.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Yolanda ve á Ana María
Que en la galería entraba:
—Mucho estás, mi Ana, risueña,
Mucho estás alborozada.
—¡Ay, Yolanda, que el amor
Robó por siempre mi calma!—
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
—Ayer en el fontanar
Un doncel allí encontraba:
Como era tan gallardoso
El doncel hablóme al alma.
Por bajo la galería
Pasará después, Yolanda.—
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
—Del doncel del fontanar
Será tarde la llegada.—
—Cuando suene la oración
En la torre de Santa Ana.—
Llegó la tarde, las dos
En la galería estaban.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Sonó el toque de oración
Y las dos se arrodillaban:
Interrumpe el ansia el rezo,
El rezo que ellas rezaban.
—Por la senda ¿no escuchaste
Del caballo la trotada?—

Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
De esperanza, Ana María
Temblorosa se asomaba:
—La del fontanar del bosque,
Guarde Dios la noble dama.
—Bien llegado el caballero
Que en el fontanar hallaba.—
Callada niebla del bosque,
¡Ay! niebla de la montaña.
Yolanda que oyó la voz
Con altanez se adelanta:
—Idos, idos, el aleve,
El de la lengua villana.—
Y deshecha cayó en llanto
Entre los brazos de Ana.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Era Arnaldo: en su despecho
El galope presto alzaba;
Bien lo siente el albazán
En las recias sofrenadas.
—En mal hora al fontanar,
En mal hora me llevabas.—
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Por eso Arnaldo á guerrear
Partióse á tierras lejanas;
Y por eso de la villa
Mientras doblan las campanas,
En aquella galería
Juntas oran las hermanas.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Tenían, cuando se alzaron,

Los ojos húmedos ambas:
—¿Por qué así en el fontanar
La vista fijas turbada?—
Sonrojóse Ana María:
—Aún le quería, mi hermana.—
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Las dos se alzaran; las dos
Tristes lágrimas lloraban:
Yolanda con mano trémula
Á Ana María señala
Del lejano monasterio
Las sombrías torres altas.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.
Á la villa no volvieron,
No volvieron las hermanas:
En el monasterio ruegan
Por la su madre finada.
También oraban las dos
Por Arnaldo que bien haya.
Callada niebla del monte,
¡Ay! niebla de la montaña.

JUAN FRANCISCO CARBÓ.

El Ermitaño de Monserrat.

Allá en Monserrat—mora el ermitaño,
¿Sabéis por qué mora del convento al pie?
Con áspera vida—un año y otro año

Orando ha llorado:—bien sabréis por qué,
Por qué con tal vida vive el ermitaño.

El buen caballero partió de su tierra,
Allende los mares la gloria buscó:
Los años volaban, se acabó la guerra;
Y allende los mares hasta él voló,
Voló un triste viento de su dulce tierra.

—«Aprisa, mis pajes, aprisa el caballo:
Señora del alma, mi amor, ¿qué es de ti?
En bascas de muerte conmigo batallo:
Ó infiel ó difunta: ¿qué de ello? ¡ay de mí!»—
Y «¡ay de mí!» diciendo, aguija el caballo.

Los mares cruzaba: llegaba á su suelo:
—«Madre, madre mía; mi amada ¿dó está?»—
—«¡Ay hijo, el mi hijo!—consuélete el cielo,—
Viva está tu amada; mas ya no será
Ya no será tuya mientra esté en el suelo.»—

De Santa Cecilia llamaba á la puerta:
Los golpes doblando, redobla el furor:
—«Señora, ¿no me oyes? más te quiero muerta
Que infiel y perjura al antiguo amor,
Al amor que agora profana esa puerta.»—

Flotante el cabello, ceñida de flores,
La ve tras la reja: ¿qué voz la llamó?
—«Mis lágrimas mira, por nuestros amores
Aquí vesme: un voto mi amor pronunció,
Pronunció que pronto secará estas flores.

Voté, si tornases á la patria tierra
Salvo de las lides, consagrarme á Dios:
Tornabas con gloria de lejana guerra;
¡Feliz fué mi voto! ¡Mi voto á los dos,

Á los dos separa por siempre en la tierra!

¿Oyes las campanas? Llegada es la hora:
El Señor me llama al pie del altar:
Nuestro amor olvida, aunque el alma llora;
¡Dios que te ha salvado quiera conhortar,
Conhortar tu augustia en esa triste hora!»—

Suspiros amargos lanzando del pecho,
Los brazos caídos, la frente inclinó;
Escuchó su voto en llanto deshecho:
Sonó dentro el coro; mudo se postró,
Se postró, las manos cruzando en el pecho.

Lloró, lloró el triste: su vida llorando
Vivió solitario del convento al pie;
Pasó un año y otro: en llanto y orando
Le encontró otro año:—ya sabéis por qué
Por qué así ha vivido en rezo y llorando.

Ora en Monserrat—doblan las campanas:
Débil en la ermita una oigo tañer;
En Santa Cecilia otras más cercanas:
¿Por qué éstas á aquélla se oyen responder,
Responder doblando tan tristes campanas?

PABLO PIFERRER.

Canción de la primavera.

Ya vuelve la primavera:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Tiende sobre la pradera

El verde manto—de la esperanza.

Sopla caliente la brisa:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Las nubes pasan á prisa,
Y el azur muestran—de la esperanza.

La flor ríe en su capullo:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Canta el agua en su murmullo
El poder santo—de la esperanza.

¿La oís que en los aires trina?
Suene la gaita,—ruede la danza:
—«Abrid á la golondrina,
Que vuelvo en alas—de la esperanza.»—

Niña, la niña modesta;
Suene la gaita,—ruede la danza:
El mayo trae tu fiesta
Que el logro trae—de tu esperanza.

Cubre la tierra el amor:
Suene la gaita,—ruede la danza:
El perfume engendrador
Al seno sube,—de la esperanza.

Todo zumba y reverdece:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Cuanto el són y el verdor crece,
Tanto más crece—toda esperanza.

Sonido, aroma y color
(Suene la gaita,—ruede la danza)
Únense en himnos de amor
Que engendra el himno—de la esperanza.

Morirá la primavera:
Suene la gaita—ruede la danza:
Mas cada año en la pradera

Tornará el manto—de la esperanza.

La inocencia de la vida
(Calle la gaita,—pare la danza)
No torna una vez perdida:
Perdí la mía:—¡ay mi esperanza!

PABLO PIFERRER.

La bandera del honor.

(1489)

I.

Levantadas la viseras,
Desceñidos los arneses,
Terciadas las gruesas picas,
Que sangre mora enrojece,
Don Antonio de la Cueva,
Duque y señor de Alburquerque,
Con el intrépito alcaide
Del Salar, Hernando Pérez,
Por la escabrosa montaña
De Guadix á Baza viene,
Que Hacén, el gallardo moro,
Del Rey Fernando defiende.
Bizarros potros cabalgan,
Que en las orillas del Betis
De árabe raza nacieron,
Y al viento rápidos vencen.

Síguenlos con noble orgullo
Los más apuestos donceles
Que pesadas picas blanden,
Que esgrimen espadas fuertes.
Y va también en pos de ellos
La más aguerrida gente,
Que en los cristianos reales
La Cruz sagrada enaltece.
Ostentan de insigne algara,
Con mengua de los gomeles,
Entre mil cautivos moros
Inmensa copia de reses.
Todos contentos caminan,
Descuidados todos vuelven;
Pues los alienta la gloria
Y les sonríen los bienes.

II.

Con tan próspera fortuna
Desordenadas las huestes,
Antiguos romances cantan
Que en patrio honor los encienden.
Ora de Fernán González,
Primer conde independiente
De la guerrera Castilla,
Recuerdan altos laureles.
Ora de Mío Cid, Ruy Díaz,
Que tuvo vasallos reyes,
Y á quien los santos hablaban,
Triunfos sin cuento refieren.
Aquí lances amorosos
Cuentan gallardos donceles;
Más allá osadas empresas,
Que al moro humillan y ofenden.

Y no falta en tal momento
Quien brinda gozoso, y bebe
Á la salud del vencido,
Jácaras cantando alegre.
En tanto Bazán y Cueva,
Con el alcaide Hernán Pérez,
La presente gloria admiran
De los Católicos Reyes.
En doña Isabel bendicen
El genio de heroico temple,
Que altas empresas medita,
Y Dios inspira y protege.
En don Fernando, al caudillo
Ven de las cristianas huestes,
Á quien ni rotas humillan,
Ni victorias desvanecen.
Y unidas ambas coronas
Sobre sus augustas sienes,
No dudan ya que en la Alhambra
De la Cruz la enseña vuele.

III.

Tan risueñas esperanzas
Acariciaban alegres,
Cuando una nube de polvo
De improviso los envuelve;
Y cubriendo el sol radiante,
El claro día oscurece,
Helando todos los pechos,
Turbando todas las mentes.
Ronco alarido, tronando
Por mil partes diferentes,
Los anchos valles asorda,
Los altos montes conmueve.

Corónanse de turbantes
Las cimas; rompe de frente
Tropel de fieros caballos
Sobre la cristiana hueste.
De árboles, riscos y quiebras
Brotar muslismes parece,
Que dando horribles aullidos
Contra la Cruz se desprenden.
Crece el pavor: aterrados
Los cristianos desfallecen:
Tiemblan, y en cobarde fuga
Salvar la vida pretenden.
En vano los adalides,
Con el valor de los héroes,
Temor tan indigno afean,
Tan infame acción reprenden.
En vano intenta esforzado
El generoso Alburquerque,
Ya prodigando amenazas,
Ya prometiendo mercedes,
Que al musulmán hagan rostro
Y que animosos le esperen,
Mandando que se adelante
Con la bandera su alférez.
Ninguno su acento escucha,
Nadie su voz obedece:
Que en confuso remolino
Apiñados retroceden.
La rica presa abandonan;
La faz espantados vuelven:
¡Ya dan la victoria al moro,
Que en ellos sañoso hiere!....

IV.

En tan horrendo conflicto,

El alcaide Hernando Pérez,
Á quien el honor da espuelas
Y la afrenta el pecho enciende,
  Puesto delante de todos,
Como aparición celeste,
En la punta de su lanza
Un blanco pañuelo prende;
  Y alzándose en los estribos,
Con voz animosa y fuerte,
Estas palabras pronuncia,
Con que la fuga suspende:
  —¿Para qué espada empuñamos,
Ni á qué vestimos arneses,
Si esquivamos los peligros
Como tímidas mujeres?
  ¡Hoy se han de ver, caballeros,
Los honrados y valientes! ....
Quien no temiere á los moros,
Seguirme al combate puede,
  Que en aquesta humilde toca
Seguro estandarte tiene:
¡Cualquier bandera es sagrada
Cuando el honor la defiende!—
  Así dice, y ondeando
Sobre su cabeza el leve
Pañizuelo, entre los moros
Resuelto y veloz se mete.
  Su ejemplo el honor despierta
En los fogosos donceles:
La vergüenza los aguija
Y contra el moro revuelven.
  Rudo fué el choque, dudosa
La lid un momento pende;
Y furibundas se aprietan,
Mezclándose, entrambas huestes.

Entre el crujir de las armas
Y el bramar de los gomeles,
Se oyó al fin el grito santo,
Nuncio al musulmán de muerte.
—*¡Santiago, ayuda!*...—resuena,
Y—*¡Cierra, España!*...—se atiende:
Despavoridos los moros,
Valor y esperanza pierden.
Cual funesta carga arrojan
El hierro, la espalda vuelven,
Y en desconcertada fuga,
Los más, degollados, mueren.

V.

Contento á poco y triunfante
El denodado Hernán Pérez
Al campo llegó de Baza,
De sus guerreros al frente.
Al aire lleva tendida
La enseña que lo ennoblece;
La que alentó á los cristianos,
La que espantó á los infieles.
Ya se acerca á los reales
Que el Rey Fernando mantiene;
Y el Rey, para recibirlo,
Salió con pompa solemne.
Y es fama que, al avistarle,
Con acento y faz alegres
Estas palabras le dijo,
Mientras los brazos le tiende:
—Hernando, tu heroica hazaña
Digna fué de insigne premio;
Y entre los nobles de España
Te pone en el primer gremio.
Y yo por mi propia mano

Darte el galardón querría:
Tendrás mañana temprano
Orden de caballería.—
El Rey calló: los albores
Del nuevo sol á Hernán Pérez
Caballero saludaron
Ante árabes minaretes;
Y de Isabel el esposo,
Que espejo fué de valientes,
Para unir honra y provecho,
Colmóle al par de mercedes.

De este modo el amor vive
Entre vasallos y reyes:
Así los hombres son grandes,
Y así las naciones crecen.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

Al Excmo. señor

D. JACOBO MARÍA DE PARGA

Con motivo de un viaje que hizo éste á Salamanca.

El mundanal estruendo y torbellino
Huyes, Jacobo, y buscas solitario
De la virtud el templo peregrino.
¡Dichoso tú, que libre del precario
Bajel, y de la sirte y golfo exento,
Te abrigas en el puerto hospitalario!
Combatido yo aquí por rudo viento,

El turbado timón sostengo apenas,
Ya el pecho quebrantado y sin aliento.
Las horas para ti vuelan serenas
En tanto, y los antiguos capiteles
Contemplas ya de la española Atenas.
Sus cúpulas doradas las crueles
Manos del tiempo acaso confundieron,
Y talaron sus ínclitos laureles.
Do en la pasada edad resplandecieron
Las ciencias, hoy de nuestro flaco orgullo
Desdén al par y escarnio recogieron.
Pues no del cierzo al destemplado arrullo,
Que tierna mies agota y arrebata,
Abren las rosas virginal capullo.
Los mármoles y bronces, donde acata
Su saber de otros siglos la cultura,
Ya nada enseñan á la turba ingrata.
De sí misma olvidada, ni aun procura
Sus altos timbres conservar, ni advierte
Que ciega labrará su desventura.
¡Tú levantas erguido el pecho fuerte
Y la contemplas mísera! ¿Quién sabe
Si su inercia fatal podrá vencerte?...
¡En vano inquieres! Que tu acento grave
Asombra á los que doctos se apellidan,
Y huyen de ti, cual de siniestra ave.
No ya del sabio fundador convidan
Los nobles lauros á la docta Escuela,
Do caducas memorias sólo anidan.
Subir la prole generosa anhela
Del arduo monte á la empinada cumbre,
Do la ciencia inmortal sus dones cela.
Mas al correr tras la distante lumbre
Sin guía, en hondo abismo se despeña,
Y sigue del error la servidumbre.

¿Por qué hoy se acogen á su negra enseña
Los que ayer ilustraban las edades?...
¿Por qué su orgullo la verdad desdeña?...
Al carro de mundanas vanidades
Uncidos, mueven el indocto labio
Á disculpar sus torpes liviandades.
La razón al mirar en tanto agravio,
Cubre el rubor tu esclarecida frente
Y la asombrada faz ocultas sabio.
¡Ninguno precia de la edad presente
Que de error en error ciega camina,
De otra edad los tesoros diligente.
Ni aun hallas de la ciencia á que te inclina
La pura lumbre de tu ingenio raro,
Quien la senda frecuente peregrina.
No el pórfido de Egipto, ni de Paro
El dócil mármol, ni el diamante duro
Que en Catäy persigue inglés avaro:
No el tostado león y tigre oscuro
De la desierta Hircania y Libia ardiente,
Ni el camello veloz y al par seguro:
Tampoco la benéfica serpiente
Que América en su seno lleva y cría,
Ni el pez dorado que la mar consiente,
Busques, Jacobo, en singular porfía:
Tu ciencia es ya culpada de enojosa,
Y, tal vez, condenada como impía!...
Si al desplegar ligera y temblorosa
Sobre el nítido cáliz de las flores
Sus alas la versátil mariposa,
Ostenta los bellísimos colores
Que los rayos del sol en mil cambiantes
Quiebran, robando al par sus resplandores;
Si abre sus tiernos pétalos fragantes
De Jericó la rosa entre jazmines,

Estrellas de la aurora rutilantes:
No esperes, dulce amigo, ni imagines
Que hallarás quien contemple en su hermosura
De Dios la mano y los ocultos fines.
Al levantar los ojos á la altura
Donde, en eternos ejes suspendido
Por invisible ley, el sol fulgura,
No, de insólito ardor el pecho herido,
Quien descubra hallarás su movimiento,
En tan sublime arcano embebecido.
Si un tiempo de Colón el alto acento
Resonó en los dorados artesones,
Asombro de los sabios y portento;
Desiertos de tan ínclitos varones
Yacen los nobles pórticos, trocadas
En fúnebre silencio sus lecciones.
De sus preclaros timbres despojadas,
Las Musas huyen del recinto ameno,
Do se vieron de lauro coronadas.
No ya soltando, cual sonoro trueno,
La voz fogosa y grave y expresiva
Que subyuga la mente, agita el seno,
Se escucha al docto cordobés Oliva,
Ni vence el gran León la turba insana,
Que en su daño se ceba vengativa.
Muda está del Brocense la romana
Elocuencia, durmiendo en triste olvido
Su doctrina, otro tiempo soberana.
¡En vano en tu memoria va esculpido
Tanto recuerdo!... Que en tu pecho sólo
Hallan altar las ciencias erigido.
La dulce voz del valenciano Polo,
Que venciera en sus cantos la ternura
De Tibulo, emulando al sacro Apolo,
Envuelta ya en silencio y sombra oscura,

No repite del luso las canciones,
Del pastoril albergue en la ventura.
Los mármoles de egregias inscripciones
Cubre ignorante polvo, envilecidas
Sus glorias y sus fúlgidos blasones.
En las rabiosas manos sacudidas,
Arde la destructora horrible tea,
Las fábricas del arte destruídas.
El rico alerce entre el escombro humea,
Y derrumbado el capitel famoso,
La torre de cien codos ya flaquea.
El humo crece, y crece el espantoso
Crujir, y la alta bóveda cayendo,
El suelo gime al golpe fragoroso:
Al bárbaro estallido y ronco estruendo,
De las abiertas tumbas profanadas
Un grito de dolor sale tremendo;
Y del oscuro centro levantadas,
Entre las turbias llamas resplandecen
De cien héroes las sombras veneradas.
En sus hondos asientos se estremecen
Las moles de granito, y convertidas
En polvo y en ceniza, desparecen.
Do las gigantes cúpulas bruñidas
Mostraban sus cabezas, donde alzaron
Nuestros padres sus preces doloridas;
Ora tus tristes ojos encontraron
Incultos eriales, donde apenas
Las frágiles memorias se guardaron.
Entre el movible polvo y las arenas,
Buscas, acaso, un nombre esclarecido,
Y en vano el pecho de esperanzas llenas.
Al cabo llorarás tu afán perdido;
Pues do brilló la losa funeraria,
El beleño retoña maldecido.

¡Ni aun benigna una mano hospitalaria
Del oscuro naufragio y fiera ruina
Las reliquias salvó! ¡Suerte contraria!
¿Dónde el sepulcro está del docto Espina?
¿Dó el túmulo modesto?....¿Dó el lucillo,
Recuerdo humilde del festivo Encina?....
Si de eterna aureola el puro brillo
Rodea de León la sien gloriosa,
Creciendo el lauro, á que mi frente humillo,
No esperes, no, de su ignorada losa
Hallar ¡oh dulce amigo! algunas señas,
Ni el sitio descubrir donde reposa.
Tal vez remueves calcinadas peñas,
Y entre ellas viendo mustia siempreviva,
La ansiada dicha alborozado sueñas.
Mas ¡ay! ¡todo ilusión!... La raza altiva
Quiso escalar soberbia el alto cielo,
Los nobles restos esparciendo esquiva!
Escombros, ruinas, tu incansable anhelo
Logra do quier, y tristes desengaños
De acíbar llenan de tu edad el hielo.
¡La que admiraba un tiempo á los extraños,
Prez de Castilla y de la España gloria,
Cayó postrada al golpe de los años!
Apenas reverdece la memoria
De la preclara salmantina Escuela,
Ilustre monumento de la Historia.
Y es fama que en la noche oscura vuela
Sobre los altos muros leve sombra,
Que en llanto acerbo su dolor consuela;
Y entre suspiros mil los hijos nombra
De la docta Academia, y lastimera
Á la rústica gente al par asombra.
¡La Musa es inmortal del grande Herrera!
La de sublime voz y alzado estilo,

Que, del Betis dejando la ribera,
Viene á llorar los manes de Batilo.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

A Higiara.

Despertad, y en vuestro aroma
Bañad el ambiente, flores;
Que el alma vertiendo amores
Ya por el Oriente asoma.

Y, á sus mágicos destellos,
Los horizontes perdidos
Ostentan colores bellos
Que enamoran los sentidos.

El arroyuelo sonoro
Corre con ledo murmullo,
De los sauces al arrullo,
De aves mil al libre coro.

Y sus raudales de plata,
Copiando la inmensa altura,
Para súbito, y retrata
De mi dueño la hermosura.

Aura, levántate y vén
Del campo sobre las galas,
Con tus suavísimas alas
Refresca mi ardiente sien.

Y llévale en raudo giro

Á la luz de mis contentos
Mi enamorado suspiro,
Mis amantes pensamientos.

Llévale de mi pasión
Los ayes acongojados,
Que en ellos irán mezclados
Pedazos del corazón.

Del fuego que me devora
Llévale como despojos
Estas lágrimas que ahora
Se deslizan de mis ojos.

Yo me vi ser bien amado,
Vuelta en gloria mi amargura,
En cielo de lumbre pura
Todo un abismo trocado.

Y si matara el placer,
¡Ay, que no viviera, no!
¿Pude tanto merecer?
¿Más alto bien lograr yo?

Esa aurora tan galana
Que por las puertas de oriente
Se muestra resplandeciente
En su carro de oro y grana;

Que arroja, en blando desvío,
De su mano de azahar
Perlas al bosque sombrío,
Plata al indómito mar;

Que dora la densa bruma,
Y envuelve en tintas extrañas
El humo de las cabañas,
De los torrentes la espuma;

Iris de dichas fecundo,
Fué la aurora que reía
Cuando descendiera al mundo
El ángel del alma mía.

¡Higiara! ¡Higiara! de amor
Cifra, y de gloria y dulzura,
Astro de mi noche oscura,
Bálsamo de mi dolor;

Mar ajeno de mudanza,
Cielo de mi libertad,
Tú eres mi sola esperanza,
Tú eres mi felicidad.

Si de tu hechicera voz
Perdido escucho el acento,
Por mis venas al momento
Discurre fuego veloz;

Y túrbome al deleitoso
Eco, y mi sér se estremece,
Y en mi labio temblloroso
La palabra desfallece.

Si entre cien bellas, al fin
Mi corazón te columbra,
Como la flor que deslumbra
En encantado jardín,

En cruda ansiedad deshecho,
Y en zozobra y confusión,
Salirse quiere del pecho
El cautivo corazón.

Ver las horas deslizarse
En tus amorosos brazos,
Y en tan dulcísimos lazos
La existencia dilatarse;

Pender mi gozo y mi bien
De tu boca regalada,
Y en ella mirar también
Toda el alma enamorada;

Aquel extraño sentir,
Aquel afanoso estar,
Aquel amante esperar,
Aquel inquieto vivir;

Mi mano á tu mano asida,
Verte, oírte, contemplarte . . .
¿Qué dicha iguala en la vida
Á la dicha de adorarte?

¿La gloria?... ¡Efímero nombre,
Dón fatal de varia suerte,
Veneno que da la muerte,
Fósforo que engaña al hombre!

¿El humo de la linsonja
De plebe inconstante y vana?
¡En hiel empapada esponja,
Flor del almendro temprana!

Eres mi gloria mayor,
En ti mis delicias fundo,
No existe nada en el mundo
Para mí de más valor.

Mi constante pensamiento
Es la fe que te ofrecí . . .
Si te olvidare un momento,
Fálteme la vida á mí.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

A don Antonio Rodríguez Ogea.

Epístola.

Non potes avelli.

OVIDIO.

Llora, querido Antonio: cuando nacen
Del corazón las lágrimas, son gloria
De las almas que en ellas se deshacen.
Gócese el crudo pecho en la victoria
De no llorar, y, como roca dura,
Cierre á tiernos afectos la memoria;
Más alta, y noble, y generosa, y pura
Es la esfera en que vive el que alimenta
Los frutos del amor y la ternura.
El ánimo gallardo se apacienta
En sentimientos puros; el impío
En la lucha del alma turbulenta.
Como aura fresca en ardoroso estío,
Como perfume de tempranas flores,
Como lluvia de plácido rocío,
Es el amigo llanto á los dolores.
¡Qué fuera del mortal si en la amargura
Lágrimas no templasen sus rigores!
De este apartado valle la hermosura,
La austera majestad de estas montañas,
Estos campos cubiertos de verdura
Fueron libre teatro á las hazañas
De tu primera juventud. ¡Y ahora,
Para siempre tal vez, de ellos te extrañas!
¡Y en lágrimas prorrumpes! Llora, llora;
Que harto debes llorar cuando te alejas
De esta grata mansión encantadora.

Aquí los padres amorosos dejas
Que en ausencia del tuyo te arrullaron
En la niñez con útiles consejas,
Y, cuando en ti los años despertaron
La clara luz de la razón divina,
Tus laudables anhelos coronaron.
Cada verde laurel ó añosa encina,
Cada herbosa pradera, cada fuente
De regalada linfa cristalina
Pone á tu amante corazón presente
Algún dulce recuerdo de la infancia,
De los que siempre viven en la mente.
De estas silvestres flores la fragancia,
Que aduló tantas veces tus sentidos
Sin vanidoso afeite ni arrogancia;
Los frutales espléndidos, rendidos
Al peso biennechor de su riqueza,
Y á recrear el gusto apercibidos;
Del Pico de Solares la belleza;
La sosegada paz de La Torriente,
Que alza á par de los montes su cabeza;
El sencillo candor de la inocente
Vida del campo; la canción sentida,
Que suena en las cañadas tristemente:
Todo á gozar de la quietud convida
De este mundo aldeano, que no seca
La flor del alma para el bien nacida.
¡Y hoy el rigor de tus deberes trueca
Por este delicioso apartamiento
De la hispana Babel la pompa hueca!
¡Hoy el trino del pájaro, el aliento
Del céfiro apacible, que suspira
Dando á las leves hojas movimiento,
Por escuchar la voz de la mentira
Pierdes, y oír los bárbaros rugidos

De la ambición sedienta y de la ira!
Vuelve, vuelve á est os valles escondidos,
Y á estos montes de nubes coronados
Y de soberbios troncos revestidos.
Aquí, de los rigores olvidados
Que amontonó voluble la fortuna,
Burlaremos la furia de los hados.
Ni agobiará la cháchara importuna
De algún nuevo Demóstenes, portento
De sabia erudición desde la cuna,
Nuestros pobres oídos; y el tormento
De ver tanta bajeza enaltecida
Mitigará más grato pensamiento.
Aquí el alma, en sí propia sumergida,
Puede libre gozar sus ilusiones,
Como el ave en la rama donde anida;
Ó remontando el vuelo á las regiones
Origen de la luz, beber la llama
Que depura y acendra las pasiones.
Si el sonoro clarín de justa fama,
Llegando á este retiro montañoso,
Desconocidos méritos proclama,
Tributémosle culto generoso
Con sincero entusiasmo; que la envidia
Devora el corazón del envidioso.
Y ¡ay del débil espíritu que lidia
Con esta vil carcoma de los huesos,
Fuente de iniquidad y de perfidia!
Que arrastrado al rigor de sus excesos,
Morirá como planta que se agosta
De aire nocivo á los ardientes besos.
Esta bella mansión, pobre y angosta
Á los ojos es ya de la que, hambrienta,
Cébase en rica mies fiera langosta;
Y pues de aquí su codiciar la ahuyenta,

Bendigamos á Dios, que en recios mares
Tan abrigado puerto nos presenta.
  Al tranquilo sosiego de estos lares
La voz no alcanza del civil tumulto,
Perenne manantial de hondos pesares;
  Ni el ronco acento del cobarde insulto;
Ni el crimen entre sombras concertado
Y para ejemplo saludable inulto.
  El numen de las selvas encantado
Estos valles pacíficos preside,
De su rara belleza enamorado;
  Y del paraje ignoto en que reside,
Con sus gigantes robles y laureles
Á todo agitador el paso impide.
  Ya del invierno precursores fieles,
Rudos vientos los árboles desnudan;
Ya rebosa el panal en rubias mieles,
  Y al otoño benéfico saludan
Con el granado fruto los castaños
Y las encinas que de sér no mudan.
  ¡Y este sabio concierto de los años
No ha de enseñar al hombre, á quien seducen
De anhelo codicioso los engaños,
  Que sin tiempo y sazón nada producen
Los más fecundos árboles, que mienten
Los fuegos fatuos que á sus ojos lucen!
  ¡Ay de los tristes que en vivir consienten
Amarrados al banco del deseo
Cuya esterilidad nunca presienten!
  ¡Ay del error abominable y feo
Que insulta la razón, ó ávido áspira
Á dominar, impenitente reo!
  Mira ese arroyo murmurante; mira
El ciprés solitario, que se eleva
Como plegaria que el dolor inspira;

Las revolantes hojas que se lleva
Rugiente sur en turbio remolino
Para dar ocasión á pompa nueva;
Y la espumante rueda del molino
Que el rústico maíz ágil prepara,
Regalo del humilde campesino;
Y dí si en esta sencillez, no avara
De la inocente libertad que en vano
De las ciudades al amor se ampara,
Puede reposo hallar el que con sano
Corazón, fatigado se retira
De la lucha del mundo cortesano.
¡Y al fin nos abandonas! ¡Y suspira
Tu conturbado pecho! ¡Y un gemido
Entre tus labios trémulos expira!
¡Oh fuerza del deber! Apercibido
En la opulenta corte el premio espera
Á tu constante aplicación debido;
Ya, término feliz de tu carrera,
Del sacerdocio ilustre del derecho
Vas á subir á la eminente esfera.
Y cuando henchido de placer tu pecho,
Al recibir tan noble vestidura,
Respire de sí mismo satisfecho,
Enturbiará mi gozo la amargura
De ver que á separarnos cruda ausencia
Con brazo inexorable se apresura.
Mas no vaciles, corre. La presencia
Te aguarda ya del padre que te adora:
Ríndele el homenaje de tu ciencia.
Y en la región donde perpetua mora
Primavera gentil, y fué tu cuna,
Perla de las Antillas brilladora,
Encadenando altivo la fortuna
De tu saber al laborioso imperio,

Blasón de la jurídica tribuna,
Tiende la vista al horizonte hesperio;
Abre el alma al recuerdo cariñoso
Que hacia ti volará de este hemisferio.
¡Feliz yo si al impulso generoso
De tu amistad corresponder consigo;
Si logra el corazón verte dichoso
Y eternamente apellidarte amigo!

MANUEL CAÑETE.

A unos pies.

Me parecen tus pies, cuando diviso
Que la falda traspasan y bordean,
Dos niños que traviesos juguetean
En el mismo dintel del Paraíso.
Quiso el amor, y mi fortuna quiso,
Que ellos el fiel de mi esperanza sean:
De pronto, cuando salen, me recrean;
Cuando se van, me afligen de improviso.
¡Oh pies idolatrados! ¡Yo os imploro!
Y pues sabéis mover todo el palacio
Por quien el alma enamorada gime,
Traed á mi regazo mi tesoro,
Y yo os aliviaré por largo espacio
Del riquísimo peso que os oprime.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.

A una bañista.

¡Quién fuera el mar, que enamorado espera
Que tu cuerpo interrumpa su llanura,
Y rodear tu espléndida hermosura
De un abrazo y á un tiempo toda entera!
Si yo en sus aguas infundir pudiera
El alma ardiente que adorarte jura,
En muestra de mi amor y mi ventura
Te alzara en triunfo á la celeste esfera.
Y, al descender con mi tesoro, ufano,
Convirtiendo la líquida montaña
En olas que anunciaran mi alegría,
En las costas del reino lusitano,
Y en África, y América, y Bretaña
Mi grito de placer resonaría.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.

A México.

ODA.

A D José María Roa Bárcena.

Tú, cuya frente se remonta al cielo,
Émula de sus grandes luminares,
De perdurable hielo
Circundada con nítida corona,

Morena Venus de la indiana zona,
Salida de la espuma de dos mares;
Del bardo oye la voz que, agradecido,
Por bella é infeliz, dos veces te ama:
Quizás, cual del cansancio olvido pone
Sombra de fresno en caluroso Junio,
El himno rudo que mi amor entone
Breve espacio suspenda tu infortunio.
¡Ojalá que del vate el sacrificio
Tornase el cielo á tu anhelar propicio!

¡Con qué grandiosa majestad ostenta
De hermosura y poder la doble pompa
Natura aquí, risueña y opulenta!
En breve espacio abarca
De opuestas zonas los distintos climas;
Desde la baja, tórrida comarca
Que con lengua salobre el ponto adula,
Hasta la alta región, en cuyas cimas,
Escollo á los marinos huracanes,
Coronadas de témpanos de hielo
Llevan hasta las márgenes del cielo
Sus multiformes crestas los volcanes.

De ellos las aguas límpidas descienden
Que en frescas ondas la planicie inundan:
Las fértiles cañadas do se extienden,
Los anchos valles que al pasar fecundan,
Tapizan flores de carmín y gualda,
Praderas de esmeralda,
Mieses de dulce caña ó rubia espiga,
Las plantas todas que, en perenne Mayo,
El suelo de los trópicos prodiga.

En las regiones donde eterno estío
El vigor de su aliento desparrama,
Y apenas el aljófar del rocío
Consiente al alba en la menuda grama,
Con ardoroso arrullo
Las auras lisonjeras
Halagan el orgullo
De plátanos y cocos y palmeras.
Allí, por entre ovales
Hojas, blanco algodón rompe el capullo
En copos desiguales:
Encorvados nopales
Los insectos preciosos atesoran,
Que de Tiro la púrpura mejoran:
Del café, más allá, verdes arbustos
Las habas insomníferas despliegan,
De copudos naranjos á la sombra
Que en azahar y aroma el campo anegan;
Y más lejos, más lejos, los manglares,
Do alimañas innúmeras se esconden,
Con solemne murmurio corresponden
Al compasado estruendo de los mares.

En las altas regiones,
Do flores y perfumes primavera
Esparce con hartura,
Ó el otoño sus medros
En profusión más útil asegura,
Se empinan aromáticos los cedros;
Cano vegeta el secular sabino;
Casi en la árida linde
De las nieves eternas, crece y rinde
Sus toscas piñas resinoso pino;
Y en ricas vegas, en desnudos montes,
En selvas que no pisa humana planta,

Cercada de admirables horizontes,
Natura un himno de victoria canta.

¿Quién la infinita variedad dijera
De aves de extraña voz, raro plumaje?
Ya alegran con gorjeos la pradera;
Ya en graznido salvaje
Entristecen el eco en la montaña;
Ya en la quietud nocturna
Y donde más el bosque se enmaraña,
Cascadas de armonía
El mexicano ruiseñor envía:
Se espacian por el flúido elemento,
Se albergan en la rústica floresta
Desde la flor volátil, á quien iris
Su vívido matiz amante presta
Y el cáliz de los mirtos alimento,
Hasta el águila audaz que se remonta
Á la última esfera sin desmayo,
Y cuya vista perspicaz afronta
Del sol la llama y el fulgor del rayo.

Albean por los valles los ganados,
No siempre al lobo astuto defendidos:
Por las agrestes quiebras
Saltan con grave susto los venados,
Del rumor de una hierba sorprendidos,
Suspicaces de horrísonas culebras:
La frente armada torna
El toro, resoplando con fiereza,
Al jaguar, que en pintada piel se adorna,
Y le acecha ó le asalta en la maleza;
Y el salvaje corcel lánzase altivo
Por monte y por llanura:
Tiende la crin al aire fugitivo,

El cuello enarca, y respirando fuego
Por el ancha nariz y abierta boca,
En rápida carrera el suelo oprime
Con duro casco y arrogancia loca.
Así de libertad el gozo exprime,
Y en su indómito brío y gallardía
La pujanza del hombre desafía.

Con ímpetu mayor llevan los ríos,
Arterias de los vastos continentes,
Por ásperas quebradas y bajíos
Á los remotos mares sus corrientes.
Suelen, por los estíos,
Romper bramando el cauce dilatado,
Cuando, al fragor de ríspida tormenta,
De las tardes el lóbrego nublado
En diluvios revienta.
Troncos, puentes y rocas arrancadas
Irritan más su empuje;
Y al estridor de altísimas cascadas,
Cóncavo el eco de los montes ruge.

Mientras en tersos lagos, casi mares,
Hallan plácido asilo
Las acuáticas aves á millares,
Y en su piragua el pescador tranquilo.
Retrátanse en las ondas placenteras
Agaves que, en simétricas hileras,
Erizan las estériles colinas;
Los caseríos blancos
Que, á orillas de fértiles barrancos,
Salpican las montañas convecinas;
El cielo azul, y entre neblinas leves,
De los volcanes las perpetuas nieves.

¡Los volcanes! En ellos de natura

Con más sólida gloria se atestiguan
El poder, la hermosura.
Un tiempo en convulsiones horrorosas
Sus moles se agitaron;
En columnas, al cielo vomitaron
Llamas bituminosas:
En raudales de lava, de los montes
La vacilante forma se envolvía:
Los amplios horizontes
La arrojada ceniza recorría;
Y aumentando el horror del cataclismo,
Mugían cielo y mar, tierra y abismo.

Piadoso el curso de los siglos pudo
Del subterráneo piélago de fuego
Serenar el inquieto hervor sañudo.
Mas abiertos los cráteres quedaron,
Como fauces de monstruo: allí respira
La profunda vorágine, que encierra
El eléctrico incendio que aún trabaja
Las vísceras gigantes de la tierra.
Las nubes los coronan
Que atrae sin cesar la ingente cumbre;
El huracán allí prorrumpe bronco,
Allí prende el relámpago su lumbre,
Allí estrena su voz el trueno ronco;
Y del horno en que yacen,
En quieta combustión, lavas candentes,
Los terremotos nacen
Que sacuden los vastos continentes.
El suelo trepidante bambolea;
La erguida torre en el espacio ondea,
Quebrándose el fortísimo cimiento;
De pavor enmudece la natura,
Y la oración de pálida criatura

Sube llorosa en vano al firmamento.

En el lóbrego centro de la tierra,
Opresa en muros de luciente roca,
La rica vena de metal se encierra
Que la codicia sórdida provoca.
En vano de sus hilos ramifica
La extensa red del orbe en las entrañas,
Y á resguardarla, el tiempo multiplica
De basalto y de pórfido montañas.
Atrevido, tenaz, sediento de oro,
Bárbaro el hombre las taladra ó hiende;
Allí busca el magnífico tesoro
Y con ávidos ojos le sorprende.
Recorre insomne, escuálido y desnudo
La cóncava extensión de aquella tumba
Que, del férreo martillo al golpe rudo
Ó al trueno de la pólvora, retumba.
Salta el peñasco y vuela con estruendo:
El agua por las grietas se destaca;
Y entre humeante vapor, del antro horrendo
La confusión alumbra antorcha opaca;
Ni peligro, ni sueño, ni fatiga
Arredra al hombre, ó su codicia doma;
Y aun salir del sepulcro que le abriga,
Duda, si el grave techo se desploma.
¡Así bajo la inmensa pesadumbre
Tal vez perece en congojoso duelo,
Sin que, al morir, la fugitiva lumbre
Hallen sus ojos del radiante cielo!

Purísimo el de Anáhuac
Sobre el risueño panorama esplende,
Como digna corona
Con que la regia sien orna y defiende
La indïana matrona.

Ya ostente el suave albor del nuevo día,
Ya la espléndida llama del sol que arde
En el alto zenit, ya la que envía
Modesta claridad, pálida tarde;
¡Qué transparente, límpido y sereno
Muestra el cóncavo seno,
Lago inmóvil de nítido zafiro,
De diáfano cristal bóveda inmensa!
¡Cuál la vívida luz, que en raudo giro
Por las ondas del éter flota extensa,
Tenue suaviza el interpuesto ambiente!
¡En cuál arrobamiento el alma sube
Á Dios por esta cúpula luciente,
Templo de claridad que ama el querube,
Atrio de las mansiones del Potente!
¡Como polvo de fúlgidos topacios,
Estrellas se derraman
De la bóveda azul por los espacios;
Ó bien la luna, que los tristes aman,
Navega en los silencios del vacío,
Émula del gran astro que refleja,
Cuya ígnea guedeja
Transmuta en rayo delicioso y frío!

¡Cuántos de alta beldad nobles tesoros,
Reina infeliz del Septentrión, adunas
En valles y montañas,
En ríos y lagunas,
En tus ricas entrañas,
En tus climas y cielo sin segundo,
Que el cetro de belleza te confirman
Entre las zonas del extenso mundo!

¿Por qué tanto primor, perseverante
Soplo de adversidad aja y desdora?

¿Por qué tu prole exánime, sentada
Del infortunio en las tinieblas, llora?
¿Por qué, cuando más grandes
Tu hermosura y riqueza resplandecen
Que las ingentes moles de tus Andes,
En la desgracia ó la inquietud perecen
Tras de afanes prolijos,
Impotentes ó míseros tus hijos?

Justo y noble, aspirando á vida propia,
Erigirse en nación. Pero ¡ay del pueblo
Que de ambiciosos ruines larga copia,
Bisoño en libertad, alza y derriba!
¡Ay, si con maña activa,
De prósperos ejemplos al halago,
Extranjero interés pérfido siembra
Lenta zizaña de seguro estrago!
Rompes el cetro de lejanos reyes;
Á los ídolos nuevos sacrificas
Costumbres sobrias y severas leyes;
Ya libre, el juvenil ardor duplicas:
Empero la discordia, sacudiendo
Sus cabellos de víboras, convoca
Los monstruos de la guerra en grito horrendo;
Lid fratricida sin piedad provoca,
Y con agudo estruendo,
De hambre y peste entre pálidos vestiglos,
El bélico clarín llena los campos
Do con rara constancia,
Cual de Saturno en los dorados siglos,
Tres reinaron la paz y la abundancia.
¡Así de inexperiencia amargo fruto
La malograda juventud cosecha!
¡Feliz, si la esperanza en tanto luto
Su fecunda raíz no halla deshecha!

De tus vastos confines en lo espeso
Cauteloso deslízase el salvaje:
De su macana al formidable peso,
De su traidora flecha el raudo silbo,
De su alarido al oprobioso ultraje,
Tímidos ya sucumben
Los choznos de los héroes, que la raza
Bárbara del desierto domeñaron
Con la cruz, con la esteva y con la maza.
Sus términos dilata en tus fronteras,
Precedida de estragos, la barbarie:
Los pasos de natura creadora
No endereza solícito el cultivo;
Robusta, triunfadora,
Se propaga la rústica maleza
Donde antes rubia mies ó verde olivo;
En donde pueblos hubo, hay aspereza
De escombros, sepultados bajo espinas,
Y el áspero nopal torcido crece,
Y el taciturno buho se guarece
Del viejo templo entre las pardas ruinas.
Mientra en las brumas de hiperbórea playa
El pirata del Norte apresta el lino
De las altivas naos, codiciosa
De amarrar á su remo tu destino.

Vence por fin...¡oh mengua! ¿Y así humilla
Linaje de orgullosos mercaderes
La noble descendencia de Castilla?
Sucumbe así, del áspid al veneno,
León dormido en la africana orilla.
Después, no en torpe guerra,
Indigna de memoria,
El corsario sajón roba tu tierra.
No: á precio de vil oro,

Que del siglo venal es arma y gloria
Tus provincias adquiere y tu desdoro.
Con amistosos brazos el gigante
Rodea y acaricia tu hermosura:
Mañana, en su codicia devorante,
Comprimirán tu mórbida cintura,
Y quedarás en ellos expirante.
Tal en las selvas tímido venado
Cae en lazo de boa corpulento,
Y en el horrible nudo aprisionado,
Forceja y rinde el postrimer aliento.

Vuelve ¡oh México! en ti, que del abismo
Duermes incauta al resbaloso borde:
No más del interés y el egoísmo
La envenenada copa se desborde:
El valor, la virtud, el heroísmo
De tu estirpe recuerda, la alta gloria
Con que del tiempo y del olvido triunfa
Su claro nombre en la severa historia.
Nunca, vástago real del tronco hispano,
Tu noble origen ni su ejemplo olvides:
Con ánimo y esfuerzo sobrehumano
El hierro blande en las gloriosas lides;
Y si del hado en el ignoto arcano
Es ley que cedas, tras sangrienta lucha,
Al número, á la astucia, á la perfidia,
La voz solemne del honor escucha
Y hasta caer en el sepulcro lidia.

Si benigno mis votos
Acogiera el Señor, á cuyo arbitrio
Los tronos sublimados caen rotos,
Surgen á dominar pueblos humildes,
Brotan y se hunden déspotas violentos,

Rudos tribunos, razas ó naciones,
Todos de sus designios instrumentos;
La paz, la libertad, gloria y ventura
Tus ámbitos risueños morarían:
Los campos que hora yerma el amargura,
En feraz plenitud florecerían;
Y en hosannas de júbilo, las varias
Del mundo de Colón gentiles zonas
Á tu justo poder rindieran parias,
Como á tu gran beldad rinden coronas.

CASIMIRO DEL COLLADO.

Liendo, ó el valle paterno.

Del riesgo vencedor y la distancia
Que entre dos mundos pone el mar de Atlante,
Á ti me acerco, valle de mi infancia,
De temor y esperanza palpitante.
Un siglo es cada instante.
¡Cuán ancho el río! El arenal ¡cuán largo!
Columbro al fin el somo del Candina.
¡Qué lento sube en el azul sereno!
Corro, vuelo, traspongo la colina...
¡Feliz puedo expirar!... Héme en tu seno.

Valle, donde benigna suerte quiso
Cercaran mi niñez dicha y ternura,
Cuando gocé tu paz de Paraíso
No supe valorar tanta ventura.

Después, maestra dura,
Enseñóme la ausencia entre zozobras
Á comprender, á desear tu calma;
Y vuelvo, como ves, de los extraños
Con heridas de penas en el alma,
Con la escarcha, en el rostro, de los años.

Tú también, valle amado, ¡cuán distinto!
Víctima fué de la segur impía
La selva que en gracioso laberinto
Las laderas del término vestía.
Las rocas á porfía
Asoman, cual gigantes osamentas,
Del pie de la montaña al horizonte;
Rastrero abrojo al haya sustituye,
Y la aridez conquista en cada monte
Cuanto el avaro leñador destruye.

No ya, afianzada en sólidas raíces,
En vistosos rectángulos despliega,
Rico marco de espléndidos maíces,
La viña sus verdores por la vega;
Ni ya el rabel congrega
Lucio rebaño en pasto redundante.
Pasó, cual plaga egipcia, insecto crudo;
Y con sorpresa amarga, ven los ojos
Tronco de vid, de vástagos desnudo,
Ganado ruin en míseros rastrojos.

El membrudo garzón de la labranza
Abandona el fecundo ministerio
Á mujeres y ancianos sin pujanza:
De la codicia al riguroso imperio,
En el otro hemisferio
Insegura riqueza solicita:

Torna doliente ó viejo, cuando vivo;
Y del caudal indiano en recompensa,
Halla los patrios campos sin cultivo
Y los paternos lares sin defensa.

De primavera á las sutiles auras,
Al vivífico aliento del verano,
Tu pristina beldad tal vez restauras,
Tal vez recobras tu vigor lozano;
Pero el otoño en vano
Á disfrazar tu desnudez aspira
Con restos de su regia vestidura:
Y al contemplarte mísero, discierno
Cuánto cuadre mejor con tu tristura
La túnica severa del invierno.

¡Qué silenciosa soledad! ¡Cuán honda
De tus risueños sotos la mudanza!
¿Por qué no suena por la alegre fronda
El tamboril de la festiva danza?
Diríase que avanza
De la discordia el ominoso espectro
Espiando tus límpios horizontes:
Del leñador el carro, con chirrido
Áspero, finge en los lejanos montes
De venideros males el quejido.

Cesaron ya los plácidos cantares
Del labrador que, tras la grave yunta,
Retornaba al solaz de los hogares
Do parca cena la familia junta.
Mi corazón pregunta
Con ansia y miedo por amigos techos..
Sació su rabia en unos el estrago:
De otros ya, en espiral, no se levanta

Humo que figuró en el éter vago,
De doméstica paz bandera santa.

Álzase en arco de maciza piedra
Sobre el camino, al pie de la colina,
Mi hogar antiguo: junto al huerto aún medra,
Con nobles cicatrices, vieja encina
Que, cual reina, domina
Sobre el mustio follaje del contorno;
Y allá, como en brocal de peña dura,
Mana y desborda cristalina fuente
Que al arroyo vecino se apresura,
No sé si melancólica ó riente.

¡Salve, sacra mansión de mis mayores!
Arrasados en lágrimas, mis ojos
Contemplan tus ruinosos miradores;
Y ante el ansiado umbral caigo de hinojos.
De la muerte despojos
Gran tiempo fueron ya cuantos mi infancia
Rodearon de afección: ellos constantes
En el santuario de mi pecho viven;
¡Y en mi propio solar fríos semblantes
Hoy como advenedizo me reciben!

Un tiempo—¡ay breve!—la presencia mía
Júbilo en estos muros despertaba:
Siempre un amante labio sonreía;
Siempre una mano amiga se alargaba.
Viejo corcel turbaba
Con alegre relincho en el establo
El rumiar sosegado de los bueyes;
Y olvidaba el mastín, con noble ahinco,
De su cadena las tiranas leyes
Para abrazarme en turbulento brinco.

Entro, subo, recorro cada estancia...
¡Reina aquí el abandono, aquí la inopia!
Quiero inquirir, y en triste resonancia
Devuelve el eco mi palabra propia.
En abrumante copia
Me asaltan los recuerdos: allá miro
El padre austero que al sumiso grupo
De la familia, ejemplo fué admirable;
Acá la santa madre, que hacer supo
El deber fácil, la virtud amable.

De los rudos patriarcas de la aldea
La abuela, con los nietos consentidos,
En las noches de invierno se rodea,
Al amor de la lumbre reunidos.
Ó suena en mis oídos,
La voz, entre severa y cariñosa,
Del docto sacerdote, á cuyo celo
Debí entender los que el fecundo Lacio
Dió á las humanas letras por modelo,
Marón y Livio, Cicerón y Horacio.

Tenaz repasa la memoria y nimia
Escenas de campestres emociones:
El gozo de la siega y la vendimia,
El entrojar mazorcas y vellones;
Luego las impresiones
Profundas de domésticos pesares:
La eterna ausencia, la partida amarga,
Las ruiñas que en mi mente reconstruyo...
Me asfixia este aire: el vértigo me embarga;
No puedo más; salgo, desciendo, huyo! ...

Huyo hasta do la altiva pompa extiende
La encina de mis lares protectora.

Aquí mi horrible agitación suspende
La voz del sacro bronce, que á la hora
Del crepúsculo llora:
Voz que el pasado al alma restituye,
Eco de aquella religión de antaño
Que para todo mal tuvo un consuelo.
Noche y dolor conjúrense en mi daño:
¡Fulgura en otra esfera el bien que anhelo!

Serenado el espíritu, ve clara
En el limpio cristal de la memoria
La imagen de los tiempos, y compara
La ventura real con la ilusoria.
¡Cuánta lúgubre historia!
¡Cuánto mártir sin nombre! «¡Oh, patria, exclamo,
«¡Qué necio quien se aleja, y sacrifica
«En extranjero altar á la fortuna!
«¡Cuán sabio quien su túmulo fabrica
«Al pie del árbol que asombró su cuna!»

CASIMIRO DEL COLLADO.

La Primavera.

Á Margarita del Collado y Gargollo.

Como escarcha en la hierba,
Pasó el invierno en la templada zona.
De témpanos reserva
La rígida corona
Para el volcán do eterno se pregona.

Mas en los valles nunca
Muere todo el verdor: del arroyuelo
Jamás el curso trunca
Grillo de áspero hielo,
Ni el sol en esquivez contrista el cielo.

Del agostado campo
Más de una rosa en la extensión descuella;
Y con vívido lampo,
De larga noche y bella
Recama el manto innumerable estrella.

Natura sin esfuerzo
Avanza aquí, con generosa prisa,
Desde el huraño cierzo
Á la plácida brisa
Que el imperio de Abril cercano avisa.

La que de Marzo al aura
Brotó menuda hierba en la planicie,
Con la lluvia restaura
Lecho donde acaricie
Grato sueño al cansancio ó la molicie.

Ya encorva los frutales
La abundancia, en espera del verano;
Y las galas florales
Que vistió más temprano,
Aún guarda entre sus pomas el manzano.

Por las ramas del arce
La trepante liana se apresura;
Y la orquídea resarce
Con flores en hartura,
El sustento que el tronco le procura.

Pródigas de fragancia,
Las rosas—pompa que devasta Mayo—

Con igual arrogancia
De las albas el rayo,
De las tardes emulan el desmayo.

Aun antes de que rompa
La virginal magnolia su capullo,
Vencido de tal pompa,
Cambia el viento su orgullo
De suplicante amor en manso arrullo.

Óyelo, y la confianza
Pierde el clavel, atado á mimbre pardo;
Mas lega su venganza
Al triunfo, no muy tardo,
De la casta azucena y blanco nardo.

La tierna pasionaria
Del plúmbago ostentoso á la par medra:
La enredadera varia
Con la amorosa yedra
Del muro abraza la insensible piedra:

La diminuta alfombra
Se agrupa junto al noble pensamiento;
Y la viola en la sombra
Busca retraïmiento,
Emblema de modestia y sentimiento.

Mientras valles y montes
Con variedad de plantas reverdecen,
Los limpios horizontes
Dilatarse parecen,
Y con luz renovada resplandecen.

Todo en torno revive
Al penetrarse del calor fecundo.
Al soplo que recibe,
Diríase que el mundo

Más ágil flota en el azul profundo.

Miriadas de zumbantes
Insectos por el aire se deslizan;
Sus falanjes brillantes
Hoja y hierba matizan,
Y en su cáliz las flores los hechizan.

En tanto á la canora
Familia de las aves diligente,
Fruta que apenas dora
Madurez impaciente,
Brinda manjar y gozo juntamente.

En la intrincada rama,
En el aire sereno, entre las flores,
La prolífica llama
De los castos amores
Halla sin fin alumnos y cantores;

Y en eminentes partes,
Con solercia asombrosa construídos,
Sin enseñadas artes,
Del viento remecidos
Penden seguros los amados nidos.

La amable golondrina
Que en el techo de claustro no lejano
—¡hoy mísera rüinal—
Uno y otro verano
Anida sin temor de aviesa mano,

Ágil revolotea
Rozando el terso lago; y en la orilla
Luego alegre aletea,
Remojando la arcilla
De que fabrica la mansión sencilla.

Conózcola en el claro

Collar que pinta su gentil garganta,
En el gorjeo raro
Con que á la aurora canta,
Y en que á todas en Marzo se adelanta.

Mies de trigo amarillo,
Del hórreo gozo próximo, se junta
Al maíz que con brillo
En el surco despunta
Donde rige el colono arado y yunta.

En la iglesia lejana
El cántico de humilde rogativa,
Al par de la campana,
Resuena; y la votiva
Procesión, del labriego la fe aviva.

¡Oh estación apacible,
Mocedad de natura y su delicia,
De que el alma sensible
Con ávida codicia
El recuerdo balsámico acaricia!

¿Qué falta á tus primores
Sino el durar?... ¡Y no que tu fortuna
Estío en sus ardores
Tal devora, que aduna—
Bárbara ley—tu féretro y tu cuna!

Fué así mi edad florida;
Mas sin dejar en término cercano
Mi esperanza cumplida,
Como la tuya ufano
Realiza en dignos frutos el verano.

Al deleite se arroja
Necia la juventud: viento bravío
De flores la despoja;

Y en su follaje umbrío
Busca, y no halla provechos el estío.

Estéril el otoño
Llega, y en pos más árido el invierno.
Empero, ¿otro retoño
Darános Abril tierno?...
¡La nueva primavera está en lo eterno!

¡Feliz quien de la hormiga
Imitando las útiles labores,
Atesorar consiga
Frutos, no vanas flores,
Con que afrontar de Enero los rigores!

¡Beato el que se aleja
De las flores de Abril que el deleite abre;
Y cual próvida abeja,
Con las que el juicio entreabre
Panal de ciencia y de virtud se labre!

Tú que del alma mía
Eres íntimo afán, ansia primera,
Á quien prudente guía
Materna consejera
Por los pensiles de la edad ligera,

Atenta sigue el blando
Eco y ejemplo de la madre amada;
Y en virtudes medrando,
Y en buen saber lograda,
Hazte á la seria edad aparejada.

No cual otras mujeres,
Soñando eterno este vernal follaje,
Á fútiles placeres
Tributes vasallaje,
Al nuevo afeite ó al soberbio traje.

Así flor duradera
Sobre robusto vástago eminente,
Será tu primavera;
Y en el cáncer ardiente
El fiero sol respetará tu frente.

Y yo desde mi ocaso—
Región de melancólica ternura –
Con júbilo no escaso
Veré cuánta ventura
La rubia aurora de tu abril augura.

CASIMIRO DEL COLLADO.

El fuego divino.

De la increada fuente
En copioso raudal brotaste pura,
Alma luz refulgente;
Entonces con ternura
Latió fecundo el seno de natura.

Como la casta esposa
En medio de su dulce primavera,
Si en la entraña amorosa
La agitación primera
Del fruto ansiado de su amor sintiera.

Tú eres la luz, la vida,
La inteligencia, el fuego, el movimiento;
Tú la llama escondida
Que da al sol alimento,

Y armonioso vigor al firmamento.

Hijas de tus amores
La hermosura vernal del bosque umbrío,
Y la copia de flores
Que en el ardiente estío
El cáliz abre al líquido rocío.

Con vivífico aliento
Virtud prestaste á la materia inerte,
La fuerza y movimiento,
Que en sus átomos vierte
Al sacarlos del seno de la muerte.

Y la forma elevada
Misteriosa del hombre creaste luego;
Á su mente sagrada
Diste noble sosiego,
Á sus ojos el brillo de tu fuego.

Levantaste su frente,
Hermoso asiento de tu lumbre viva,
Hacia el cielo eminente,
Do á su mirada altiva
Ni de tu sér la oscuridad se esquiva.

Cuanto existe en la tierra,
De oro y fango, de bálsamo y veneno,
Cuanta virtud encierra
En su fecundo seno
El éter infinito, de astros lleno,

Diste con armonía,
Breve mundo, del hombre á la existencia;
Como en oriente el día,
Brotó la inteligencia,
De su completo sér oculta esencia.

La pompa de los mundos

Todo sér, toda vida en ella vive;
Los ámbitos profundos
Del cielo en sí recibe,
Y de su inmensidad los circunscribe.

Su perfume derrama
La flor, el ave canta, el mar resuena;
Cuanto aborrece y ama,
Todo deleite y pena
Está en el alma, y los espacios llena.

Su luz el astro envía,
Y tarda siglos en cumplir su anhelo;
No acaba su porfía,
No hiere el mortal velo,
Mas en el alma está como en el cielo.

¿Qué habrá que satisfaga
Al sér amante en la creación entera?
¿De qué beldad se paga,
Si por alta manera
Todo en el alma está como en su esfera?

¿Á qué este amor intenso?
Qué ignoto sér la voluntad adora?
¿Dónde el objeto inmenso,
La fuerza vencedora
Que domine el amor que la devora?

¿Qué bondad, qué hermosura
Hay en el mundo, que gozar no pueda?
Qué gloria, qué ventura,
Donde se aquiete y ceda?
Ni ¿qué grandeza que á la suya exceda?

El alma es consonancia
De todo lo creado, y sus amores
Son la luz, la fragancia

De estrellas y de flores.
¿Quién detiene perfumes y fulgores?

¿Dónde se posa y calma
El corazón, buscando su destino?
¿Dó está la paz del alma?
¿Dónde el centro divino
Que suspenda su curso peregrino?

La bien templada lira
De cada cuerda exhala melodiosa
Distinto són, y admira
De la máquina hermosa,
Dando el conjunto música armoniosa.

Enemigas y fieras
Potencias une á un mismo fin el hado;
Así de las esferas
El giro arrebatado
Da un concierto sublime y alternado.

La inmortal y sonora
De celeste virtud máquina ardiente,
Que magnífica mora,
Cual antorcha esplendente,
En el sagrado templo de la frente,

Ya no más confundida
Con la materia se verá; ya dura
Eternamente unida;
Ya tan sólo procura
Volar al foco de su lumbre pura.

JUAN VALERA.

A Gláfira, de dominó negro.

Preste el amor su idea
Al pensamiento, que en tu busca gira.
Quiero que el alma crea
Que eres tú la beldad por quien delira.
Al través de la máscara vi un cielo:
Vi la sonrisa con que tú sonríes;
Néctar y aroma, en cáliz de rubíes,
Brindabas á mi anhelo.
Eras, Glácira, tú. Vi tu mirada,
Que deleites augura.
Por el deseo el alma iluminada,
Descubrió tu recóndita hermosura.
De tu voz el encanto
Hirió mi pecho con tu voz fingida;
Sentí en todo mi sér, sentí un quebranto,
Inefable y más dulce que la vida.
Bajo el guante miré tu linda mano,
Digna de acariciar los querubines,
Formada, cual prodigio soberano,
De nácar, rosas, lirios y jazmines.

Ese espíritu leve,
Que por tus venas rápido se agita,
Y colora de púrpura la nieve,
Entró en mi pecho, que de amor palpita;
Espíritu sutil, que amor derrama
De la tierra en el seno,
Y la cubre de flores, las estrellas
Con mayor luz inflama
En el éter sereno,
Al aire da las mariposas bellas,
Los perfumes süaves,

El canto de los silfos y las aves.
Así renacen en el alma mía
Juventud y poesía.
Como maná del cielo, tus amores
Han de saber á cuanto el alma quiera;
Filtro genial, esencia de mil flores
Darán al alma, en verde primavera.
Si tú me amases, Gláfira, no hubiera
Dicha igual á mi dicha. Sólo un beso,
Un beso sólo de tus frescos labios
Puede llevar el alma al paraíso,
Darle en un punto, y con mayor exceso,
Cuantas la mente de amorosos sabios
Fingir delicias en el cielo quiso.
Nadie cual tú comprende
La inquietud de mi amor y devaneo:
De tus hermosos ojos se desprende
La luz do vive eterno mi deseo;
Mágica luz, do veo,
Cuando el color de la esperanza toma,
Musas, Gracias divinas,
Y huríes oji-negras de Mahoma
Con las peris danzar y las ondinas.
En tu blando regazo
Tal deliquio mi espíritu gozara,
Gláfira, si tu amor me concedieras,
Que, unido al tuyo por estrecho lazo,
Ver la luz del Tabor imaginara,
Y la música oír de las esferas.

¡Ay! temo que no quieras
Lograr conmigo el singular contento
Que amor promete á quien de amores sabe;
Mas en tu egregio y claro entendimiento
Entendimiento del amor bien cabe;

Y espero que perdones,
Ya que no les des vida,
Estas enamoradas ilusiones,
Que me tienen el alma derretida.

JUAN VALERA.

Sueños.

Mucho corre la luz, y el pensamiento,
Aunque se junte á la palabra, vuela,
Y sendas de metal sigue sumiso,
Tan rápido cual cruza por el alma.
Va, con todo, más rápido el deseo:
Se pierde en lo infinito, y sólo busca
En insondable eternidad reposo.

Atrevida la humana inteligencia
Triunfa del mundo, y los hermosos genios,
Que en el fuego y la luz viven ocultos,
Obrando allí maravillosas obras,
Las ninfas de las aguas y los silfos,
Y los fieros espíritus del Orco
Oyen su voz y cumplen su mandato.
Pero amor logra más, á más se atreve,
Y combate con Dios, y de Dios triunfa.
¡Dichoso aquel que enamorado gime!
Amor, amor le llevará hasta el cielo.

¡Dichas soñé! Las Náyades estaban
Prisioneras del rígido Vulcano,

Y anhelando romper su cárcel dura,
La llevaban veloz sobre las aguas,
Y yo en la cumbre caminando iba;
Luego el Amor me levantó impaciente,
Abrió sus alas, y voló, y salvando
Muchas tierras y mares, en presencia
Me puso de la hermosa á quien adoro.
Un siglo hacía que á su tersa frente
No tocaban mis labios ni á su boca.
Al fin su voz, su aliento, hasta su vida,
Y el brillo de sus ojos, y el encanto
De sus dulces palabras penetraban
En mi pecho otra vez por los sentidos.

¡Cuántos extremos de cariño entonces
Hice al verla de nuevo, tan divina
Como su imagen, que en el alma guardo!
¡Ay! Más que nunca enamorada ella,
Me estrechaba también contra su seno,
Y de él salían misteriosas llamas,
Consumiendo del alma las escorias,
Y dejándola limpia como el oro.
Mayor felicidad no tuve nunca,
Ni más dolor que al despertar del sueño.

Me encontré, al despertar, en las remotas
Playas de Nicteroy, do calienta
El sol la tierra con fecundos rayos,
Y brotan flores odorantes, ricas,
Y gigantescos árboles pomposos
De perenne verdura; do los montes
Asemejan titanes fulminados
En el momento de escalar las nubes,
Y las islas flotantes paraísos,
Y el mar su claro espejo. Aquí la vida

Rompe, como los ríos, caudalosa
Por los abiertos poros de la tierra,
Y en el aire sereno se dilata:
Oro y diamantes en las rocas cría
Su plástica virtud. Aquí la sangre
Hierve con el calor en nuestras venas.

Era el silencio de la negra noche,
Y yo lloraba mi ilusión perdida,
Y de mi triste llanto se burlaban
Los tibios rayos de la luna, el aura
Efervesciente en chispas vividoras,
Y las antes recónditas estrellas,
Del hemisferio austral lúcido ornato,
Cuyo fulgor vió Dante sobre el rostro
De quien sin libertad no quiso vida.

Avergonzado yo del llanto mío,
Escondí la cabeza entre las ropas,
Y entonces sentí pasos en mi estancia,
Como los pasos de persona muerta,
Que abandona el sepulcro, ya perdida
La costumbre de andar y de moverse.
Conocí, sin embargo, que era ella,
Mas no la vi, ni á verla me atrevía.
Llegóse junto á mí, y en las espaldas
Una mano me puso helada y seca,
Y yo temblé con espantoso frío:
Y pensé que rodaban por el aire,
Y que andaban después sobre mi cama
Multitud de gusanos bulliciosos.
No dijo la visión palabra alguna,
Pero su mano penetraba dentro
De mis entrañas, cual puñal agudo.

Ello es que siento aún en lo más hondo
Del corazón horrible desconsuelo
Y un peso atroz, como si allí llevara
Sepultados mi amor y su cadáver.

JUAN VALERA.

Río-Janeiro, 1851.

Fábula de Euforión.

De un manso arroyo en la risueña orilla,
Que en los valles de Arcadia serpentea,
Cuando la aurora majestuosa brilla,
Plácido nuncio de la luz febea;

Entre las rosas que en el prado ameno
Hizo nacer la primavera ufana,
Henchido el cáliz de su crespo seno
De las perlas que vierte la mañana;

Al dulce arrullo de las claras linfas,
Que salpican de aljófares las flores,
Un coro alegre de gallardas ninfas
Danzan y entonan cánticos de amores.

Una ninfa.

En las alas sutiles del aura
El olor de las flores difundo;
Con el aura veloz me confundo,
Coronada de rayos del sol.
De mis pechos el germen dimana

Que fecunda la mágica flora,
El carmín de la rosa colora
Mis mejillas con limpio arrebol.

La palabra estremece mi seno,
En él nace y se extiende el sonido;
Para herir misterioso el oído
Inefable potencia le di.
Por mí braman los mares, retumba
Hondo el eco, la tórtola gime;
El cantar de las Musas sublime
Se extinguiera en los labios sin mí.

Cuando siento oprimidas las alas
De armonía, colores y aromas,
Á favor de dos bellas palomas
Me remonto en el aura fugaz;
Y cual Venus en carro de nácar
Va cortando las frescas espumas,
Sobre un lecho de flores y plumas
Por los aires me dejo llevar.

Á mi vista en los valles trasciende
Un aroma de nardos süaves,
En los bosques floridos las aves
Dulces trinos exhalan al par;
Y á mis besos de amor delicados
Salta y bulle la fuente sonora,
Y derrama en mi seno la aurora
Ramilletes de blanco azahar.

Coro de ninfas.

El aura leve
Da, deliciosa,
Blanda frescura;
Y cuando mueve

La linda rosa,
Fragancia pura.

Una ninfa.

Escarchando de plata y aljófar
Las mil grutas de pórfido hechas,
En menudos diamantes deshechas,
Claras fuentes anhelan surtir;
Y del agua al tranquilo murmullo,
Yo me duermo en sus frescos cristales,
Me sumerjo en los puros raudales,
Y en su centro me agrada vivir.

Soy la reina del agua, y desnuda
En alcázar recóndito asisto,
Mas tal vez de la niebla me visto,
Y á los cielos me lleva el amor;
En el prado acaricio las flores,
Á la tierra prodigo mis bienes,
La diadema que ciñe mis sienes
Pinta el iris de vario color.

Coro de ninfas.

Ya se dilata
De los alcores
Al prado ameno,
Cinta de plata,
Y abren las flores
Sediento el seno.

Una ninfa.

Yo coloro la tierra y el cielo,
Yo de púrpura tiño la rosa;

La enramada que se alza orgullosa
Bordo yo de diverso matiz.
Me arrebatan mis tintas brillantes,
Para ornarse, la roja amapola,
La fragante y oculta viola,
El agreste encendido carmín.

Yo, impalpable, al través de las rocas
Me sumerjo en profundas cavernas,
Donde obrando mis fuerzas eternas,
Hijas santas del sol inmortal,
Edifico palacios hermosos,
Amasados de oro y diamantes,
Donde bull en en fuentes sonantes
Mil torrentes de hilado cristal.

Coro de ninfas.

El ave trina,
La flor se ufana
Y el arroyuelo;
Ya la mañana
De luz divina
Reviste el cielo.

Una ninfa.

Con un filtro de amor y de vida
Se amamanta á mis pechos natura;
Yo le doy abundancia y ventura
En arroyos de leche y de miel.
Las mil flores que cubren el prado
En mi seno ternísimo crío,
Y reciben del dulce amor mío
Con mi aliento vivífico el sér.

En sus pétalos frescos y olientes
En espíritu leve resido;
Yo sus castos amores presido
Y en sus tallos me agito fugaz;
Del estambre los polvos de oro
Al pistilo transporto fecundo:
Del embate del viento iracundo
Las liberta mi blanco cendal.

Coro de ninfas.

La dulce primavera
Esmalta la pradera
De delicadas flores;
La avecilla canora
Saluda la venida de la aurora
En no aprendidos cánticos de amores.

Cantaron, y mostró la vida arcana
Amor del mundo, y su belleza suma
Brotó del aire y de la tierra ufana,
Como Venus del éter y la espuma.

Semejaba que el cáliz de las flores
Un corazón y un alma contenía,
Y dentro de los pinos cimbradores
Un invisible espíritu vivía.

Mas de pronto relámpago rojizo
Se difundió por la pradera hermosa,
Y una nube, que al viento se deshizo,
Dejó patente una funesta diosa.

En su diestra una antorcha sostenía;
Su frente audaz, de tempestades llena,
Con ominoso resplandor lucía
Al través de la rígida melena.

Suspendió, al verla, el risueñor sus trinos,
Se detuvieron las corrientes linfas,
Y cesando en sus cánticos divinos,
Así dijeron las gallardas ninfas.

Coro de ninfas.

Diosa fatal del desaliento,
Diosa cruel, huye de aquí,
Y no emponzoñes con tu aliento
Nuestra alegría juvenil.

Tu cabellera está sembrada
De fieras sierpes espantosas,
De tus miradas cavernosas
Vivo relámpago brotó.
Se derramó por nuestras almas
De tus palabras el veneno,
Y tu profundo y negro seno
Gozo fatídico agitó.

No vengas más con tus horrores
Nuestra alegría á perturbar;
En la estación de los amores
Huye de aquí, diosa infernal.

Forquias.

No tembléis ¡oh ninfas! al són de mi voz poderosa,
Ni al tétrico rayo que lanzan mis ojos ardientes,
Ni al triste suspiro que arroja mi cóncavo pecho.
Soy nuncio infelice de sucesos de dulce ventura,
Que la diosa bella, que extiende el arco celeste,
Formado de vívidas tintas y mágica lumbre,
Debiera deciros saliendo del hondo Oceano.
Helena y su amante son padres de un hijo sublime:

Apenas nacido, anhela subir al Olimpo,
Y el espacio todo no puede saciar su deseo.
Fantástico vuela, de los montes soberbios la cumbre
Ligero traspasa, y en su frente inspirada relucen
La luz del aurora y el fuego del alma divina.
Miradle, que viene salvando las crestas erguidas,
La lira acordada en las manos, el lauro en la frente.

Euforión.

Dejadme del alma romper las endebles cadenas,
Alzarme á los cielos, en su lumbre clavar la mirada.

Las ninfas.

Fogoso te lanzas en alas del rápido viento,
Los negros cabellos en rizos flotando esparcidos,
Y la frente hermosa ceñida de fúlgidos rayos.
Del manto de púrpura tiria las áureas orlas,
Del sol que refleja luciente al mágico brillo,
De fuego celeste parecen ¡poeta! formadas.
Los dulces sonidos de tu lira de cándido nácar
El alma deleitan y la entregan á místicos sueños;
Mas no, no á los cielos te eleves, cual Ícaro un día,
Que al sol derretidas, cayeron las débiles alas,
Y el mar agitado le cubrió con sus ondas fugaces.

Euforión.

Dejadme del alma romper las endebles cadenas,
Alzarme á los cielos, en su lumbre clavar la mirada.

Movido de un esfuerzo misterioso,
Al raudal semejante, que rompiendo
Los fuertes diques, brama impetüoso
Con estrépito horrendo,
Euforïón ardiente,

Abandonando el maternal regazo,
Se lanza de la vida en la corriente,
Y con el fuerte brazo
Sosteniendo la lira,
En sed de gloria y libertad suspira.
Hasta que cumpla su fatal destino
No encontrará placer ni tendrá calma;
Un incendio divino
Arde en su frente y le consume el alma.
Anhela ver la ligadura rota
Que en el suelo retiene su existencia;
La voz del huracán, que el monte azota,
No ensordece la voz de su conciencia;
Conciencia de su propio poderío,
Que hasta el cielo levanta el pensamiento,
Y con esfuerzo impío
En el trono de Dios busca su asiento.

¿Dónde vas? ¿Dónde vas? Tal vez guiado
Por la inflexible mano de la suerte,
Encontrarás la muerte
Sin cumplir la misión que has empezado.
Detén ¡Euforïón! detén el vuelo,
Muéstrate al mundo, alcanza la victoria,
En ti la humanidad cifre su gloria,
Por ti recuerde ser hija del cielo.
Del martirio la fúlgida aureola
En tu pálida frente
Melancólica brilla.
Ora rompiendo la espumante ola
De la mar encrespada, ya la ardiente
Obscura tempestad, y sin mancilla
Las orlas de tu manto,
Que no ajó el soplo de la tierra impura,
Aún resplandeces con celeste encanto,

Inundado de luz y de hermosura.
Las ninfas, al mirar tu gentileza,
Con entusiasmo férvido te adoran;
Sus pechos arden con fatal terneza,
Y en dulces cantos tu favor imploran.

Coro de ninfas.

Hijo sublime de la hermosa Helena,
Amor de Jove, de los hombres gloria,
Oye, poeta, de las ninfas oye
Místico himno.
Tú que del cielo á la región suprema
Quieres alzarte sobre el éter puro,
Del dios que agita tu inspirado seno
Émulo eres.
Homero canta, y á su voz el eco
Repite el nombre del rapaz divino
Hijo de Maya y del Saturnio; suena
Claro su nombre.
Llena los bosques de Celene, llena
Las verdes grutas de terror, y cumple
Amor en ellas, con la ninfa y Jove,
Dulce misterio.
Nace la aurora, y de la linda virgen
Nace en la aurora bienhadado fruto,
Al medio día el venturoso halla
Cítara y gloria.
Forma la lira de carey bruñido,
Retuerce y fija las tendidas cuerdas,
Danle los astros del errante coro
Número y norma.
Las cuerdas pulsa con la diestra mano,
De la garganta cánticos exhala:
Vuela el mancebo, y atrevido, hermoso,

Sube al Olimpo.
Las diosas todas, del amor heridas,
La frente besan del augusto infante,
Blandas le ofrecen el eterno seno,
Gratas le acogen.
Mas sólo el pecho que resiste altivo
El rudo beso de la ardiente boca,
Su amor provoca, y de vencerle siente
Alto deseo.
Y gira, y pasa con volubles ansias
Ora al regazo de Chiprina bella,
Ya á la doncella que le sirve á Jove
Néctar süave:
Ya de Dïana las gallardas ninfas
Sigue veloce por el ancho prado,
Ya enamorado de Minerva misma,
Himnos entona.
Los inmortales con deleite y pasmo
Su audacia notan, su precoz ingenio,
Los que derrama la inaudita lira
Mágicos sones;
Mas á deshora singular tumulto
Doquier se escucha en la eternal morada,
Y trastornando la divina pompa,
Rápido crece.
Venus se queja de que el áureo cinto
Hermes le roba, do las gracias viven;
Bistonio Marte le demanda el sacro
Límpido acero.
Busca Neptuno su tridente, buscan
Amor las flechas y el laurel Apolo;
Júpiter sólo los trisulcos rayos
Y égida guarda.
Del labio intonso con gentil sonrisa
Hermes divino burla sus furores:

Guerra y amores sin cesar cantando,
Huye ligero.
En el regazo de las doctas Musas
Logra ampararse, y el alegre niño,
De su cariño delicada muestra,
Dales la lira.

De la elevada cresta se desprende,
Al escuchar Euforïón el canto;
De risco en risco rápido desciende,
Y exhala el alma celestial encanto.

Llega á las ninfas con amante anhelo,
Embriagado de amor y de osadía,
Y olvida un punto la región del cielo,
La sed de gloria que en su pecho ardía.

Bello como la luz de la mañana,
Las ninfas al mirarle se embelesan,
Y sus mejillas de jazmín y grana
Con tierno afán enamoradas besan.

Y en tanto mueve la ligera planta
Euforïón, y de pasión delira,
Ó nobles versos extasiado canta
Al grato són de la acordada lira.

Euforión.

Del Orco profundísimo
Subió mi madre amada,
Al conjuro evocada
Del sabio encantador;
Su frente tersa y cándida
Con el rubor lucía,
Su labio despedía
Mil suspiros de amor.

Entre los brazos mágicos
De Fausto enamorado
Miróse aprisionado
Su tierno corazón;
Y de este enlace místico
De ciencia y hermosura,
Es símbolo, es figura,
Es hijo Euforión.

Á la región etérea
Dejadme, pues, que vuele,
Y de Mercurio anhele
La alta gloria alcanzar.
Vagar quiero del céfiro
En las alas ligeras,
De las tormentas fieras
En el negro cendal.

Forquias.

Si tu entusiasmo y tu brío
Pueden darte una corona,
La violencia de tu alma,
El fuego que te devora,
De tu corazón las flores
Sin fruto secan y agostan,
Y á tu esperanza infinita
Dan infinita congoja.
La violencia y el poder
Mucho alcanzan, mucho logran;
Con cadenas de diamantes
Por ellas gimió, en la roca
Atado, el Titán; por ellos
Bajo el Pelïón y el Osa,
Y bajo el Etna convulso

Los hijos del cielo lloran.
Pero más puede la astucia,
Milagros mayores obra,
Y la pertinacia trepa
Do el genio no se remonta.
Mientras sobre duro yunque,
Allá en Lemnos cavernosa
El martillo de los Cíclopes
Inútiles rayos forja,
Dragón ingente, Tifeo,
Á Júpiter aprisiona,
Y con su cuerpo le ciñe
Y con su fuerza le ahoga.
Al dragón Hermes entonces,
Con astucia portentosa,
Sus mil enigmas declara
Y la pujanza le roba;
Á Júpiter libra, al monstruo
En los abismos arroja.

Las ninfas.

¡Euforión! no remontes el vuelo
De tu genio en las alas hermosas,
Que tejiendo guirnaldas de rosas,
Ceñiremos nosotras tu sien.
Del arroyo las diáfanas ondas
Te adormecen con blando murmullo,
De la tórtola amante el arrullo
Te enajena de amores también.

Aquí el cielo estrellado y sereno
Muestra siempre su fúlgida lumbre,
Y en su eterna y altísima cumbre
Claros brillan la luna y el sol.
Aquí crecen las flores lozanas

Y la vid, de racimos vestida;
Cuanto aquí tiene sér tiene vida,
Y enamora y suspira de amor.

Deja, deja tu empeño terrible,
De las ninfas corona la danza,
El que pinta falaz esperanza
Rico engaño no sigas veloz.
Con amor y placer te brindamos,
Deseamos ceñirte en los brazos,
Y con lánguidos tiernos abrazos
Disipar tu funesto fervor.

Euforión.

Yo no puedo quedarme en la tierra;
Desechad, desechad los amores,
No ciñáis con guirnaldas de flores
Al que en su corazón lleva la guerra,
Y sólo quiere gloria y libertad.

Pero antes vendréis á mis brazos;
Yo seré el cazador que hace alarde
De la presa que cae en sus lazos,
Y vosotras la víctima cobarde
Que ni halagar podrá mi vaninad.

Así diciendo, Euforïón avanza;
Y de impaciencia el corazón palpita;
Como el deseo sigue á la esperanza,
De las ninfas en pos se precipita.

Ya de una besa la desnuda espalda,
Ó el blanco lino que sus formas vela,
Ora de aquélla la flotante falda,
Que al movimiento de la danza vuela.

Pero las ninfas burlan su locura,

Pues convertidas en brillante llama,
De sus brazos escapan con presura,
Después que el alma de pasión se inflama.

Euforïón pregunta entusiasmado:
«¿Qué tierra es esta de prodigio tanto?»
Y el coro de las ninfas acordado
Así responde con solemne canto:

Las ninfas.

Esta es la noble patria de los helenos bélicos;
Aquí la ciencia tuvo un templo y un altar.
El canto de las Musas, en alas de los céfiros,
Se esparció por la tierra cual mágico raudal.
De la sabia Minerva maravillosa fábrica,
¿Cómo se ha destruído, Atenas, tu poder?
¿Dónde están tus Arístides de virtudes magnánimas?

Forquias.

Brillando entre las sombras de lo que entonces fué.

Las ninfas.

Tu fama eterna anuncian altivas las Termópilas,
De Maratón los campos, de Salamina el mar;
El valor de Temístocles, la gloria de Pelópidas,
Y la voz de Demóstenes, gritando libertad.
¿En dónde están tus héroes? Para humillar el bárbaro
¿Por qué no rompe Aquiles el reino de Plutón?
¿Dónde están sus soldados de corazón impávido?

Forquias.

El canto del poeta tan sólo los guardó.

Las ninfas.

¿Por qué de los muslimes los palacios magníficos
Insultan la miseria del hijo de Pelop?
¿Por qué, al són de la trompa, de su sueño pacífico
La gloria de sus padres á nadie despertó?
¿Por qué del alto Píndaro la melodiosa cítara
En los juegos olímpicos no más resonará,
Ni de Tirteo el cántico entre la danza pírrica?

Forquias.

Porque esos tiempos, ninfas, no volverán jamás.

Euforión.

No. Las cenizas de la patria mía
En su centro conservan todavía
El santo fuego ardiente
Que iluminó la mente
De los excelsos héroes animosos.
Para romper la bárbara coyunda
Que los fieros tiranos orgullosos
Á su cuello ciñeron,
La Grecia toda se alzará iracunda,
Y de los que en un tiempo grandes fueron,
Al escuchar de libertad el grito
Y el són agudo de guerrera trompa,
No faltará quien del sepulcro rompa
La honda prisión, y de la cuenca obscura
Do brilló su mirada
Lágrimas derramando de ternura,
Por hijos reconozca á los que vuelvan
Rojos de sangre de la lid sagrada,

Con el broquel sonoro
En el robusto brazo armipotente,
Ó en él tendidos con marcial decoro,
Ciñendo el lauro la dormida frente.

Súbito entonces se escuchó el sonido
De la trompa, y el aire sacudiendo,
Se esparció el ronco estruendo
Del tronante cañón y el alarido
De los fuertes guerreros; los corceles
Relinchan á lo lejos en el llano.
En ademán ufano
Los héroes marchan á alcanzar laureles,
Sus pechos laten de entusiasmo santo,
El atambor retumba,
Y el viento rasga el belicoso canto
Que amenaza al tirano con la tumba.

Coro de guerreros.

Despertad del letargo, descendientes
De nuestros héroes; acudid, la espada
En la certera mano relumbrando,
De lauros esplendentes
La frente coronada
Himnos de gloria y libertad cantando.
¿Temeréis al tirano, envanecido
Por el grande poder de sus legiones?
Un tiempo, de la cumbre que domina
El mar de Salamina,
Un rey miró, de presunción henchido,
Soldados y bajeles á millones;
Su cetro omnipotente los regía,
Y al despuntar en el oriente el día
Eran fuertes y en número infinito;

Y los llamó á la tarde, y triste y rudo
El eco sólo responderle pudo.
¿Dónde estaban entonces los famosos
Que amenazaban dominar la tierra,
Y á Júpiter pensaron mover guerra?
¿Dónde los que azotaron orgullosos
Del hondo mar los lomos encrespados?
¿Dónde? Como trofeo de victoria,
En el profundo abismo sepultados,
Del libre griego refulgente gloria.

Euforión.

Marchemos á la lid, el grito santo
De libertad en rededor se escucha.
Los tiranos en tanto
Aguardan con terror la fiera lucha.
Grito de libertad el aire llena,
En las viejas Termópilas resuena,
Por el extenso Egeo se dilata;
Con encanto ominoso
La selva de Dodona se conmueve,
Y Olimpo nemoroso,
Mirando que la Grecia se despierta,
Estremece su cúspide, cubierta
De sempiterna endurecida nieve.

Las ninfas.

¡Oh joven peregrino!
No vueles á la lid precipitado;
Para ceñirte del laurel divino
Basta que escuche el mundo tu sagrado
Plectro süave y mágica armonía.
Pulsa, joven, la cítara y derrama

Torrentes de poesía
Del corazón, que el entusiasmo inflama.
Nosotras cogeremos
En las florestas bellas y olorosas
Cándidos lirios y encendidas rosas
Con que guirnaldas mil te ceñiremos.

No cede Euforïón; su inmenso anhelo
Debe llevarle al cielo.
Ya entre las nubes gira,
La flamígera espada
En la derecha mano levantada,
Y en la izquierda la lira.
Mas ¡ay! que al raudo empuje
De la ronca tormenta,
Que en el momento atronadora ruge,
Y en estampido horrísono revienta,
Marchitas ya sus juveniles galas,
Euforïón cayó, rotas las alas.
Lastimeros gemidos
Los pechos de las vírgenes lanzaron,
Y de dolor transidos,
Los árboles y fuentes suspiraron.
La tempestad impía
Hundió en el mar la destructora planta.
Luego un grito de súbita alegría
Hasta el éter sereno se levanta.

Una voz.

Ninfas, mirad á Euforïón profundo,
Riquísimo de gloria:
Ya, cantando victoria,
Estremece los ámbitos del mundo.

De vosotras se aleja,
Rompiendo el éter en dorada nube;
Para memoria, por el suelo os deja
Cítara y manto, y al empíreo sube.

Las vírgenes entonces, conmovidas,
La forma terrenal abandonaron,
Y sus voces süaves se escucharon
Entre los elementos confundidas.

Himno.

Á los cielos te elevas,
Y luz más viva das á la mañana:
Con vestiduras nuevas
La tierra se engalana;
De haberte dado el sér toda se ufana.

Nosotras de su seno
Hicimos dimanar la fuente pura,
El ancho mar sereno,
La vida y la frescura,
La copia de las flores y hermosura.

Le pusimos en torno
La atmósfera, cual velo transparente
Y virginal adorno.
El espíritu ardiente
Nació de oculta y elevada fuente.

Una ráfaga hermosa
¡Oh Dios! de tu sublime pensamiento,
Purísima y gloriosa,
Bajó del firmamento.
Y en el pecho del hombre tomó asiento.

Y tú, que, desatado
De la materia, remontaste el vuelo,
Poeta entusiasmado,
Á la región del cielo,
Cumple por fin tu misterioso anhelo.

Levanta tu existencia
Hasta el inmenso sér que el mundo adora,
Y tu sér su potencia
Ensalce creadora,
Mientras gira la máquina sonora.

JUAN VALERA.

A Damián Menéndez Rayón

Y á Francisco Giner de los Ríos.

No arrojará cobarde el limpio acero,
Mientras oiga el clarín de la pelea,
Soldado que su honor conserve entero;
Ni del piloto el ánimo flaquea
Porque rayos alumbren su camino
Y el golfo inmenso alborotarse vea.
¡Siempre luchar!... del hombre es el destino;
Y al que impávido lucha, con fe ardiente,
Le da la gloria su laurel divino.
Por sosiego suspira eternamente;
Pero ¿dónde se oculta, donde mana
De esta sed inmortal la ansiada fuente?...

En el profundo valle, que se ufana
Cuando del año la estación florida
Lo viste de verdura y luz temprana;
En las cumbres salvajes, donde anida
El águila que pone junto al cielo
Su mansión de huracanes combatida,
El límite no encuentra de su anhelo;
Ni porque esclava suya haga la suerte
Tras íntima inquietud y estéril duelo;
Aquel sólo el varón dichoso y fuerte
Será, que viva en paz con su conciencia
Hasta el sueño apacible de la muerte.
¿Qué sirve el esplendor, qué la opulencia,
La oscuridad, ni holgada medianía,
Si á sufrir el delito nos sentencia?
Choza del campesino, humilde y fría,
Alcázar de los reyes, corpulento,
Cuya altitud al monte desafía,
Bien sé yo que, invisible como el viento,
Huésped que el alma hiela, se ha sentado
De vuestro hogar al pie el remordimiento.
¿Qué fué del corso altivo, no domado
Hasta asomar de España en las fronteras
Cual cometa del cielo desgajado?
El poder que le dieron sus banderas
Con asombro y terror de las naciones
¿Colmó sus esperanzas lisonjeras?....
Cayó; y entre los bárbaros peñones
De su destierro, en las nocturnas horas
Le acosaron fatídicas visiones:
Y diéronle tristeza las auroras,
Y en el manso murmullo de la brisa
Voces oyó gemir acusadoras.
Más conforme recibe y más sumisa
La voluntad de Dios, el alma bella

Que abrojos siempre, lacerada pisa.
  Francisco, así pasar vimos aquella
Que te arrulló en sus brazos maternales,
Y hoy, vestida de luz, los astros huella;
  Que al tocar del sepulcro los umbrales,
Bañó su dulce faz con dulce rayo
La alborada de goces inmortales.
  Y así, Damián, en el risueño Mayo
De una vida sin mancha, como arbusto
Que el aquilón derriba en el Moncayo,
  Pasó también tu hermano, y la del justo
Severa majestad brilló en su frente,
De una alma religiosa templo augusto.
  Huya de las ciudades el que intente
Esquivar la batalla de la vida
Y en el ocio perderla muellemente;
  Que á la virtud el riesgo no intimida;
Cuando náufragos hay, los ojos cierra
Y se lanza á la mar embravecida.
  Avaro miserable es el que encierra
La fecunda semilla en el granero,
Cuando larga escasez llora la tierra.
  Compadecer la desventura quiero
Del que, por no mirar la abierta llaga,
De su limosna priva al pordiosero.
  Ebrio y alegre y victorioso vaga
El vicio por el mundo cortesano;
Su canto de sirena ¿á quién no embriaga?
  Los que dones reciben de su mano
Himnos alzan de júbilo, y de flores
Rinden tributo en el altar profano.
  En tanto, de la fiesta á los rumores,
Criaturas sin fin, herido el seno,
Responden con el ¡ay! de sus dolores.
  Mas el hombre de espíritu sereno

Y de conciencia inquebrantable (roca
Donde se estrella, sin mancharla, el cieno)
La horrible sien del ídolo destoca,
Y con acento de anatema inflama
Tal vez en noble ardor la turba loca.
Jinete de experiencia y limpia fama,
Armado va de freno y dura espuela
Donde una voz en abandono clama;
De heröica pasión en alas vuela,
Y en ella clava el acicate agudo
Por acudir al mal que le desvela.
Si un instante el error cegarle pudo,
Los engañosos ímpetus reprime,
Y es su propia razón freno y escudo.
Sin tregua combatir por el que gime;
Defender la justicia y verdad santa,
Llena la mente de ideal sublime;
Caminar hacia el bien con firme planta,
Á la edad consolando que agoniza,
Apóstol de otra edad que se adelanta,
Es empresa que al vulgo escandaliza;
Por loco siempre ó necio fué tenido
Quien lanzas en su prorompe en la liza,
Si á tierna compasión alguien movido
Vió al generoso hidalgo de Cervantes,
¡Cuántos, con risa, viéronle caído!
Acomete á quiméricos gigantes,
De sus delirios prodigiosa hechura,
Y es de niños escarnio y de ignorantes.
Mas él, dándoles cuerpo, se figura
Limpiar de monstruos la afligida tierra,
Y llanto arranca al bueno su locura.
Así debe sufrir en cruda guerra,
(Sin vergonzoso pacto ni sosiego)
Contra el mal que á los débiles aterra,

El que abrasado en el celeste fuego
De inagotable caridad, no atiende
Sólo de su interés el torpe ruego.
Árbol de seco erial, las ramas tiende
Al que rendido llega de fatiga,
Y del sol, cariñoso, le defiende.
Él sabe que sus frutos no prodiga
Heredad que se deja sin cultivo;
Sabe que del sudor brota la espiga,
Como de agua sonora raudal vivo,
Si del trabajo el útil instrumento
Hiende la roca en que durmió cautivo.
¡Oh del bosque anhelado apartamiento,
Cuyos olmos son arpas melodiosas
Cuando sacude su follaje el viento!
¡Oh fresco valle, donde crecen rosas
De perfumado cáliz, y azucenas,
Que liban las abejas codiciosas!
¡Oh soledades de armonías llenas!
En vano me brindáis ocio y amores,
Mientras haya un esclavo entre cadenas.
Que aún pide con sacrílegos clamores
Ver libre á Barrabás la muchedumbre,
Y alzados en la cruz los redentores.
Que del sombrío Gólgota en la cumbre,
Regada con la sangre del Cordero
Sublime en humildad y mansedumbre,
Mártires ¡ay! aún suben al madero,
Que ha de ser, convertido en árbol santo,
Patria y hogar del universo entero.
Padecer, es vivir; riego es el llanto.
Á quien la flor del alma, con su esencia,
Debe perpetuo y virginal encanto,
Amigos, bendecid la Providencia
Si mandare á la vuestra ese rocío,

Y nieguen los malvados su clemencia.
¡Qué alegre y qué gentil llega el navío
Al puerto salvador, cuando aún le azota
Con fiera saña el huracán bravío!
Así el justo halla al fin de su derrota
Por el mar de la vida proceloso,
Del claro cielo en la extensión remota
Puerto seguro y eternal reposo.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Elegías.

Al venir la mañana,
La parda alondra
Pasando le decía
Tan tiernas cosas! . . . .
Los ruiseñores,
Al rayo trémulo
De la luna, llamábanla
Flor de los cielos!

—

Del campo lamentaban
La soledad y muerte,
Las desprendidas hojas
Del árbol antes verde;

Con ásperos silbidos
El cierzo de diciembre,
Con su graznar las aves
Con su callar las fuentes.

Valles y sierras altas
Cubríanse de nieve,
Y el día de nublados
Que la tierra oscurecen.

Mas ella aparecía,
Y el aire de repente,
Inflamábase todo
En claridad alegre;

Reverdecía el prado
Bajo su planta breve;
Y oíanse apacibles
Melodías campestres,

Bajando cariñosos
Los árboles la frente,
Cual si besar la suya
Con las ramas quisiesen,
Y esencias regalarla,
Y coronar sus sienes.

—

¡Silencio!... ¿Oísteis?...
Suena en su estancia
Un rumor tenue,
Cual si dos alas
Un invisible
Sér desplegara
Á las acordes
Voces lejanas,
Muy lejanas,
Muy lejanas,
Más que la luna,
Mucho más altas,
Nunca oídas,
Ni soñadas,

Así como ecos
De liras y arpas,
Con que otros niños
La llaman de los cielos
En los abismos.

—

—«¡Cómo tardan estos lirios,
Cómo tardan en dar flor!»
Me decía muchas veces,
Al regar los del balcón.

—«Cuando se abran, serán tuyos»,
Contestábale mi voz;
Y esperando, el angel mío,
Esperando se murió.

Vino mayo ¡ay, no viniera!
Y los lirios del balcón
Su corola azul abrieron
Á los céfiros y al sol.

Y las lágrimas brillaban
Que sobre ellos vertí yo,
Al dejarlos en la tumba
Donde tengo el corazón,

—

Á las doce de la noche,
En la bóveda infinita
Vi centellando un lucero
Entre blancas nubecillas.

El lucero me miraba
Como quien con pena mira;
El rocío iba cayendo
En mudas lágrimas frías.

—

Ya no hay en mi casa,

Ya no hay alegría,
El silencio sólo
Y el dolor la habitan.
  Cuanto en ella veo
Mi tormento aviva,
Porque me recuerda
Que mi gloria es ida.
  ¡Ay! por ella siempre
Creo que suspira
Todo lo que un tiempo
Era su delicia.
  Si un paso se escucha,
Si de una cortina
El aire temblando
Los pliegues agita,
  Sueño que ella viene
Lenta y compasiva,
Siéntase á mi lado
Con melancolía,
  Y son las palabras
De su sombra amiga
Como vibraciones
De celeste lira.
  La ilusión se borra,
Y luego, intranquilas,
Otra vez sollozos,
Sin consuelo envían
  Al turbado viento
Dos almas heridas:
¡Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría!

  ¡Pobre compañero!
¿Buscas las caricias
De la blanca mano

Que alegre lamías?
  No, ya no te peina,
Ni tus lanas riza,
Y andas como loco
Desde el negro día,
  Arriba y abajo,
Abajo y arriba,
Á rastras la cola,
Turbada la vista.
  Si á la puerta llaman,
Ni corres, ni brincas,
Y con sordo aullido
Tu dolor publicas,
  Porque ya no la oyes
Como antes solías.
Y cuando mis ojos
Á *Blancaflor* miran,
  Que á su cariñosa
Voz se sonreía,
Recibiendo de ella
Movimiento y vida,
  Blancaflor ¡qué triste!
¡Triste *Rosalinda*!
Sus ojos de piedra
En los míos fijan,
  Y se abren sus labios,
Y crueles me gritan:
—*¡Ya no hay en tu casa,*
Ya no hay alegría!

  Con el sol de Mayo
Y sus auras tibias,
De verdor se cubren
Prados y colinas;
  La ciudad revive,

Los bosques suspiran,
Despiertan las chozas,
Los nidos palpitan.
Por aquí formaba,
Con malvas y espigas,
Ramos de amapolas
Y de campanillas.
Los revueltos giros
De agua cristalina
Ó una mariposa
Por allá seguía.
Esta acacia fresca
Sombra dió á mi Elisa,
Música esa fuente
Con las avecillas.
¡Cómo estas memorias
De mis muertas dichas,
Al nublar mis ojos
Nublan la paz mía!
Lirios y jazmines
Son para mí ortigas,
Y es el alba noche,
Y la rosa espinas,
Y la voz del ave
Canto de agonía.
Torno á casa y crece,
Crece mi fatiga:
¡Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría!

—

Pasaba yo por las calles,
Pasaba yo por los campos
Con la inocente paloma
Que hoy guarda el sepulcro avaro,

Como si un mundo llevase;
Y el mundo mezquino espacio
Indigno de merecerla,
Parecía á mi amor santo.
Pasaba yo por las calles,
Pasaba yo por los campos
Con espíritu sereno,
Si el cuerpo inútil postrado,
Y el alma colgada siempre
De sus ojos y sus labios;
Y con labios y con ojos
Los que una vez la miraron,
Clamaban:—¡Dios la bendiga!
¡Es de belleza un milagro!—
Niños ciegos, niños mudos,
Que pedís con los ancianos
En las puertas de los templos
Y en caminos solitarios,
No esperéis la hermana vuestra,
No tendáis la hambrienta mano,
No miréis á ver si viene.....
¡La que aquí tantos amaron,
Ya no pasa por las calles,
Ya no pasa por los campos!

—

¡Noche-buena, Noche-buena,
Tú de los pasados tiempos
Eres eco doloroso,
Eres lúgubre recuerdo!
Mas ¿qué es lo que me sucede?...
¿Es ilusión del deseo?...
¡Si oigo su voz! ¡Si mis ojos
Como entonces la están viendo!

Al compás de villancicos
Y rústicos instrumentos,
Mientras la nieve por fuera
Va cayendo, va cayendo;
Ante un Belén, adornado
De flores y césped fresco,
Danza con sus compañeras
Aquel serafín del cielo.
Caminan los reyes magos
Al paso de los camellos;
Montaña abajo caminan,
Van una estrella siguiendo.
La sonrisa del Dios-Niño
Inunda el pesebre estrecho
De resplandores de gloria
Y celestiales acentos.
La Virgen besa su frente,
Y donde toca su beso
Nace una estrella, que brilla
Más que las del firmamento.
Levanta la dócil mula
La cabeza para verlo,
Y los claros ojos vivos
De gozo sáltanle inquietos.
El manso buey muge echado,
Pero es con mugido tierno,
Como el de vaca amorosa
Cuando llama á los becerros,
Ya por sierras, ya por valles,
Y le responden mil ecos.
Su aguda voz alza el gallo;
Por estériles desiertos
Salta la cabra; y se escuchan
El fiel ladrido del perro,
La esquila de los rebaños,

Y el balar de los corderos.
  En las nubes se oyen ángeles;
Y en tierras, mares y cielos,
Nadie duerme, todo canta,
Campos, y olas, y luceros.

  ¡Ay de mí, estaba soñando!
¡Ay de mí, que ahora despierto,
Y la soledad me acaba,
Y de tristeza me muero!
  Noche mala es esta noche;
Olvidado el *Nacimiento*
En ese rincón oscuro,
Imagen es del silencio.
  Toscas figuras de barro
Inmóviles en él veo,
Que me causan mortal frío
Con el frío de su aspecto.
  No danzan niñas; el césped
Y las flores están secos,
Y las luces apagadas,
Y no suenan instrumentos.
  Nadie pasa por la calle;
Las estrellas se escondieron;
El viento zumba, y desgarra
Los nubarrones siniestros.
  Esta noche en los caminos
Se perderá el viajero,
Y no habrá luz que le guíe
Ni dormirá bajo techo.
  Crueles serán con los pobres
En los palacios soberbios;
Las cabañas serán sordas
Á sus ayes lastimeros.
  Hozarán lobos traidores

En los palpitantes miembros
De la oveja descarriada
Por hondos despeñaderos.
¡Ay, sí! que á la mesa mía,
Más alegre, en otros tiempos,
Que los ruidosos festines
De los alcázares regios,
Ya no se sienta mi Elisa,
Ya no se sienta el abuelo....
Tornádose han á su patria...
¡Yo sufro en este destierro!
¡Venid, adoradas sombras!
¡Venid á ocupar los puestos
Que hay en mi mesa vacíos!
¡Con cuánto afán os espero!
¡Pasó mi sueño engañoso
(¡Ay de mí!), y ahora despierto,
Y la soledad me acaba,
Y de tristeza me muero!

—

Las lejanas cimas
De los montes rudos
Cubre el misterioso
Velo del crepúsculo,
Y en la bruma esconden
Su perfil oscuro.

Muere el sol tras ellas
Entre mil confusos
Rumores campestres
Y vagos murmullos.
La oración sublime
De la tarde escucho,
Que las torres cantan

Con clamor augusto.

¡Aquí, el cementerio!...
¡Allá, el mar... el mundo!
La corte es aquella,
Cenagal impuro,
Que me está llamando
Con voz de tumulto:
De los que vivieron,
Este el lugar último,
Silencioso asilo,
Sagrado refugio.
Sauces y cipreses
Y pájaros, juntos,
Que música y sombra
Dan á los sepulcros,
No sé qué murmuran
Con trinos y arrullos
En esta hora triste,
Que en mi alma me turbo,
Y morirme quiero,
Y ver mi amor único.
La que por la tierra
Loco llamo y busco,
Aunque sé que habita
Puerto más seguro.

¡Fiel amiga, oh luna,
Dulce astro nocturno,
Cuya luz piadosa
Besa el mármol duro,
Del cielo trayendo
Mensajes y anuncios
Que al mármol arrancan
Suspiros profundos!...
¡Adiós, y no olvides,

No olvides el suyo;
Que yo al mar me vuelvo,
Que yo vuelvo al mundo!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Rimas.

Dos rojas lenguas de fuego
Que, á un mismo tronco enlazadas,
Se aproximan, y al besarse
Forman una sola llama;

Dos notas que del laúd
Á un tiempo la mano arranca,
Y en el espacio se encuentran
Y armoníosas se abrazan;

Dos olas que vienen juntas
Á morir sobre una playa,
Y que al romper se coronan
Con un penacho de plata;

Dos jirones de vapor
Que del lago se levantan,
Y al juntarse allí en el cielo
Forman una nube blanca;

Dos ideas que al par brotan,
Dos besos que á un tiempo estallan,

Dos ecos que se confunden...
Eso son nuestras dos almas.

—

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

—

¡Olas gigantes que os rompéis bramando
En las playas desiertas y remotas,
Envuelto entre la sábana de espumas,
Llevadme con vosotras!

¡Rafágas de huracán, que arrebatáis
Del alto bosque las marchitas hojas,
Arrastrado en el ciego torbellino,
Llevadme con vosotras!

¡Nubes de tempestad, que rompe el rayo
Y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
Arrebatado entre la niebla oscura,
Llevadme con vosotras!

Llevadme, por piedad, adonde el vértigo
Con la razón me arranque la memoria...
¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
Con mi dolor á solas!

—

Por una mirada, un mundo,
Por una sonrisa, un cielo;
Por un beso... yo no sé
Qué te diera por un beso.

—

Volverán las oscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos á colgar,
Y otra vez, con el ala á sus cristales
Jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha á contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...
Esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
De tu jardín las tapias á escalar,
Y otra vez, á la tarde, aún más hermosas,
Sus flores se abrirán;

Pero aquellas, cuajadas de rocío,
Cuyas gotas mirábamos temblar
Y caer, como lágrimas del día...
Esas .. ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes á sonar;
Tu corazón de su profundo sueño
Tal vez despertará;

Pero mudo y absorto y de rodillas,
Como se adora á Dios ante su altar,
Como yo te he querido... desengáñate,
¡Así no te querrán!

—

¡Qué hermoso es ver el día
Coronado de fuego levantarse,

Y á su beso de lumbre
Brillar las olas y encenderse el aire!

¡Qué hermoso es tras la lluvia,
Del triste otoño en la azulada tarde,
De las húmedas flores
El perfume aspirar hasta saciarse!

¡Qué hermoso es, cuando en copos
La blanca nieve silenciosa cae,
De las inquietas llamas
Ver las rojizas lenguas agitarse!

¡Qué hermoso es cuando hay sueño
Dormir bien... y roncar como un sochantre...
Y comer... y engordar!.., ¡y qué desgracia
Que esto solo no baste!

—

Cerraron sus ojos
Que aún tenía abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase á intérvalos

Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día,
Y á su albor primero
Con sus mil rüidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»

De la casa en hombros
Lleváronla al templo,
Y en una capilla
Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.

Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba. . .
Que pensé un momento:
«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»

De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando,
Su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila,
Formando el cortejo.

Del último asilo,
Oscuro y estrecho,
Abrió la piqueta
El nicho á un extremo.
Allí la acostaron,
Tapiáronle luego,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes
Se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras,
Medité un momento
«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!!»

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
Á solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un són eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
¡Acaso de frío
Se hielan sus huesos!. . .
. . . . . .

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuelve el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

GUSTAVO A. BÉCQUER.

¡Quién supiera escribir!

I

—Escribidme una carta, señor cura.
—Ya sé para quién es.
—¿Sabéis quién es, porque una noche obscura
Nos visteis juntos?—Pues.

—Perdonad; mas...—No extraño ese tropiezo;
La noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:
Mi querido Ramón:

—¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habéis puesto...
—Si no queréis... —¡Sí, sí!
—*¡Qué triste estoy!* ¿No es eso?—Por supuesto.
—*¡Qué triste estoy sin ti!*

Una congoja al empezar me viene...
—¿Cómo sabéis mi mal?
—Para un viejo, una niña siempre tiene
El pecho de cristal.

¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un edén.
—Haced la letra clara, señor cura;
Que lo entienda eso bien.

El beso aquel que de marchar á punto
Te di... —¿Cómo sabéis?...
—Cuando se va, y se viene, y se está junto,
Siempre... no os afrentéis.

Y si volver tu afecto no procura,
Tanto me harás sufrir...

—¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
¡Que me voy á morir!

—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?
—Pues sí señor, ¡morir!
—Yo no pongo *morir*.—¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

II

¡Señor Rector, señor Rector! en vano
Me queréis complacer,
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el sér de mi sér.

Escribidle, por Dios, que el alma mía
Ya en mí no quiere estar;
Que la pena no me ahoga cada día,
Porque puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento,
No se saben abrir;
Que olvidan de la risa el movimiento
Á fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afán,
Como no tiene quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

Que es de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atroz;
Que es un perpetuo sueño de mi oído
El eco de su voz...

Que siendo por su causa, el alma mía
¡Goza tanto en sufrir!...
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!...

III

EPÍLOGO.

—Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo.
Á don Ramón...En fin,
Que es inútil saber, para esto, arguyo
Ni el griego ni el latín.—

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Los grandes problemas.

CANTO PRIMERO.

El Idilio.

I.

El cura del Pilar de la Oradada,
Como todo lo da, no tiene nada.
Para él no hay más grandeza
Que el amor que se tiene á la pobreza.
Careciendo de pan, con alegría
Lleva paz de alquería en alquería;
Y siendo indiferente
Á la necia ambición de los honores,
Se ocupa de los grandes, solamente
Cuando llama sus reinas á las flores.
Sin fámulo, y vestido de sotana,

Cuida una higuera y toca la campana.
Su alzacuello es de seda desteñida,
Pardas las medias de algodón que lleva;
Y en todo el magisterio de su vida
Sólo ha estrenado una sotana nueva.
Da gracias cuando reza á un Dios tan bueno
Que cría los rosales y el centeno,
Y llama sus orgías á las cenas
En que prueba la miel de las colmenas.
Aunque él está de su pudor seguro,
Ve á una mujer, y, como pueda, escapa,
Dispuesto desde joven, por ser puro,
Á hacer el sacrificio de una capa.
Reparte á las chiquillas
Las almendras que lleva en los bolsillos,
Y les da un golpecito en las mejillas,
Más dulce que una almendra, á los chiquillos.
Da á los pobres los higos de su higuera,
Que nació, sin plantarla, en donde quiera;
Y si al vérselos dar uno por uno
—¿Qué guardas para ti?—le dice alguno,
Responde, puesta en Dios su confianza,
Como Alejandro el Grande:—¡La esperanza!
Así con tanto amor y pudor tanto,
El cura del Pilar de la Oradada
Es, según viene la ocasión rodada,
Ya eremita, ya cuákero, ya santo.

II.

Está el pueblo fundado sobre un llano
Más grande que la palma de la mano.
Y á falta de vecinos y vecinas
Circulan por las calles las gallinas.
Pueblo al cual, aunque corto, en mujerío

Otro ninguno iguala;
De agua muy buena, si tuviese río,
De agua de pozo, á la verdad, muy mala.
Pueblo feliz, que olvida el mundo entero;
Que tiene ante la iglesia una plazuela,
Iglesia que es más grande que la escuela,
Y escuela que es más chica que un granero.

III.

En este pueblo, en fin, y ante este cura,
Que no puede beber más que agua pura,
La divina Teodora,
De rodillas postrada ante el anciano,
Con un ramo de flores en la mano,
Ramo cogido al despuntar la aurora,
Mostrando al sonreírse, nacaradas,
En dos filas iguales,
Todas sus perlas justas y cabales
En un coral prendidas y engarzadas;
Inventando aquel día,
Por no haberlos sufrido todavía,
Mucho dolor y muchos desengaños,
Antes de hacer su comunión primera,
Confesándose está, como si fuera
Una gran pecadora á los diez años.

IV.

Teodora, que es mujer desde la cuna
Cual todas las mujeres,
Despierta ya, y durmiendo todavía
Á la luz misteriosa de una luna
Que hace en su alma de sol de medio día,
Mira una inmensa flotación de seres,

Sueños de sombra y sombras de unos sueños
Opacos una vez y otras risueños.
Gracia infantil y gracia adolescente,
De niña y de mujer confusos lados,
Ya ve en el porvenir desde el presente
El mundo real y el ideal mezclados.
Sumida en nieblas de color de rosa,
Compuestas de verdad y de otra cosa,
Mira, desvanecida,
Llegar la realidad confusamente,
Y á los diez años, como todas, siente
Su inmersión en las brumas de la vida.

V.

Mirando al confesor con inocencia,
Cual si fuesen sus ojos unas puntas
Que hundiesen del anciano en la conciencia,
Fué haciéndole la niña unas preguntas,
Como esta, por ejemplo,
Capaz de hacer estremecerse al templo:
—¿Vos sabéis lo que es malo, señor cura?
—Yo, de todo, hija mía, estoy al cabo,—
Respondió el sacerdote con premura;
Lo cual no era verdad, mas lo creía,
Porque el breviario con afán leía
Á la luz de un candil colgado á un clavo.

VI.

Y del amor ya viendo lontananzas
Con sus ojos tan llenos de esperanzas,
En su candor intrépido del todo
Sigue ella preguntando de este modo:
—El dejarse besar ¿es malo ó bueno?—

De confusión y de sorpresa lleno,
Se turbó el cura, como el hombre que antes
De haber cazado un pájaro, lo vende,
Y sin poder cumplir lo prometido,
Se queda, al fin, como el lector comprende,
El cazador corrido,
El comprador burlado,
Y el pájaro vendido y no cazado.
Echó al cielo una olímpica mirada
Buscando la respuesta en las estrellas,
Mas como nada le dijeron ellas,
El cura del Pilar no dijo nada.

VII.

Con misterio después ella se inclina
Hacia el cura, que la oye fascinado,
Y prosigue:—Me ha dicho mi madrina
Que el que bese á mi primo es un pecado;
Y mi primo ha jurado
Que él me habrá de besar, pese á quien pese,
Pues cree que á mí me gusta que me bese:
Mas como oigo decir que se propasa,
Escapándome de él, toda la casa
Ayer y antes de ayer y todo el año
Corrrí desde la cueva hasta el granero;
Siempre quiere él, señor, yo nunca quiero;
Miradme bien, veréis que no os engaño.—
Y abriendo aquellos ojos tan brillantes
Para enseñarle el alma á aquel levita,
Echa al cura una ojeada inoportuna
Aquella virgen, pero virgen de antes
Que en la primer visita
El ángel le anunciase cosa alguna,
Y le dejó corrido y colocado

Del rubor en la cúspide suprema,
De un modo tal, que dijo colorado:
—¡Primera confesión; primer problema!—

VIII.

—Acúsome—la niña proseguía—
Que soy inobediente y perezosa.
Acúsome, además, que el otro día,
Con tristeza soñé que no era hermosa.
Me gusta más correr que ir á la escuela.
Sólo en la misa me entretiene el canto;
Y escucho con más gusto una novela
Que el trozo de la vida de algún santo.
Prometo, obedeciendo á mi madrina,
Huír, si puedo, de él; pero os prevengo
Que al mirar á mi primo, siempre tengo
La voluntad de parecer divina.—
Al ver salir el cura, atropellados,
Con risa de bondad mal reprimida,
Tan enormes pecados
De aquellos labios de carmín, untados
Con la leche primera de la vida,
Dice á la niña, de indulgencia lleno,
Con singular ternura:
—No diré que eso es malo, mas no es bueno.
Más cordura, hija mía, más cordura.
Bien, adelante: vamos; adelante.—
Y por no hablar más claro, el pobre cura
Jugaba con enigmas al volante;
Y no queriendo darle, con prudencia,
Las más leve lección de adolescencia,
Muy peligrosa en almas inocentes,
Sólo después de estas ligeras riñas,
Se atrevió á murmurar, aunque entre dientes:

—Son el diablo estos ángeles de niñas.—

IX.

Y como todo viejo, y más si es cura,
De todo niño es natural abuelo,
Con más amor que religioso celo,
Le dijo á aquella hermosa criatura:
—Ten calma, estudia, y á tu madre imita,
Y entrarás sin rodeos en la gloria;
Reza una salve; toma agua bendita,
Y cómete esta almendra en mi memoria.—
Y después que la niña se confiesa,
La mano al señor cura
En la actitud de un oficiante besa;
Se levanta gentil, con la soltura
De un querubín que hacia los cielos pesa,
Y ante el altar, con adorable gracia,
Entre un corro de gente pecadora
Se arrodilló Teodora
Más grave que un alumno en diplomacia.

X.

Después supo el Obispo de Orihuela,
Por cierta confesión de cierta abuela,
De puro religiosa, condenada,
Que, faltando á los cánones sagrados,
Castiga con almendras los pecados
El cura del Pilar de la Oradada.

Canto segundo

La Égloga.

I.

Fué creciendo, creciendo,

Y pasaron diez años; y Teodora
Cuanto en gracia inocente iba perdiendo,
Lo iba ganando en gracia pensadora.
La antigua pecadora,
Que veinte años cuenta hoy exactamente,
Tiene pupilas de horizontes llenas;
Voluptuoso reír en casta frente;
Y deja ver su cutis transparente
Cómo corre la sangre por sus venas.
Con gusto encantador por lo sencillo,
Con flores todo el año en sus cabellos,
Arrollándolos bien, forma con ellos
Detrás de la cabeza un canastillo.

II.

—Decidme, mi querido señor cura,—
Decía confesándose Teodora,
—¿No es una gran locura
Que esté tan decidida
Á que me case ahora
La pobre madre á quien debí la vida?
¿No es un gran desatino
Casar con otro á quien tan sólo piensa
En.... ya sabéis, mi primo, aquel marino
Que tiene el alma, como el mar, inmensa?—
Mientras la escucha atento,
—Es muy común,—el cura se decía
Entre burlas y veras,—
Que todas las muchachas costaneras
Dediquen de un marino al pensamiento
Veinticuatro horas largas cada día.—

III.

—Mi primo... ya sabéis,—siguió Teodora,—

Que vive hoy una vida de pesares
En Londres, un lugar donde estáa hora,
Más allá de los montes y los mares.
Las playas saben mi constante anhelo,
Pues, sin poderlo remediar, suspiro
Cuando se nubla el horizonte y miro
Por el lado del mar cerrarse el cielo.
Mi primo, es aquel primo que, algún día,
Os confesé que alegre me besaba;
Le amé niña, mas yo no lo sabía:
Ya mayor, estoy loca, y lo ignoraba.
Como siempre fantástico el deseo
Me arrastra á orillas de la mar, yo á solas
Que me habla de él y su venida, creo,
El monólogo eterno de las olas.
Siempre aguardo del cielo lo imprevisto,
Siempre estoy esperando,
Y hasta las aves de la mar, pasando,
Parece que me dicen:— ¡le hemos visto!

IV.

—Mas sepamos primero,—
Dijo el cura prudente y reservado:—
De amaros y volver, ¿él os ha dado
Su palabra de honor de caballero?
—Me juró que me amaba y volvería,—
Fué diciendo Teodora,—
Cuando el sol por la tarde se ponía,
Y al despuntar la aurora,
Y alguna vez también al mediodía;
Y alguna, y más que alguna,
Por la noche á los rayos de la luna.
Y, perdonad, decir se me ha olvidado
Que en mayo y en abril me lo ha jurado,

Por todos sus jazmines y azucenas;
Por los árboles todos, en estío;
Por todos sus cristales, junto al río;
Cerca del mar, por todas sus arenas.—

V.

Mientras Teodora hablando proseguía,
Como era, á fuerza de candor, profundo,
El cura por lo bajo repetía:
—(¡Cómo trae el amor revuelto al mundo!)
—Mi madre quiere que á la fuerza quiera
Á un hombre muy de bien, sin gracia alguna,
Como es el que me espera
Para darme su mano y su fortuna.
El verlo nada más me da tristeza;
Él es bueno, es verdad, si no es hermoso;
Tiene favor, honores y riqueza,
Talento, juventud y un nombre honroso..
Mas ¡si vierais al otro, señor cura,
Con gorra de oro y sable á la cintura!...
¡Cuanto mira al pasar de luz se baña!...
Mientras este de aquí, que va á ser mío,
Tiene una gracia sepulcral y extraña;
Donde quiera que entra él, siento yo frío.—
—Pues señor, se conoce—piensa el cura—
Que en la misma inocencia,
Para agotar de un cura la paciencia,
Transformado en hermosa criatura
Coloca Satanás su residencia.—

VI.

Y ella siguió:—Vuestro favor imploro;
Prestadme ayuda en tan difícil paso;

De uno me río, y por el otro lloro;
Éste me hiela, y por aquél me abraso.
No amo al presente y al ausente adoro,
¿Que hago, señor, me caso ó no me caso?—
Mirando á un Cristo viejo
Por ver si le inspiraba algún consejo,
El cura se callaba,
Y del candor en la embriaguez suprema,
Al ver que el Cristo nada le inspiraba,
Por lo bajo entre dientes murmuraba:
—¡Segunda confesión; otro problema!—
Entre el Cristo, ella y él, no hay uno que hable.
El viejo, que era un niño venerable,
No cayó en que Teodora
Buscaba, tan sutil como traidora,
En la doblez de sus astutos planes
El apoyo moral del cristianismo:
Maniobras de los grandes capitanes
Que ponen de su parte el fanatismo.

VII.

Luego los dos á un tiempo se preguntan,
Y para herirse al corazón se apuntan;
Y cruzan de uno al otro, bien dispuestas,
Como un choque de espadas, las respuestas:
—Me muero, si me caso, os lo confieso.
—Ilusión nada más de los sentidos.
—Hay voces que en el aire me hablan de eso.
—Eso será que os zumban los oídos.
—Bien, lucharé; pero seré vencida.
—No volverá tal vez.— ¿Y si volviera?
—Ese hombre os ha hechizado; ¡estáis perdida!
—Así tendrá que ser como él lo quiera.
—Tras vana agitación tendréis reposo;

Yo rezaré por voz, seréis dichosa:
¡Dichoso aquel que os tenga por esposa!
—Y yo ¿seré feliz como él dichoso?
—¿De qué sirve creer en lo increíble?
—Más sabe el corazón que la cabeza.
—¿Qué podrá suceder?—¡Todo es posible;
Yo amo con fe y espero con firmeza!—
Al verla discutir tan bien y tanto,
Siente un temblor de espanto,
Cual si tuviese frío,
Al comprender el santo
Que aquel tipo cabal de las mujeres
Era el más bello y, ¿lo diré, Dios mío?
El más inobediente de los seres

VIII.

Teodora, ardiente y viva,
Filósofa sutil y positiva,
Que no pasó, cual yo, velada alguna
En cuestiones ociosas,
Buscando la razón de muchas cosas
Que no tienen jamás razón ninguna,
Añadió, de su plan desesperada,
Disparando al huír á sangre y fuego,
Y haciendo una brillante retirada,
Mejor que en Asia Xenofonte el griego:
—Yo soy muy viva y de ventura ansiosa;
Y no queriendo á este hombre, os lo prevengo,
Como soy tan fantástica, no tengo
La condición de una excelente esposa.
Mas lo mandan mis padres y adelante;
Yo quiero á toda costa ser honrada,
Mas no sé si vivaz y enamorada,
Podré ser buena esposa y buena amante...—

Hablaba así Teodora, y de repente
Callando unos momentos,
Con un silencio diestro y elocuente
Una pausa llenó de pensamientos.
Reticencia tan vil y calculada
Al pobre cura de terror inmuta....
Ante el saber de una mujer astuta
Cicerón y Pascal no saben nada.
Y es que desde Eva, madre de Teodora,
La raza no mejora.
Por que no oye solícito sus quejas,
Anuncia astuta males sobre males:
Yo recuerdo muy bien que eran iguales
Las jóvenes de antaño que hoy son viejas.
Y así serán y han sido
Las que están por nacer ó ya han nacido,
Lo mismo en todo el orbe que en España;
Las madres miserables y opulentas,
Las hijas titulares y harapientas,
Las abuelas del trono y la cabaña.

IX.

—¡Qué locura, Dios mío, qué locura!
¿No veis que rara vez—le dice el cura—
La vida nos enseña
Que esos sueños de niña muy pequeña
Los pueda realizar la edad madura?
Moderad el ardor de los sentidos;
¡Teodora, andad despacio,
Porque siempre nos ven desconocidos
Dos ojos desde el fondo del espacio!—
Ayudando á llevarla á su destino,
Cual se lleva una oveja al matadero,
Pensó el cura ponerla en el camino

De lo bueno, lo justo y verdadero;
Y después que ella vió desvanecida
La poética imagen de su vida,
Puestas en cruz las manos y llorosa,
Recibió con la frente prosternada
La bendición del cura, arrodillada;
Besó su mano en actitud piadosa,
Con la fe de una santa resignada,
Y se marchó, si no más consolada,
Menos triste tal vez, y siempre hermosa.

Canto tercero.

La tragedia.

I.

Porque triste, muy triste, se moría,
Llena de desengaños,
El cura del Pilar, en cierto día,
En su postrera confesión oía
Á una joven anciana de treinta años.
—¡Ha venido—decía
La vieja que era joven todavía—
Aquel hombre á quien amo con locura!
Y debo confesaros, en conciencia,
Que tengo, desde entonces, señor cura,
Necesidad de sueños de inocencia.
—¿Y es pura todavía vuestra llama?—
Pregunta el cura á la doliente esposa.
—La cama de mi madre es esta cama,—
Le respondió;—pues por mi madre os juro
Que soy materialmente virtüosa;
Sólo el alma es culpable, el cuerpo es puro.—

II.

¡Pues valor,—dijo el cura,
Á fuerza de candor siempre profundo,—
Que la mayor tribulación del mundo
La guarda Dios para la edad madura!
—¡Valor, valor!—la enferma respondía;—
¡Lucharé hasta morir! mas ¡cosa extraña!
Resistir á su encanto no podría,
¡Yo que siento en mí misma una energía
Capaz de levantar una montaña!
—¡Luchemos, hija mía,—
El cura repetía,
De Dios y de su fe siempre seguro:—
No hay grito de dolor que en lo futuro
No tenga al fin por eco una alegría!—
Y luego añade, de la Biblia lleno,
Satisfecho de Dios y de sí mismo:
—¡Siempre entre el ángel malo y entre el bueno
Hay luchas en el puente del abismo!—

III.

En querer consolar las grandes penas
De una mujer tan firme y tan amante,
Era aquel pobre confesor un ciego,
Sabiendo que corría por sus venas
La sangre de las viñas de Alicante
Que crían una savia como el fuego.
El cura no sabía
Que el no amar es muy bueno, pero es frío;
Y por eso á Teodora le decía,
Derramando en sus llagas el rocío
De una piedad sincera:

—Van á cumplir veinte años
Que ajena de pasiones y de engaños,
Vuestra sagrada comunión primera
Fué por vos de mi mano recibida;
¡Sed digna del honor de vuestra historia!
¡Reanimad el valor con la memoria
De los años primeros de la vida!
—¡Quince años hace escasos,—
Teodora murmuró,—que el dulce ruido
Que levantaron al marchar sus pasos
Quedó como una música en mi oído!
Y hace veinte—añadió con torvo ceño,
Mirando al cielo en ádemán de queja,—
Que es él de mi alma y mis sentidos dueño;
¡Veinte años que pasaron como un sueño!
¡Tenéis razón; no me creí tan vieja!...
Mas no hay medio; ó vencer ó ser vencida;
Ó perder la virtud ó dar la vida.—
Dice así, y tiembla la infeliz esposa
Cuando la causa de su mal confiesa,
Como suele temblar la mariposa
Que siente el alfiler que la atraviesa;
Y el pobre confesor, que no sabía
Que si es bueno no amar, es cosa fría,
Cual sintiendo en la piel la ardiente huella
De un diablo que abrasándole le toca,
Mira á la enferma con pavor, y en ella
Halla una especie de perfil de loca.
Y agarrándole bien con la mirada,
—No soy loca, es que estoy enamorada,—
Siguió la esposa,—y lo que quiero, quiero;
Vuestra piedad, no vuestra fe, reclamo:
Si le amo, vivo; si no le amo, muero:
Respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo?—
Aguzando el oído,

Y azorado de miedo como un gamo
Que oye en el bosque de repente un ruido,
El cura sorprendido
Dice, cayendo en postración extrema:
—¡Tercera confesión; tercer problema!...—
Dudando en su fatal desconfianza
Qué haría y qué diría,
Por no romper el hilo todavía
Que enlaza la mujer á la esperanza,
El cura del Pilar, quedando inerte,
Sangre, en vez de agua, el desdichado suda;
Pues á sí mismo con dolor se advierte
Que es, en los actos del deber, la duda
Una pregunta vil que hace la muerte.

IV.

Ahogando la emoción de su ternura
En un áspero y recio resoplido,
Añadió en el umbral de la locura:
—¡Ó viva en el del otro, señor cura,
Ó muerta en el hogar de mi marido!
¿Puede un corazón tierno,
Sufrir eternamente esta cadena?
¿Hay un Dios que nos salva y nos condena,
Ó eso también es un problema eterno?—
Oyendo esta herejía,
Creyó el cura que en ella traslucía
La cara de Luzbel, oliendo á infierno;
Y siendo encantadora,
Y aunque era un ángel de piedad Teodora,
Y el cura lo sabía,
Como todo hombre bueno, algo indeciso,
Oyéndola decir lo que decía,

En su faz la tristeza se veía
Con que Eva dejó un día el Paraíso.

V.

Y al cura, que azorado la veía,
Y estaba en todo, esto es, no estaba en nada,
Después le repetía,
Aceptando, Teodora, resignada
La paciencia que lleva á la agonía:
—¡Adorarlo ó morir, tal es mi suerte!—
Y el cura respondía:
—Pero pensad en Dios, la hora es sombría;
¡Ved que estáis en peligro de la muerte!—
Y enfermo de terror y sentimiento,
Su rostro, que tapó con ambas manos,
Se cubrió de ese tinte amarillento
Que da tanta tristeza en los ancianos.
—Ya veis que sé morir como es debido,—
Siguió Teodora con siniestra calma.
—Decididá á partir, tan sólo os pido
Que echéis sobre mi cuerpo y sobre mi alma,
Él su memoria, su piedad el cielo,
Vos el perdón, la humanidad su olvido,
La tumba su pudor, la muerte un velo!—

VI.

Pasan después unos momentos llenos
De calma aterradora.
Y entre tanto, ¿qué hacía
En alocada expectación Teodora?
¿Dormía? No. ¿Velaba? Mucho menos.
Con las manos el pecho se oprimía
Queriendo hacerse el corazón pedazos.
Se incorpora después, alza los brazos,

Estrecha en ilusión alguna cosa
En medio de la fiebre que la abrasa,
Y dice con sonrisa voluptuosa
Dejándolos caer:—¡Es él que pasa!—
Al ver aquel amor inexorable,
Á su buen Dios el cura inconsolable
La encomienda en sus santas oraciones;
Y al oír, espantado,
Salir de la culpable
Aquella interminable
Tempestad gutural de aspiraciones,
Una oración sobre otra le prodiga,
Y exclama el sacerdote horrorizado:
—El ángel llega tarde, y sólo espiga
Lo que ya Satanás dejó segado!—
Y así el buen cura exclama,
Por que ya con dolor ha comprendido
Que es imposible, á semejante llama,
Oponerse á un amante que es querido,
Y entregarse á un marido que no se ama;
Y aunque algo tarde, á conocer empieza
Que es más fuerte el amor que los deberes,
Pues rinde de los hombres la firmeza
Y hasta el débil poder de las mujeres.

VII.

Llegando al fin de su terrible suerte
La enferma medio muerta tiempo hacía,
Después de un gran silencio en que se oía
Muy cercana de allí volar la muerte,
Mirando fijamente, sin ver nada,
Tiende una mano muerta y descarnada,
Busca con ella al infeliz anciano
Que por su dicha ruega,
Y el rostro le tocó como una ciega

Que tuviese los ojos en la mano:
Se ponen azuladas sus mejillas,
Sale un hondo ronquido de su pecho;
El cura la bendice de rodillas;
Después. . . ¡después era una tumba el lecho!

VIII.

Más muerto que la muerta, el pobre cura,
Cuando luego miraba
El alma triste y bella
De aquella esposa fiel, culpable y pura
Flotar sobre una estrella,
—¡Perdonadla, Dios mío!—murmuraba.
¿Cómo Dios negaría su indulgencia
Á una martir que, fiel á otros amores,
Á fuerza de sentido y de paciencia
El luto de su hogar cubrió de flores?—
Cuando el cura veía
Aquella alma flotar sobre una estrella,
Y su perdón pedía,
Es porque no sabía,
Héroe feliz de una tranquila historia,
Que cuando muere una mujer como ella,
Toca á muerto la tierra, el cielo á gloria.

IX.

Y cuando el cura, de su buen consejo
El término funesto contemplaba,
Llorando como un niño el pobre viejo
Sobrecogido de terror oraba.
—¡Yo la maté, yo he sido su asesino!—
Gritaba el infeliz, desesperado,
Quejándose de sí como un malvado

Que asesina á la vuelta de un camino.
Mas, fiel á su destino,
Conociendo después, más serenado,
Que así á volverse loco un hombre empieza,
Con honor exclamó:—¡Fuera flaqueza!—
Y valerosamente
Reanimando uno á uno sus sentidos,
Á brillar conmenzó su noble frente
Con la luz de los seres elegidos.
—¡Hago el bien, y suceda lo que quiera!—
Dice tranquilo y con la frente erguida.—
¡Entre la muerte y la virtud, que muera,
Que es el deber primero que la vida!—
Pasó después un siglo de un momento;
Murmuró otra oración, y de repente
Azotó con los pies el pavimento
Y con las manos se azotó la frente:
Miró á la muerta con viril firmeza,
Y á repetir volvió:—¡Fuera flaqueza!—
Y el cura del Pilar, sereno, mudo,
Rendido el cuerpo y destrozada el alma,
Después de un negro batallar tan rudo,
Á recoger volvió su santa calma
Como recoge el gladiador su escudo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Utilidad de las flores.

I.

No lo dudéis, lectores,
Si hay un cielo, hay en él aves y flores.

II.

Hállanse en una estancia
Compitiendo en belleza y en fragancia,
Frente á un espejo, una mujer hermosa,
Que tiene al lado izquierdo y al derecho,
En aquél una cuna, en éste un lecho,
Y en la mesa, en un búcaro, una rosa;
Y en tanto que la rosa la embalsama,
Mira la madre, tierna cual ninguna,
Con el afán del que ama,
Á una niña menor que está en la cuna
Y á otra enferma y mayor que está en la cama;
Y con madre tan bella
Y con hijas tan niñas y agraciadas,
Hace la rosa de la estancia aquella
Un jardín habitado por las hadas.

III

Nieves, que es un modelo
De humanas y divinas perfecciones,
Tiene algunas pasiones,
Mas todas pasan antes por el cielo.
En su noble apostura,
Acaso lo de menos es ser bella,
Porque, además de hermosa, brilla en ella
La bondad que hermosea la hermosura;
Y al mismo tiempo encantadora y pura
Le sale tan de adentro ser graciosa,
Que cuando va á la iglesia, y presurosa,
Uniendo lo gentil á lo sencillo,
Hacia al altar sus pasos se aproximan,

Creen que ven á la Virgen, y se animan
Unos niños de un cuadro de Murillo.

IV

Hay hombre que sediento,
No á gotas, á oleadas
Bebe el opio volátil de su aliento,
Pues Nieves es un hada que el en viento
Escribe himnos de amor con las miradas;
Y si en casos de fe cree en lo increíble,
Á toda presunción indiferente,
No cree que es su belleza irresistible.
Contempladla de frente.
¿Fué Venus más hermosa? Es imposible.
Miradla ahora de perfil. ¿No es cierto
Que es mi madre en persona?...
Pero ¡ay! lector, perdona,
¡Siempre me olvido que mi madre ha muerto!

V

Aunque la niña grande es ya perita
En coordinar las flores que diseca,
Lo que escucha á los hombres en visita
Se lo cuenta despúes á su muñeca.
Y si aún ve como sombras los reflejos
Del sol de las pasiones,
Y encima de sus ojos, aunque lejos,
Ya cierne el porvenir sus ilusiones,
Flotando vagamente sus razones
De la inocencia en las tranquilas aguas,
Ya sabe por sus propias reflexiones
Que una niña es un niño con enaguas,
Y un hombre una mujer con pantalones.

VI

Y aunque la grande á la menor desdeña
Con todas sus potencias y sentidos,
Porque viste de encajes cuanto sueña
Y sabe un cuento ó dos de aparecidos,
La niña más pequeña,
Que no quiere por celos á su hermana,
Siempre está más risueña
Que al abrirse una flor por la mañana;
Y si la grande encanta
Por su rostro expresivo,
La más niña es alegre sin motivo,
Como el pájaro canta porque canta.

VII

Al alumbrar la luz, casi apagada
Por una bomba de cristal filtrada,
Madre é hijas tan bellas,
Parece aquella estancia iluminada
Por la luz interior que sale de ellas,
Y como Nieves, por amor, prudente,
Para verlas á un tiempo y fácilmente
Sin que estén las dos niñas envidiosas,
Pone el espejo enfrente;
Mirándolas con aire indiferente
De una á otra, ya fijas, ya indecisas,
Envueltas en miradas cariñosas,
Vienen y van, y vuelan las sonrisas,
Lo mismo que si fuesen mariposas.

VIII

Son flores y mujeres tan iguales,

Que forman en la estancia de la hermosa
Cuatro flores cabales
La madre, las dos niñas y la rosa.
Y cuando llamo á las mujeres flores,
Es que quiero, lector, que consideres,
Aunque ya lo sabrás por tus amores,
Que aseguran doctores muy doctores,
Que son flores con alma las mujeres.

IX.

La niña de la cuna, que veía
Aquella rosa fresca y sonriente
Que acaso, acaso, al asomarse el día
Se le cayó á la aurora de la frente,
Cual si fuese algún pájaro pequeño
Que ansiase comer flores en el nido,
Pedía con empeño
La rosa que en el búcaro veía,
Y que, por cierto, que para verla abría
Unos ojos de á metro mal medido;
Y una vez y otra vez, voluntariosa,
Como todas las niñas muy mimadas,
Poniendo el alma entera en sus miradas
Pedía aquella rosa
Pronunciando unas frases mal formadas
Que podían decir cualquiera cosa.
Y sabiendo las niñas muy pequeñas
La lengua universal de hablar por señas,
Lo que la niña ansía,
Con señas del más puro castellano
Haciendo líneas curvas con la mano
En el viento lo escribe.
¡Qué modo de decir tan soberano!
¡Sería un orador ciceroniano
Si supiera charlar lo que concibe!

X

La madre encantadora y encantada,
Después de oírla hablar con la mirada,
Con un celo, por gracia, algo tardío,
Dijo al darle la flor: «¡Toma, bien mío! »
La niña, alegre y con presteza rara,
Se aproximó la rosa á quella cara
Más fresca que otra rosa con rocío;
Y apretando la flor apetecida,
Poco después la niña caprichosa
En hechicera desnudez dormida,
Cayó en un sueño de color de rosa.
¡ Oh trasunto feliz de mis amores !
La niña es una imagen de la vida,
Pide con ansia flores,
Las disfruta... se duerme,... y las olvida !

XI

Mas Nieves cuidadosa,
Sabiendo la presteza
Con que puede la niña ajar la rosa,
La coge presurosa
Y da asilo á la flor en su cabeza.
Pero como hoy, lo mismo
Que en los días de amor del tiempo viejo,
Atrae á las mujeres un espejo
Como atrae á los hombres un abismo,
El verse con la flor en la cabeza
Del muerto amor le recordó las glorias,
Y, excitada de nuevo su terneza,
Dando un tierno repaso á sus memorias
Le recuerda la flor en los cabellos

Que son el fruto de su amor perdido
Los ángeles aquellos;
Y al mirar á uno enfermo, á otro dormido,
Se llenaron, pensando en su marido,
De lágrimas y luz sus ojos bellos!
  Y siendo interminables las mujeres
En recorrer memorias hechiceras
Cuando idolatran seres
Elevados al rango de quimeras,
Después, con embeleso,
Vió un diamante muy grueso
Que en su anillo nupcial resplandecía
Como la chispa eléctrica de un beso,
É enclinándose á un lado y otro lado,
En memoria del padre idolatrado
Dió á sus hijas con labio enardecido
Un beso muchas veces repetido;
Porque al besar la madre á un hijo amado
Besa á un tiempo al amor de que ha nacido.

XII

¡Así, la misma rosa
Que el sueño perfumó de la inocencia,
Honró con su presencia
El sueño del amor de aquella hermosa,
Viuda sin consuelo y madre tierna,
Que tan sólo comprende
Ese amor absoluto que se extiende
De la vida mortal hasta la eterna!

XIII

Mas ¡oh Dios! de la niña agonizante
En las formas divinas

La vida se enfriaba á cada instante,
Cuando puso de pronto en su semblante
La tisis unas manchas purpurinas;
Y al ver por la tristeza de su risa
Que la muerte llegaba á toda prisa,
La madre, desolada,
Se preguntó con la mirada:—«¿Es cierto?»—
Y la niña, más palida que un muerto,
—«Es cierto,»—dió á entender con la mirada.
Y siguiendo un gemido á otro gemido,
Cuando ya sus mejillas
Pasaban de amarillas
Hasta un azul subido, muy subido.
Su garganta hechicera
Imitaba en su angustia lastimera
El rítmico sonido
Que hace la hoz segando en la pradera.
¡Y al ver la madre que de angustia llena
Se quedará viviendo
Como un marino en tierra que sintiendo
La nostalgia del mar muere de pena,
Jura al cielo sufrir cristianamente,
Verdadera creyente
De esas que van con valerosos pechos
Luchando con las penas, frente á frente,
Porque saben que flota providente
Un eterno ideal sobre los hechos!

XIV

Y en aquel mismo día
En que ya se veía
Que quemaba los pámpanos el hielo,
La niña, que al morir se sonreía,
Se trasladó desde la cama al cielo:

¡Y la madre, entre tanto,
Con las manos en cruz y de rodillas,
Saboreaba, besando sus mejillas,
El dejo amargo de su propio llanto:
Pero, en sufrir experta,
Ni siquiera solloza,
Por no turbar el sueño de que goza
La niña viva ante la niña muerta!

XV

Así acabó esta historia sin historia.
Y al protestar mi pecho compasivo,
Que ve Dios desde el trono de su gloria,
Que es por la niña mi dolor tan vivo
Que el llanto que me arranca su memoria
Humedece esta página en que escribo;
Diré que Nieves, de pesar transida
Junto á la niña muerta,
Aunque al verla tan bella, queda incierta
Si está muerta ó dormida,
Para aumentar sin duda su belleza
Le puso entre las manos, afligida,
La rosa que arrancó de su cabeza.
No hay para los humanos
Ni honor más grande ni mayor consuelo;
¡Morir con una flor entre las manos,
Es morir abrazados con el cielo!

XVI

De este modo, en un día,
Aumentando el dolor ó la alegría
De fantasmas ya tristes, ya risueños,
La única rosa que en la estancia había

Fué el honor y el testigo de tres sueños.
Y ¿no es verdad, lectores,
Que pueden ser en casos semejantes
Más útiles las flores
Que las perlas, el oro y los diamantes,
Cuando pudo una rosa, de esta suerte,
Perfumar y adornar con su presencia
El sueño angelical de la inocencia,
El sueño del amor y el de la muerte?...

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Paz y misterio.

¡Qué agitación, qué soledad....! Columbro
Trémula antorcha en el confín sombrío....
¿Es el amor que á consolarme viene?
Voy á su encuentro.

¡Noche sin luna!.. El adormido cielo
Triste sonríe á la adormida tierra,
Y ondisonando cadencioso, el grave
Ponto le arrulla.

Perdida oveja en los collados bala,
Almas en pena por las grandas gimen,
Lentas las auras, las silvestres ondas
Lentas murmuran.

¿Dónde me lleva el corazón volando?
Atrás el bosque y sus florestas dejo...

Allí en el monte el ruiseñor gorjea...
¡Vuelo á la cumbre!

Hora á cumplirse algún misterio empieza,
Cantan los ecos... mis oídos cantan...
Son armonías del festín... mi nombre...,
¡Fuera del mundo!

¡Qué puro albor los horizontes baña!
¡Qué dulce estrella los alumbra inmóvil!
¡Qué alma Deidad de su dorado seno
Brota radiante!

Cetro de lirios y azucenas trae,
Bajo sus pies la inmensidad florece,
Vierten aromas del Edén sus labios,
Gloria sus ojos.

Ciñe mi frente con azul guirnalda,
Me desvanece su mirar divino,
Plácida sombra en derredor extiende...
Caigo en sus brazos...,

Arden al par su corazón y el mío,
Surco los cielos en bajel de flores...
¡Es el amor!... Mi corazón expira...
¡Muero de gozo!

Sigue el festín... y las distantes arpas
Melancolía regalada infunden...
Calla la mar... el firmamento brilla...
¡Paz y misterio!

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

Tristezas.

Cuando recuerdo la piedad sincera
Con que en mi edad primera
Entraba en nuestras viejas catedrales,
Donde postrado ante la cruz de hinojos
Alzaba á Dios mis ojos,
Soñando en las venturas celestiales;

Hoy que mi frente atónito golpeo,
Y con febril deseo
Busco los restos de mi fe perdida,
Por hallarla otra vez, radiante y bella
Como en la edad aquella,
¡Desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,
Prosternaba mi frente
En las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
De luz, de poesía,
De mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
Levantaban mi anhelo;
Aquella majestad solemne y grave;
Aquel pausado canto, parecido
Á un doliente gemido,
Que retumbaba en la espaciosa nave;

Las marmóreas y austeras esculturas
De antiguas sepulturas,
Aspiración del arte á lo infinito;
La luz que por los vidrios de colores
Sus tibios resplandores

Quebraba en los pilares de granito,

Haces de donde en curva fugitiva,
Para formar la ojiva
Cada ramal subiendo se separa,
Cual del rumor de multitud que ruega,
Cuando á los cielos llega,
Surge cada oración distinta y clara;

En el gótico altar inmoble y fijo
El santo crucifijo,
Que extiende sin vigor sus brazos yertos,
Siempre en la sorda lucha de la vida,
Tan áspera y reñida,
Para el dolor y la humildad abiertos;

El místico clamor de la campana
Que sobre el alma humana
De las caladas torres se despeña,
Y anuncia y lleva en sus aladas notas
Mil promesas ignotas
Al triste corazón que sufre ó sueña;

Todo elevaba mi ánimo intranquilo
Á más sereno asilo:
Religión, arte, soledad, misterio...
Todo en el templo secular hacía
Vibrar el alma mía,
Como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que sólo entiende
Quien crédulo se enciende
En fervoroso y celestial cariño,
Envuelta en sus flotantes vestiduras
Volaba á las alturas,
Virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su rauda, viva y luminosa huella
Como fugaz centella
Traspasaba el espacio, y ante el puro
Resplandor de sus alas de querube,
Rasgábase la nube
Que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del deseo!
¡Oh cielo, que antes para mí tenías
Fulgores y armonías,
Y hoy tan oscuro y desolado veo!

Ya no templas mis íntimos pesares,
Ya al pie de tus altares
Como en mis años de candor no acudo.
Para llegar á ti perdí el camino,
Y errante peregrino
Entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;
Grito, y nadie responde
Á mi angustiada voz; alzo los ojos,
Y á penetrar la lobreguez no alcanzo;
Medrosamente avanzo,
Y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
Á su impiedad ¡oh Cristo!
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
Levanta sobre escombros
Un Dios sin esperanza, un Dios que gime.

¡Y ese Dios no eres tú! No tu serena

Faz, de consuelos llena.
Alumbra y guía nuestro incierto paso:
Es otro Dios incógnito y sombrío:
Su cielo es el vacío,
Sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
Un siglo más inmenso,
Más rebelde á tu voz, más atrevido;
Entre nubes de fuego alza su frente,
Como Luzbel potente;
Pero también como Luzbel, caído.

Á medida que marcha y que investiga,
Es mayor su fatiga,
Es su noche más honda y más oscura,
Y pasma, al ver lo que padece y sabe,
Cómo en su seno cabe
Tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota,
Que el ronco mar azota,
Incendia el rayo y la borrasca mece
En piélago ignorado y proceloso,
Nuestro siglo coloso
Con la luz que le abrasa, resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!...
Á los tristes reflejos
Del sol poniente se colora y brilla,
El huracán arrecia, el bajel arde,
Y es tarde, es ¡ay! muy tarde
Para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
Á todo yugo ajeno,

Que al impulso del vértigo se entrega,
Y al través de intrincadas espesuras,
Desbocado y á oscuras
Avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿Adónde?...El pensamiento humano
En vano lucha; en vano
Su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
Y no alcanza el problema,
Ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
Que tu poder no ha muerto!
Salva á esta sociedad desventurada,
Que bajo el peso de su orgullo mismo
Rueda al profundo abismo,
Acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de ti se aleja,
En nuestras almas deja
El germen de recónditos dolores,
Como al tender el vuelo hacia la altura
Deja su larva impura
El insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
Es, Señor, todavía
Raudal de vida tu palabra santa,
Dí á nuestra fe desalentada, incierta:
—¡Anímate y despierta!—
Como dijiste á Lázaro:—¡Levanta!—

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Estrofas.

La generosa musa de Quevedo
Desbórdose una vez como un torrente,
Y exclamó llena de viril denuedo:
«No he de callar, por más que con el dedo,
Ya tocando los labios, ya la frente,
Silencio avises ó amenaces miedo.»

Y al estampar sobre la herida abierta
El hierro de su cólera encendido,
Tembló la concusión, que siempre alerta,
Incansable y voraz, labra su nido,
Como gusano ruin en carne muerta,
En todo Estado exánime y podrido.

Arranque de dolor, de ese profundo
Dolor que se concentra en el misterio,
Y huye amargado del rumor del mundo,
Fué su sangrienta sátira cauterio
Que aplicó sollozando al patrio imperio
Mísero, gangrenado y moribundo.

¡Ah! si hoy pudiera resonar la lira
Con que Quevedo descendió á la tumba,
En medio de esta universal mentira,
De este viento de escándalo que zumba,
De este fétido hedor que se respira,
De esta España moral que se derrumba;

De la viva y creciente incertidumbre
Que en lucha estéril nuestra fuerza agota;
Del huracán de sangre que alborota
El mar de la revuelta muchedumbre;
De la insaciable y honda podredumbre

Que el rostro y la conciencia nos azota;

De este horror, de este ciego desvarío
Que cubre nuestras almas con un velo,
Como el sepulcro, impenetrable y frío;
De este insensato pensamiento impío
Que destituye á Dios, despuebla el cielo,
Y precipita el mundo en el vacío;

Si en medio de esta borrascosa orgía
Que infunde repugnancia al par que aterra,
Esa lira estallara, ¿que sería?
Grito de indignación, canto de guerra,
Que en las entrañas mismas de la tierra
La muerta humanidad conmovería.

Mas porque el gran satírico no aliente,
¿Ha de haber quien contemple y autorice
Tanta degradación, indiferente?
« ¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente? »

¡Cuantos sueños de gloria evaporados,
Como las leves gotas de rocío
Que apenas mojan los sedientos prados!
¡Cuanta ilusión perdida en el vacío,
Y cuántos corazones anegados
En la amarga corriente del hastío!

No es la revolución raudal de plata
Que fertiliza la extendida vega:
Es sorda inundación que se desata.
No es viva luz que se difunde grata,
Sino confuso resplandor que ciega,
Y tormentoso vértigo que mata.

Al menos en el siglo desdichado
Que aquel ilustre y vigoroso vate
Con el rayo marcó de su censura,
Podía el corazón atribulado
Salir ileso del mortal combate
En alas de la fe radiante y pura.

Y apartando la vista de aquel cieno
Social, de aquellos fétidos despojos,
De aquél lúbrico y torpe desenfreno,
Fijar llorando sus ardientes ojos
En ese cielo azul, limpio y sereno
De santa paz y de esperanzas lleno.

Pero hoy, ¿dónde mirar? Un golpe mismo
Hiere al César y á Dios. Sorda carcoma
Prepara el misterioso cataclismo,
Y como en tiempo de la antigua Roma,
Todo cruje, vacila y se desploma
En el cielo, en la tierra, en el abismo.

Perdida en tanta soledad la calma,
De noche eterna el corazón cubierto,
La gloria muda, desolada el alma,
En este pavoroso desconcierto
Se eleva la razón, como la palma
Que crece triste y sola en el desierto.

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria
Mayor? ¿Dónde más hondo desconsuelo?
¿De qué la sirve desgarrar el velo
Que envuelve y cubre la vivaz materia,
Y con profundo inextinguible anhelo
Sondar la tierra, escudriñar el cielo,

Entregarse á merced del torbellino,

Y en la duda incesante que la aqueja
El secreto inquirir de su destino;
Si á cada paso que adelanta deja
Su fe inmortal, como el vellón la oveja,
Enredada en las zarzas del camino?

¿Si á su culpada humillación se adhiere
Con la constancia infame del beodo,
Que goza en su abyección y en ella muere?
¿Si ciega, y torpe, y degradada en todo
Desconoce su origen, y prefiere
Á descender de Dios, surgir del lodo?

¡Libertad, libertad! No eres aquella
Virgen, de blanca túnica ceñida,
Que vi en mis sueños pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
Que alumbra con su luz, como una estrella,
Los oscuros abismos de la vida.

No eres la fuente de perenne gloria
Que dignifica el corazon humano
Y engrandece esta vida transitoria.
No el ángel vengador que con su mano
Imprime en las espaldas del tirano
El hierro enrojecido de la historia.

No eres la vaga aparición que sigo
Con hondo afán desde mi edad primera,
Sin alcanzarla nunca...Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera,
¡Licencia desgreñada, vil ramera
Del motín, te conozco y te maldigo!

¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía
Los humanos instintos se desborden

Con el rugido del volcán que estalla,
Y en medio del tumulto y la anarquía,
Como corcel idómito, el desorden
No respete ni látigo ni valla.

¿Quién podrá detenerle en su carrera?
¿Quién templar los impulsos de la fiera
Y loca multitud enardecida,
Que principia á dudar, y ya no espera
Hallar en otra luminosa esfera
Bálsamo á los dolores de esta vida?

Como Cristo en la cúspide del monte,
Rotas ya sus morales ligaduras,
Mira doquier con ojos espantados
Por toda la extensión del horizonte
Dilatarse á sus pies vastas llanuras
Ricas ciudades, fértiles collados.

Y excitando su afán calenturiento
Tanta grandeza y tanto poderío,
De la codicia el persuasivo acento
Grítale audaz:—¡El cielo está vacío!
¿Á quién temer?—Y ronca y sin aliento
La muchedumbre grita:—¡Todo es mío!

Y en el tumulto su puñal afila,
Y la enconada cólera que encierra
Enturbia y enarderce su pupila,
Y ensordeciendo el aire en són de guerra,
Hace temblar bajo sus pies la tierra
Como las hordas bárbaras de Atila.

No esperéis que esa turba alborotada
Infunda nueva sangre generosa
En las venas de Europa desmayada,

Ni que termine su fatal jornada,
Sobre el ara desierta y polvorosa
Otro Dios levantando con su espada.

No esperéis, no, que la confusa plebe,
Como santo depósito en su pecho
Nobles instintos y virtudes lleve.
Hallará el mundo á su codicia estrecho,
Que es la fuerza, es el número, es el hecho
Brutal, ¡es la materia que se mueve!

Y buscará la libertad en vano,
Que no arraiga en los crímenes la idea,
Ni entre las olas fructifica el grano.
Su castigo en sus iras centellea
Pronto á estallar; que el rayo y el tirano
Hermanos son. ¡La tempestad los crea!

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Idilio.

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,
Que á la vida despiertas
En nuestra breve primavera hermosa!

¡Volved, volved á mí! Tended el vuelo

Y bajadme del cielo
La imagen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
Y vuestras leves alas
Refresquen ¡ay! mi corazón marchito.

Era á principios del ardiente Julio.
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plauto, *Anquises y Medea*,
Rompiendo su enojosa disciplina,
La turba estudiantina
Regresaba con júbilo á su aldea

¡Hace ya tanto tiempo! era yo mozo:
Negro y sedoso bozo
Mi sonrosado labio sombreaba.—
Emprendí cuando todos mi camino
Galopando sin tino.
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

¿Y nadie más? ¡Ay! sí. Mi compañera
Alegre y hechicera
En los mejores años de la vida;
La inseparable amiga de la infancia,
Flor de inmortal fragancia
Que llevo en mis recuerdos escondida.

Niña de corazón sencillo y puro,
En el rincón oscuro
De humilde pueblo se crió conmigo.
Encontróse al nacer huérfana y sola;
Pero mi hogar prestóla
Blando regazo y paternal abrigo.

No alteró nuestra dicha sombra alguna:
En nuestra honrada cuna

Nos durmió un mismo beso, un mismo canto.
Juntos como dos pájaros crecimos,
Y juntos compartimos
La pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

¡Cuán hondo surco en mi memoria labra!—
La primera palabra
Que balbució su labio fué mi nombre.
Yo la enseñe con fraternal cariño
Las plegarias del niño,
Que suele á veces olvidar el hombre.

Desde el alba hasta el término del día
La gente nos veía
Vagar sin rumbo en infantil concierto.
¡Siempre andábamos juntos! Siempre unidos
Buscábamos los nidos
En los frondosos árboles del huerto.

¡Cuántas veces con sustos y congojas
Entre las verdes hojas
Crujir sentimos la insegura rama,
Y antes de aprovecharnos del aviso,
Hallamos de improviso
Lecho impensado en la mullida grama!

¡Cuántas veces corriendo descuidados
Por viñas y sembrados
Nos postró la fatiga del camino,
Y á la luz del crepúsculo, ya escasa,
Volvíamos á casa
En el carro de mies de algún vecino!

Rápidas al pasar y halagadoras
Las no contadas horas
Nos hallaban tranquilos y risueños.

Hasta cuando la noche negra y fría
Piadosa nos rendía,
Juntos los dos jugábamos en sueños.

El tiempo deslizóse dulcemente
Como mansa corriente
Que cruza el hondo valle, limpia y clara.
Pero yo tuve edad, y como es uso,
Mi buen padre dispuso
Que mis graves estudios empezara.

¡Conservaré el recuerdo mientras viva
Sin pena á dejar iba
Por vez primera los paternos lares;
Mi amante madre preparaba inquieta
La estudiantil maleta,
Y sin querer llorar, lloraba á mares.

Mi padre enternecido, aunque severo,
Ensillaba el overo
Que ya esperaba indócil á la puerta.
La hermosa niña, casi adolescente,
Inclinaba la frente,
Callada y sin color como una muerta.

En confusión ruidosa, pero grata,
La loca cabalgata
De otros muchachos, á buscarme vino.
Rayaba apenas la rosada aurora.
—¡Vamos, Juan, que ya es hora!—
Gritó la turba y prosiguió el camino.

Mi madre entonces con abrazo estrecho
Me atrajo hacia su pecho,
Devorándome á besos trastornada.
Y mi padre decía, ahogado en llanto:

—¡Mujer, no es para tanto!
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada.—

Puse fin á la triste despedida,
Monté, tendí la brida
Y seguí en pos del bullicioso bando.
Aún escuché gritar: —¡Que escribas, hijo!—
La niña nada dijo,
Mas se abrazó á mi madre sollozando.

¡Fué terrible y patético el momento!
Yo, hasta entonces contento,
Conmovido lloré, perdí la calma.
La ansiada libertad me sonreía;
Pero ¡ay de mí! sentía
Que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

Pocos meses después, de amor henchido,
Tornaba al patrio nido,
Fija en su santa paz mi única idea.
¡Oh ventura! á los últimos reflejos
Del sol, y ya no lejos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

Doblaba lentamente la campana;
Ancha franja de grana
Teñía el cielo de matices rojos;
Sepultábase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso,
Y el llanto del placer cegó mis ojos.

No tardé en reponerme, y ya sereno
Solté á mi potro el freno,
Dejándole correr á su albedrío.
Volaba envuelto en nube polvorosa;
Pero una voz gozosa
Me contuvo diciendo:—¡Ay, hijo mío!—

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita,
Que sobre loma desigual descuella,
Dándole gracias, por mi vuelta, al cielo,
Con impaciente anhelo
Me aguardaba mi madre, y ¡también *ella!*

Quedéme al verla extático y absorto.
Roto había en tan corto
Plazo el botón de rosa su clausura,
Hiriéndome de pronto como un rayo,
Aquella flor de Mayo
En todo el esplendor de su hermosura.

Ella estaba encendida, yo confuso.
Por fin mi madre puso
Término á mi ansiedad apasionada:
Observó nuestro tímido embarazo,
Y con amante abrazo
Nos oprimió á los dos enajenada.

En la santa explosión de su alegría
Sus besos repartía
Entre nosotros, anhelante y loca;
Y con afán mi corazón sediento
Aspiraba el aliento
De la púdica virgen en su boca.

Mezquino y débil el lenguaje humano,
Pretendería en vano
Pintar nuestra emoción intensa y viva.
No es posible decir lo que sentimos;
Pero al lugar volvimos,
Yo cabizbajo y ella pensativa.

Mas, ¡ay! mi encanto se deshizo en breve.

Duró lo que la nieve
Que no llega á cuajar en la llanura.
¡Un instante no más! Sólo un instante
Animó su semblante
Fugitivo destello de ternura.

No acertaba á explicarme su mudanza:
La ingenua confianza
De la edad infantil trocó en desvío,
Y los alegres juegos que animaron
Nuestra niñez, pasaron
Como pasan las ondas por un río.

Apuré la amargura hasta las heces:
Á veces grave, á veces
Adusta, y pronta siempre en sus enojos,
Me hablaba sin razón con gesto esquivo,
Y sin ningún motivo
Se llenaban de lágrimas sus ojos.

Desde el alba hasta el término del día
Ya nadie nos veía
Vagar sin rumbo en fraternal concierto.
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
Buscábamos los nidos
En los frondosos árboles del huerto.

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
Pasaba por su lado,
Tranquilo en la apariencia y satisfecho.
Era oponer la indiferencia al dolo;
Mas al quedarme solo
Se me saltaba el corazón del pecho.

Entonces ¡ay de mí! pensando en *ella*,
Dirigía mi huella

Hacia las ruinas del feudal castillo,
Que sobre estéril y ondulada mota
Alza su frente rota
Sin almenas, sin puente ni rastrillo.

Elévase fantástica y disforme
Aquella mole enorme
Que muestra de los siglos el estrago:
Crece en las hendiduras de la piedra
La trepadora hiedra
Y al pie del muro el triste jaramago.

Sólo las bulliciosas golondrinas
Turban de aquellas ruinas
La paz solemne con sesgado vuelo ,
Y alguna alondra al ascender inquieta,
Símbolo del poeta,
Que cuando canta se remonta al cielo.

En muda calma y soledad medrosa
Parece que reposa
Aquel gigante por la edad rendido.
Hasta un arroyo, que á sus plantas corre
Y la vetusta torre
Proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

Para vencer mi insoportable tedio,
Y hallar algún remedio
Á mis ansias prolijas y secretas,
Con brazo vigoroso y pie seguro
Subía por el muro
Buscando apoyo en sus profundas grietas.

Ágil, robusto, dueño de mí mismo,
Á traves del abismo,
Alzábame hasta el fin, no sin trabajo,

Para ver en confusa perspectiva
La imensidad arriba
Y la tristeza del silencio abajo.

Las aves que en la torre se acogían,
Al acercarme huían,
Y solo con mis penas en la altura,
De codos en el ancho parapeto,
Miraba con respeto
El cielo azul y la feraz llanura.

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo,
Apartado del mundo
En aquel torreón del homenaje,
Con íntima y tenaz melancolía
Se engolfaba y hundía
En la infinita calma del paisaje!

Ni aislada roca, ni escarpado monte
Del diáfano horizonte
El indeciso término cortaban:
Por todas partes se extendía el llano
Hasta el confín lejano
En que el cielo y la tierra se abrazaban.

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!
¡Oh campos de Castilla
Donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cautivo!....
¡Con qué placer tan vivo
Se espaciaba mi vista en vuestro seno!

Cual dilatado mar, la mies dorada
A trechos esmaltada
De ya escasas y mustias amapolas,
Cediendo al soplo halagador del viento

Acompasado y lento,
Á los rayos del sol mueve sus olas.

Cuadrilla de atezados segadores,
Sufriendo los rigores
Del sol canicular, el trigo abate,
Que cae agavillado en los inciertos
Surcos, como los muertos
En el revuelto campo de combate.

Corta y cambia de pronto la campiña
Alguna hojosa viña
Que en las umbrías y laderas crece,
Y entre las ondas de la mies madura,
Cual isla de verdura,
Con sus varios matices resplandece.

Serpean y se enlazan por los prados,
Barbechos y sembrados,
Los arroyos, las lindes y caminos,
Y donde apenas la mirada alcanza,
Cierran la lontananza
Espesos bosques de perennes pinos.

Por angostos atajos y veredas,
Los carros de anchas ruedas
Pesadamente y sin cesar transitan,
Y sentados encima de los haces,
Rapazas y rapaces
Con incansable ardor cantan ó gritan.

Lleno de majestad y de reposo
El Duero caudaloso
Á traves de los campos se dilata:
Refleja en su corriente el sol de estío,
Y el sosegado río

Cinta parece de bruñida plata.

Ya oculta de improviso una alameda
Su marcha mansa y leda;
Ya le obstruye la presa de un molino,
Y como potro á quien el freno exalta,
Párase, el dique salta,
Y sigue apresurado su camino.

En las tendidas vegas y en las lomas,
Cual nidos de palomas,
Se agrupan en desorden las aldeas,
Y en la atmósfera azul, pura y tranquila,
Ligeramente oscila
El humo de las negras chimeneas.

En las cercanas eras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
Contempla el dueño la creciente hacina,
Y mientras un zagal apura el jarro,
Otro descarga el carro
Que bajo el peso de la mies rechina.

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
Que poderosas yuntas
Mueven en rueda, con afán trabaja.
Y cual premio debido á su fatiga
Desgránase la espiga,
Y salta rota la reseca paja.

Una pesada tarde en que el bochorno
Como el vapor de un horno
Caldeaba la tierra, embebecido
Y suspenso ante el vasto panorama,
Que al pie se desparrama
De la alta torre, me quedé dormido.

Ignoro el tiempo que postrado estuve.
Caliginosa nube
Encapotó el espacio, antes sereno.
Dominábame el sueño blandamente,
Hasta que de repente
Me despertó sobresaltado un trueno.

Era de noche ya. Con hondo espanto
Vi que el lóbrego manto
De las densas tinieblas me envolvía.
Recordé el sitio, calculé la altura,
É insólita pavura
Deshizo como sombra mi energía.

Quise medir la elevación del muro,
Y se perdió en lo oscuro
Del fondo impenetrable mi mirada.
Grité, volví á gritar: todo fué en vano.
Estaba mudo el llano,
Muda la inmensa bóveda enlutada.

Mi invencible terror iba en aumento:
Convulso, sin aliento,
La señal de la cruz besé contrito.
En aquella ocasión volvíme loco,
Y empecé poco á poco
Á bajar por la mole de granito.

¡Un siglo para mí fué cada instante!
Bregaba jadeante,
Hincando con furor en la muralla
Manos y pies, tan ciego y trastornado
Como el pobre soldado
Que por primera vez entra en batalla.

Volaban junto á mí, tristes y graves,

Las temerosas aves
Que despertaba al descender yo mismo.
¡Ya escuchaba el murmullo del arroyo!
Mas ¡ay! perdí el apoyo,
Y oscilando quedé sobre el abismo.

Me así al ramaje respirando apenas.
La sangre de mis venas
Corrió con ritmo acelerado y duro.
Desvanecido, horripilado, incierto,
Y de sudor cubierto,
Buscaba en vano con mis pies el muro.

¡Aún el recuerdo abrumador me arredra!
Crujió la débil hiedra
Entre mi mano trémula y crispada.
Súbitamente atravesé el sombrío
Espacio, sentí frío,
Luego un dolor agudo, luego... ¡nada!

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
Recogióme un vecino
Al pie del muro, exánime y maltrecho.
Cuando volví de mi mortal letargo
Vertían llanto amargo
Las prendas de mi amor, junto á mi lecho.

—¡Vive!—mi padre alborozado dijo.
—¡Vive!—con regocijo
Mi madre repitió, mirando al cielo;
Ella en silencio se enjugó los ojos.
Postráronse de hinojos,
Y la santa oración levantó el vuelo.

Penosa fué mi curación y lenta.
Tan recia y violenta

Sacudida sufrí, que estuve inerte,
Postrado y sin hablar noches y días,
Esperando las frías
Y espantosas caricias de la muerte.

¡Cuántas veces en horas de martirio,
Cuando tenaz delirio
Mi razón y mis miembros embargaba,
Cuando la abrasadora calentura
Mi soledad oscura
De visiones terríficas poblaba,

Con la sedosa cabellera suelta,
Forma gentil y esbelta
Parecióme entrever en mi extravío,
Que se acercaba pálida, intranquila,
Clavando su pupila
Con honda angustia en el semblante mío!

¿Era ficción ó realidad? ¡Quién sabe!
¿Soñaba cuando el suave
Calor sentía de furtivo beso
Que se posaba en mí, como se posa
La leve mariposa,
Sin que la débil flor se doble al peso?

¿Soñaba cuando triste ó satisfecha,
En lágrimas deshecha
Ó risueña y feliz, según mi estado,
Mirábala sumisa á mis menores
Caprichos y dolores,
Como un ángel de Dios siempre á mi lado?

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,
¿Qué saca el pobre leño,
Despojo inútil de la mar bravía,

Sino hacer más pesadas sus congojas,
Con recordar las hojas
Que le vistieron de verdor un día?

Al cabo pude abandonar el lecho;
Mas ¡ay! no sin despecho.
Porque á medida que la sangre ardiente
Daba á mis miembros el vigor perdido,
Mi dulce bien querido
Recobraba su aspecto indiferente.

Cierto día, en las horas de la siesta,
Cuando la luz molesta
Y un viento sin rumor todo lo arrasa,
Al pie tendido en la agostada alfombra,
De un árbol cuya sombra
El sol marchita, pero no traspasa,

Dejaba en perezoso enervamiento
Vagar mi pensamiento,
Atormentado de traidora duda.
Ella, cerca de mí, dándome enojos,
No apartaba los ojos
Del bastidor, ensimismada y muda.

—¿Qué causa su cariño me enajena?—
Con indecible pena
Me preguntaba yo.—¿Por qué me trata
Con tal rigor y tan esquivo ceño?—
De mí no era ya dueño,
Y exclamé sin pensar:—¡Ingrata, ingrata!

Sin duda percibió mi ahogado grito.
Miróme de hito en hito
Breves instantes, levantóse incierta
Cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,

Y me tendió su mano,
Que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

—¡Sufres!—me dijo con afán—¿Qué tienes?
¿Con tan fieros desdenes
Paga tu afecto la mujer que adoras?
Tu incurable aflicción me causa miedo.
¡Ay de mí! que no puedo
Sino llorar contigo cuando lloras.—

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
¿No era unir el sarcasmo
Á la traición? ¿Las burlas al desvío?
La indignación profunda que me ahogaba,
Rompió al fin, como lava
Que se convierte en inflamado río.

—¡Goza, gózate!—dije—fementida,
En enconar la herida
Que con tu injusta indiferencia has hecho.
¡Ojalá fuera fácil olvidarte!
Que por dejar de amarte
Me arrancaría el corazón del pecho.—

Yo la vi entonces fascinada y ciega
Llegar á mí, cual llega
La enamorada tórtola al reclamo.
Era débil su voz como un gemido.
Y murmuró á mi oído:
—¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

Quebrante la pasión que me sofoca
La cárcel de mi boca.
¡He llorado en silencio tantos días!
¿No me roban tu amor otras mujeres?
¿Es verdad que me quieres?

¡Si me engañaras, Juan, me matarías!

No sabes que esta bárbara sospecha,
Como acerada flecha
Me ha traspasado el corazón. ¡Ay! ¡cuánto,
Cuánto he sufrido!...—Hablábame gozosa,
Y en su mejilla hermosa
La risa se mezclaba con el llanto.

Yo la escuchaba extático... ¡Aún la veo!
¡Aún en el alma creo
Que resuena su voz, su voz vibrante
Como el último acorde de una lira!
¡Aún me llama, aún suspira,
Apasionada siempre y siempre amante

Desbordó mi cariñó cual desborda
La mar rugiente y sorda,
Y con febril ardor, de que me acuso,
Quise estrecharla entre mis brazos, cuando
De súbito llegando,
Entre los dos mi madre se interpuso.

Bajé la frente de vergüenza lleno.
En el materno seno
Corrió á ocultar su rostro la doncella.
Clavó mi madre en mí sus ojos graves,
Y dijo:—Cuando acabes,
Si la mereces, Juan, vuelve por ella.—

Marché á estudiar con redoblado brío.
Ni el ocio ni el hastío
Mitigaron un punto mi ardimiento.
No tuve un solo instante de desmayo.
¡El rayo, el puro rayo
De su amor me encendía el pensamiento!

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido
Regresé al patrio nido,
Como el que nada busca ni desea.
Á los fugaces últimos reflejos
Del sol, y ya no lejos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

Doblaba lentamente la campana.
Ancha franja de grana
Teñía el cielo de matices rojos.
Sepultábase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso
Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita,
Á cuyos muros me llegué temblando,
Aguardábame sola y enlutada
Mi madre idolatrada,
Que se arrojó en mis brazos sollozando.

La estreché desolado y convulsivo.
—¡Murió! ¿para qué vivo?—
Grité con ansia inacabable y fiera.
Mi madre dijo señalando al cielo:
—Dios calmará tu duelo.
¡Es la vida tan corta!.... ¡Ora y espera!

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Magdalena.

I. Aspecto general de Judea.—Jerusalem.
II. Las judías.—Magdalena.—Sus encantos.—Sus vicios.
III. Sermón en el monte de Betsaida.
IV. Arrepentimiento de Magdalena.—Amor divino. — Grandes angustias.
V. Jesús en casa de un fariseo.— La pecadora á los pies de Cristo.—Perdón de Magdalena.

I.

Venid á contemplar de la Judea
Los montes escarpados,
Los áridos desiertos abrasados,
Y del tranquilo mar de Galilea
Los bordes esmaltados
Con fragantes verjeles
De azucenas, de nardos y claveles.
Riega el Jordán undoso,
Rey de los ríos, raudo y caudaloso,
Extendidas y fértiles praderas
Cuajadas de olivares,
De cedros seculares,
De altísimas y lánguidas palmeras.
De Samaria subid á la colina,
De Tabor á la cumbre majestuosa;
Escuchad del Cedrón la tormentosa
Corriente cristalina
Rompiéndose en arroyos y cascadas;
Bajad de Getsemani al huerto ameno,
De jugosas granadas

Y perfumados terebintos lleno.
Mas el paso tened: la amarillenta,
La Muerta Mar por el Oriente asoma,
Laguna macilenta,
Que cubre el llano que manchó Sodoma.
Ni las auras agitan,
Ni los peces habitan
El turbio, inmundo seno
De aquel lago fatal, mar de veneno;
Y si un ave atrevida
Sobre él las alas tiende,
Párase, vuelve atrás, desvanecida,
En revuelto espiral rauda desciende
Y en el callado mar flota sin vida.
El pobre albergue de Belén dichoso
Ved, y de Jericó la flor temprana;
Seguid la soñolienta caravana,
Que el desierto arenoso
Cruzando va con paso perezoso.

Ya de Jerusalem el alto muro
Píntase en el oscuro
Y lejano horizonte:
La escogida ciudad, la ciudad santa,
Al pie de estéril ceniciento monte
La regia sien con majestad levanta;
La ciudad del profeta,
Ensalzada con cántico armonioso
Por el sacro pastor, rey y poeta;
La perla del Oriente,
Donde alzó Salomón el portentoso
Templo al Omnipotente,
Que todo un pueblo fabricó anheloso
De hacer á Dios magnífico presente.
De la alma paz bajo la verde oliva

Acrecen su opulencia y su grandeza;
La asiática riqueza
Veréis doquier en la ciudad altiva:
De la Arabia los rápidos corceles,
Del Egipto las mieses abundantes,
De las fieras de Libia rubias pieles,
Vinos de Chipre, de Indostán diamantes,
De Persia los brocados,
Los mármoles de Italia celebrados,
Del Líbano los cedros y nogales,
Y en confusión espléndida hacinados
Oro de Ofir, zafiros y corales.

II.

Viven allí bellísimas mujeres:
Las de morena tez y ojos rasgados
(Que abrillantan y entornan los placeres),
Las del erguido y elegante cuello,
De dientes nacarados,
Aguileña nariz, negro cabello;
Mujeres hechiceras
Con la suelta esbeltez de las palmeras,
De formas torneadas,
Cual estatuas por Fidias modeladas.
Y entre todas descuella,
Como en florido edén rosa encendida,
Magdalena, la bella
De mirada atrevida,
De turbulenta y desastrosa vida.
Cuando lanzando el sol destellos rojos
Se sepulta en el mar, de su morada
Vedla salir: de fuego son sus ojos,
Y es su boca la flor de la granada;
La túnica azulada

Con áureo cinturón va recogida:
Con sandalia oprimida
Sujeta su pie breve,
Lascivo prisionero,
Nítido como el ampo de la nieve;
Blanco velo ligero
Más señala que encubre los hechizos
De su turgente pecho levantado,
Y ondula por la espalda el destrenzado
Cabello en luengos vaporosos rizos.
Y esa hermosa tan joven y gallarda
Es cincelado vaso de oro puro
Que sólo flores agostadas guarda,
Ruina que cubre diamantino muro.
Sin escuchar la voz de los deberes
Es su idea constante
Fingir pasiones, inventar placeres,
Y cada sol conoce nuevo amante.
Sirena engañadora,
Risueña y tierna ora
Se muestra, ora doliente;
Ya la máscara adopta seductora
De modestia inocente;
Ya el deseo adormido
Cauta despierta con desdén fingido;
Ya voluptuosa, lánguida, indolente,
Sobre lecho de flores recostada,
Suspira del amor dulces pesares,
Como la enamorada
Esposa del *Cantar de los Cantares*.
De la embriaguez de amor á la del vino,
Del lupanar pasando á las orgías,
Rodando van sus miserables días
En un vertiginoso torbellino:
Y si al salir de fiesta bulliciosa

Hondo temor de su alma se hace dueño,
Piensa que la conciencia que la acosa
Sólo es fantasma de mentido ensueño.
Así de aquella envilecida hermosa
Pasan los breves años,
No exentos de dolor y desengaños;
Que ni por senda fácil, ni escabrosa,
Ni en marcha pronta, ni con paso tardo,
Se arriba en este mundo á la ventura;
Ni ciñe la hermosura,
Para quebrar de la desdicha el dardo,
Damasquina armadura.

III.

En clarísimo día,
Del monte de *Betsaida* ve en la cumbre
Magdalena apiñada muchedumbre
Que la palabra de Jesús oía.
Nunca, hasta aquel momento,
El solemne, tranquilo y dulce acento
Pudo escuchar del Hijo de María,
Ni contempló su varonil belleza,
Ni la santa pureza,
Que en su mirada angelical ardía.
Y con pausada voz, firme y sonora,
Con ademán sencillo y majestuoso
Dice Cristo á la turba pecadora
Que le escucha en silencio respetuoso:
—«Hijos vosotros sois del Sér divino
«Que de la Ley las tablas dió á Judea;
«De la virtud seguid por el camino
«Que Él os trazó, por áspero que sea.
«No me manda mi Padre á castigaros,
«Que me manda á enseñaros,

«Las preces á escuchar de los que imploran,
«Los ojos á enjugar de los que lloran,
«Y á morir en la Cruz para salvaros.
«Mirad al Rey que os anunció el Profeta:
«Soy el Hijo de Dios, soy el Mesía,
«Que el rayo apaga, que la mar aquieta,
«Del viejo amparo, de la infancia guía.
«No llevo manto regio, cetro de oro,
«Ni diadema altanera;
«La humildad y el amor son mi tesoro;
«Mi ley, la ley de la virtud severa;
«Mis próceres serán los desgraciados,
«Y sin lanzas, ni aceros, ni soldados,
«Vengo á regir la humanidad entera.—
«Si de la tierra os hieren los abrojos
«Al alto cielo convertid la frente;
«Si escandalizan vuestros propios ojos,
«Las pupilas cegad con hierro ardiente.
«La obra que á Dios complace
«No sirva de satánico trofeo;
«Perseguid el pecado cuando nace
«Y en los pliegues se oculta del deseo.
«Porque, en verdad os digo,
«Que acuda á mi presencia
«Del niño con la cándida inocencia
«El que al cielo subir quiera conmigo,
«Y destierre de su alma la venganza,
«Y vuelva bien por mal al enemigo:
«Yo soy la caridad, soy la esperanza.
«Haced el bien, y sin alarde vano,
«Sin ostentosa muestra:
«Que ignore la siniestra
«El que ejecuta la derecha mano.
«De la opulencia la dorada llave
«No abre la puerta de mi sacro templo,

«Desprecie la riqueza quien me alabe:
«Yo, que el precepto doy, doy el ejemplo.
«Vedme humillado, sin vivienda, pobre:
«Que tiene el pez bajo la mar salobre
«Su mansión escondida,
«Tiene su pardo nido el ave tierna,
«La selvática fiera su caverna,
«Y el insecto guarida:
«Sólo Jesús, que á predicaros viene
«La religión de paz y de pobreza,
«Sólo el Hijo de Dios, ni piedra tiene
«Do recostar la celestial cabeza.»

IV

¡Con qué dulzura tan divino acento
De Magdalena vibra en el oído!
¿Qué suave sentimiento,
Qué misterioso amor desconocido
Su espíritu abatido vivifica?
¿Qué hálito divinal la purifica?
¿Quién en tan breve espacio y de tal suerte
En diáfano cristal barro convierte?
¡Cómo se vuelve á erguir la flor marchita
Al respirar el aura
Que el eco lleva de la voz bendita
Y el mustio brillo de la flor restaura!
¡Cómo recobra el virginal aroma
De naciente capullo!
Figúraseme ver nívea paloma
Que el camino olvidó del patrio nido,
Y escucha de improviso tierno arrullo
Del compañero que juzgó perdido,
Y con atento oído,
Los ojos negros elevando al cielo,

Hacia la amada voz dirige el vuelo;
Deja del valle las hojosas galas,
Rápida tras su amor se precipita,
Y más ligero que sus raudas alas
Su alborozado corazón palpita.
Pero ¿qué nube de mortal tristura
De Magdalena el rostro descolora,
Y trueca en noche oscura
El claro albor de su rosada aurora?
Tiembla, la frente baja, se retira.
¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
Con vergüenza se mira,
Recordando su vida se estremece,
Y el aire triste, que en su torno gime,
Murmullo de sus culpas le parece.
Convulsa, al revolver en su memoria
De su agitada historia
Los recuerdos livianos,
Rasga el bello cendal que la engalana,
Y el rubor comprendiendo de Susana,
El seno encubre con entrambas manos.
De entonces, por doquier Cristo marchaba,
Una mujer de lejos le seguía,
Que ansiosa sus palabras aspiraba;
Mas llegar á sus pies no se atrevía,
Y en raudales de llanto se anegaba.
¡Cuán mísera del alma es la existencia
Al despertar de la embriaguez del vicio
Y al verse en el cristal de la conciencia
Sumida en insondable precipicio!
Invisible semilla
Suele á veces dejar el aura inquieta
De estéril roca en caprichosa grieta,
Y brota allí modesta florecilla;
Próvida lluvia su corola moja,

Pero el muro fatal que la sujeta
La seca, la deshoja,
Y la raíz endeble
Trunca y deshace de la planta feble.
Tal el mal arraigado
Puro y sublime amor de Magdalena
No puede florecer; de su pasado
La durísima cárcel le refrena,
Le ahoga, le envenena;
Y se ve condenada
Á abrigar el amor de los querubes
Cuando no es digna ya de ser amada.
Quiere volar y traspasar las nubes,
Y su vuelo entorpece
El cieno impuro que en sus alas pesa,
Y gime, y se fatiga, y palidece,
Y su dorada cabellera mesa,
Y en continuo suspiro desfallece.
Huye del vivo resplandor del día;
Para llorar sus penas sin testigos
Busca el silencio de la noche umbría.
Tan rápida mudanza
De sus torpes amigos
Desabrido desden tan sólo alcanza.
Sin alma alguna que en su apoyo acuda,
Ve en la insolente faz del vulgo necio
La irónica sonrisa de la duda,
La irritante mirada del desprecio.
Quizá en su solitario desamparo
Á sí propia se dice Magdalena;
Que es el dón de la vida dón bien caro
Si no hay placer sin mal, ni mal sin pena.

V

Infelice mujer arrepentida,

Que irrealizable juzgas el deseo
De verte nuevamente enaltecida,
Alza la frente, que en tu afán sumida,
Á tu lado no has visto
Con lenta majestad pasar á Cristo.
Marcha, marcha en pos de él. De un fariseo
Penetra en la morada,
De un hijo de Satán, del vil engaño.
¡Regocíjese el alma atribulada,
Viendo que el buen pastor deja el rebaño
En busca de la oveja descarriada!
¡No recuerdas, mujer, cuando decía
Que no bajaba al mundo
Á fulminar castigos, iracundo,
Y que á salvar la humanidad venía?
Sí, ya tu pecho alienta,
Ya ansiosa te levantas,
Y cual va al manantial corza sedienta,
Corres tras Él, te arrojas á sus plantas,
Y besando sus pies, viertes sobre ellos
Suave y rico tesoro
De esencias orientales,
Y en larga vena lastimero llanto;
Los secas con el largo velo de oro
De tus blondos cabellos;
Á las ansias mortales
De tu rudo quebranto
Dando tregua un momento,
Al Hombre-Dios adoras
En extático y mudo arrobamiento,
Y con callada voz perdón imploras.
Alza la frente mustia,
Y contempla del sol la luz serena:
Tras largas horas de ignorada angustia,
Tu bienandanza labras;

Tiembla de gozo santo, Magdalena,
Y oye de Jesucristo las palabras:
«Mujer, há tiempo que tu mente sigo;
«Mujer, há tiempo que tu voz escucho,
«Cuando en tu pensamiento hablas conmigo:
«*Yo te perdono, porque amaste mucho.*
«Del mal rompiste con vigor los lazos,
«Levántate del suelo,
«Que Dios te acoge en sus paternos brazos.
«Quien llora sus pecados gana el cielo.»

LARMIG. *

Carta al señor D. Pedro A. de Alarcón.

ACERCA DE LA POESÍA.

Amigo, cedo al fin, Los que dispersos
Entregué al aire vano
En mi edad juvenil fútiles versos,
Hoy con piadosa mano
Recojo y cierro en el modesto libro,
Que al triste olvido de la edad entrego,
Ó al duro fallo de los tiempos libro.

* Pseudónimo de Martínez Guertero.

Lo engendré en la nocturna
Fiebre de mis pasiones primerizas,
Y hoy guardo en él, como en sagrada urna,
Del corazón las cálidas cenizas.
En él estan mis infantiles sueños,
El laurel disputado en arduas lizas,
De la osada ambición locos empeños,
La fe jurada, la esperanza muerta,
La aspiración incierta,
Los horizontes del amor risueños:
Cuanto amé y esperé. Huecas y frías
En el oído extraño,
Ajeno á mi placer, sordo á mi daño,
Sonarán siempre las canciones mías;
Pero, al volver sus páginas, yo encuentro
Mi gozo entre ellas ó mi antigua angustia,
Cual suele hallarse dentro
De un olvidado libro una flor mustia.

Yo cobarde no oculto
Mi fé en tí, desdeñada Poesía,
Ni el ciego amor y el fervoroso culto
Con que en tus aras me postré algun día:
No reniego de tí cuando la mofa,
Cuando el villano insulto
Responden solo á tu vibrante estrofa:
No aparto de mi labio
De tu cáliz de hiel las negras heces,
Ni te abandono al miserable agravio,
Ó á las burlas soeces
Del vulgo, indigno de tu noble estro;
Y cuando ante el siniestro
Tribunal vas de tus inícuos jueces,
Yo, discípulo tuyo, por tres veces
No negaré al Maestro.

¡Santa palabra de Jehová!
—Con ella
Moisés cantó el enojo
Con que borró de Faraón la huella
En sus líquidos antros el Mar-Rojo:
Con ella sobre Nínive sujeta
Al yugo del pecado, y sobre Tiro,
Y en la ancha plaza de Sidón inquieta,
Quejumbroso suspiro
Ó eterna maldición lanzó el Profeta:
Con ella junto al cauce
Del extranjero río, su salterio
Colgando al tronco del umbroso sauce,
Lloró Judá su amargo cautiverio:
Con ella dijo su doliente cuita
Job á la inmunda fiera del desierto;
Y con ella la hermosa Sulamita
Cantó el amor en su cercado huerto.

¡Numen severo de la historia!
—Vive
Todo lo que el poeta
Con sabio ritmo sonoroso escribe;
¡Muere lo que desdeña!—Allá, en la vaga
Muda extensión del páramo infinito,
La sublime pirámide naufraga:
La esfinge de granito
Se hunde en la arena movediza: el verde
Musgo los templos de Ática sepulta:
La corva reja del arado muerde
Las feraces colinas
Donde su oprobio Babilonia oculta:
El rebaño del árabe se pierde
Entre las vastas ruinas

Que cubren tus llanuras, oh Cartago,
Mientras que en las vecinas
Costas de Italia, con el propio estrago,
Tu egregia vencedora,
La Reina de las águilas latinas,
Sola, entre tumbas profanadas llora.

Envuelta en el sudario
De un vergonzoso olvido,
Fuera la Tierra el miserable osario
De las humanas razas, si el gemido
Ó el cántico de gloria
De los antiguos vates,
Eco veraz de la solemne historia,
No nos trajera en clamoroso ruido
Sus fragorosas ruinas y combates,
Ayes de muerte y gritos de victoria.
De un siglo al otro siglo el viento lleva
En las vibrantes cuerdas de la lira
La predicción de la esperanza nueva
Ó el triste llanto de la edad que expira.
Y como en la callada
Soledad de las noches de astro en astro
Vuela el pálido rastro
De la luz increada,
Así el vate, en la obscura
Noche del tiempo que el pasado esconde,
Habla á los bardos de la edad futura,
Y Osián los cantos de Ilión murmura,
Y Dante al salmo de David responde.

¡Hija de la Belleza!
—Á la alborada
De blanca luz ceñida,

Á la aurora de púrpura bañada,
Y en la tarde apagada
De húmeda niebla y de vapor vestida.
Son sus joyas las perlas del rocío,
Las flores son sus galas,
Su claro espejo el transparente río,
Los céfiros sus alas.
Las rojas nubes sus movibles tiendas,
Su blanda cuna las inciertas olas,
Y el ancho espacio las etéreas sendas
Por donde marcha á solas.
Gime en la selva que estremece el viento,
Triste en la fuente solitaria llora,
Canta del ave en el alegre acento,
Ríe en la luz de la naciente aurora;
Y cuando cruza con callado vuelo
La tierra, el mar ó el cielo,
Todo en ritmo sonoro
Vibra al compás del cadencioso metro,
Y en luminoso coro
Van las estrellas de oro
Rodando en torno á su extendido cetro.

¡Hija del sentimiento!
—En la indecisa
Vaguedad del espíritu: en la calma
De la conciencia justa:
Del débil niño en la infantil sonrisa;
En los deliquios lánguidos del alma;
Del corazón en la soberbia augusta:
En la ira noble, en el amor materno,
En la ansia no cumplida,
En los hastíos de la humana vida
Y en el místico amor de un bien eterno:

En el lóbrego abismo,
Cárcel que la pasión fiera quebranta,
En el grito febril del heroísmo,
Y en la oculta virtud, callada y santa,
Como en el crimen mismo,
Ella, la Poesía,
Surge y cruza sombría,
Y el puñal blande ó la oración murmura:
Ciñe á la vírgen los nupciales velos:
Solloza en la olvidada sepultura,
Y, en los humanos duelos,
Con la tendida diestra
Á toda angustia inconsolable muestra
La eterna luz de los abiertos cielos.

Tal, en la edad confusa
En que á la vida el corazón despierta,
Yo, la soñada Musa
Vi en el dintel de la cerrada puerta,
Que mi ambición ilusa
Juzgó á la gloria y la esperanza abierta.
No entré. . . pero en mi oído
Sonó el grande rüido
De los santos acordes celestiales;
Y aún hoy, en este olvido
Y en esta amiga sombra,
Donde es la paz un díctamo á mis males,
Entre el silencio escucho, y aún me asombra,
El rumor de los himnos inmortales.

Tú, que has unido á ellos,
Oh dulce amigo, tu canción sonora,
Y alumbraste con vívidos destellos
Esta noche del alma, abrumadora:

Brioso corazón que en las bastardas
Horas sin fe que nos legó el destino,
Inmaculado aún guardas
De una alta estirpe el resplandor divino,
Abre el libro y no temas,
Al revolver las hojas
De mis pobres poemas,
Que ose en ellos cantar glorias supremas
Ni supremas congojas.
El débil numen que mi verso inspira
Nunca osó ambicionar más noble palma
Que traducir fielmente con la lira
La efusión de mi alma.

VICENTE W. QUEROL.

Carta á don Gaspar Núñez de Arce,

Con motivo de su libro GRITOS DEL COMBATE.

¿Quién mintió que la noble,
Sagrada musa de mi patria, aquella
Que con laurel y roble
Perpetuos coronó la sien divina;
La que, orgullosa, renovó en Lepanto
El himno triunfador de Salamina;

La que, aún más orgullosa, alzó su canto
De Trafalgar en los funestos mares,
Diciendo el alto honor de los vencidos;
La que osó el Dos de Mayo
Por gritos de venganza los gemidos
Y por glorias cambiar hados adversos;
Quién mintió que olvidaba en cruel desmayo
Su plectro de oro y sus antiguos versos?

Callaba cuando impura
Rasgaba la vacante en nuestra escena
Los pliegues de su tenue vestidura,
Del vulgo infame entre la risa obscena:
Callaba cuando el labio
De oscuros vates pronunciar solía
La ruin lisonja ó el cobarde agravio,
La mofa torpe ó la blasfemia impía;
Callaba cuando, en medio
De la común desolación, tronaban
Las báquicas estrofas de la orgía:
Callaba cuando el tedio
Falso ó el falso amor ¡ay! arrancaban
Á la materna lira,
No el triste verso ó la canción sonora,
No el rugir de la guerra bramadora,
Sino el eco fugaz de la mentira.
Callaba... mas no ha muerto,
¡Que ella las puertas sobre el férreo gonce
Dobló, cerrando el templo antes abierto,
Y de pie en el dintel, guarda con ira
Mudo en las manos su clarín de bronce!

Ella, la Musa egregia
De nuestro siglo de oro, que en las cimas
Del Helicón naciera, y en la regia

Pompa educóse de la eterna Roma,
Te dió el secreto de las doctas rimas
Y el decoro inmortal del patrio idioma.
Mas no con la radiante
Luz de la gloria en los ardientes ojos
Me aparece en tus versos, ni la fibra
Hiere en mí de la saña y los enojos
Cuando las cuerdas con tu plectro vibra,
Ni, en el aire extendiendo el áureo cetro,
Los rumorosos vientos y los mares
Sojuzga al són del cadencioso metro.
¡Cuál plañe en tus cantares!
¡Cómo la frente mustia
Dobla en silencio sobre el casto seno,
Y el rostro, antes sereno,
Reprime mal su abrumadora angustia!

Yo sollozo leyéndote, y oculto
Mi rostro entre ambas manos, pienso en duda
Si es lo que siento, en mi vergüenza muda,
Flaca abyección ó rabia ante el insulto.
Como el acero que deslumbra y mata,
Tu verso hiere y brilla:
Poeta, me arrebata
Tu estrofa, y ciudadano, me mancilla.
Y á tan confusa turbación me obligo,
Que, cuando el vuelo raudo
De tu indignada inspiración yo sigo,
La ira sublime entusiasmado aplaudo;
Mientras me duelo de que en bronce esculpas
Con un buril de fuego nuestros males,
Y hagas eterno, en versos inmortales,
El infame baldón de nuestras culpas.

¿Por qué tu canto, émulo

Del de los viejos vates,
Suena febril y trémulo,
Y el rostro anublas y la frente abates?
¿Por qué, cuando las nombras,
Pasan por él como angustiadas sombras,
La FE rasgando su piadosa venda,
Ebria la LIBERTAD y envilecida,
Y, con sangrienta herida,
Muerta la PATRIA en la civil contienda?
¿No será que tu espíritu conturba
El que atruena el espacio
Grito feroz de la mudable turba,
Ó que abandonas, lacio,
La lanza el día en que el combate estalla,
Arrojando en los campos de batalla
El escudo de Horacio?

¿Quién sabe?. . yo en el puerto,
Desde la húmeda playa,
Miro á lo lejos la argentada raya
Que el buque deja tras el surco abierto;
Mas no seguí tu estela,
Ni osé cortar del muelle el rudo cable
Para fiar mi vela
Al viento loco y á la mar instable.
¿Cómo hablar de tormentas no sufridas?
¡Dejad que de ellas hable
El nauta audaz, cuya tostada frente
Quemó el sol de otras zonas no sabidas,
En busca de ignorado continente;
Que á la borrasca negra
Venció en gigante lucha en mar remoto,
Y al puerto vuelve, que su vista alegra,
Deshecho el casco y el velamen roto!

¿Quién sabe?..es el poeta
Fiel sacerdote que custodia oculto
Del viejo dogma el profanado culto,
Ó es del lejano porvenir profeta.
Es nube en la que arde
Ó el primer rayo de la nueva aurora,
Ó el último destello de la tarde;
Y de su lira en la vibrante cuerda
La canción ansia ó llora,
Vaticina ó recuerda.

Cuando la lucha arrecia
Entre los pueblos de Ática, levanta
Su voz Homero, y las hazañas canta
De la pasada Grecia;
Cuando en locas orgías
Judá los dioses de metal adora,
Retumba en los espacios vengadora
La voz de Jeremías;
En el poema ó idilio,
Recuerda á Roma, meretriz ó esclava,
Su excelsó origen, ó del campo alaba
La dulce y santa libertad Virgilio;
Á los tiranos de su pueblo, Dante
Condena en el infierno á eternos duelos,
Y á su patria angustiada, agonizante,
Milton abrió las puertas de los cielos.

No arroje, pues, tu mano
Flaca el acero, y con injusto mote
Llames á la virtud un nombre vano,
Condenando tu patria al duro azote
Del vulgo necio ó del audaz tirano.
Cuando tu lira vibres,
Haz que en las almas libres

La fe, el amor ó el entusiasmo brote;
Marca su ruta al caminante incierto;
Muestra el redil á las dispersas greyes:
Sé como fué la nube del desierto;
Sé como fué la estrella de los Reyes.
¡Poeta! tú, que labras
Hondo surco en las ánimas sencillas,
Y arrojas á los vientos tus palabras,
Cual fecundas semillas:
Que no pasen cual ráfagas de estío
Por los espacios tersos,
Sino cual fresco y matinal rocío
De los cielos tus versos.
Y sé como el arbusto que levanta
Su tallo entre las charcas cenagosas,
Y el lodo vil, en que fijó la planta,
Trueca en capullos y en fragantes rosas.

VICENTE W. QUEROL.

A la memoria de mi hermana Adela.

Seis años ya que el alma de mi alma
En la triste postrera despedida
Me dijo su adiós tierno.
¿Por qué, infiel corazón, lates en calma?
¿Por qué, cuando es eterna la partida,
No és el dolor eterno?

Y eterno es mi dolor, que aún el agudo

Dardo yo siento en la cerrada llaga
Cuando una voz la nombra.
No está muerto mi duelo, aunque está mudo.
Secos al llanto, por mis ojos vaga
Siempre una triste sombra.

Cuando el invierno pálido se aleja
Y Primavera con las frescas galas
Orna el árido suelo,
Cual mariposa que la cárcel deja,
Su alma entreabrió las transparentes alas
Para volar al cielo.

De entonces que al tonar las tibias brisas,
Y que en Oriente el sol rojo fulgura,
Mi corazón opreso
Ve en las luces del alba sus sonrisas,
Y el soplo del Abril se me figura
Su codiciado beso.

Y al pensar en su blonda cabellera,
Y en la luz de sus ojos de esmeralda,
Me finjo en mi congoja
Que es su imagen la verde primavera,
Cuando de mustias rosas la guirnalda
Tristemente deshoja.

Que ella murió en la edad de la hermosura,
En la edad de los cándidos hechizos;
Y cuando piense en ella
Veré siempre su blanca vestidura,
Su tersa frente y sus dorados rizos:
La veré siempre bella.

Morando en los espacios de la gloria
Tú aún vives con nosotros, pobre Adela;

Tú para mí no has muerto.
Yo en mis duelos invoco tu memoria,
Cual protector espíritu que vela
Sobre mi hogar desierto.

Y, al vencer los escollos de la vida,
Yo comprendo ahora bien cuánto se encierra
Inefable consuelo,
En el místico lazo en que va unida
Parte de una familia por la tierra,
Y parte por el cielo.

Como en el bosque solitario el ave,
Cual flor nacida en el cerrado huerto,
Como en el mar la ola,
Cuya breve existencia nadie sabe,
Tú en el lugar donde naciste has muerto
Desconocida y sola.

Pero al orgullo vano de la ciencia,
Y á las fútiles pompas de la gloria
O al opulento brillo,
Prefiero yo tu cándida inocencia,
Y esa vida sin mancha y sin historia
De un corazón sencillo.

Fugaces horas de inocentes juegos,
Fiestas alegres del hogar; veladas
De infantiles consejas,
De estudio grave ó de devotos ruegos,
Esas son las memorias adoradas
Que á tus hermanos dejas.

Yo sé por qué, tras de suspiro blando,
Mi madre enjuga con callado duelo
Sus húmedas pupilas:

Yo sé en qué piensan mis hermanas, cuando
Clavan absortas en el albo cielo
Sus miradas tranquilas.

La limosna; el perdón de los agravios;
La alegría; el dolor que purifica
El corazón del hombre;
La oración que pronuncian nuestros labios,
Todo é ti nuestro amor te lo dedica,
Todo se hace en tu nombre.

Así llenas tú aún nuestra morada;
Así de nuestro amor te hizo señora
Para siempre la muerte;
Y cuando llegue la vejez cansada,
Pienso que ha de endulzar mi última hora
La esperanza de verte.

VICENTE W. QUEROL.

Carta á María.

¡Siempre el sincero amor fue poesía!
¡Siempre él que ama es poeta!
Pero, ¿quién, oh María,
Entre conceptos pálidos sujeta
La inspiración fugaz? ¿Cómo traduce
Nuestro idioma vulgar con frase propia
El rayo azul que en tus pupilas luce,
Ni la sonrisa de tus labios copia?

Cuando este pliego abras
No lo descifres, pues, letra por letra;
Tu espíritu en mi espíritu penetra
Y sabe lo que callan mis palabras.
¡El amor adivina!
Como á través de vidrio transparente
Leo yo la pasión que te domina
En las sombras ó luces de tu frente,
Y ora el dolor agudo,
Ora inefables goces,
Siento yo en mí cuando tu labio mudo
Me habla ó me hiere con calladas voces.

¡Para amor no hay distancia!
Desde el rústico albergue en que hoy me encuentro
Dolido y triste, á tu risueña estancia
Vuelo invisible y silencioso entro.
Te hallo sentada y sola
Junto á la blanca lámpara que alumbra
Tu sien con vaga y mística aureola.
Aspiro los efluvios
Que, como de sus pétalos las flores,
Dan al ambiente tus cabellos rubios,
Veo que en la penumbra
Clavas la vista y la labor suspendes,
Y que el casto rubor de los amores
Cual santa llama en la mejilla enciendes.

Y es que una voz interna
Te dice:—«Amada mía,
«Aquel que te juró pasión eterna
«Piensa en tí noche y día.
«Y cuando el alba asoma
«Tras de la parda loma,
«Y cuando el cielo puebla

«La tarde triste con dudosa niebla,
«Su corazón opreso
«Te manda, envuelto en el agreste aroma
«Del viento del pinar, tímido beso.»
Esto escuchas, oh amada,
Cuando clavas tus ojos en la alfombra
Ó álzaslos azorada,
Oír creyendo un eco que te nombra.
No temas....Es que, tras de ti inclinada
Te está hablando mi sombra.

¡Y es verdad que en ti pienso!
Cuando desde las cumbres
Descubro el cielo inmenso,
Bañado todo de tranquilas lumbres,
Lo comparo á la calma
Y á la luz que en la mía irradia tu alma.
Y cuando hacia el abismo
Bajo después los ojos,
Siento que sombra igual reina en mí mismo
Á un amago no más de tus enojos.
Cuando cruzo las faldas
Con las azules y amarillas flores
Voy yo tejiendo para ti guirnaldas.
Cuando miro una choza en la ladera
Digo:—«Allí, con el sol de mis amores,
¡Qué contento viviera!»
Cuando entro en la capilla
Y ante el altar me postro,
Fínjome que la Virgen sin mancilla
Tiene algo de tu rostro.
Cuando susurra el viento,
Cuando trinan las aves,
Suenan como el acento
Con que hablar dulce al corazón tú sabes.

Bulle la fuente con tu blanda risa:
Da la rosa el perfume que tú exhalas:
Y cuando por mi sien roza la brisa
Siento que son las plumas de tus alas.

Ya la tribu de alondras pasajeras
Hacia el oriente marcha,
Y cubre estas praderas,
Cuando amanece, la rizada escarcha.
Ya perezoso el día,
Tarda en dorar el empinado risco,
Y prefiere á la umbría
Selva, el pastor, el resguardado aprisco.
Ya las nubes del cielo,
Como vellones blancos,
Bajan de noche con pausado vuelo
Á los hondos barrancos.
Ya, engrosado el torrente,
Desborda por el llano en ondas rojas:
Ya el álamo sombrío de la fuente
Perdió todas las hojas.
Ya baja de los montes del ocaso
El viejo invierno hacia el risueño valle,
Y detrás del balcón piensas tú acaso
Que oyes sonar mis pasos por la calle.

No tardaré: no llores.
Yo para ti he cogido
Del áspero romero azules flores,
Las aves en el nido,
Cristales en las grutas,
Las mariposas en su vuelo incierto,
Y de los viejos árboles del huerto
Las sazonadas frutas.
He aprendido las lánguidas querellas

Que cantan al bajar de la montaña
Los grupos de doncellas,
Y la conseja extraña
Que, mientras silba ronco
El viento en la vetusta chimenea,
Cuenta al redor del encendido tronco
El viejo de la aldea.
Cuando azote la lluvia
Por la noche el cristal de tu ventana,
Y dobles, cual se dobla flor temprana,
Sobre el telar tu cabecita rubia,
Yo te diré al oído,
Para endulzar las horas del invierno,
Las sencillas historias que he aprendido;
Del poema de amor el canto eterno.

VICENTE W. QUEROL.

La fiesta de Venus.

Ya del oscuro Cytherón las cumbres
Bajaba el sol á trasponer, vertiendo
Ríos de luz sobre los verdes mares,
Cuyos abrazos lánguidos, y besos
Dulces y prolongados, adormecen
Los grupos de las islas del Egeo....
Helios guiaba sus caballos de oro
Hacia el collado de la augusta Delfos,
Y en las rocas de Egina y las abruptas
Cimas sagradas del antiguo Himeto,

Sus reflejos de púrpura bañaban
Los bosques de olivares cenicientos,
Por donde va, entre franjas de verdura,
Del Cefiso el raudal siempre risueño.

Sunium extiende la azulada sombra
De su alto promontorio sobre el lecho
De las calladas ondas, y en la cumbre
Blanco se eleva de Minerva el templo,
Donde Platón meditabundo entabla
Coloquios con las musas del silencio.
De allí descubren los pasmados ojos
Todo el golfo del Ática, y los senos
De sus risueñas costas, y el enjambre
De sus pequeñas islas, que, en el terso
Cristal, parecen cual bandada de aves
Fugitivas del África, que el sueño
Detuvo allí una noche, y que á otros climas,
Tornando el alba, emprenderán su vuelo.

Bajo del ancho pórtico, en las gradas
Que hasta el atrio conducen, sobre el fresco
Césped que brota entre las blancas piedras,
De las columnas jónicas sustento,
Platón descansa entre el amado grupo
De sus fieles discípulos, que atentos,
Ora á la voz de su elocuente labio,
Ora al rumor del mar, que en sordo estruendo
Bate del cabo las diformes rocas,
Ora á las quejas lánguidas del céfiro,
Yacen inmobles, semejando aquellas
Escenas de los dioses que el eterno
Cincel de Fidias en los anchos frisos
Supo trazar del Parthenón soberbio.

Callados miran, de la clara tarde
Á la mudable luz, tierras y cielos
Prolongarse sin límites. La noche
Sube ya por las faldas del Taygeto;
Pero aún el rayo trémulo del día
Brilla sobre el sepulcro de Teseo.
Callados miran de la mar hirviente
Los vívidos cambiantes y el incierto
Vaivén de sus llanuras solitarias,
Que leve impulsa pasajero el viento;
Cuando, en sus frescas ráfagas, la brisa
Trajo á su oído el rumoroso eco
De la confusa multitud, que invade
Las murallas de mármol del Pireo.

Largos triremes de encorvadas proras
Con la estatua de un dios; con los abiertos
Velámenes de púrpura, que ciñen
Cuerdas de seda pérsica, al ligero
Soplo del aire henchidos; con la popa
De oro y marfil ornada, y con los remos
Blancos, cayendo en uniforme golpe
Sobre las quietas aguas, desde el puerto
Bogaban hacia el mar, y al clamoreado
Grito de despedida, los viajeros
De las gallardas naves, agitando
Ramas de mirto y en la sien ciñendo,
Frescas guirnaldas de fragantes rosas,
De ¡adiós! mandaban el alegre acento.

—«Mirad: la primavera,
Dijo Platón, con sus templadas lumbres
Ya de la azul esfera
Bajó de Grecia á las desiertas cumbres.
Ya de las urnas de los sacros ríos

Brotó el caudal sonoro,
Y en los valles umbríos,
Cabe las fuentes, las risueñas ninfas
Danzan en raudo coro
Sus pies mojando en las fugaces linfas.
Abril sobre la tierra
Llegó seguido de inocentes juegos,
Y en todo pecho virginal encierra
Del casto amor los pudorosos fuegos.
Ya la guirnalda trémula corona
Los álamos y acacias,
Y el himno alegre de la vida entona
El grupo de las Gracias.
Mirad: esas veleras
Naves que van sobre la mar sombría,
Dejando atrás de Atenas las riberas,
Mañana, cuando el día
Trace en Oriente la argentada raya,
Nuncio del sol, entre la niebla fría
Verán de Chipre la extendida playa,
Donde, con voz doliente,
La madre de Afrodites, á la ausente
Hija llamando, lánguida desmaya.»

Calló, y las naves avanzando raudas
Dejan atrás el mágico archipiélago
De las Cycladas islas, y en las aguas
Navegan ya del cabo, hacia el estrecho
Encaminando el rumbo. Á Chipre llevan,
Para postrarse ante el altar de Venus,
Los peregrinos del amor, que el voto
De ver la diosa del Abril hicieron.
Sobre la popa en grupo las doncellas,
Al compás de acordados instrumentos,
Tejen las danzas de la Frigia, en tanto

Que, en ritmo jonio, el coro de mancebos,
Al blando soplo de la tarde entrega
El himno sacro en cadenciosos versos.

HIMNO Á VÉNUS.

I.

Cuando nació en el agua que rompe las arenas,
Á Chipre, entre sus brazos, las pálidas sirenas
Trajéronla, diciendo monótono cantar.
Cuando enjugó en la orilla su cabellera blonda,
Las gotas que cayeron sobre la inmóvil onda,
Las perlas son que, avaro, guardó en su fondo el mar.

II.

Cuando entreabrió los ojos, cual rayo de alegría
Bañó tierras y cielos la luz de un nuevo día;
Vibraron más los astros, brilló más rojo el sol.
Ardieron las hogueras sobre las pardas cumbres
Y hasta Diana excelsa, vestida de albas lumbres,
Tiñó las tenues nubes con cálido arrebol.

III.

Cuando entreabrió los labios, las inodoras brisas
El inconstante vuelo pararon indecisas
Para aspirar el ámbar nacido en su carmín.
Y al recorrer de nuevo los valles y las lomas,
Llenaron los espacios con célicos aromas
De rosa y de violetas, de nardo y de jazmín.

IV.

Marchó, y el cadencioso, gallardo movimiento

Las palmas imitaron, cimbrándose en el viento,
Las nubes en los cielos flotando el blanco tul:
Los cisnes en las aguas, la cierva en las praderas,
Y hasta en el ancho espacio las fúlgidas esferas
Rodaron armoniosas por la extensión azul.

V.

Habló, y la fuente quiso copiar su dulce arrullo,
El céfiro en las ramas, con plácido murmullo,
Fingió el suspiro tierno, que arrebató veloz.
Y las calladas aves, en los frondosos huertos,
Formaron todas juntas los mágicos conciertos
Que, aún hoy, remedan vagos los timbres de su voz.

VI.

Del beso de la tierra, los cielos y los mares,
Nació la que hoy adoran de Chipre en los altares;
Su enamorado esposo el dios del fuego es.
La guerra entre sus brazos semi-vencida duerme
Y del triunfante Baco, su débil mano inerme
Los sanguinarios tigres encadenó á sus pies.

VII.

Por premio en el certamen ganó de la hermosura
El rico fruto de oro, y á su gentil cintura
Atáronle las Gracias el blanco ceñidor.
Su símbolo es el mirto, que el aquilón no troncha;
Su carro de batalla, la nacarada concha;
Sus invencibles armas, las flechas del Amor.

VIII.

Cantemos á la diosa en cuyo templo augusto,

Sobre las limpias aras, el sacerdote adusto
No inmola sér alguno con matador puñal.
Llevémosle de Arabia las olorosas gomas,
Del Pindo y del Coeta las cándidas palomas,
Y del sagrado Egipto la rosa virginal.

Desde las rocas de la cumbre escuchan,
Platón y sus discípulos, atentos
Los cantos de las naves, y repiten
Á media voz sus armoniosos metros.
La luz tranquila de la tarde clara;
La soledad callada; el casto beso
De la apacible brisa; el són lejano
De las acordes liras; los reflejos
De los dormidos mares; los efluvios
De las silvestres flores, y el concierto
De las aves que anidan en los bosques
De olivos y laureles, todo á un tiempo
La mente inclina á meditar, y todos
Su vista al rostro de Platón volvieron.

—«Sí, les dijo el filósofo, la diosa,
Cuya dorada hebra
Rayo es del sol, y cuyo pie á la rosa
Dió su color purpúreo, la graciosa
Fiesta en los templos del amor celebra.
Pero el sagrado mito
Que en su risueño culto
Dejó la Grecia primitiva escrito,
Hoy, del pudor insulto,
Perdió en los pueblos su sentido oculto,
Y es de la carne el oprobioso rito.
Venus no fué la meretriz impura,
Sino el místico emblema
De la incesante y renaciente vida,

Que eternamente dura
Del casto amor bajo la ley suprema.
Venus es la escondida
Fuerza que late en todo;
Alma por arte misterioso unida
Del cuerpo vil al deleznable lodo.
Es el consorcio, el plácido himeneo,
La infatigable creación, la esencia
Que por secreto modo
Vívida alienta el pertinaz deseo.
Venus es la existencia,
Que audaz la muerte pasajera trunca,
Pero que entre sus brazos
Naturaleza, con amantes lazos,
Perpetua engendra sin cansarse nunca.

«Por eso cuando asoma
Bella en Abril la verde primavera,
Y busca la paloma
Á la paloma fiel por compañera;
Cuando se abren en flor las secas ramas;
Cuando en el prado y en la parda loma,
Del sol naciente á las templadas llamas,
Dan las plantas al viento el suave aroma;
Cuando cada semilla
Germina oculta en la bañada tierra,
Y el nido la avecilla
Allá en el fondo de la selva encierra;
Cuando brota el retoño;
Cuando corre festiva
Los claros bosques la ufanada cierva,
Y huésped del Abril hasta el otoño,
La codorniz esquiva
Viene á esconderse entre la fresca hierba,
Y la cabra lasciva

Busca las tiernas hojas del madroño,
Y el tibio ambiente nuestra fuerza enerva,
Á la ciprina diosa,
Símbolo fiel de los amantes fuegos,
La juventud consagra hojas de rosa,
El himno dulce y los alegres juegos.»

Calló inclinando el rostro, y los discípulos
Meditaban las frases del maestro,
Cuando, tras del Acrópolis, la luna
Su disco alzaba enrojecido, inmenso,
Y el amarillo nimbo del crepúsculo
Sobre los montes se apagaba lento.
Más que otras noches en la azul techumbre
Blanco brillaba el diamante Véspero,
Propicio al navegante, y su albo rayo,
Copiándose sobre las aguas trémulo,
Pareció que á las naves atenienses
Marcaba el rumbo por el mar desierto,
Donde velas, y música, y cantares
Entre sombra y distancia se perdieron.

VICENTE W. QUEROL.

Epístola á Horacio.

Yo guardo con amor un libro viejo,
De mal papel y tipos revesados,
Vestido de rugoso pergamino:

En sus hojas doquier, por vario modo,
De diez generaciones escolares,
Á la censoria férula sujetas,
Vese la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos retozan
Cifras allí de incógnitos lectores;
En mal latín sentencias manuscritas,
Escolios y apostillas de pedantes,
Lecciones varias, apotegmas, glosas,
Y pasajes sin cuento subrayados,
Y *addenda*, y *expurganda*, y *corrigenda*,
Todo pintado con figuras toscas,
De torpe mano, de inventiva ruda,
Que algún ocioso en solitarios días
Trazó con tinta por la margen ancha
Del tantas veces profanado libro.

Y ese libro es el tuyo, ¡oh gran maestro!
Mas no en tersa edición, rica y suntuosa:
No salió de las prensas de Plantino,
Ni Aldo Manucio le engendró en Venecia,
Ni Estéfanos, Bodonis ó Elzevirios
Le dieron sus hermosos caracteres.
Nació en pobres pañales; allá en Huesca
Famélico impresor meció su cuna;
Ad usum scholarum destinóle
El rector de la estúpida oficina,
Y corrió por los bancos de la escuela,
Ajado y roto, polvoroso y sucio,
El tesoro de gracias y donaires
Por quien al Lacio el Ateniense envidia.

¡Cuántos se amamantaron en sus hojas!
¡Á cuántos quitó el sueño ese volumen,
Lidiando siempre por alzar el velo

Que tus conceptos al profano oculta!
¡Cuánto diste suavísimo deleite
Á quien perseveró en la ruda empresa,
Y cuánto de sudor y de fatiga
Á ignorantes y estólidos alumnos!
Hiciste germinar á tu contacto
Miles de ideas en algún cerebro;
Llenástele de luz y de armonía,
Y al influjo potente de tu ritmo,
El ritmo universal le revelaste.
Por ti la antigüedad brilló á sus ojos;
Por ti Venus Urania de los cielos
Bajó á las mentes de adorarla dignas,
Y allí habitando cual perfecta idea,
Dió vida á su pensar, norma á su canto.
¡Cuánta imagen fugaz y halagadora,
Al armónico són de tus canciones,
Brotando de la tierra y del Olimpo,
Del escolar en torno revolaban,
Que ante la dura faz de su maestro,
De largas vestimentas adornado,
Absorto contemplaba sucederse
Del mundo antiguo los prestigios todos:
Clámides ricas y patricias togas,
Quirites y plebeyos, senadores,
Filósofos, augures, cortesanas,
Matronas de severo continente,
Esclavas griegas de ligera estola,
Sagaces y bellísimas libertas,
Aroma y flor en lechos y triclinios,
Múrrinos vasos, ánforas etruscas,
En Olimpia, cien carros voladores;
En las ondas del Adria, la tormenta;
En el cielo, de Júpiter la mano;
La Náyade en las aguas de la fuente,

Y allá en el bosque tiburtino oculta
La dulce granja del cantor de Ofanto,
Por quien los áureos venusinos metros
En copioso raudal se precipitan
Al ancho mar de Píndaro y de Safo!

Yo también á ese libro peregrino,
Arca santa del gusto y la belleza,
Con respeto llegué, sublime Horacio;
Yo también en sus páginas bebía
El vino añejo que remoza el alma.
Todo en ti lo encontré, rey de los himnos,
Mente pelasga, corazón romano,
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha,
La ática sal, las mieles del Himeto,
El ditirambo que á los cielos sube,
El canto de Eros que inspiró Afrodita,
El *Otium Divos* que la mente aquieta,
Y el júbilo feroz con que en las cumbres
Del Citerón, en la ruidosa noche,
Su leve tirso la Bacante agita.

La belleza eres tú: tú la encarnaste
Como nadie en el mundo la ha encarnado.
Á tu triunfal corona las preseas
Grecia engarzó de su mejor tesoro;
Rindióte Jonia las melosas voces
Con que Anacréon arrulló á Batilo,
Tebas el ritmo en que de Dirce el genio
Loara al púgil en la lid triunfante,
Y al vencedor en la cuadriga rauda.
Del enemigo de Licambo hubiste
El crudo hierro convertido en yambo,
La alada estrofa en que de Cleis la madre

Supo inflamar con férvidos amores
Á bien trenzadas vírgenes Lesbianas,
Y el són de Alceo, entre borrascas hórridas
Al opresor de Mitilene infausto.

Todo, rey de la lira, lo abarcaste;
Pusiste en todo la medida tuya,
El *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!
La concisión, secreto de tu numen.
En torrentes de números sonoros
Despéñase tal vez tu fantasía;
Mas nunca pasa el término prescrito
Por la armónica ley, que á los Helenos
Las hijas de Mnemósine enseñaron.
¡Tiempo feliz de Griegos y Latinos!
Calma y serenidad, dulce concierto
De cuantas fuerzas en el hombre moran;
Eterna juventud, vigor perenne,
Culto sublime de la forma pura,
Perenne evocación de la armonía.
¡Bárbaros hijos de la edad presente!
Horacio, ¿lo creerás? graves doctores
Afirman que los hórridos cantares
Que alegran al Sicambro y al Scita
Ó al Germano tenaz y nebuloso,
Oscurecen tus obras inmortales
Labradas por las manos de las Gracias,
Cual por diestro cincel mármol de Paros.

¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!
¿Quién te dijera que en la edad futura
De Teutones y Slavos el imperio,
En la ley, en el arte y en la ciencia,
Nuestra raza latina sentiría,
Y que nombres por ti no pronunciables,

Porque en tu hermosa lengua mal sonarán,
El habla de los dioses enturbiando
Tu nombre borrarían?

Orgullosos
Allá arrastren sus ondas imperiales
El Danubio y el Rhin antes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
Del Tíber, del Cefiso, del Eurotas,
Del Ebro patrio ó del ecuóreo Betis.
¡Vén, libro viejo; vén, alma de Horacio;
Yo soy latino, y adorarte quiero;
Anímense tus hojas inmortales!

Que Régulo otra vez alce la frente,
Y el beso esquive de la casta esposa,
Y el pueblo aparte que su paso impide,
Y á los tormentos inmutable torne:
Que entre las ruinas del vencido mundo
Caiga el atroz Catón, nunca domado:
Que Druso á los Vindélicos aterre,
Como el ave de Jove fulminante
Desciende sobre tímida bandada:
Que las torres de Ilión maldiga Juno,
Dos veces humilladas en el polvo,
De Laomedón por la perfidia insana,
Por el inicuo juez y la extranjera:
Que la égida de Palas, resonante
Á los Titanes otra vez resista:
Que las Danaides el acero empuñen
Y en sangre tiñan los nupciales lechos:
Que el níveo toro, á la de cien ciudades
Creta, conduzca la robada ninfa:
Que los corceles del rugiente trueno
Lance el Saturnio por el aire vago,

Y se estremezca desquiciado el orbe,
Mas nunca el pecho del varón constante.
¡Vén, libro viejo, vén, roto y ajado!
Quiero embriagarme de tu añejo vino,
Á Baco ver entre escarpados montes,
Á Fauno amante de ligeras ninfas,
Á Hermes facundo, y al intonso Cintio.
Quiero vagar por los amenos bosques
Donde la abeja susurró de Tíbur,
Y en los brazos de Lidias y Gliceras
Posar la frente, al declinar la tarde,
Orillas de la fuente de Blandusia;
O ante la puerta de la dura Lyce,
Que el Aquilón con ímpetu sacude,
Amansar su rigor con mis querellas;
O volar con la nave de Virgilio,
Que hacia las playas áticas camina
Y guarda la mitad del alma tuya.
¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!
Canta la paz, la dulce medianía,
El *Eheu fugaces* que cual sueño vuela,
El *Carpe diem* que al placer anima,
El *Rectius vives* que enaltece el alma;
Canta de amor, de vinos y de juegos,
Canta de gloria, de virtudes canta.
¡Siempre admirable! Recorrer contigo
Quiero las calles de la antigua Roma,
Con Damasipo conversar y Davo,
Reírme de epicúreos y de estoicos,
Viajar á Brindis, escuchar á Ofelo,
Sentarme en el triclinio de Mecenas,
Y aprender los preceptos soberanos
Que dictaste festivo á los Pisones.

Vengan dáctilos, yambos y pirriquios,

Caldeados en tu fragua creadora.
¡Que se entrelacen en vistoso juego,
Y dancen cual las ninfas desceñidas
Que con rítmico pie baten la tierra!
La antigüedad con poderoso aliento
Reanime los espíritus cansados,
Y este hervir incesante de la idea,
Esta vaga, mortal melancolía
Que al mundo enfermo y decadente oprime,
Sus fuerzas agotando en el vacío,
Por influjo de nieblas maldecidas
Que abortó el Septentrión, ante su lumbre
Disípense otra vez. Torne el radiante
Sol del Renacimiento á iluminarnos;
Cual vencedor de bárbaras tinieblas,
Otro siglo lució sobre Occidente,
Los pueblos despertando á nueva vida,
Vida de luz, de amor y de esperanza!
Helenos y latinos agrupados,
Una sola familia, un pueblo solo,
Por los lazos del arte y de la lengua
Unidos, formarán. Pero otra lumbre
Antes encienda el ánima del vate.
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima pagana
Labre con mano y corazón cristianos.

¡Esa la ley será de la armonía!
Así León sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa;
Así despojos de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basílica trocóse
Más de un templo gentil purificado.

¡Adiós, adiós, monarca de la lira!
En vano el Septentrión hordas salvajes
De nuevo lanzará: sobre las ruinas
Triunfante se ha de alzar el libro viejo,
De mal papel é innúmeras erratas
Que con amor en mis estantes guardo.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Carta á mis amigos de Santander

Con motivo de haberme regalado

LA BIBLIOTHECA GRŒCA DE FERMÍN DIDOT.

Al fin llegaron....desde el turbio Sena
Que la varia y gentil ciudad divide,
Metrópoli lodosa de Juliano,
Hasta los montes de Cantabria invicta,
Último escollo del poder latino!
¡Qué dicha, qué placer, cuánto tesoro!
¡Gracias, amigos! Ya mi estante oprimen
Volúmenes sin cuento: ¡qué delicia
Es recorrer sus animadas hojas!
¡Cómo á la mente atónita resurgen
Los inmortales de la edad helena!
¡Cómo habla la belleza en esos libros,
Llenando de deleites y memorias
El alma henchida de estupor sagrado!

Si el pagano escultor sintió animarse
La piedra que él en Diosa transformara.
Y la sangre serpear entre las vetas
Del pario mármol, y espirar los ojos
Lumbre de vida, y rítmica palabra
De sus labios salir, y el pecho alzado
En onda de suspiros agitarse,
Y los brazos tenderle—¡insigne premio
Al vencedor artífice de Atenas!—
Tal siento palpitar eterna vida
Entre la muertas hojas de esos libros,
Del tiempo y la barbarie vencedores,
Que hora vuestra amistad pone en mi mano.

Ved...Homero está aquí....bélico estruendo
Del Escamandro en las riberas suena;
Teucros y Dánaos, cual espesas moscas
En torno de la leche, la llanura
Invaden con sus carros: allí Aquiles,
El de los pies ligeros, raudo vuela,
Agitando fatídicos corceles.
Las troyanas esposas desde el muro
Con horror le contemplan: sólo Héctor
Combatirá por el Ilión sagrado:
Miradle traspasar la puerta Scea;
Andrómaca, bañada en risa y lloro,
En brazos lleva al pequeñuelo infante,
Á quien asusta el yelmo empenachado
De su padre feroz. ¡Ved cómo arroja
Fuego voraz á las aquivas naves!
¡Ved cómo estrecha el suplicante Príamo
Del ya piadoso Aquiles las rodillas,
Y cómo lleva á los ancianos labios
La mano matadora de sus hijos!

¡Pues qué, si de la plácida *Odisea*
Vago feliz por los amenos bosques!....
Allí portentos de la docta Maga,
El Cíclope sin luz, y los verjeles
De Alcino, y de la gruta de Calipso
El umbroso frescor: allí la lucha
Del mañoso Ithacense con los vanos
De la casta Penélope amadores,
Que en balde el arco manejar querían,
Por la diestra fortísima doblado
Del hijo de Laertes! ¡Y qué escenas
De hospitalaria paz bajo los techos
Del viejo Néstor y del rey de Esparta!
¡Qué Helena tan gentil ya redimida!
¡Salve, padre inmortal, eterna fuente
De cuanto bello el arte ha concebido!
De tu sol un reflejo centellea
Del jonio mar en las risueñas ondas,
El mármol del Pentélico ilumina,
Resplandece en el ágora de Atenas,
Y el Cronios rey de tu cantar augusto
Á Fidias sirve de ejemplar sereno
Para labrar la olímpica cabeza.

¿Y quién agotará su cauce al río?
¿Quién podrá enumerar los que se alzaron
Líricos vates, del sagrado suelo
Bañado por las ondas de armonía,
Que de la voz de Homero se desatan
Para fecundizar los campos griegos?
Apagadas cenizas sólo quedan
De la llama de Safo, ora á Afrodita
Quiera ablandar con métricos halagos,
Porque á sus brazos al infiel conduzca,
Ó ya en ardiente, voladora estrofa,

El fuego exhale que en sus venas corre
Cuando contempla á aquel mortal dichoso,
Á los eternos Dioses semejante,
Que mira frente á sí reír su amada,
Y dulcemente hablar. ¡Y cómo vuela
La oda triunfal de Píndaro, y corona
De lauro inmarcesible al noble púgil
Que huella invicto la palestra Eléa,
Entre el polvo de férvidas cuadrigas
Y los aplausos de la doria plebe,
Infundiendo las Gracias de Orcomeno
Á sus miembros vigor y gallardía!
Y no de ungido luchador tan sólo
La gloria canta, mas de su linaje
Y su pueblo también: que la oda inmensa
En hilo de oro engarza tierra y cielo,
Vuela del agua al sol, del sol á Jove,
Y oráculo de pueblos y Sibila,
De la justicia y sobriedad las leyes
Grata pronuncia en vividores versos.

¡Venid á mí, despedazados torsos
De estatuas inmortales: rotos himnos
De Alceo, de Stesícoro y Simónides,
Donde aún alienta el genio en cada sílaba!
Dísticos vengadores de Tirteo,
Que del duro Lacón el pecho inflaman
En la feroz Mesénica contienda!
Y templen tal horror con dulce halago,
El himno de Baquílides suavísimo,
la voz grave del anciano Ascreo.
Ó el canto pastoril siracusano,
Ó un enjambre de abejas, desprendidas
De la hiblea antológica colmena.

Mas ya al corvo teatro resonante
Me parece asistir: encadenado
Miro al Titán filántropo en la roca,
Su cólera exhalando contra Zeus
En impotentes voces, mientras Io
Mísera vaga por la ardiente arena,
Y el coro de las Ninfas Oceánidas
Á tan recio dolor no halla consuelo.
Ved: bañado está en sangre el de Micenas
Alcázar opulento: de Casandra
La fatídica voz alzarse escucho;
Sigo temblando al parricida Orestes,
Cuando aun la sangre cálida gotea
De su madre infeliz: y las Euménides
No abandonan su umbral, siempre entonando
El coro vengador: él, perseguido
Por los terrores de conciencia inicua,
De gente en gente vaga: sólo encuentra
Juicio y perdón cabe el altar de Palas.
Que no el choque brutal de las pasiones
Se limita á pintar el arte heleno:
Queda en el fondo del oscuro vaso
Una gota de miel: todo lo templa
La voz solemne del antiguo coro:
Religiosa emoción la mente embarga,
Al ver á Edipo ciego, desterrado,
Su carrera expiatoria ya cumplida,
Penetrar en el bosque de Colona,
Y hacer sagrada con la tumba suya
La ática tierra. ¡Imágenes risueñas
De la tragedia griega, castas vírgenes,
Antígona, Ifigenia, Polixena,
Que al dar el cuello al sacrificio infando,
Sólo el morir tan jóvenes sentíais!
¡Cuál resplandece la verdad humana

En esas puras frentes! ¡Cómo sabe
Eurípides mover los corazones,
De la cautiva Andrómaca al lamento,
Ó á los furores de la Colquia maga!
¡Cual se despide moribunda Alceste!
¡Qué hondo terror infunde en las Bacantes
El ulular de la nocturna orgía!

¡Coros de nubes, y graznar de ranas,
Chistes inmundos, mágico lirismo,
Comedia aristofánica, que adunas
Fango y grandeza, y buscas en las heces
De lo real lo ideal! La suelta danza
De tus aladas hijas me circunde,
Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan
Aun en sus locos, descompuestos saltos.
¡Espíritus alegres, cuán distintos
De las negras terríficas visiones
Del yerto Septentrión, donde el fermento
De insípida cebada, en las cabezas
Sombras y pesadez va derramando!

¿Quién fantaseó de Griegos y Teutones
Sacrílego consorcio? Entre la niebla
De las ásperas cumbres hiperbóreas,
Y este radiante sol que á nuestros campos
El dón prodiga de la rubia Ceres
Y de Falerno el otoñal racimo,
¿Quién las paces hará? ¿Quién podrá á Helena
Con el Fausto casar, que imaginaba
El Júpiter de Weimar? Siempre ansiosos
De tierra más feraz, al Mediodía
Los Bárbaros descienden: en buen hora
Que de nuestros despojos se enriquezcan,
Mas no el rudo cantar de sus montañas

Al canto de las Piérides igualen,
Ni su filosofar caliginoso
Á aquella antigua, plácida Sofía,
Que del divo Platón, en el Convite,
Alzó la mente á contemplar el rastro
De la eterna belleza, y á expresarla
Cual nunca la expresó lengua nacida.

Esa Venus Urania, siempre joven,
Que si al sepulcro descender pudiera,
Otra vez del sepulcro se alzaría,
De juventud radiante y de hermosura,
Por la voz de Demóstenes hablaba
En el tumulto del hirviente foro:
Del cándido Herodoto se envolvía
Entre la ingenua desatada prosa,
Y en el seco, nervioso y penetrante
Estilo de Tucídides: posaba
De la abeja del Ática en los labios
La pura esencia de las jonias flores;
Ella enmeló las flechas de Luciano,
Y hasta el sobrio y severo Estagirita,
Déspota rey de la conciencia humana,
Culto y aras le dió.

¡Las Gracias llenen,
Amigos, vuestra mente con sus dones:
Las Gracias, compañeras de la vida,
Por fácil lleven y apacible senda,
De flores adornada, vuestros pasos!
Ni me olviden á mí. Yo el dón precioso
Que de vuestra amistad hora recibo,
Conservaré con diligente estudio,
Y el revolver los inspirados folios
Traerá á mi mente la memoria grata

De los caros amigos donadores.

¿Cómo olvidar á ti, que en rica prosa,
Del áureo siglo el esplendor renuevas [1];
Ni á ti, cantor del Anahuac ingente,
Cual sus bosques espléndido y lozano [2];
Ni á ti por quien *El Tuerto* y *Tremontorio*
No envidian de Cervantes los pinceles [3];
Ni á ti que riges la edilicia vara,
No sin dolor de las sagradas Musas,
Un tiempo enriquecidas de tus dones,
Desiertas hoy [4]; ni á ti que á Victor Hugo
Cubriste fiel con peregrino manto,
Tejido de colores y armonías,
Volviendo á España el oriental tesoro,
Que él al Sena llevó [5]; ni á ti que guardas
Con docto afán, en codiciado archivo,
De la vieja Cantabria los anales,
Y en rancios pergaminos escudriñas
Las olvidadas montañesas glorias [6];
Ni á vosotros, mis dulces compañeros
En estudioso afán; ni á los sagaces
Del comercio fructífero ministros,
Por quien nuestra ciudad es rico emporio
De los tesoros de la mar de Atlante?

¡Salve, reina del mar, Sidón Ibera,
Puerto de la Victoria apellidada
Por el romano triunfador Augusto,
Cuando del fuerte Cántabro imponía

[1] D. Amós Escalante (*Juan García*).
[2] D. C. Collado.
[3] Pereda.
[4] D. T. Aguero.
[5] D. A. de la Fuente.
[6] D. Eduardo Pedraja.

El yugo á la cerviz! ¡Puerto sagrado
Por las cabezas que en tu templo guardas!
Crezca en gloria y poder el pueblo tuyo,
Dilátense tus muelles opulentos,
Y traigan tus alígeros bajeles,
En cambio al trigo que te da Castilla,
De la tórrida caña el dulce jugo,
O del café los vigilantes granos,
Ó la hoja leve que en vapores sube
Y como la esperanza se disipa.

No olvidaré jamás, patria adorada,
Que fueron, como tú, de mercaderes
Cuna y albergue Rodas y Florencia;
Recuerdo que el magnífico Lorenzo
No fué educado en el feudal castillo
Que alzó el señor germano entre las ruinas
De la inmortal, helénica cultura,
Sino en la abierta, florentina lonja:
Y de aquel mercader so el regio manto
Medró la ciencia, sublimóse el arte:
La lámpara platónica encendida
Tornó á brillar en manos de Fecino,
Y del latín en las marchitas frases
El alma juvenil de Policiano
Supo infundir calor y nueva vida:
Recuerdo que togados mercaderes,
Los que sus leyes al Oriente dieron,
Cuando temblaba la imperial Bizancio
Del león de San Marcos al rugido,
Ardieron en la misma noble llama:
Para ellos los Paladios y Bramantes
Alcázares suntuosos levantaron
Orillas de la Adriática laguna,
Y del ducal palacio en las techumbres

Torrentes de color vertió el Ticiano:
Que no el amor del oro allí extinguía
Del genio vividor la pura llama,
Ni ha de apagarla en tí: con larga mano
Premia el ingenio y al saber ayuda:
Ni ingenio ni saber en mí premiaste:
Sólo el intenso amor irresistible
Que hacia las letras dirigió mis años,
Y aquel amor más íntimo y potente
A mi dulce Cantabria, tierra santa,
La tierra de los montes y las olas,
Donde ruego al Señor mis ojos cierre,
Soñando, cual arrullo, en mis oídos
Lento el rumor de su arenosa playa.

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO.

La Galerna del Sábado de Gloria.

Puso Dios en mis cántabras montañas
Auras de libertad, tocas de nieve
Y la vena del hierro en sus entrañas:
Tejió del roble de la adusta sierra
Y no del frágil mirto su corona,
Que ni falerna vid, ni ático olivo,
Ni siciliana mies ornan sus campos,
Ni allí rebosan las colmadas trojes,
Ni rueda el mosto en el lagar hirviente:

Pero hay bosques repuestos y sombríos,
Misterioso rumor de ondas y vientos,
Tajadas hoces, y tendidos valles
Más que el heleno Tempe deleitosos,
Y cual baño de Náyades la arena
Que besa nuestro mar: y sus mugidos,
Como de fiera en coso perseguida,
Arrullo son á la gentil serrana
Pobre y altiva, y como pobre hermosa.

No es el risueño Egeo que circundan
Cual ceñidor las Cícladas marmóreas:
Ni el golfo que con dórica armonía
De Nápoles araulla á la Sirena
Cabe la sacra tumba de Virgilio;
Ni el vago azul de la marina Jonia;
Sino el Ponto que azota á Caledonia,
Y roto entre las Hébridas resuena,
Titán cerúleo que á la yerta gente
Hace temblar en la postrera Thule,
Y cabalga entre nieblas y borrascas
Sobre el inmenso Leviathán, que nutre
Con pestífero aceite la candela
Del céltico harponero. Ni cien carros
De guerra hicieran tan horrible estruendo
En torno de Ilión, como esas olas
Cuando las peñas de Cantabria hieren.

Hoy se vuelven á alzar firmes y rudas,
En són de guerra y vencedor amago,
Á renovar el memorable estrago
Que en la Pasión de su Hacedor movieron:
Por eso es hoy más íntima y solemne
La voz de las tormentas boreales,

Mayor su indignación, cuando arrostrarlas
Osa el nauchero de piedad desnudo:
¡Ay! no verá la luz del patrio faro
Sobre el amigo cerro de la costa,
Cual mirada de Dios sobre sus hijos,
Ni su velera y triunfadora nave,
Al arribar, coronará de flores.

¡Piedad, Señor! Sienta tus iras sólo
Rota y hundida la soberbia quilla,
Que oro y baldón conduce á estas arenas,
Ó el ferrado vapor, en cuyas venas
Corre savia de fuego. Allí la sangre
De nuestra raza va: sobre estos montes
Tendió la emigración sus negras alas:
Llora la esposa en el helado lecho,
Cabe el extinto hogar llora la madre,
El campo desfallece sin cultura,
Y en tórrida región nuestros mancehos
Siega la muerte: ¡que más bien perezcan
Ante las rocas del amado puerto,
Acariciados por maternas olas,
Do lleve el viento el són de las campanas
De la torre natal, ó sus oídos!

Pero salva, Señor, el frágil leño
Del pescador que fatigado encuentra
Al fin de su pescar, la red vacía.
Es hijo de aquel pueblo que en tardía
Cadena domeñó la ingente Roma:
Del que á Cannas Aníbal conducía,
De las madres itálicas espanto,
Terror de los Vacceos y Autrigones:
Del que en la cruz de su triunfal suplicio

El bárbaro cantar de la victoria,
De Agripa ante las haces, entonaba.

¡Oh! ¡sálvalos, Señor! En ellos corre
Sangre de Bonifaz el de Sevilla,
Del fiero vencedor de la Rochela.
Del que trazó primero en breve carta
La soledad de los indianos mares,
Y en sus bosques logró gigante tumba,
Al impulso de arpón enherbolado.
¡Contémplalos luchar!... ¡Vana esperanza!
Que ni el llanto de madres y de esposas
Las iras quebrará del Océano,
Ni del hado la ley adamantina.
Mas salvados serán, porque las nieblas
Del mundo material y las del alma
Sólo la tempestad rompe y ahuyenta,
Y es su rajiza luz benigno rayo
De un sol que animará perennes flores.

¡Salvados, sí! Desde el salobre risco
De San Pedro del Mar, un sacerdote
Les dió la bendición. Nada más grande
Ojos humanos contemplar pudieron,
Cual lo que vió la moribunda gente,
Al descender el celestial rocío
Del divino perdón sobre su frente.
Abrirse el cielo, serenarse el mundo,
Entre Dios y la mar la Cruz alzada,
Y descender con palmas y coronas
Las sombras de sus mártires patronos,
Las de los dos celtíberos guerreros. *
¡Muerte feliz, entre la paz del cielo

* San Emeterio y San Celedonio.

Y el beso de los mares! Cuando vengan
A acariciar la conocida playa,
De barca y pescador traerán los restos
En el cendal de su tejida espuma.

Otro celebre en canto que no muera
La guerra y la ambición, peste del mundo,
Y á la fuerza brutal erija altares.
Yo diré que mis cántabros se hundieron,
Con los despojos de su fiel *trainera*,
Como cae el guerrero en la batalla
Asido al asta de su enseña rota:
Y aun es más noble y santa que en el campo,
En el taller la sangre derramada
Á impulsos del martillo y de la rueda,
Ó en el cóncavo seno de los montes,
Al trueno de la pólvora deshechos,
Por donde agita sus humeantes crines
El moderno Tifón, ó en los escollos
Do cela el mar sus perlas y corales.
¡Perenne lid con la materia inerte,
Dura labor, pero victoria cierta!
Otro estadio, otra arena, otra cuadriga
Piden en nueva edad cantares nuevos.
¡Dadme el lauro de Olimpia y de Nemea,
Y la frente del mártir del trabajo
Ciña la palma de Elis triunfadora,
Como el atleta coronar solía!

Oye, noble ciudad, luz de Cantabria:
Basta á cubrir las llagas de tu pueblo
Un trozo de tu regia vestidura:
Rásgale, pues, y en tu esplendor no olvides
Que esos del nauta sórdidos harapos,
De su viejo tugurio suspendidos,
Y por el vendabal y por los soles

Y por el golpe de las olas rotos,
Te hicieron grande, poderosa y rica.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Elegía

en la muerte de un amigo.

¿Por qué dicen, señora,
Que es el dolor la tierra conquistada
Por el moderno reflexivo numen?
¿No hay lágrimas de ardiente poesía
Hasta en el polvo más menudo y leve
De los sagrados mármoles de Atenas?
Hoy mismo, ¿quién podría
Llenar las soledades de tu alma,
Con voz más empapada de consuelos,
Que la solemne voz medio cristiana,
Présaga del dolor de otras edades,
Con que Menandro repitió en la escena:
«Joven sucumbe el que los dioses aman?»

Le amaron ...sucumbió...¡Triste destino,
Nunca cual hoy profundo y lastimero!
No sé qué vaga nube,
De futura tormenta anunciadora,
Cubrió mi frente, al encontrar perdida,
De un escoliasta en las insulsas hojas,

Esa eterna razón de lo que muere
Antes de tiempo y sin sazón cortado.
¿Te acuerdas? Otro día
La vimos centellar con luz siniestra
En el canto purísimo y sombrío
Del amador toscano de la nada,
Que en versos no entendidos
Del vulgo vil, y á espíritus gentiles,
Como el tuyo, señora, reservados,
La secreta hermandad te descubría
Del *amor* y la *muerte*.

Acaso tú su altísimo sentido
Con entrañas de madre penetrabas:
Yo acaso me creía,
Con infantil y amarga vanagloria,
Digno de las recónditas caricias
Qne halagan al amado de los dioses
En el tálamo excelso de la muerte:
Abrazos regalados,
Cual no los dió jamás mortal alguna:
Besos que infunden en los labios fríos,
No eterno anhelo, mas el goce eterno
De otra inmortal, fecunda primavera,
Rica de nueva flor y granos de oro.

¡Dicho aquel que cuando joven muere!
Signo de alta fortuna
Lleva en su noble, inmaculada frente:
El sol de la existencia sin ocaso
Le nutre con su luz irrestañable:
El fango de la tierra
No salpica el laurel de su corona,
Ni el sueño inquietarán de su ceniza
Gárrulas voces de enemigo bando:

Cuando él no viva, su menor despojo,
Su pensamiento apenas germinado,
La impalpable semilla de su idea,
Lo que anheló y vivió, lo que soñaba,
De lengua en lengua correrán gloriosos,
Materia á ser de admiración y llanto.
Nadie envidia la flor, muchos el fruto.
¡Dichoso aquel que cuando joven muere!

¿Cómo apartar de mi tenaz memoria
La tarde en que le vi por vez postrera?
El velo de la muerte,
Que iba envolviendo su gentil semblante:
La fiebre, que sus huesos,
Cual indómito monstruo, contundía:
El rápido corcel del exterminio
Volando por su sangre generosa:
El flaco respirar del pecho herido,
Que ya por otras auras anhelaba,
Y el tibio fulgurar de aquellos ojos
Profundos y serenos,
Que hablarme de otro mundo parecían,
Cual lámpara de mago
Que á lo más hondo del santuario lleva
Y hace patente su riqueza arcana.

¡Tan joven, y tan dulce, y tan discreto!
Quizá tú soñarías
Con verle domeñar en la carrera
Del potro ibero la indomada espalda,
Ó en ruda caza fatigar los montes,
Ó en el ardua palestra
Mover con arte el ya robusto brazo,
Al sudor noble de las armas hecho;
Ó ya en más alta empresa,

Rendir con tierno y laborioso halago,
De la Memoria á las esquivas hijas,
Siguiendo fiel el rastro luminoso
Que en torno de él trazaban
Las cariñosas familiares sombras
Del moro vengador de su linaje
Y el penitente Edipo castellano.

Y quizá soñarías
Aplausos, y victorias, y loores,
Y el tronco de su estirpe
Por él con nuevas y pujantes ramas
De perenne verdor engalanado...
¡Alégrate, señora,
Que aun fué mejor su venturosa suerte!
Intacto lleva á Dios su pensamiento;
No deja tras de sí recuerdo impuro,
Y ni la envidia misma
Puede clavar en él la torpe lengua.
Blanco de ciega saña
Nunca se vió, ni de traición aleve,
Ni, rota el ara del amor primero,
Halló trivial lo que juzgó divino....
Acá le llorarán: allá en el cielo
Árbol será firmísimo y lozano
Lo que era germen en la ingrata tierra.
Yo le envidio más bien. ¡Qué hermosa muerte!
¡Qué serena agonía!
Cual sintiendo posarse
Los labios del Arcángel en sus labios!
¡Morir, no en celda estrecha aprisionado,
Sino á la luz del sol del Mediodía,
Y sobre el mar, que ronco festejaba
El vuelo triunfador del alma regia
Subiendo libre al inmortal seguro!

¡Morir entre los besos de su madre,
En paz con Dios y en paz con los humanos,
Mientras tronaba desde rota nube
La bendición de Dios sobre los mares!

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

INDICE

Siglo XIX

Páginas.

Manuel José Quintana

Al mar..... 5
Á la invención de la Imprenta..... 11
La Danza, *á Cintia*..... 17
Á España, después de la revolución de Marzo..... 22
La fuente de la mora encantada..... 27
Á Somoza..... 30

Juan Nicasio Gallego

El Dos de Mayo..... 34
Á la muerte del duque de Fernandina..... 39
Á Corina ausente..... 44

Manuel María de Arjona

La diosa del bosque..... 46
Idilio. El ara de Roselia..... 48
Á Delia..... 52

Félix José Reinoso

Adán y Eva en el Paraíso *(La Inocencia perdida)*..... 54

Alberto Lista

La muerte de Jesús..... 57

Páginas.

Al sueño 60

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

Á Claudio. *El filosofastro* 64
Rodrigo 67
Á don Simón Rodrigo Saso 67
Á Nísida 71
Elegía á las Musas 73

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

Una noche de broma 75

JUAN BAUTISTA ARRIAZA

Emilia *(Fragmentos)* 81

MANUEL NORBERTO PÉREZ DE CAMINO

Poética *(Fragmentos)* 91

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

Epístola al duque de Frías, con motivo de la muerte de su esposa 95

JUAN MARÍA MAURY

Mansión encantada de Palmira *(Esuero y Almedora)* 101

MANUEL DE CABANYES

La independencia de la poesía 109
Á mi estrella 111
Á Cintio 114
La Misa nueva 116
Á 119
El Estío 121
El oro 125

Páginas.

ÁNGEL DE SAAVEDRA (Duque de Rivas)

Gustios de Laia y Mudarra *(El Moro Enpósito)*.... 127
Incendio del palacio de Ruy-Velázquez *(El Moro Expósito)*... 135
Un Castellano leal..... 140
El Sombrero..... 149

JOSÉ DE ESPRONCEDA

Al Sol..... 160
El Diablo Mundo. *Introducción* 163
Visión de la Inmortalidad *(El Diablo Mundo)*..... 172
Á Teresa..... 187
Muerte de Elvira *(El Estudiante de Salamanca)*..... 198
Montemar entre los espectros *(El Estudiante de Salamanca)*.... 201

JOSÉ ZORRILLA

Á buen Juez mejor testigo.. 209
El Capitán Montoya 231

GABRIEL GARCÍA TASSARA

La Noche..... 282
En el campo 290

NICOMEDES PASTOR DÍAZ

Á la Luna..... 295

SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO

Á Toledo..... 298
La Noche Buena..... 307

JUAN EUGENIO DE HARTZENBUSH

La Rosa y la Zarza..... 311
El Peral..... 313
Las dos famas..... 313

JOSÉ SELGAS

Misterios de una pasionaria..... 314

Páginas.

La modestia 317
El laurel 320
La alondra 321
La inocencia 323
Amor del poeta 325

TOMÁS AGUILÓ

Abdiel 328

JUAN FRANCISCO CARBÓ

Las Torres de Villalba 337
Yolanda y Ana María 342

PABLO PIFERRER

El ermitaño de Monserrat 348
Canción de la primavera 350

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

La bandera del honor 352
Al Exmo. señor D. Jacobo María de Parga, *con motivo de un viaje que hizo éste á Salamanca* 358

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE

Á Higiara 364

MANUEL CAÑETE

Á don Antonio Rodríguez Ogea 368

ABELARDO LÓPEZ DE AYALA

Á unos pies 373
Á una bañista 374

CASIMIRO DEL COLLADO

Á Méjico *(Á D. José María Bárcena)* 374

Páginas.

Liendo, ó el valle paterno..... 385
La Primavera *(Á Margarita del Collado y Gargollo)*..... 390

JUAN VALERA

El fuego divino..... 396
Á Gláfira, de dominó negro..... 400
Sueños..... 402
Fábula de Euforión..... 405

VENTURA RUIZ AGUILERA

Á Damián Menéndez Rayán y á Francisco Giner de los Ríos. 425
Elegía..... 430

GUSTAVO A. BÉCQUER

Rimas..... 441

RAMÓN DE CAMPOAMOR

¡Quién supiera escribir!..... 448
Los grandes problemas..... 450
Utilidad de las flores..... 470

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ

Paz y misterio..... 479

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Tristezas..... 481
Estrofas..... 486
Idilio..... 491

LARMIG

Magdalena..... 503

VICENTE W. QUEROL

Carta al Sr. D. Pedro A. de Alarcón, acerca de la Poesía... 519
Carta á D. Gaspar Núñez de Arce, con motivo de su libro «Gritos del Combate»..... 525

Páginas

Á la memoria de mi hermana Adela 530
Carta á María..... 532
La fiesta de Vénus 537

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Epístola á Horacio..... 545
Carta á mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado la Biblioteca grœca de Fermín Didot..... 553
La Galerna del Sábado de Gloria..... 562
Elegía en la muerte de un amigo..... 567

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 120402711